

MARTES ONCE LA PRIMERA RESISTENCIA

IGNACIO VIDAURRÁZAGA MANRÍQUEZ



Una investigación periodística que reconstruye las primeras veinticuatro horas del golpe militar en diversos lugares de Santiago, a partir de los testimonios de los y las sobrevivientes que resistieron con armas y las confesiones de los militares que actuaron ese día.



MARTES ONCE LA PRIMERA RESISTENCIA

IGNACIO VIDAURRÁZAGA MANRÍQUEZ



Una investigación periodística que reconstruye las primeras veinticuatro horas del golpe militar en diversos lugares de Santiago, a partir de los testimonios de los y las sobrevivientes que resistieron con armas y las confesiones de los militares que actuaron ese día.

MARTES ONCE LA PRIMERA RESISTENCIA

IGNACIO VIDAURRÁZAGA
MANRÍQUEZ



A Ruti Cornejo por todo.

A la familia conformada por las tuyas, los míos y al final todos los nuestros.

A la Yola en sus noventa y tres años.

A mi padre, Alberto; mi hermano, Gastón Fernando,

y a mi hija Katia América, que son memoria.

AGRADECIMIENTOS

A los cómplices de la partida: Juan Osses, Ángelo Villavecchia y Paula Jarpa.

A Johanna Otte por el trabajo de transcripción de las entrevistas y lecturas atentas. A la fotógrafa Marcela Poch. Al taller Filete. El Buen Diseño, representado por Luis «Tono» Rojas. A Luis Arellano, fotógrafo y webmaster. A mis amigos Leandro Urbina, Hernán Monasterio y Gabriel Flores Rivero, «Beto». En la investigación, a Cristián Gutiérrez, Mónica Echeverría, Cristián Castillo, Pía Montalva, a Carla Hernández de la Biblioteca Fundación Salvador Allende y al historiador Patricio Quiroga. A Reiner Canales, Paula Chahin y Tamara Vidaurrázaga por las lecturas y comentarios. Al joven músico Pablo Venegas Araya y Los Cachañas. A los periodistas Juan Andrés Lagos, Juan Guerra y Javier Rebolledo. A cada uno y una de los testimoneantes. Y, por cierto, a Silvia Aguilera y Paulo Slachevsky de LOM ediciones por la confianza.

Palabras de presentación:

EL NEGACIONISMO AL CONTAR LA RESISTENCIA

¿Cómo será mejor contar una dictadura?

Esta es una pregunta esencial en Chile, como lo ha sido en otros sitios de Latinoamérica y también en el caso del fascismo en Europa. La tendencia obvia es hacerlo desde los derechos humanos conculcados. Desde el terrorismo de Estado. Desde todos los horrores posibles que a partir del mal ha sido posible imaginar y crear. Así, los verdugos y torturadores, los que operan las máquinas de tormentos y los que dan las órdenes, toda la cadena de persecución, tortura y muerte, son los protagonistas. Es posible que solo con nombrarlos a ellos los relatos vuelvan a recrear el miedo que paralogiza, el miedo en el recuerdo, el miedo incluso a imaginar nuevamente otro Chile.

Pero concedamos que la anterior es una elección posible para, desde allí, apostar a la valorización de los espacios anteriores, perdidos y ausentes. Para revalorizar lo que existió antes y, por qué no decirlo, asumir el mensaje implícito del cuidado de nuestras democracias imperfectas y limitadas. A veces por ese propósito se impone la pasividad y todo lo posible... posible en la medida de los poderosos, por cierto.

Contar el terrorismo de Estado es un tratamiento de shock, al reiterar y reiterar bestialidades de muy diversa naturaleza. En Chile, el bestiario de la DINA-CNI es inmenso, los testimonios de los y las sobrevivientes infinitos. Y seguramente, aun pese al trabajo de jueces, periodistas e historiadores nos falta mucho por saber sobre lo ocurrido en esos diecisiete años de dictadura, que conforme pasa el tiempo más presentes se hacen. Entre otras causas, porque sus efectos más profundos de cambios en la sociedad chilena están aún presentes y todavía determinan desde la política y la economía la vida y el futuro de los habitantes de Chile.

Es necesaria e importante la denuncia, investigación y conocimiento del horror del terrorismo de Estado. Aunque si solo ocurre ese relato, todo queda trunco. La historia de los hombres y mujeres, y la de los colectivos también.

Porque el terrorismo de Estado es una maquinaria que, sirviendo a intereses políticos y económicos, busca esencialmente doblegar voluntades que se le opongan. Busca quebrar, fragmentar, aterrorizar, reducir cualquier oposición a sus designios. Y los hombres y mujeres buscadas y salidas a cazar por la represión siempre o casi siempre pertenecerán a las organizaciones de la resistencia que representan mayor peligrosidad para los intereses de esos poderes dictatoriales.

Vencer a los y las resistentes es la tarea del chequeador y del verdugo, del analista y de los ejecutores: doblegar esas voluntades de vanguardia para que el resto se atemorice y renuncie a actuar. El titular de periódico, la noticia radial y televisiva junto con comunicar la información, también contagian e inoculan el miedo y la inhibición en la gente.

Otra opción distinta y complementaria a contar la dictadura desde el horror es hacerlo desde la dignidad, desde las actitudes de hombres y mujeres que, midiendo los peligros en esas situaciones únicas, se hacen parte de la clandestinidad y asumen todas las formas de resistencia posible para enfrentar a sus poderosos enemigos. Para enfrentar a las fuerzas de ocupación de su país, por más que vistan los conocidos uniformes. Hombres y mujeres que incluso en centros clandestinos y cárceles sobreviven y crean redes de fraternidad y resistencia.

Nuestra opción es contar la resistencia en Chile desde esas primeras horas. Contar esas actitudes dignas. Que se conozca lo sucedido en la resistencia en sus detalles, aprendizajes, errores y posibilidades. Sabemos que no estamos solos. Periodistas e historiadores han aportado a esta tarea. Diversos testimonios publicados o no circulan por muchos ámbitos. Pero el transcurso del tiempo nos juega en contra. Los y las sobrevivientes se mueren y enferman, pierden la memoria o no quieren aún contar. El negacionismo también se incuba en los mismos sobrevivientes: miedo a perder la pega, a quedar inadecuado, a ser un «subversivo» y «terrorista», como la dictadura lo dejó instalado hasta el día de hoy.

Con esta investigación periodística sobre el día 11 de septiembre queremos visibilizar la dignidad de resistir al Golpe con las armas, incluso cuando era prácticamente imposible cambiar el curso de los acontecimientos. Sin noticias, sin comunicación, sin los apoyos y reacciones esperadas. Solos y aislados, hombres y mujeres cuentan esos pormenores en los límites de las primeras horas

del Golpe en Santiago.

La historia universal registra demasiadas situaciones en que se resiste en inferioridad de fuerzas, y esas derrotas, en la bodega de las conciencias y las subjetividades, se suman y procesan como fortalezas. El 11 de septiembre de Chile es distinto a decenas de otros golpes de Estado, esencialmente por el gesto de Salvador Allende de permanecer en La Moneda y no entregarse. Pero es esa misma actitud la que invisibiliza otras acciones que estarán ocurriendo en todo Chile, más allá de la correlación de fuerzas o las posibilidades de éxito.

¿Por qué en nuestra historiografía Arturo Prat va a ser más digno que los GAP y detectives que protegieron al presidente Allende?

¿Por qué Bernardo O'Higgins va a ser más audaz que Arnoldo Camú comandando a un centenar de decididos combatientes en la zona sur de Santiago?

¿Por qué Manuel Rodríguez es ejemplo y no lo van a ser ese puñado de miembros del FPMR y del MIR que todavía purgan penas de extrañamiento en el extranjero, mientras se amenaza su retorno con nuevos procesamientos y años de cárcel?

La dignidad no tiene calculadora y a veces ni siquiera brújula. Visibilizar a los vencidos en armas, a quienes pudieron usarlas como gesto desesperado, es importante, y estamos convencidos de que no hay que esperar una nueva década para contarlo.

Los negacionismos también se hermanan. Uno, el obvio: nada ocurrió, nada supe, nada me ocurrió a mí y a los míos. ¿Hubo dictadura? Y el otro, negar aspectos significativos de la lucha en contra de la dictadura, reduciéndola a lo que ha sido conveniente para esta transición chilena «en la medida de lo posible». Entonces, fuera del cuadro quedan miles de acciones valerosas, miles de hombres y mujeres en todo Chile que, en la clandestinidad, desde los peores momentos, fueron teniendo pequeñas iniciativas. Desde las estampillas pegadas en las micros a fines del 73 hasta la diversidad de acciones que acompañaron las protestas sociales del 80 en adelante.

Los detenidos desaparecidos y ejecutados fueron, en su mayoría, hombres y mujeres que militaron en proyectos, integraron redes clandestinas y realizaron diversas acciones de resistencia. Reducirlos solo al calvario de su detención,

tortura y forma de muerte es también otra variante del negacionismo.

¿Por qué no se puede reivindicar en relatos o imágenes las acciones de recuperación de camiones con pollos o lácteos? ¿Por qué no va a ser digno, en el contexto de un país ocupado por sus fuerzas armadas y policiales, reivindicar el abigeato frente al hambre reinante en las comunidades mapuches? ¿O el ajusticiamiento de un esbirro de la DINA-CNI?

¿Por qué la resistencia europea va a ser digna y no la ocurrida en Chile durante un tiempo mucho más extendido y frente a fuerzas de ocupación demasiado similares en crueldad y sadismo?

Las movilizaciones sociales del 2011 en adelante han creado una nueva situación que, junto con impulsar demandas, zamarrea fuertemente el árbol de lo posible y lo decible. Hay que hermanar las dignidades de ayer con las de hoy.

Si bien es importante conocer todos los horrores de que fue capaz el terrorismo de Estado, ello estará trunco si no reivindicamos las vidas y sueños de esos hombres y mujeres que hoy son memoria. No hay por qué optar entre los derechos humanos y los derechos a resistir una tiranía. Ser resistente significaba también exigir derechos humanos como prisioneros. El atropello a la dignidad y la vida no tienen por qué truncar esas historias.

Contar el primero, el segundo y todos los momentos de la resistencia es la tarea que nos espera.

Ignacio Vidaurrázaga Manríquez

Santiago, septiembre de 2013.

Índice

PARTE I MARTES 11 DE SEPTIEMBRE de 1973

CAPíTULO UNO La noche de los golpistas

CAPÍTULO DOS Insomnio en Tomás Moro

CAPÍTULO TRES Allende en La Moneda

CAPÍTULO CUATRO Alerta en los partidos: los cordones industriales a la prueba

CAPÍTULO CINCO Asedio a la casa presidencial

CAPÍTULO SEIS Se cierra el cerco: actúan los Hawker Hunter

CAPÍTULO SIETE Cae La Moneda: Allende no se entrega

CAPÍTULO OCHO Combate en la periferia: se inicia el repliegue

CAPÍTULO NUEVE El juramento de La junta: Chile se refunda

PARTE II ENTREVISTAS

Celsa Parrau Tejos, la compañera de «Agustín»

Santiago Bulnes, subteniente y piloto del Ejército 227

Soledad Blanco Arancibia, la hija de «Bruno»

Milton Silva, miembro del dispositivo presidencial

Alejandro Montiglio, el hijo de «Anibal»

Andrés Pascal Allende, un exdirigente de una organización transformada en cultura

Patricio Quiroga Zamora, de combatiente a historiador

Elena Noemí Araneda Valderrama, la «Nena»

Juan Osses Beltrán, «Silvio», el escolta del presidente

ANEXO: Combatientes del martes 11 de septiembre de 1973

PARTE I

MARTES 11 DE SEPTIEMBRE de 1973

CAPÍTULO UNO

La noche de los golpistas

Los cuellos anaranjados

El subteniente del Ejército Manuel Vásquez Nanjarí[1] es incapaz de imaginar que los acontecimientos de esta jornada lo convertirán en el custodio de los restos mortales del presidente de la república Salvador Allende Gossens. Luego de la toma del Palacio de Gobierno, Vásquez recibirá la orden de hacerse cargo de trasladar el cadáver del extinto mandatario desde La Moneda hasta el Hospital Militar. Solo podrá dar por cumplida su misión transcurridas trece horas, cuando, cerca de las cuatro de la madrugada del miércoles 12, suba a la misma ambulancia que trajo el cuerpo de Allende y regrese al regimiento Tacna para informar lo sucedido a su comandante, el coronel Hernán Ramírez Pineda.

Comienza el día. Es martes 11 de septiembre de 1973 y el subteniente Vásquez Nanjarí, al igual que muchos oficiales del Ejército, tendrá hoy su bautizo de fuego. Uno verdadero. No como las maniobras simuladas que realizó durante sus años de cadete en la playa La Ballena, donde una vez le hicieron un callejón oscuro y lo mojaron para «curtirlo». Él es un hombre alto, de casi un metro ochenta, rubicundo y macizo. Seguramente por eso los «pelaos» del Tacna lo apodaron el «guagua rusa»[2]. Ingresó a la Escuela Militar a los diecinueve años como estudiante-soldado y su primera destinación, a los veintidós, fue el Regimiento de Artillería Tacna.

El comandante Hernán Ramírez ha convocado a toda la oficialidad a una reunión a las 4 a.m. Son alrededor de treinta hombres. Cuando el subteniente Vásquez Nanjarí ingresa al casino, le llama la atención, al igual que a todos los presentes, que tanto el comandante como su ayudante, el teniente Tapia, llevan cuellos de color anaranjado. Ese distintivo es el primer indicador de que «algo iba a suceder».

En la ocasión, el comandante les informa que «se pondrá término al gobierno popular y que las Fuerzas Armadas se harán cargo del país». Ramírez Pineda pregunta con voz firme, pero inquisidora, si alguien está en desacuerdo y agrega que quienes lo estén pueden hacer abandono del regimiento. «Nadie estuvo en desacuerdo. Entonces, nos proporcionaron a todos los oficiales el cuello naranja como especie de distintivo, sin darnos en ese momento mayores explicaciones», recordará treinta y ocho años después Vásquez Nanjarí:

A continuación, se procedió a formar a todo el regimiento, a quienes también se les consultó [...] su opinión: si estaban o no de acuerdo con participar del golpe militar. A lo que un cabo manifestó su negativa y por tal motivo fue dejado en primera instancia apartado. Sin embargo, al ver que [el apoyo] era algo masivo, asintió en participar. Fue así como todo el regimiento estuvo de acuerdo en ser parte de dicho procedimiento[3].

La línea de mando en Santiago

El mando operacional de las acciones en Santiago será asumido por un conspirador de la primera hora, pero que merced a numerosas y equívocas señales ha sido

considerado como constitucionalista e, incluso, integra la inusual categoría de «los generales amigos de Allende». Su nombre es Herman Brady Roche, un oficial duro e inteligente, como quedará demostrado durante su extensa carrera.

La Guarnición Militar de Santiago queda a cargo del general Herman Brady. Bajo su mando está Arellano, con el control de la Agrupación Santiago Centro. El general César Benavides comanda la Agrupación Este y el coronel Felipe Geiger la Agrupación Norte. La Agrupación Reserva (del Regimiento Blindado N° 2) es encomendada al general Javier Palacios[4].

En Santiago se situarán y pondrán en movimiento diversos regimientos. En el primer anillo del cerco a La Moneda se ubicarán los destacamentos de mayor

confianza. Luego las agrupaciones de la Reserva, que serán dos: la reserva del comandante en jefe, localizada en lo alto de La Reina (hoy Peñalolén), y la reserva de la Agrupación Centro, a cargo del general Javier Palacios y dependiente del general Sergio Arellano. Además, habrá un tercer anillo que estará en torno a Santiago, donde serán destinados regimientos provenientes de las provincias. Estos tendrán que contener la eventual reacción de los cordones industriales que rodean el centro de la ciudad y que durante el tanquetazo habían sido protagonistas por su masividad y disposición a la defensa del gobierno popular.

La designación en uno u otro anillo dependerá principalmente de las confianzas existentes entre los regimientos y sus mandos, del conocimiento del terreno y de la experticia de sus hombres y medios. Es por ello que en torno a La Moneda se situarán solo regimientos de Santiago, con coroneles absolutamente involucrados en la conspiración, conocedores del terreno y con capacidades logísticas y humanas que aseguren las misiones. Estos serán: el Tacna, la Escuela de Suboficiales, el Blindado Nº 2 y la Escuela de Infantería de San Bernardo: aproximadamente tres mil efectivos.

H. Brady y su jefe de Estado Mayor, el coronel Sergio Arredondo, [...] repasaron las fuerzas de que disponían: Escuela de Infantería, Escuela de Suboficiales, los regimientos Tacna, Yungay (de San Felipe), Guardia Vieja (de Los Andes), Coraceros (de Viña del Mar), Maipo (de Valparaíso) y Escuela de Ingenieros (de Tejas Verdes). Cada uno de los jefes de las distintas unidades recibió esa tarde su misión específica: la acción frontal contra La Moneda sería ejecutada por la Escuela de Suboficiales y el regimiento Tacna; el doble envolvimiento del cordón industrial Vicuña Mackenna lo haría la Escuela de Infantería; el regimiento Maipo debería tomar el control de Maipú y del cordón industrial Cerrillos, antes de confluir a su objetivo: el centro de Santiago[5].

La planificación de las operaciones dependerá de muchas variantes, entre otras, el arribo de los regimientos provenientes de provincias y la participación del Cuerpo de Carabineros. Ahora bien, más que variantes, lo que se pondrá en movimiento desde tempranas horas será una «maquinaria de guerra», como solo pueden hacerlo las Fuerzas Armadas profesionales y dedicadas al oficio del

combate.

Desde diversos lugares de Santiago comenzarán a desplazarse las distintas unidades obedeciendo a una estricta planificación, que deberá tener la flexibilidad suficiente para adaptarse a los movimientos del «enemigo»: el presidente de la república y sus escoltas personales, las estructuras de los partidos políticos de izquierda y los trabajadores agrupados en los cordones industriales.

El Regimiento de Artillería Nº 2 Tacna

En el regimiento Tacna el Golpe ya está en marcha. Este es el mismo cuartel que se insubordinó en 1969 liderado por el general Roberto Viaux para demandar reivindicaciones económicas al gobierno de Frei Montalva. También es el regimiento al que solo setenta días antes le ha correspondido, junto a otros, repeler la intentona del 29 de junio: el tanquetazo. Pero esta vez todo será distinto. El Ejército inaugurará una página de su historia que, aun cuando quede invisibilizada de sus museos y borrada de sus bitácoras de guerra, cambiará el devenir del Chile contemporáneo.

Este día se probarán hombres y también armas. El Ejército de Chile hace muy pocos años ha recibido una partida de 36.000 fusiles SIG 510-4[6], de procedencia suiza. Este fusil tiene una cadencia de seiscientos tiros por minuto y un alcance efectivo de seiscientos metros, es decir, unas cinco cuadras. Es un arma relativamente liviana que, con su cargador lleno, pesa casi cinco kilos y mide poco más de un metro.

La unidad del capitán Berríos

El entonces capitán Jaime Patricio Berríos Sánchez[7] declarará judicialmente que él era el «comandante de la Batería de Plana Mayor del regimiento Tacna,

teniendo como jefe directo al coronel Luis Ramírez Pineda[8]», quien le ordenará presentarse el lunes 10 de septiembre en el cuartel del «Comando de Institutos Militares, ubicado en la calle Antonio Varas, con la finalidad de recibir instrucciones para los eventos del día siguiente:

A eso de las 08:00 [del 11] escuchamos el primer bando militar [...]. El comandante de la Agrupación [el general Palacios] me ordenó regresar a mi unidad y dirigirme con ella a la intersección de Alameda con Ejército. La unidad estaba compuesta por aproximadamente sesenta hombres, con dos secciones de treinta cada una: una al mando del teniente Jorge Herrera[9], la primera, y de Manuel Vásquez, la segunda, más una pequeña plana mayor bajo mi mando directo. Luego nos trasladamos al Ministerio de Defensa y de allí se me ordenó ingresar al palacio presidencial [...] en conjunto con otras fuerzas. Después del bombardeo a La Moneda se inició el

avance de la primera sección al mando del teniente Herrera, que ingresó antes que yo, y luego la segunda sección [...]. Al momento de ingresar al segundo piso ya estaba el general Palacios [...] y otros oficiales. El bombardeo a La Moneda me correspondió presenciarlo desde el lugar donde estaba ubicado: Alameda con Ejército.

El subteniente Manuel Vásquez Nanjarí[10] estará bajo el mando del capitán Berríos y declarará:

En mi caso particular, y como integrante de la Batería de Plana Mayor, marchamos hacia La Moneda haciendo presente que esta unidad fundamental estaba

compuesta aproximadamente por setenta hombres, quienes estaban a cargo del

capitán Berríos, e integrada por el subteniente Jorge Herrera, quien al igual que yo tenía una treintena de conscriptos a su cargo. No recuerdo los nombres de los

suboficiales, que eran alrededor de seis o siete [...]. Toda la unidad ingresó al

Ministerio de Defensa, donde se nos ordenó dirigirnos a La Moneda con la finalidad de tomarla por la fuerza.

Por su parte el subteniente Jorge Iván Herrera López dirá:

A eso de las 07:00 del citado día recibimos la orden de tener la tenida de combate con armamento y formar donde el coronel Ramírez nos explicó que había un pronunciamiento militar en contra del presidente de la república Salvador Allende. Entonces debíamos trasladarnos al Palacio de La Moneda casi inmediatamente. Con mi unidad salimos de infantería por calle Ejército hasta llegar a la Alameda, tomando posiciones sin hacer nada, a la espera de instrucciones. Luego, el capitán Berríos nos ordenó que conformáramos la reserva del general Javier Palacios [...] nosotros quedamos atrás del Ministerio de Defensa hasta que el general Palacios llegó y reunió a los oficiales dando la orden de avanzar a La Moneda. Ya había ocurrido el bombardeo [...] eran las 11:30 o 12:00 aproximadamente[11].

Los soldados conscriptos

Otra percepción de estas primeras horas tendrán los soldados conscriptos. Uno de ellos, Manuel Carrillo Vallejos[12], hace su servicio militar obligatorio en el regimiento Tacna. El 11 de septiembre las actividades comienzan alrededor de las cuatro de la madrugada. Lo primero que Vallejos tuvo que hacer fue «cortar el tránsito en avenida Matta con Panamericana»:

A las 08:00 pude advertir que pasaban vehículos y camiones militares, jeeps con cañones sin retroceso [...]. Salimos en tres camiones marca Pegaso y varios jeeps Land Rover [...]. Quienes no usaban el cuello naranjo eran gobiernistas [...]. El grupo estaba compuesto por dos secciones, haciendo un total de ciento treinta conscriptos [...] seguimos por calle Dieciocho hasta Alameda. A las

10:00 el teniente Jorge

Herrera López, apodado «el perro», comenzó a disparar con el fusil SIG a los civiles y algunos fueron cayendo al suelo [...] luego a todos los conscriptos nos hacen subir a los camiones y nos trasladan a la plaza Bulnes. En calle Alonso Ovalle —entre Bulnes y Nataniel— había un blindado. Al mismo tiempo los residentes de los edificios comenzaron a tirarnos maceteros [...] por lo que varios soldados les dispararon.

Luego el teniente Herrera nos da la orden de avanzar a La Moneda [...]. Carabineros lanzaba bombas lacrimógenas al interior [...]. Herrera dio la orden de avanzar, pero tenía miedo por los disparos desde el edificio del Banco Estado [...]. En La Moneda un civil comenzó a disparar contra los militares hiriendo al teniente Herrera, al general Palacios y a dos o tres alumnos de la Escuela de Infantería de San Bernardo [...].

El general Palacios dio la orden [...] "¡maten a este infeliz comunista!" [...]. Le dispararon dos de la Escuela de Infantería de San Bernardo y el teniente Herrera lo vio a medio metro[13]*.*

Ante el tribunal, en el proceso Causa Rol N° 77-2011, declarará otro conscripto identificado como n. n., quien estuvo de servicio en el regimiento Tacna durante los años 1973 y 1974[14]:

El día 10 de septiembre quedamos acuartelados en el regimiento y esa noche nos entregaron el equipo de guerra, cascos de acero y cien tiros por hombre. En la mañana del 11, a las nueve de la mañana, partimos a La Moneda en camiones Mercedes-Benz Unimog. Tomamos posiciones en calle Alonso Ovalle con Bulnes y caminamos hasta llegar a la Alameda, sin cruzarla. Allanamos edificios, se paró gente, formándose un desorden total. Regresamos al regimiento a las siete de la tarde, encontrando detenidos tendidos en el patio de honor, algunos amarrados con alambres. Nos dijeron que eran del GAP y de Investigaciones. Constituían unas cien personas más o menos.

La Escuela de Suboficiales

Tras el regimiento Tacna, por la avenida Blanco Encalada, se ubicará la Escuela de Suboficiales (ES). También allí hay movimiento durante el transcurso de las horas de la madrugada. El capitán René José Guillermo Cardemil, que oficia de encargado de seguridad, es el enlace del director de la Escuela, el coronel Julio Canessa Robert, con el Comando de Institutos Militares, ubicado en calle Antonio Varas. El capitán Cardemil ha recibido órdenes directas del general César Benavides: «Las tropas debían usar un distintivo de cuello de color anaranjado para salir a la calle»[15].

Como en todos los casos, oficiales-enlace, enviados por los comandantes de regimientos, se han dirigido durante el transcurso del lunes 10 de septiembre al Comando de Institutos Militares para recibir las órdenes del día siguiente. Se trata de oficiales de inteligencia, «encargados de seguridad» (como dirán ante el tribunal) de extrema confianza de sus mandos directos, los coroneles «comandantes de regimientos», que deberán ser los mandos operativos del «Plan Ariete»: las primeras localizaciones de tropas en torno al Palacio de La Moneda, en las calles Alameda, Agustinas, Moneda y Bulnes.

El oficial Cardemil declarará:

En la Escuela de Suboficiales [...] me desempeñaba como encargado de seguridad. El 10 de septiembre, en horas de la tarde, el director de la Escuela, el coronel Julio Canessa Robert, me ordenó concurrir al Comando de Institutos Militares para presentarme ante el general Benavides, comandante del Instituto. Retornamos a la Escuela de Suboficiales con el teniente Ramírez Hald, quien solo me acompañó como chofer. A eso de las 07:30, y luego de haberse escuchado el primer bando militar, salimos las cuatro compañías con sus respectivos oficiales y cuadro permanente a cargo del director coronel Canessa y su plana mayor, entre los cuales estaba yo por no tener mando de tropa. En principio, nos dirigimos por calle Copiapó hasta Lord Cochrane, Nataniel y Bulnes, donde quedamos en espera de nuevas instrucciones, las que eran dadas

por el subdirector de la Escuela, teniente coronel Osvaldo Hernández Pedreros [...]. En el Ministerio de Defensa [...] el general Bonilla me pregunta con cuánta gente andaba, a lo que respondí que solo tenía una escuadra, por lo que recuerdo le ordenó al teniente Jorge Herrera, quien también había llegado a ese sitio, que me acompañara [...]. [Entonces,] nos fuimos por la galería Antonio Varas.

[...]

Finalmente, quisiera indicar que de acuerdo a mi percepción el ataque terrestre a La Moneda no fue previamente coordinado, ni tampoco dirigido por nadie [...] ya que la mayoría de los que participamos actuamos instintivamente[16]*.*

Por su parte, el teniente Hernán Ramírez Hald[17], perteneciente a la Escuela de Suboficiales, comandante de sección y jefe de curso, complementará:

En horas de la madrugada del día 11 de septiembre, se dispuso que dos compañías debían salir a la calle, sin proporcionarse mayores antecedentes, correspondiéndole a mi compañía, la cual estaba integrada por tres secciones de aproximadamente treinta hombres cada una, dirigirse al sector de plaza Almagro en avenida Bulnes, donde debíamos esperar instrucciones. En dicha área nos mantuvimos hasta después del bombardeo aéreo y terrestre.

El Blindado Nº 2

No fue fácil que este regimiento se incorporara a la conspiración del martes 11, considerando los acontecimientos del 29 de junio. Aquel día, el Blindado Nº 2 había sido el único destacamento alzado en todo el país, pero después terminó

cercado y vencido por los regimientos leales al gobierno de Allende. Por consiguiente, se instruyó a un general como Javier Palacios para que fuera muy temprano (y acompañado de un

Estado Mayor) a asegurar el apoyo de un personal todavía desconfiado y herido, ya que los siete soldados de este regimiento fallecidos en los enfrentamientos con las tropas leales aún «penaban» entre sus compañeros de armas.

El entonces mayor Jaime Patricio Núñez Cabrera[18] declarará ante el tribunal:

En horas de esa mañana, a eso de las 06:00, el general Palacios se dirigió al Regimiento Blindado N° 2 de calle Santa Rosa, por lo cual ordenó que algunos

subalternos lo acompañásemos a esta unidad, entre los cuales estaba el mayor José Quinteros, desconociendo hasta ese momento el propósito de nuestra misión. Solamente sabía que esa unidad iba a formar parte de la Reserva General de la zona metropolitana, ya que al llegar al regimiento Blindado, el general Palacios se reunió con el comandante de dicha unidad, del cual ignoro [su] nombre, a quien supongo se le dieron las instrucciones directas del empleo de esta unidad. En lo personal, en ese momento me impongo de cuál sería nuestro objetivo, ya que emprendimos la marcha hacia el centro de Santiago. No obstante, es dable señalar que a nivel de oficiales ya sabíamos que La Moneda sería rodeada por fuerzas del Ejército [...]. Alrededor de las 08:00 llegamos al sector de Plaza Bulnes casi todo el regimiento Blindado, con gran parte de sus medios, donde se incluían tanques, carros de transporte, haciendo presente que en los alrededores se desplegaban otras unidades de la guarnición de Santiago.

El ruido es ensordecedor. Las orugas rasguñan el pavimento y las enormes moles de acero comienzan a moverse y salir. Los vecinos del regimiento Blindado despiertan asombrados, fisgoneando con extremo cuidado por sus ventanas para ver cómo los tanques forman una columna en la calle Santa Rosa. Ya conocían ese ruido por las maniobras y paradas militares. También por la sublevación fracasada del 29 de junio, donde temieron lo peor cuando las tropas leales rodearon a los tanquistas insurrectos.

Los blindados de ese regimiento son tanques ligeros M-41: carros rápidos y

maniobrables, con un peso de poco más veintitrés toneladas, ocho metros de longitud, 3,2 de ancho y 2,71 de altura. Su blindaje es de 38 mm, y su armamento consiste en un cañón M-32 de 76 mm y dos ametralladoras: una punto 50 y otra punto 30. El día del tanquetazo estos blindados habían cercado La Moneda y el Ministerio de Defensa, por lo tanto conocían tanto el terreno en que se localizarían como el impacto psicológico que causaría su presencia en el centro cívico del país.

José Antonio Quinteros Masdeud es parte de los oficiales de plana mayor que acompañan en la madrugada al general Javier Palacios al único regimiento de tanques de la capital. Ante el tribunal, Quinteros declarará[19]:

En horas de la noche del 10 de septiembre [...] el general Palacios nos llamó a una reunión a los jefes de departamento y nos informó que a contar de ese momento él había sido designado comandante de la reserva [...] yo había sido designado como su ayudante [...] también cumpliría la misma labor el mayor Jaime Núñez. El día 11, en horas de la madrugada y mientras permanecíamos en las oficinas de la Dirección, a las 05:00, junto al general Palacios y sus dos ayudantes iniciamos el movimiento hacia el regimiento Blindado. Allí el general tomó el mando de la reserva que nos aguardaba y comunicó a todos que nos dirigíamos hacia La Moneda con la finalidad de que las FF.AA. conminaran al presidente a cumplir con lo establecido en la Constitución del Estado, ignorando cuál era el objetivo final. A continuación, «encolumnamos» la marcha hacia la plaza Bulnes, llegando a eso de las 07:45 [...]. Allí el general Palacios informó al almirante Carvajal, quien era el jefe de todas las fuerzas [...]. Mientras estábamos en ese lugar comenzamos a recibir una gran cantidad de ráfagas de disparos de armas automáticas desde la Torre Entel y desde los edificios que se ubicaban en las calles de los alrededores.

Posteriormente, recuerdo que acompañé al general Palacios a efectuar un primer momento de exploración para el análisis de la situación [...] hacia la calle Alonso de Ovalle y la compañía de bomberos de calle Nataniel [...] regresando a nuestra posición a la espera de instrucciones.

[...]

No recuerdo la hora exacta, pero antes del atardecer nuestra unidad fue retirada del lugar, siendo relevada por un batallón de la EISB.

En la composición del escenario del cerco a La Moneda y del ambiente reinante entre las tropas, resultará muy revelador el texto de los periodistas Jorge Rojas y Carla Celis, quienes escribirán una extensa crónica basada en testimonios de conscriptos sobre el rol de estos durante el 11 y los días siguientes[20].

A las diez de la mañana, Gaspar Sánchez está en la Plaza de la Constitución con su SIG. Lo que tiene enfrente es una guerra. Y le gusta. Le dispara a La Moneda y a uno que otro perro de los que todavía hay en la Plaza.

—Ahí disparé caleta. Lo hacía pa' huevear, por gusto; perro culiao que me ladraba, pah-pah-pah. Listo.

No está solo. Al Palacio también le disparan tanques y otros fusileros. En total, 50 mil proyectiles se lanzan sobre el centenario edificio.

—Yo estaba con el Luis Patiño, el rubio. Con ese huevón éramos los más malos en el regimiento. Sombra que se veía, tirábamos.

Cuando los Hawker Hunter lanzan sus misiles, Sánchez se fondea detrás de unos arbolitos. A casi cien metros, ve arder el edificio. Juan Molina llega a la pelea por Alameda. Los oficiales que acompañan su columna —que viene a pie desde avenida Matta— están sin distintivos, confundidos entre los soldados para despistar a los francotiradores. Han dado pocas instrucciones a la tropa: el

fusil, han dicho, pueden llevarlo a gusto: para disparar tiro a tiro o a ráfagas; con o sin seguro. La mayoría lleva el dedo en el gatillo.

Cuando los soldados llegan a Lord Cochrane con Alameda, los barren a balazos desde el Ministerio de Obras Públicas. Son los francotiradores del GAP, con sus AK-47. Uno de los militares cae: el sargento primero Ramón Toro Ibáñez, a cargo de la sección de Molina.

—Le pegaron un balazo en la cabeza y uno de mis compañeros agarró una subametralladora y disparó al edificio de donde salieron las balas.

Molina se parapeta. Algunos soldados se meten en los túneles de la construcción del Metro y se van a quedar ahí hasta el otro día. Pero la sección de Molina, sin mando, camina hasta La Moneda, refugiada en los muros y repeliendo balazos. Así llegan a Morandé con Agustinas, donde hay camiones y tanques. Por la radio de los vehículos escuchan que se trata de un golpe. Se quedan ahí esperando órdenes.

—Después pasaron los Hawker Hunter. Al rato supimos que el presidente había

muerto. Vimos una ambulancia de campaña y que lo sacaban tapado con un chamanto.

La tarde se le va a Molina ahí, al lado de las ruinas del Palacio. A las cinco de la tarde vuelven los disparos desde Obras Públicas y el Hotel Carrera. El cabo segundo Agustín Luna (22) recibe un balazo en el cuello. Muere.

Hay confusión en esas primeras horas. Enfrentarse a las balas de verdad generará confusión en los soldados bisoños que aún no saben que su servicio militar se alargará en el tiempo y que las secuelas de estos días los perseguirán de por vida.

La excavación de la línea 1 del Metro de Santiago (en ese tiempo a rajo abierto en la Alameda) será una buena trinchera para guarecerse del fuego de los francotiradores. También ayudará a disimular el miedo frente al combate real que recién comienza.

Los principios del coronel Ramos

En otro sector de Santiago, al interior de la Escuela Militar, sucede un hecho inusual en el Estado Mayor del general César Benavides.

A las 06:00 horas en punto, el coronel José Domingo Ramos, jefe del Estado Mayor del Comando de Institutos Militares, se presentó ante el general César Benavides [...]. En la Escuela Militar y cuando el reloj de su despacho marcó las 08:00, Benavides le ordenó a su jefe de Estado Mayor, el coronel Ramos, que citara a reunión al cuartel general [...] vio llegar en pocos minutos a los veinte oficiales en estado de excitación [...]. Y Benavides comenzó a hablar: «Las Fuerzas Armadas a partir de ahora se hacen cargo del país. Desde este momento somos gobierno» [...]. Ramos pidió la palabra: «Mire mi general, no comparto la solución [...] mi general, disponga de mí, porque no lo voy a acompañar [...] este no es el camino, va en contra de mis principios y los de la institución». [...] Benavides respondió: «Se acepta su retiro, coronel»[21].

El coronel José Domingo Ramos Albornoz, hasta ese momento jefe de Estado Mayor del Comando de Institutos Militares, presentará su expediente de retiro al Ejército de Chile, al que sirvió por más de treinta años. Había tenido como profesores, jefes e instructores a los excomandantes en jefe René Schneider y Carlos Prats[22].

Desde San Bernardo, la Escuela de Infantería (EISB)

El 10 de septiembre a las 16:00, el mayor Iván de la Fuente Sáez, comandante de batallón, recibió del coronel Leonard Konnig, director de la EISB, instrucciones de que el martes 11 estará a cargo del traslado de toda la Escuela hacia Santiago para que esta se desempeñe como reserva de la Agrupación Plaza de Armas.

El 11 a las 08:00 salí de la Escuela con mil hombres y designé al alférez Ludovico Aldunate Herman como ayudante [...]. Nos dirigimos por Panamericana hacia el norte llegando a San Joaquín y luego desde ese lugar a Vicuña Mackenna y desde ese punto a la plaza Baquedano [...] lugar donde se dejó una compañía para controlar el movimiento de vehículos [...]. Desembarcamos con todo el personal en la Estación Mapocho y luego a pie caminamos por 21 de Mayo hasta la Plaza de Armas, llegando cerca de las 10:30, allí esperé instrucciones que debían ser comunicadas por el general Arellano Stark.

El teniente Juan Carlos Salgado Brocal declarará:

El día 11 de septiembre de 1973 tenía el grado de teniente y me desempeñaba como jefe del curso de sargentos. Fui designado como comandante de una sección de la EISB para efectos de ese día [...]. Mi capitán era Francisco Rojas Martínez. Se me ordenó me presentara a las 00:00 en el cuartel [...] pero no nos dijeron el motivo de tal medida [...] repartieron cuellos naranjas a todo el personal y se nos asignó los vehículos para transportarnos en cuanto se ordenara. Antes de salir, se nos manifestó que íbamos a cumplir una misión muy importante. Siendo alrededor de las 09:00 nos ordenaron embarcarnos en los vehículos rumbo a Santiago. En el trayecto nos enteramos de lo que ocurría porque alguien en una radio portátil había escuchado al expresidente Allende haciendo un llamado al pueblo para que defendiera su régimen[23]*.*

A continuación, prestará declaraciones ante el tribunal el teniente René Miguel

Riveros Valderrama[24]:

El día 11 cumplía servicios en la EISB en la compañía de Morteros con el grado de teniente, para esa época integraba el equipo de pentatlón del Ejército [...] por ese motivo antes del 11 había sido agregado a la Escuela Militar para preparar el Campeonato Sudamericano. El 11 me encontraba en mi domicilio y mi padre me avisa que por radio se anunciaba un pronunciamiento militar [...] traté de comunicarme con la EISB sin éxito y ante ello decidí dirigirme a la Escuela Militar, a las 10:00 tomé

contacto con el comandante del Batallón de Servicios [...] el comandante Jorge Arangua [...]. Finalmente quisiera señalar que, de acuerdo a mi percepción personal, quien estuvo a cargo de la toma de La Moneda fue mi general Arellano y con posterioridad asumió dicha responsabilidad el general Palacios[25].

Seguramente al declarar ante un tribunal treinta y ocho años después, la realidad puede acomodarse, y aquellos pasajes más duros y comprometedores de ese día pueden ser obviados. Así han podido ser todos estos testimonios de hombres de armas, pero, de todos modos, lo que revelan es significativo para reconstruir estas trascendentales horas.

El cuartel general de Peñalolén

Con los contrafuertes cordilleranos como retaguardia, el nuevo comandante en jefe del Ejército, el general Augusto Pinochet Ugarte, distante del escenario principal donde se decidirá el Golpe y dotado de personal y medios logísticos, ha instalado su cuartel de mando en el Regimiento de Telecomunicaciones N° 2 Santiago. Allí, el comandante Rafael Ortiz Navarro dispuso un escritorio especial para su general.

Un poco antes, durante la tarde del 10 de septiembre, el general Pinochet ha

concurrido hasta el regimiento de Telecomunicaciones con la excusa de pasar revista a esa unidad. «He tomado una decisión muy difícil, mi amigo, pero estoy seguro de que todo el Ejército estará conmigo», le dijo al coronel Ortiz, y este asintió con agrado porque era un declarado antiallendista. En la prensa, inclusive, ya se había anunciado que su carrera quedaría truncada debido a sus roces con las autoridades de gobierno.

En el sector que rodeaba el cuartel de Peñalolén existe una trayectoria de ocupaciones ilegales de terrenos. Allí el MAPU[26] tiene una influencia significativa entre los pobladores, y la población «El Esfuerzo» es famosa por la vitalidad de sus organizaciones comunitarias. En conocimiento de ello, el coronel Alejandro Medina Lois, jefe de las Fuerzas Especiales y Paracaidistas del Ejército, los «boinas negras», cuyo cuartel se encontraba en Peldehue, llega el 11 de septiembre al cuartel de Peñalolén a cargo de un batallón para constituirse como fuerza de reserva del comandante en jefe. Solo posteriormente se trasladará a reforzar las operaciones en el centro de la ciudad.

Para integrar el Estado Mayor del comandante en jefe, llegan hasta Peñalolén el general Rolando González, tercero en la sucesión del mando luego de Pinochet y Urbina, y los generales Óscar Bonilla, César Benavides y Rolando Álvarez. Todos visten sus uniformes de campaña.

En las comunicaciones radiales el general Pinochet será el «Puesto 1»[27], el «Puesto 2» el del comandante en jefe de la FACH, situado en la Academia de Guerra Aérea (AGA) y comunicado directamente con el dispositivo del grupo 7 de la escuadrilla de Hawker Hunter. El «Puesto 3» será un centro de enlace situado en la Escuela Militar. Y el «Puesto 5» estará ubicado en el Ministerio de Defensa, frente a La Moneda, al mando del vicealmirante Patricio Carvajal y los generales Arellano, Brady, Bonilla y Baeza. Allí residirá el mando efectivo en el teatro de operaciones principal.

Como en una mesa de arena, Pinochet divisará la ciudad de Santiago desde su lugar de mando. Podrá ver los aviones bombardeando los blancos escogidos y luego las columnas de humo del Palacio de La Moneda. En esas horas cruciales solo estará comunicado por radio. Por momentos, Pinochet se mostrará extremadamente ansioso, posiblemente influido por la distancia que guardará con los hechos más importantes de la jornada: el cerco al palacio gubernamental y los bombardeos aéreos.

Los refuerzos de provincia

Según Manuel Contreras Valdebenito, hijo del jefe de la DINA[28], el 11 de septiembre se dirigió a Santiago un batallón del regimiento Ingenieros, de Tejas Verdes, que, para no ser detectado, se movilizó en camiones civiles, con oficiales vestidos de civil y con su tropa y armamento camuflados y cubiertos con lonas. Así fue como, sin ningún contratiempo, logran llegar hasta los Arsenales de Guerra (o Escuela de Suboficiales) a las 07:30. No ocurre lo mismo con otras tropas que se adelantan a la hora fijada y dan las primeras alertas al presidente y algunos mandos leales.

Esa misma noche, en la Escuela de Alta de Montaña de Río Blanco, el conscripto Máximo Núñez (18), de la compañía Andina, se echó a la litera como venía haciendo desde quince días atrás: en tenida de combate, con los bototos puestos y su fusil FAL cargado y a mano. A la medianoche lo despertaron y le ordenaron formarse en el patio. Ahí, junto a sus compañeros, le entregaron municiones.

El regimiento de Núñez era especial. Está metido en la cordillera, casi en la frontera, a 34 kilómetros del regimiento Guardia Vieja, de Los Andes. En ese entonces lo dirigía el coronel Renato Cantuarias, un oficial considerado cercano a la Unidad Popular y al que Pinochet, viejo zorro, le mandó a su familia para que la resguardase, en caso de un fracaso golpista.

A la una de la mañana del 11, Núñez recuerda haber visto a Cantuarias paseándose por el cuartel, todavía al mando de su regimiento. Minutos más tarde, un mayor de apellido Carvacho lo reemplazó.

—Cantuarias andaba vestido como guerrillero, su pistola en el muslo y con su fusil, y media hora después lo vimos desarmado. Carvacho se apoderó de las tropas y si él no hubiera asumido, hubiéramos salido con Cantuarias. En Los Andes nos esperaba el Guardia Vieja para aniquilarnos porque supuestamente íbamos a defender a Allende.

Las mismas conclusiones que en Santiago, a 80 kilómetros, sacó en el patio de la Escuela de Suboficiales el soldado Juan Molina (18), ya vestido y con dos cafés con leche y aguardiente en el cuerpo, fusil al hombro y frente al diminuto pero enérgico coronel Julio Canessa Robert, que les explicó la misión de ese 11 de septiembre:

—Hay que hacer una limpieza a Santiago[29]*.*

No todo el despliegue hacia Santiago resulta perfecto. Los resguardos tomados por el coronel Manuel Contreras, comandante del regimiento de Tejas Verdes, para encubrir el desplazamiento de sus tropas, no son similares a los de otros regimientos, y el presidente es alertado en su residencia de Tomás Moro. Por otra parte, el teniente coronel Luis Prussing Schwartz, que viaja al mando del Regimiento de Infantería de Montaña Reforzado Guardia Vieja, de Los Andes, comenzó a desplazarse hacia Santiago a las 21:30 del lunes 10.

Madrugada del 11 de septiembre, 1973. El Boca de Rana va contento en el bus, tranquilo. Sus compañeros están nerviosos. Conversan entre ellos. Van, dicen, a una

guerra, a invadir Santiago. La mayoría de los conscriptos de la Escuela de Alta Montaña de Río Blanco que viaja en los buses rumbo a la capital tiene miedo. Gaspar Sánchez Frías, de dieciocho años, no.

Yo siempre he sido medio malito para mis huevás. Es que en mi juventud estuve rodeado de puros huevones malos, gente mala. Robábamos carteras, le sacábamos la chucha a cualquier huevón. Yo iba contento —dice ahora, treinta y tres años después. En ese septiembre, tampoco le falta experiencia con el gatillo. Es de los pocos que han disparado antes. Empezó cazando en los cerros; luego, en los nueve meses de Servicio Militar, se especializó. En su grupo, es el tirador escogido. Le da al disco a 600 metros [...] a mitad de camino algunos se devuelven a Chacabuco, a hacer hora y evitar ser descubiertos. En total, desde el Guardia Vieja y la Escuela de Alta Montaña, esa madrugada viajarán más de 700 hombres armados, parte de los 3 mil soldados que ocuparán Santiago. La mayoría, jóvenes de la edad de Gaspar Sánchez, que pasará la mañana frente a La Moneda, barriendo el palacio con su fusil SIG. En los días siguientes, golpeará gente, les disparará a detenidos y violará a una mujer presa en el Estadio Nacional. Todo, dice, siguiendo órdenes de sus superiores. Hasta transformarse en lo que es ahora: un viejo de cincuenta y tantos años que vive en Los Andes. Alcoholizado y arrepentido[30].

Los objetivos militares del día

Dentro de los objetivos ofensivos, el primero es impedir al máximo las transmisiones de la red de radioemisoras afines al gobierno. La denominada «Operación Silencio» buscará imposibilitar la fuerza de las palabras. Y el segundo, cercar La Moneda con Allende en su interior, pues tanto el palacio como el presidente representaban el

poder a batir. Sin duda, este segundo objetivo es el principal, y su cumplimiento óptimo dependerá de la rendición del primer mandatario sin ninguna resistencia, solo respondiendo a la demanda de los primeros bandos de la Junta Militar.

Pero también hay factores inciertos, entre ellos la actitud de Salvador Allende. A los militares golpistas les preocupa sobremanera lo ocurrido en el tanquetazo, por lo tanto, deberán imposibilitar cualquier refuerzo y apoyo desde los cordones de

trabajadores hacia el Palacio de Gobierno. Además, tendrán que estar atentos a la

potencia y extensión de la resistencia armada. La hipótesis era que se podía sacar tropas de las provincias y concentrarlas en Santiago, porque en la capital se decidirá todo. Debe haber tropas suficientes para cercar a las eventuales fuerzas enemigas, impidiendo su expansión. Y en ese escenario, el uso o no de la aviación dependerá de los niveles de resistencia.

Finalmente, hay un propósito transversal de carácter subjetivo y comunicacional: instalar el miedo y el terror, porque solo eso inhibirá la extensión de los enfrentamientos. Entonces, será necesario tomar prisioneros y rehenes, realizar allanamientos sorpresivos y masivos, disparar a los transeúntes desde las azoteas, efectuar controles callejeros, instaurar el toque de queda, difundir bandos militares, sobrevolar Santiago con aviones de guerra, transmitir por la radio los nombres de personas buscadas, levantar campos de concentración en medio de la ciudad. Todo para desincentivar los actos de resistencia. Para el mando golpista, cuanto menos dure la resistencia, mejor. Por eso no escatimarán fuerzas ni medios para alcanzar el control territorial y hacerse del poder.

El cerco en torno a La Moneda y Santiago queda dispuesto entre las 07:00 y las 08:00.

notas

[1] En una crónica titulada “Los fantasmas que rondan la muerte de Salvador Allende” (publicada en CIPER Chile el 24 de mayo de 2011), el periodista Cristóbal Peña también se refiere a los eventos que vivió el subteniente Vásquez Nanjarí.

[2] Declaraciones de Manuel Carrillo en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 974.

[3] Declaraciones de Manuel Vásquez Nanjarí en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 1013.

[4] Mónica González, La conjura. Los mil y un días del golpe (Santiago: Ediciones B, 2000), 318.

[5] Ibíd., 323.

[6] Sin embargo, algunos lotes también fueron destinados a la Armada (que fue la primera en darlo de baja, luego de optar por el calibre 5,56 x 45 mm), la Fuerza Aérea, Carabineros, Gendarmería e incluso a la Policía de Investigaciones. A mediados de los años sesenta el Ejército de Chile busca renovar e incorporar un fusil automático moderno. Entonces, compra fusiles FAL, que se suman a los cientos de miles de fusiles Máuser de que ya dispone desde la reforma del general Emilio Körner (1900-1910).

[7] Declaraciones de Jorge Iván Herrera en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 2420.

[8] En realidad se trata del coronel Hernán Ramírez Pineda.

[9] Declaraciones de Jorge Iván Herrera en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 1010. «Debo hacer presente que el año 1973 participé en el fusilamiento de dieciocho personas, por el que me encuentro procesado, y cuya causa está a cargo del ministro Alejandro Madrid. En el año 1983, soy llamado a retiro por inutilidad de segunda clase, por problemas psiquiátricos, con dieciocho años de servicio y con el grado de capitán». Ibíd., fojas 1008.

[10] Declaraciones de Manuel Vásquez Nanjarí en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 1013.

[11] Declaraciones de Jorge Iván Herrera en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 1008.

[12] Declaraciones de Manuel Carrillo Vallejos en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 938.

[13] Ibíd., fojas 935.

[14] Declaraciones del soldado conscripto n. n. en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 254.

[15] Declaraciones de René José Guillermo Cardemil Figueroa en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 2075 y 2076.

[16] Ibíd.

[17] Declaraciones de Hernán Ramírez Hald en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 2152. El general (r) Hernán Ramírez

Hald fue sometido a proceso en noviembre del año 2000 por su complicidad en el homicidio del presidente de la Asociación de Empleados Fiscales (ANEF), Tucapel Jiménez, ocurrido el 25 de febrero de 1982. Manuel Salazar, Las letras del horror. Tomo I: La Dina (Santiago: Lom ediciones, 2011), 52.

[18] Declaraciones de Jaime Patricio Núñez Cabrera en Causa Rol Nº 77-2011,

fojas 2024 y 2025.

[19] Declaraciones de José Antonio Quinteros Masdeud en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 2172.

[20] Jorge Rojas y Carla Celis, “Los soldados que asaltaron Santiago. La historia de los pelados del 73”, The Clinic Online, 11 de septiembre de 2013 < http://www.theclinic.cl/2013/09/11/la-historia-de-los-pelados-del-73-los-soldados-que-asaltaron-santiago/>.

[21] González, La conjura, 330, 337 y 338.

[22] «El Tancazo. Tomé las riendas y dispuse el alistamiento de las escuelas de la guarnición [...] estuve constantemente recibiendo información del frente de cada unidad en acción hasta que se alcanzó el objetivo de

dominar y hacer volver a su cuartel de calle Santa Rosa al Batallón Nº 2 [...]. Cuando la situación estuvo dominada, el general Pickering regresó a su puesto de mando en la Escuela Militar, se notaba preocupado y molesto. Me ordenó anotar en el Diario de Guerra que, a ese dispositivo final llegó, a la cabeza del regimiento Buin y en tenida de combate, el señor jefe de Estado Mayor del Ejército, general Augusto Pinochet [...] en ese momento el general Pickering me comentó el hecho insólito de que, al percibir la llegada del presidente Allende al Palacio de Gobierno por la puerta de calle Moneda, el general Pinochet se adelantó y sobrepasando a sus superiores —el general Prats y el ministro de Defensa José Tohá— se cuadró ante el presidente para darle cuenta de que la situación estaba controlada. Con ese gesto el general Pinochet se estaba, implícitamente atribuyendo la jefatura de la operación que permitió reducir a los sublevados». En José Domingo Ramos Albornoz, Las cartas del Coronel. En respuesta a las que nadie le escribió (Santiago: Terra Mía, 2001), 89-90.

«Vale tener en cuenta que el lugar de trabajo del Jefe de Estado Mayor General del Ejército (JEMGE) [...] era el edificio del Ministerio de Defensa Nacional, que se situaba frente al palacio presidencial, y no al mando de tropa alguna, ni menos en tenida de combate [...] él debió permanecer en contacto con el comandante en Jefe del Ejército, prestando su asesoría para el control de la situación. Sin embargo, estaba desde antes de la hora del Tancazo en el cuartel del regimiento Buin, en tenida de combate, como si supiera algo que nosotros ignorábamos por completo [...] fue un momento institucional crítico, que marcó los primeros pasos del futuro quiebre, solo setenta y cinco días más tarde, el 11 de septiembre de 1973. ¿Se justificaba entonces la prudencia del general Prats?» Ibíd., 92.

[23] Declaraciones de Juan Carlos Salgado Brocal en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 2428.

[24] Declaraciones de René Miguel Riveros Valderrama en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 1039. Riveros nació en 1949, ingeniero, finalizó su carrera como brigadier del Ejército. Entró a retiro desde 1997, con treinta y dos años de servicio. Fue asignado a la DINA durante los años 1974-1976, en la Brigada Lautaro.

[25] Ibíd., fojas 2074.

[26] Movimiento de Acción Popular Unitaria, originado luego de un desprendimiento del PDC. Durante el gobierno de la UP, el MAPU se dividirá en dos orgánicas separadas: una liderada por Óscar Guillermo Garretón y otra por Jaime Gazmuri.

[27] En relación a los distintos puestos del mando, véase Patricia Verdugo, Interferencia Secreta, 11 de Septiembre 1973 (Santiago: Editorial

Sudamericana, 1998), 73.

[28] Dirección de Inteligencia Nacional. Su director fue el coronel Manuel Contreras Sepúlveda.

[29] Rojas y Celis, "Los soldados", The Clinic Online.

[30] Ibíd.

CAPÍTULO DOS

Insomnio en Tomás Moro

El vecino del presidente

«Me asomé a un ventanal grande y vi cómo se abrían los portones y salían como cohete unos autos y dije: “Seguro ahí va Allende. Entonces esto va en serio”. Mi casa estaba en la esquina de Tomás Moro con Volcán Llaima»[1].

Alrededor de las seis de la mañana de ese martes 11, el periodista Leonardo Cáceres recibió una llamada telefónica de un colega que le avisó de un levantamiento en Valparaíso y que le aseguró que el Golpe era inminente. Los rumores sobre una alzada del Ejército se habían multiplicado en los últimos meses, por eso el traslado del presidente en horas de la madrugada era la confirmación de que el momento había llegado. Cáceres era vecino de Salvador Allende, vivía justo al frente de la casa presidencial en el número 237 de avenida Tomás Moro. Horas después ambos se encontrarán cuando el presidente llame a radio Magallanes para pronunciar sus últimas palabras a los trabajadores de Chile.

Leonardo Cáceres y su esposa, la periodista Gabriela Meza, se visten rápidamente y parten hacia el centro de Santiago a sus respectivos puestos de trabajo.

Gabriela era subdirectora de la revista Paloma[2] y trabajaba en Quimantú[3], por eso nos fuimos en citroneta hasta la Plaza Italia. Allí ya había un cerco de militares y nos dijeron que teníamos que desviarnos hacia el norte. Entonces me bajé del auto y Gabriela siguió hasta la editorial, que estaba al lado de la Escuela de Derecho, en Pío Nono, mientras yo seguí hasta la calle Estado, en dirección a la radio[4].

La salida hacia La Moneda

Amanece en Santiago. Es un día gris y frío. Juan Osses tiene veintitrés años y, como forma parte de la escolta presidencial, utiliza el nombre político «Silvio». Apenas ha dormido un par de horas cuando suena la alarma cerca de las 06:00. «Nos levantamos rápidamente, me puse una camisa celeste, un sweater concho vino, una chaqueta clarita, un pantalón verde y unos bototos. En un pequeño maletín celeste eché una corbata y una camisa porque me casaba ese día»[5].

Tres autos Fiat 125[6] de color azul esperan con sus motores en marcha y sus puertas abiertas que una reducida comitiva los aborde para cubrir la distancia entre la casa presidencial y el Palacio de La Moneda. Una camioneta roja que lleva empotrada en su techo una

ametralladora punto 30 acompañará a los vehículos. Las habituales tanquetas Mowag[7] de Carabineros esta vez se encuentran en La Moneda. A esa comitiva se unirán otros dos autos Fiat 125 de color blanco.

Silvio corre, como todos esa madrugada. «Mauricio» (Luis Fernando Rodríguez)[8] le pasa un maletín tipo James Bond que contiene una subametralladora Walther MP[9] y le dice que se haga cargo de esa arma. Además, le entrega una caja de balas de 9 milímetros y él se guarda otro puñado en los bolsillos de su chaqueta.

El auto uno es conducido por Julio Soto, quien en la escolta es conocido por el nombre «Joaquín»[10]. En el asiento trasero viaja el «Doctor», como suelen llamar, con respeto y cercanía, los integrantes de la escolta a Salvador Allende. A su lado va «Víctor» y como copiloto el «Huaso Raúl» (Oscar Valladares)[11]. Él y el Doctor abordan el vehículo muy poco antes de las 07:00. La mayoría de estos hombres porta fusiles AK-47[12], mientras que el presidente mantiene a su alcance una subametralladora y un revólver.

En el auto dos el conductor es «Eduardo» y el copiloto «Manque» (Osvaldo Ramos). Atrás van Mauricio y «Jano» (Daniel Gutierrez Ayala)[13]. El auto tres es conducido por «Roberto» (Isidro García)[14]; junto a él van «Pablito» (Pablo

Zepeda), «Johnny» (Óscar Lagos Ríos) y Silvio. El jefe del dispositivo es «Aníbal» (Juan José Montiglio)[15], quién viajará en el vehículo cuatro junto con «Carlos Álamos» (Jaime Sotelo)[16]. Ellos dos serán la jefatura de ese grupo, y en la resistencia del Palacio de Gobierno actuarán como los «comandantes» del GAP.

La comitiva sale apremiada durante algún minuto entre las 06:50 y las 07:00 de esa mañana. Según Joaquín, realizaron el trayecto en ocho minutos. La ruta elegida fue: Tomás Moro hacia el norte, luego Apoquindo en dirección poniente hasta Manquehue y, desde allí, tomaron la avenida Kennedy, Recoleta, el puente Mapocho hasta llegar a Bandera[17] esquina Moneda.

Cuando salgo alertado por la alarma, el presidente está llegando al auto con «Raúl». Creo que salimos de Tomás Moro poco antes de las 07:00. En el trayecto le toco la rodilla a Raúl y le pregunto con discreción: «¿Qué pasa?». El Doctor se dio cuenta y me dijo: «Compañero, se ha alzado la Marina, ¡corra! Tenemos que llegar antes que los marinos». Imagínate la orden. Estaba tranquilo, pero muy inquieto ante la eventualidad de que no pudiera ingresar a La Moneda porque los marinos y militares la coparan antes. Cuando llegamos todo estaba normal y él [Allende] dijo: «¡Por fin!». Creo que deben haber sido unos ocho minutos. Los autos estaban como para correrla y el camino hacia La Moneda estaba prácticamente vacío[18].

Yo en lo personal iba tan consciente de que íbamos a ganar, que nos íbamos a enfrentar a un nuevo Golpe, que actuaríamos más fuertes y más implacables. Nunca imaginé que nos íbamos a enfrentar a todo un Ejército de tierra y aire. Eso cambió durante el transcurso del día. Nos fuimos dando cuenta de que ya no era un 29 de junio, que los combates eran distintos. Ese día empezábamos un tiempo definitivo. Para mí era imposible que no hubiera una unidad de Ejército que nos viniera a apoyar o que hubiera algún sector de los militares que saliera, no lo creía porque como había todo un trabajo del propio presidente [...] pero después la gran sorpresa fue quedar solos[19].

A esas horas aún era adelantado presagiar que este será el último viaje de los

muchos que hizo este grupo de escoltas, los «amigos personales» del presidente. Eran militantes

socialistas, pero ya se habían fundido con el líder y se consideraban a sí mismos «allendistas», una denominación particular, extendida por todo el territorio, que se irá fortaleciendo lentamente tras décadas de experiencias, frustraciones y grandes esperanzas.

Todos los preparativos se pondrán a prueba en este día único y final. El dispositivo presidencial está desgastado por la intensidad del trabajo posterior al tanquetazo del 29 de

junio[20]. Han sido setenta días en los que el grueso de los integrantes del GAP ha somatizado la presión existente. Insomnios, gastritis y úlceras afectan a este grupo de hombres jóvenes, pero sometidos a un ritmo agotador y a niveles de tensión extremos.

Ahora bien, estos mismos jóvenes ya han recibido instrucción militar. Algunos han participado en cursos cortos en Cuba, particularmente en los campamentos «Punto Cero»[21] y «Pinar del Río»[22]. Otros se han preparado en los alrededores de Santiago o en el propio Cañaveral[23]. Todos conocen las armas de infantería y las Tácticas Individuales de Combate (TIC). Con frecuencia reciben charlas de educación política y conocen informes y análisis sobre los acontecimientos políticos más relevantes. Algunos son solteros y viven de forma permanente en Tomás Moro o El Cañaveral. Otros hacen vida de «cuartel», aunque pueden visitar o viajar a ver a sus familias, ya que muchos son originarios de provincia. La pertenencia al GAP es de carácter reservado y compartimentado, por lo tanto, al ingresar, cada miembro escogía un nombre político o «chapa» con el que desarrollaba sus funciones regulares.

El 11 sorprende al GAP[24] con un mínimo de contingente en Tomás Moro (cerca de veinte integrantes de un total de sesenta, sin contar los componentes de los nuevos grupos en instrucción). Tampoco está presente uno de sus jefes principales: «Bruno» (Domingo Blanco Tarrés) que se encuentra en El Cañaveral instruyendo a nuevo grupo. Según Renato Moreau[25], el GAP contaba con dos escoltas y un total de veintiocho hombres, más el personal de Tomás Moro (cerca de veinte personas) y una «tropa» en formación en El Cañaveral que tampoco superaba la veintena. Es decir, los combatientes efectivos eran entre treinta y cincuenta, ninguno más, y estaban divididos en cuatro secciones:

escolta, operativo, guarnición y servicios.

La partida hacia La Moneda se realiza con quienes están disponibles en horas de la madrugada. Allá se sumarán unos pocos y, por las características del cerco y el temprano apresamiento de los refuerzos comandados por Bruno, así quedará conformado el esmirriado contingente que acompañará las últimas horas de Salvador Allende. Atrás, en Tomás Moro, queda un pequeño grupo que debe proteger a la primera dama, Hortensia Bussi[26] de Allende, la «Tencha», y además cumplir otras tareas que eran parte de una planificación resuelta con anticipación.

¿Cuál es, en ese momento, el estado físico del presidente Allende, un hombre de sesenta y cuatro años que se encamina al último y más intenso episodio de su vida?

Silvio ofrecerá una respuesta a esta interrogante:

Tiene que haber sido extraordinario. Era un presidente que se acostaba a las tres de la mañana trabajando, un trabajólico enfermo, y se levantaba a las seis o siete. Cuando se desplazaba con nosotros cerraba los ojos y dormía veinte minutos en el auto y aparecía como si nada. Él era un presidente de otra talla, de estas personas que surgen del movimiento popular luego de muchos años. Tenía un sentido de la responsabilidad en todas las áreas, desde su autocuidado hasta estar posesionado del cargo de presidente en todo momento. Creo que estaba muy consciente que su capacidad de regeneración y recarga de energías era muy importante, y eso debe haberlo entrenado y trabajado, además había sido deportista. Tenía una tremenda vitalidad[27].

Salvador Allende vivirá a toda velocidad este día. Va en silencio. Toca su bigote cano mientras recorre con sus ojos las calles de Las Condes, ese sector privilegiado de la capital que luego saldrá a celebrar el Golpe. Se ha preparado pacientemente para este día que advirtió temprana y públicamente. Ahora se dirige al único lugar que es coherente con su investidura. Así lo ha dicho de forma incansable, porque su decisión no podría ser otra: estará en La Moneda y no renunciará. Desconoce aún los detalles de las fuerzas alineadas al mando golpista, pero intuye que esta vez no se trata de la mera repetición del 29 de

junio. Ya no está el general Carlos Prats ni se presentan los factores que en su oportunidad neutralizaron al golpismo. Tiene perfecta conciencia de que todos sus compatriotas, partidarios y adversarios, estarán pendientes de las acciones que realice y las palabras que profiera durante este día.

En el asiento trasero del auto uno ha quedado olvidado el ejemplar de El Mercurio del día 10 de septiembre. Bastará una mirada somera a sus titulares para percatarse de que estos están consagrados a tres logros deportivos: «Ganó a Porto Alegre 5-0. Con una goleada se despidió la Selección», «Marca mundial de Atalah en Skeet: 199 en 200», «Nacional de Atletismo. Beatriz Arancibia batió el record de pentatlón»[28]. Es sorprendente que en la víspera del Golpe nada sea contingente ni esté dirigido a preparar el derrocamiento o realzar el desgaste del gobierno popular y su presidente.

¿Acaso Salvador Allende piensa en esa frase que él mismo expresó hace seis años ante el Senado al realizar un homenaje al guerrillero Ernesto «Che» Guevara? Cuando parafraseando a San Juan de la Cruz[29] dijo: «Murió a tono y, por lo tanto, tendrá vida en todo»[30]. ¿Cómo será su propia muerte «a tono»?

En la UTE anunciaría un plebiscito

Ese martes 11 el presidente tiene compromisos en la Universidad Técnica del Estado, UTE[31]. Inaugurará una exposición de afiches, pero también hará un trascendental anuncio: llamará a plebiscito. El día 10 de septiembre la universidad y los alrededores, además de otros centros de estudios superiores, estarán repletos de «palomas» de 10x10 cm que anuncian con letras negras: «ALLENDE EN LA UTE. Martes 11, 11 hrs. Foro Griego, UTE»[32].

La noche anterior, Silvio ha estado de guardia desde temprano. Posteriormente, será requerido por «Mariano», Francisco Argandoña, quien es el encargado de la inteligencia del dispositivo de seguridad, para que le aporte información sobre los desplazamientos hacia la UTE.

Ellos sabían que yo venía de la UTE y la conocía entera, con sus entradas y salidas, por eso estuve ayudando a hacer el estudio de la situación operativa[33]*, para ver por dónde íbamos a entrar o salir, posibles conflictos y escapes. Me debo haber*

desocupado como a las dos de la mañana. Luego me fui al dormitorio, y en la cocina de la casa del presidente me encontré con dos compañeros: Pedro del Fierro[34] *y un pelao, que tenían preparado un plato con cinco sándwiches chicos [...]. Me tenían preparada una despedida de soltero muy simbólica y, además, otro detalle hermoso. Algunos de nuestros compañeros recibían canasta familiar y uno de ellos me regaló simbólicamente su canasta, porque yo iba a estar casado. Luego me fui a acostar, hasta que cerca de las cinco de la mañana un compañero de guarnición nos empezó a gritar que nos levantáramos, que era el Golpe y que nos pusiéramos ropa de combate, o sea cómoda*[35]*.*

Los días previos

Durante los últimos meses, cada vez se hacía más difícil y riesgoso para la comitiva del GAP circular por las calles de Santiago, sobre todo el trayecto hacia el sector oriente, a causa de las barricadas y constantes asonadas de los grupos opositores. En esas situaciones de riesgo, a los miembros de la escolta les preocupaban las provocaciones, las encerronas de manifestantes o de otros vehículos, que debían evitar a toda costa para no verse arrastrados a situaciones límite donde tuvieran que usar armamento (con el costo político y de imagen implicado). Ante estos eventos, la presencia de las escoltas de Carabineros y la Policía de Investigaciones, que abrían y cerraban los desplazamientos, era un apoyo inestimable. En el GAP recuerdan especialmente la encerrona frente a la Casa Central de la Universidad Católica, en plena Alameda, instigada por jóvenes gremialistas y trabajadores del mineral El Teniente que ocupaban la sede universitaria para juntar firmas con el propósito de exigir la renuncia de Allende[36].

Todo cuanto sucedía al interior de la residencia presidencial era sistematizado por la inteligencia del mando golpista, que recibía información sobre el GAP gracias al personal de la Armada que trabajaba en la casa: los sargentos segundos

Gastón Fernández y Carlos Ramírez, cocineros, que iban informando con detalle sobre los horarios, el armamento y los vehículos[37].

Las otras escoltas

Juan Seoane[38] es inspector de la Policía de Investigaciones de Chile y tiene a cargo la escolta presidencial que depende de ese servicio[39]. «Me entero del Golpe como a las 07:00, por el teléfono que el presidente había hecho instalar en mi dormitorio. Me avisan desde Tomás Moro y me dicen que hay un levantamiento y que el presidente va a bajar a La Moneda y que hay que mandar una escolta porque hay un levantamiento militar en Valparaíso»[40]. A partir de esa alerta, el inspector Seoane activa una cadena que estaba previamente establecida con sus hombres. «Yo llamaba a alguien y este otro tenía la obligación de llamar a dos o tres y así nos comunicábamos todos. El punto de reunión era La Moneda. Yo tenía que pasar a buscar a Carlos Espinoza, a José Sotomayor, a Fernando del Pino, Juan Collío y Douglas Gallego en un Chevy Nova negro»[41]. Mientras se desplazan, Seoane recibe por radio la comunicación de que el presidente, debido a la premura, ha bajado a La Moneda solo con la escolta de Carabineros y una escolta del GAP. Ese día las rutinas quedan sobrepasadas. Es una emergencia y se debe actuar según ordena la situación.

Como yo estaba en La Reina, decidí pasar un momento por Tomás Moro. Allí estaba Mariano a cargo del GAP y me dijo que no necesitaba nada. Entonces partí en

dirección a La Moneda y al salir de Tomás Moro, en una placita que se llama Martin Luther King, vi que había una patrulla militar compuesta por cuatro o cinco soldados. No me acuerdo que haya habido un vehículo junto a ellos[42].

El vehículo comandado por Juan Seoane continúa su trayecto. Todos sus ocupantes llevaban sus armas de puño, además de subametralladoras.

Yo tenía en mi casa municiones que también eché al vehículo. Tomamos Providencia, el Parque Forestal hasta Mapocho y posteriormente Teatinos y de allí derecho hasta La Moneda. En la calle Huérfanos había una barrera de carabineros con motos, pero nuestro vehículo lo conocía el carabinero que estaba en la moto, entonces nos abrieron el camino y antes de las 08:00 ya estábamos estacionados frente a Morandé 80[43].

El GAP: un objetivo temprano

La opinión que existía sobre esta escolta puede ser conocida al revisar algunos reportajes periodísticos de la época que, teniendo visiones muy distintas, habían aparecido en diversos momentos del segundo año de gobierno de Allende, es decir, en 1971.

En una de las escasas publicaciones favorables al GAP, el periodista Mario Gómez López[44] realizó para la revista Vanidades[45] un documentado reportaje a esta escolta presidencial. Con fotografías de los entrenamientos de karate y de las dependencias interiores de la residencia de Tomás Moro, incluidas la cocina y los dormitorios, el reportaje tenía el indesmentible objetivo de salir al paso de infundios y estereotipos orquestados por los medios antigobiernistas. Se trataba, en definitiva, de un texto concebido desde el cariño e incluso la admiración hacia los miembros de la escolta de Salvador Allende: «Un número elevado de jóvenes duermen, comen, estudian, reciben adiestramiento de todo tipo para proteger la vida del Presidente de la República. Ellos constituyen su guardia personal. Pero prefieren llamar a todo lo que se hace para cuidar la vida de Allende, dispositivo de seguridad». Luego, el reportero pregunta a un grupo: «¿Cuál es la ambición más grande que ustedes tienen?». Uno responde: «La mayor ambición es que si alguna vez alguien dispara contra el compañero Allende, la bala nos dé en el pecho a uno de nosotros».

Días después, la revista Qué Pasa[46] hizo una nota que estaba basada en el texto de Vanidades (que tuvo la exclusiva). Obviamente el enfoque fue distinto y es precisamente esto lo que permite construir un juicio sobre cómo era percibido el

GAP durante los años del gobierno de Salvador Allende y entender por qué se convertirá en el primer blanco de los golpistas.Antes que cualquier partido político de izquierda e inmediatamente después de Allende, el GAP será el primer objetivo por perseguir y aniquilar:

Los santiaguinos se han acostumbrado a ver pasar —a velocidades suicidas— a los tres Fiat 125 color calipso[47]*, idénticos, en uno de los cuales viaja el Presidente Allende. Justamente porque los tres autos son indistinguibles uno del otro, porque no llevan patentes, porque cambian a cada momento de posición correlativa y porque desde atrás no se ven las cabezas de los pasajeros (gracias a un respaldo adicional en los asientos) nadie puede saber en qué Fiat está Allende. [...] La anterior es la más espectacular de las medidas de protección que dispensa al Presidente*[48]*.*

Esta crónica buscaba llegar a conclusiones fáciles de adivinar:

Los observadores coinciden en que es necesario, o disolver el GAP o darle alguna forma legal, institucionalizarlo. De lo contrario, continuarán produciéndose dificultades como estas: rivalidad con Carabineros e Investigaciones [...] sospechas de que el GAP tiene acceso a arsenales distintos de los militares o policiales; infracciones legales, algunas nimias como la falta de patentes en los Fiat; dudas sobre el financiamiento del GAP [...] convicción de los propios GAP de que están por encima de la ley.

Entre otros eventos acontecidos durante 1971, Qué Pasa prefirió obviar la muerte del comandante en jefe René Schneider, los preparativos golpistas y otros intentos que habían puesto en riesgo la vida de Salvador Allende. En este contexto, fue el periodista Augusto Olivares, en su habitual columna en aquellos tiempos, «El striptease de la política», quien preguntó: «¿Por qué tanto interés de los opositores al Gobierno en privar a Allende de una protección especializada?». Y luego él mismo ofreció una respuesta:

La ventaja de debilitar la seguridad que tiene que rodear a un gobernante que toma resueltas medidas que afectan a capitalistas que aún mantienen un poder importante, es una de las metas más buscadas por los opositores, pero la otra es adormecer a personeros de la actual Administración, que tienen la tendencia a pensar que «todo ha sido superado desde el momento en que el Presidente Allende llegó a La Moneda». Un sector importante sostiene que el desarme alentará a los golpistas[49].

En el tiempo anterior al Golpe estas declaraciones cruzadas se acentuaron. Todo formaba parte de un plan más vasto: la conjura, como lo definiría la periodista Mónica González[50]. El golpe militar para derrocar a Allende y los atentados y cercos para quitarle la vida fueron objetivos importantes desde el primer día de su mandato. Y, dentro de estos, la demolición del GAP era una tarea prioritaria.

7:05

LA COMITIVA SALE DE TOMÁS MORO EN DIRECCIÓN A LA MONEDA



Salvador Allende



Jaime Sotelo Ojeda



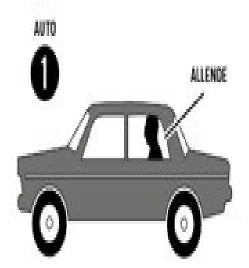
Juan Montiglio

AUTO 2



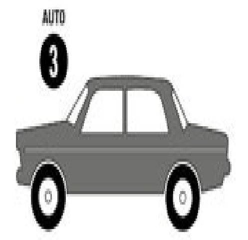
Fiat 125 azul
Conductor: *Eduardo*.
Copiloto: *Manque* (Osvaldo Ramos).
Asientos traseros:
Mauricio (Luis Fernando Rodríguez) y *Jano* (Daniel Gutiérrez Ayala).
Armamento: fusiles AK.

AUTO 1



Fiat 125 azul
Conductor: *Joaquín* (Julio Soto).
Copiloto: *Huaso Raúl* (Oscar Valladares).
Asientos traseros:
Salvador Allende y *Víctor* (Manuel Castro).
Armamento: fusiles AK, subametralladora MP y un revólver.

AUTO 3



Fiat 125 azul
Conductor: *Roberto* (Isidro García Herrera).
Copiloto: *Pablito* (Pablo Zepeda).
Asientos traseros:
Johnny (Oscar Lagos Ríos) y *Silvio* (Juan Osses Beltrán).
Armamento: fusiles AK y subametralladoras MP.

AUTO 4



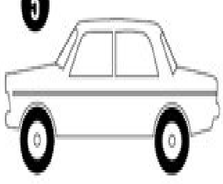
Fiat 125 blanco
Conductor: *Carlos Álamos* (Jaime Sotelo Ojeda).
Copiloto: *Aníbal* (Juan José Montiglio).
Asientos traseros:
Eladio (Renato González).
Armamento: fusiles AK

CAMIONETA 6

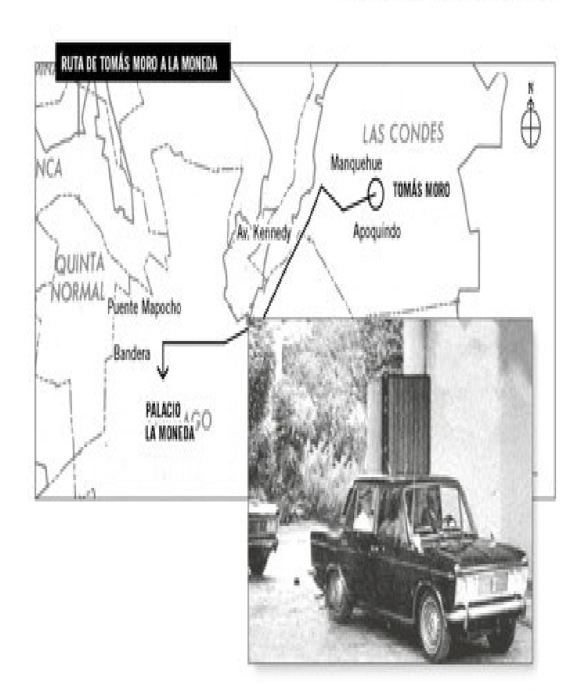


CAMIONETA ROJA CON AMETRALLADORA PUNTO 30 EMPOTRADA
Conductor: *Rubén*.
Copiloto: *Miguel* (Héctor Urrutia Molina).
Cabina trasera:
Chino Marcelo (Juan Vargas Contreras).
Armamento: fusiles AK, lanzacohetes RPG-7, ametralladoras punto 30 y abundante munición.

AUTO 5



Fiat 125 blanco
Conductor: *Chico Lalo* (Osvaldo Arteaga).
Copiloto: *Diego* (José Freire Molina).
Asientos traseros:
Rodolfo (Hugo García Herrera).
Armamento: fusiles AK.





notas

[1] Entrevista a Leonardo Cáceres, periodista y docente. El 11 de septiembre era el jefe de prensa de radio Magallanes. Se había desempeñado en el equipo pionero de Canal 13 TV y en otras radios y semanarios.

[2] El tiraje de la revista femenina Paloma alcanzó los doscientos ochenta mil ejemplares. Sus veintidós números fueron publicados quincenalmente entre noviembre de 1972 y septiembre de 1973.

[3] Quimantú fue la editorial estatal más importante durante el gobierno de la UP. Hizo múltiples publicaciones con tirajes de miles de ejemplares entregados en los quioscos y accesibles a un público ávido de conocimiento.

[4] Entrevista a Leonardo Cáceres.

[5] Juan Osses había reservado las 11:00 para contraer matrimonio en el Registro Civil de Huérfanos.

[6] Los autos que caracterizaban la comitiva de Salvador Allende eran los Fiat 125 de color azul. La escolta los había recibido nuevos y les realizó diversas modificaciones para adecuarlos a las exigencias de un dispositivo de seguridad presidencial. Max Marambio, exjefe del GAP, señaló que se fortaleció los amortiguadores y se modificó el sistema de carburación para dar mayor velocidad a los vehículos, «ya que la velocidad estaba vinculada con nuestro criterio de seguridad y por eso andábamos siempre rápido».

También se elevó los respaldos de los asientos traseros y se les adaptó un blindaje de acero, todo de manera artesanal. En Max Marambio, Las armas de ayer (Santiago: Random House, 2007).

[7] El 17 de mayo de 1966 Carabineros recibió los tres primeros carros blindados Mowag, modelo Roland 4x4. Estos vehículos de fabricación suiza fueron adquiridos para ser usados por miembros de la Escuela de Suboficiales en situaciones de alteración del orden público, ya que permiten disolver los desórdenes sin poner en peligro la integridad física o la vida del personal. El gran peso de los blindados (casi cinco toneladas) y, en consecuencia, su poder de choque, junto a su movilidad, potencia y capacidad de fuego, hacen de ellos un arma de combate eficaz. A partir del 11 de septiembre de 1973 su uso se intensificaría.

[8] Integrante del GAP. Luis Fernando Rodríguez Riquelme, Mauricio, tenía veintiséis años y sería parte del grupo de rehenes del Palacio de La Moneda que fueron trasladados al regimiento Tacna y desde allí, el 13 de septiembre, al Fuerte Arteaga, donde fue ejecutado y dinamitado al igual que sus compañeros.

[9] La Walther MP es una subametralladora o subfusil de origen alemán que emplea municiones calibre 9 mm; su cargador posee una capacidad de treinta y dos balas. Es un arma de culatín plegable y tiene un alcance de 200 ms.

[10] El taller donde se adaptaban y hacían las mantenciones quedaba entre avenida Vivaceta y la Panamericana en una calle de tránsito escaso. El lugar estaba compartimentado. Joaquín había estado allí en diversas ocasiones.

[11] Óscar Enrique Valladares Caroca, originario de Curicó y campesino,

militante del Partido Socialista y miembro del GAP. Era soltero y tenía veintitrés años de edad cuando fue detenido; hasta el día de hoy continúa desaparecido. Un hermano suyo, Julio del Tránsito Valladares Caroca, veintiocho años, casado, contador agrícola, fue detenido en Bolivia el 2 de julio de 1978 y entregado el 13 de noviembre de ese año a agentes de seguridad chilenos. También continúa desaparecido.

[12] El AK-47 es un fusil de asalto soviético de calibre 7.62 mm. Fue diseñado en 1942 por Mijail Kaláshnikov y entre 1947 y 1978 se convirtió en el fusil oficial de la URSS. Actualmente es el arma más utilizada en el mundo gracias a su fiabilidad en condiciones ambientales adversas (por ejemplo, puede disparar sin problemas aun después de haber sido sumergida en el barro). Su cargador tiene una capacidad de treinta cartuchos y su alcance efectivo es de 550 ms.

[13] Daniel Antonio Gutiérrez Ayala, «Jano» o «Chino Jano», tenía veinticinco años y era padre de dos hijos al momento de ser detenido junto a los demás rehenes de La Moneda. Fue llevado al regimiento Tacna y luego ajusticiado en Peldehue el 13 de septiembre de 1973.

[14] Entrevista a Juan Osses. Él precisa la labor que desempeñaban los conductores del GAP: «Tenían por propósito central conducir. No hacían guardia. Su dormitorio estaba aparte del nuestro, tanto en El Cañaveral como en Tomás Moro. Nosotros nos rotábamos la guardia toda la noche, ellos tenían que estar al 100% de sus reflejos, entonces el descanso era fundamental».

[15] Juan José Montiglio Murúa, «Aníbal Salcedo», tenía veinticuatro años, estaba casado y era padre de un hijo y una hija. Había estudiado Biología en la Universidad de Chile durante algunos años. Militaba en el PS. Fue detenido el 11 de septiembre de 1973 al salir el último grupo de personas que se encontraban al interior del Palacio de La Moneda. Fue trasladado al

regimiento Tacna, donde permaneció hasta el 13 de septiembre, fecha en que fue trasladado en un camión militar con destino desconocido. Hasta hoy permanece en calidad de detenido desaparecido. Al interior del GAP era jefe de la escolta presidencial.

[16] Jaime Gilson Sotelo Ojeda estaba casado y era padre de un hijo. Militaba en el Partido Socialista y se desempeñaba en la jefatura del GAP. Era originario de Calama y allí había participado en tareas clandestinas de apoyo a los guerrilleros bolivianos tras la caída del Che Guevara. El 11 de septiembre de 1973 se encontraba en el Palacio de La Moneda. Sotelo Ojeda, junto con medio centenar de personas, fue detenido y conducido al regimiento Tacna, donde permaneció hasta el 13 de septiembre. Al igual que Juan José Montiglio, fue trasladado en un camión militar con destino desconocido.

[17] En ese entonces la calle Bandera tenía tránsito hacia la Alameda.

[18] Entrevista a Julio Soto. «Nunca andábamos a velocidad normales. Por vía expedita [nos demorábamos] diez minutos [hasta La Moneda]; trece, catorce minutos máximo».

[19] Ibíd.

[20] El Regimiento Blindado N° 2, a cargo del coronel Souper, rodeó con tanques el Palacio de La Moneda. Sin embargo, se rendiría tras la intervención de las tropas leales, encabezadas por el entonces comandante en jefe del Ejército, general Carlos Prats. El alzamiento fue instigado por el abogado Pablo Rodríguez Grez, jefe del grupo nacionalista Patria y Libertad.

[21] Punto Cero es el nombre de un campo de instrucción próximo a La Habana que impartió instrucción militar a hombres y mujeres de diversos países de América Latina y otros continentes desde los años sesenta.

[22] Pinar del Río, al igual que Punto Cero, fue un campo de instrucción militar donde concurrieron diversas generaciones de jóvenes latinoamericanos. Estaba emplazado en un entorno rural y las instrucciones eran más prolongadas que en Punto Cero.

[23] El Cañaveral fue una de las residencias presidenciales de Salvador Allende. Se trataba de un complejo de tres casas dispuestas en A y ubicadas al lado del río Mapocho. El terreno tenía una extensión de treinta y hectáreas y se llega a él por un camino secundario a la altura del kilometro cinco de la carretera a Farellones. Su propietaria legal era Miria Contreras, la «Payita». En dicho lugar el GAP podía impartir las instrucciones propias de sus tareas. Desde allí salió «Bruno», junto con un grupo de integrantes de la escolta, para reforzar La Moneda. Sin embargo, fueron detenidos por una sección de Carabineros golpistas.

[24] En diciembre de 1971, Allende envío al Congreso Nacional una ley que creaba el Departamento de Seguridad de la Presidencia de la República. El proyecto indicaba que sus integrantes serían civiles autorizados para portar armas. Patricio Quiroga, Compañeros. El GAP: la escolta de Allende (Santiago: Aguilar, 2001), 58.

[25] Ibíd., 75 y 137.

[26] Hortensia Bussi Soto nació en 1914 y falleció en 2009 con noventa y cuatro

años edad. Contrajo matrimonio con Salvador Allende en 1940. Estaba titulada como profesora de Historia y Geografía y fue madre de tres hijas: Carmen Paz, Beatriz e Isabel. Tanto en su exilio como en su retorno a Chile fue una incansable y corajuda opositora a la dictadura y dedicó sus mejores energías a preservar el legado político del extinto mandatario.

[27] Entrevista a Juan Osses.

[28] El Mercurio de Santiago, Cuerpo A del 10 de Septiembre de 1973.

[29] Religioso español del siglo XVI. Es conocido por sus poesías que, desde la prisión o la soledad interior en que fueron escritas, han cruzado los siglos levantando admiración y creando escuela.

[30] Salvador Allende, homenaje en el Senado a Ernesto «Che» Guevara, 18 de octubre 1967.

[31] Actual Universidad de Santiago, USACH.

[32] La «paloma», que estaba firmada por Jornadas Antifascistas, tenía como leyenda central: «El Presidente de la República concurre a la exposición "Por la vida… siempre" y dialoga con los estudiantes y trabajadores universitarios de Santiago».

[33] Se trata del conocimiento de los espacios y sus rutinas.

[34] Militante del Partido Socialista e integrante del GAP que combatirá en La Legua.

[35] Entrevista Juan Osses.

[36] Entrevista a Julio Soto. «Nunca teníamos el mismo trayecto. Yo tenía la facultad de cambiarlo. A veces salíamos por Morandé 80, luego subíamos por Agustinas hasta la Estación Mapocho. Otras, subíamos por San Pablo hasta Mapocho, cruzando hacia al otro lado del río para después volver a salir hacia la Plaza Italia, como haciendo zigzag. Inclusive a veces salíamos a la hora de más tráfico, las seis de la tarde, y hacia arriba se hacía difícil. Utilizábamos harto Bilbao y también otras calles más pequeñas. Casi siempre llevábamos una escolta que nos iba abriendo camino. Eran dos motos y una patrullera de Carabineros adelante que tenía que parar el tráfico hasta que pasaban los tres autos de la escolta. Luego cerraba la policía de Investigaciones.

Para llegar a conducir un auto de la escolta se requería otro tipo de preparación. Había que aprender a conducir de otra forma, quizás con las formas de conducir autos de carrera. Saber que el que dirige el auto es uno. Hubo que pasar muchos cursos, y los autos estaban acondicionados sobre todo para correr. Desde el punto de vista mecánico, funcionaban con un rebaje de culata para que tuvieran mayor presión. Tenían dos carburadores, el tubo de escape era mucho más ancho que el de un auto común y corriente. Las cajas de cambios eran especiales, arregladas en Chile. Tenían velocidad y estabilidad, pero nos encontramos con el gran problema de que no podíamos pararlos con los frenos. Entonces había que hacerlo con las cajas de cambio, que tuvieron que ser adaptadas. A 150 o 160 km/h el freno no te lo detenía, entonces había que enganchar de cuarta a segunda para que el auto no se pasara de revoluciones. Ahí es donde juega el freno y después otro enganche. Esa es la forma como se trabajan los autos operativos, por ejemplo, en las curvas, cuando uno entraba a 150 o 200 km/h».

[37] Quiroga, Compañeros, 244.

[38] Entrevista a Juan Seoane y libro de su autoría: Los viejos robles mueren de pie. Relato autobiográfico de un policía leal (Santiago: Editorial Universidad Bolivariana, 2009). Él asume el cargo en agosto de 1971, luego de que el jefe anterior, Sergio Alcaíno, falleciera en misión de servicio durante un viaje desde Colombia a Perú.

[39] La escolta estaba compuesta por «veinticuatro personas, sin contar los choferes, y tiene a su disposición cuatro vehículos Chevrolet Chevy Nova que utilizan tres frecuencias de radio: la de Investigaciones, la de Carabineros y la de la Presidencia de la República (del GAP)». Ibíd.

[40] Entrevista a Juan Seoane.

[41] Ibíd.

[42] Ibíd.

[43] Ibíd.

[44] Mario Gómez López, periodista chileno de destacada trayectoria.

[45] Vanidades, 4 de junio de 1971, 6-11.

[46] **Revista semanal aún vigente. Durante el gobierno de la UP fue una publicación opositora a Allende.**

[47] **En realidad, los tres autos eran de color azul. El artículo de Qué pasa reproduce un error de Mario Gómez López.**

[48] **Qué pasa, 10 de junio de 1971, 4.**

[49] **«El striptease de la política», Clarín, 2 de junio de 1971. Augusto Olivares fue un periodista de firmes convicciones. Militó en el PS y el 11 de septiembre estuvo junto a Allende en La Moneda. Poco antes del bombardeo se quitó la vida de un disparo.**

[50] **La conjura. Los mil y un días del golpe es, seguramente, el libro más completo y riguroso para entender la conspiración para derrocar al gobierno de la Unidad Popular.**

CAPÍTULO TRES

Allende en La Moneda

Una fortaleza-palacio de 139 años

En papeles viejos se dice que el arquitecto romano Joaquín Toesca no llegó a Chile a construir el Palacio de La Moneda y que ese proyecto no estaba destinado originalmente a ser un palacio de gobierno. Esos mismos papeles destacan a Toesca como el «primer ingeniero militar y arquitecto auténtico que llegaba a América del Sur»[1]. Cuando él arribó desde Lima con veintiocho años y la mejor formación en su especialidad que podía ambicionarse en ese momento, lo esperaba su contratante, el obispo Manuel Alday, que requería terminar con prontitud las catedrales de Santiago y Concepción.

A poco de llegar, en junio de 1780, «el capitán general Agustín de Jáuregui contrató sus servicios para la confección de los planos de la nueva Real Casa de Moneda»[2]. En este nuevo encargo los palacios de Caserta[3] y Capodimonti[4] serían sus modelos. Con el paso del tiempo el Palacio de La Moneda será considerada «la única edificación de estilo neoclásico italiano puro en América»[5].

Toesca había aprendido a construir en los libros de Vitruvio[6] y ello significaba escoger siempre los mejores materiales. Usó cal de las canteras de Polpaico, arenillas del Mapocho y piedra colorada del cerro San Cristóbal. En maderas empleó roble para las vigas, además de espino, lingue y patagua provenientes de los, en ese entonces, extensos bosques sureños. Además, utilizó veinticuatro mil clavos de diferentes medidas, y los balcones que él diseñó fueron forjados por artesanos de Vizcaya. Para los dinteles y pisos empleó cerca de veinte tipos diferentes de ladrillos. La construcción y sus muros de más de un metro de espesor se alzaron en el solar de los Teatinos.

En 1846, el presidente y general Manuel Bulnes y la primera dama Enriqueta

Pinto fueron los primeros huéspedes del Palacio de La Moneda. Desde ese momento, con la salvedad de que se utilizó como lugar de trabajo y residencia, pasó a ser la sede del gobierno de turno. Con el transcurso del tiempo el edificio quedó encajonado entre las nuevas y más elevadas construcciones del barrio cívico[7]. Este hecho no será obviado por Rufián[8] y Pekín[9], los dos pilotos de guerra de la FACH, que se elevarán a tres mil pies de altura y, mientras sobrevuelan la Estación Mapocho, dispararán sus cohetes antiblindajes Sura P-3 contra el palacio construido por el virtuoso Toesca.

Ocupar posiciones

Luego de esos ocho minutos de trayecto, la comitiva presidencial arriba a La Moneda. La caravana de vehículos se detiene entre la puerta principal, por Moneda (frente a la Plaza de la Constitución), y la calle Teatinos. Dos tanquetas Mowag bloquean la esquina. Hay pocos carabineros en torno al Palacio de Gobierno. Los integrantes del GAP se bajan de los autos y miran arriba, hacia los edificios circundantes. La llegada del presidente y su comitiva crea una condición que determinará los acontecimientos de las próximas horas: los golpistas tendrán que ir por él al sitio de mayor simbolismo. Silvio recordará:

Allende se bajó y fue Raúl quien me dijo que me adelantara por la puerta principal. Antes abrí la maleta del auto y saqué una subametralladora Walther MP, porque con el apresuramiento se me había quedado el AK en Tomás Moro. Todos mis compañeros andaban con Kaláshnikov y un morral con tres cargadores y un total de ciento veinte tiros[10].

Un oficial de carabineros sale a recibir al presidente. Silvio, en tanto, ya está dentro del Palacio y percibe que los integrantes de la guardia de Carabineros están «muy nerviosos y asustados»[11]. El presidente ingresa a La Moneda escoltado por Mauricio a su derecha y «Miguel»[12] a su izquierda (Héctor Daniel Urrutia Molina). De esta escena quedará una fotografía. Allende luce tranquilo,

lleva puesto un casco de guerra y porta una Walther MP que cuelga de su hombro derecho e ingresa al primer patio de La Moneda. «Nosotros avanzamos copando y desconfiando de los pacos, porque la situación y la historia lo ameritaba. Éramos el último círculo»[13]. Allende también estaba acompañado por Danilo Bartulín[14], Aníbal y otros integrantes de su escolta y de Carabineros. Las miradas de los GAP vigilan los pisos superiores y las azoteas de los edificios de Teatinos, mientras la comitiva sube al segundo piso y el presidente ingresa a su despacho. El reloj de la Intendencia marca las 07:15.

Ese día, Carlos Álamos y Aníbal serán los jefes del GAP. Ellos darán las órdenes, determinarán los puestos de combate y asignarán misiones. Silvio queda bajo el mando de Aníbal. El dispositivo de seguridad se instala junto al presidente en el sector nororiente, formando una L entre las calles Moneda y Morandé. El resto del Palacio quedará cerrado y sin movimiento. Desde su despacho el mandatario dirigirá la resistencia, que durará casi siete horas.

Al mismo tiempo, en el frontis de calle Moneda, la Guardia de Palacio cumple con el protocolo e iza la bandera chilena con el escudo nacional en señal de que el primer mandatario se encuentra en el interior del edificio[15].

Silvio y «Manque» —Osvaldo Ramos[16]— ocupan sus puestos de combate muy cerca de la puerta de Morandé 80, junto a una gran ventana y con una muy buena visión para hacer fuego hacia la Intendencia y toda la esquina norte. Los emplazamientos del armamento, especialmente las ametralladoras pesadas, obedecen a dos lógicas. La primera, apuntar hacia afuera desde ventanales que ofrezcan suficiente protección y, la segunda, instalar armamento pesado y con gran cadencia de fuego a la subida de las principales escaleras para contener a los atacantes ante un eventual ingreso.

Aníbal de inmediato empezó a distribuir a la gente y me dijo que fuera a Morandé 80 y luego retornara. Lo hice e informé que la puerta estaba clausurada con cerrojo. Luego él nos asignó esos puestos de combate, frente a los estacionamientos, a mí y a Manque. Ese sitio era un problema porque el ángulo de tiro era muy estrecho. Aníbal también nos ordenó hacer el emplazamiento del armamento. Entonces tomamos unas ametralladoras punto 30 Rheinmetall MG-3[17], que usaban Carabineros y el Ejército. La primera la emplazamos en la escalera, arriba de la plataforma. Nos costó armarla porque

una de las deficiencias que teníamos es que desconocíamos ese material[18].

En total, los hombres que llegaron con el presidente esa mañana eran aproximadamente veinte. En La Moneda había dos GAP «de punto fijo y protección permanente, que se quedaban todas las noches. Escoltas éramos trece, luego estaban los chóferes con preparación táctica de tiro básica, pero muy buena preparación operativa como conductores, ellos tenían una jefatura, que era "Joaquín", el chofer del auto uno, pero todos por igual respondían al jefe de la escolta»[19].

Luego del arribo los conductores se trasladan con los vehículos a la «cochera» ubicada tras la Intendencia, en diagonal a la puerta de Morandé 80. Lo más importante era que desde estacionamiento tenían la posibilidad de acceder a las dependencias del Ministerio de Obras Públicas. Horas más tarde, este acceso sería providencial para el grupo del GAP, que desde los pisos del MOP hostigaría y conseguiría contener por algunas horas el avance de la infantería y los blindados del Ejército.

Los carabineros de la Guardia de Palacio se desplazan con sus fusiles. Lucen desconcertados y procuran estar cerca de sus generales, que están en La Moneda. Afuera todavía permanecen las tanquetas Mowag para proteger la casa de gobierno porque aún responden a sus mandos regulares. Sin embargo, la situación cambia de un momento a otro. Fuertes chirridos de neumáticos anuncian la retirada de las tanquetas.

El miedo comienza a instalarse. Hace algunos minutos un oficial de Carabineros declaraba su lealtad hacia el presidente. Ahora deja abandonado su fusil SIG, las cananas y un revólver Colt Caballito 38. Al mirar por la ventana, los escoltas de Allende ven al oficial entregándose a sus colegas golpistas con los brazos en alto. Para Silvio, esta deserción solo significa beneficios:

Yo tenía una Walther MP y sentía que necesitaba mayor poder de fuego y me agarré el fusil SIG de este compadre. Me coloqué las cananas blancas en mi cintura y me quedé con todo. Ese Colt Caballito era una joya, por eso lo envolví para regalárselo a mi hermano, que era el futuro cuñado que iba a tener ese día. En eso eran cerca de las 09:00 y me acordé que yo me casaba ese día.

Comenzaban a escucharse tiros y ráfagas, yo creo que desde las 08:30. Entonces, me metí debajo de una mesa y marque el teléfono de la que iba a ser mi esposa, con ella también estaba un grupo de mis amigos que querían participar de la ceremonia. Me atendió la Cata[20] *llorando y le dije que teníamos un pequeño problema. De inmediato le pedí que pusiera al teléfono a su hermano, Raúl. A él le dije que era el Golpe y que estábamos rodeados en La Moneda. Él me respondió que ellos eran como diez y se ofrecía a rescatarnos. Le dije que estábamos cercados en círculos concéntricos, que no podrían pasar, que los matarían y le corté. Ahí yo me morí para ellos*[21].

Cuando se retiran las Mowag parece estar claro que ese día no habrá «tropas amigas». Los integrantes del GAP que están junto a Salvador Allende asumen que están solos:

Allí nos quedó claro que éramos los únicos que estábamos defendiendo al gobierno popular. Hubo un sentimiento de soledad, pero también de decir: «Bueno, aquí estamos y vamos». Me acuerdo que conversaba con el Manque, nos mirábamos y sonreíamos mirándonos en el espejo del ascensor como cabros chicos, con las armas

dispuestas y actitud de combatientes. Fue un sentimiento de soledad que se acentuaría cuando el regimiento Tacna empezó a disparar. Ahí ya estábamos claros que éramos solo un puñado de combatientes con el presidente[22].

Ese fue el momento en que Raúl informó a los integrantes del GAP que, ante una eventual salida de emergencia, el orden de los escoltas en los vehículos cambiaría. Silvio pasaría al auto dos como copiloto. Todos esos eran preparativos rutinarios, pero esta vez, y dadas las circunstancias, parecían una forma de resistirse a lo evidente: nadie saldrá de allí en las mismas condiciones en que había ingresado.

Son cerca de las 08:00. El inspector de la Policía de Investigaciones Juan Seoane está a cargo de un grupo de funcionarios[23] de la escolta. Todos ellos ya se encuentran en La Moneda cumpliendo su misión constitucional: «En vista de la

gravedad de la situación llamé de inmediato a la Dirección General, comunicándome con el titular Alfredo Joignant[24]. Le dije que estaba en mi puesto de trabajo y que hasta ese momento habían llegado diecinueve funcionarios. Entonces, él me dio la instrucción de permanecer al lado del presidente para protegerlo[25].

Calle Morandé

Morandé es una calle estrecha. No tiene más de doce metros de ancho y en su primera cuadra, desde la Alameda hasta Moneda, bien podría ser un desfiladero: al oriente se extiende una línea continua y maciza de edificaciones que parte en la Intendencia y finaliza en el edificio corporativo del Banco del Estado[26]; al poniente se levanta el Palacio de La Moneda. Justo al medio está ubicado el Ministerio de Obras Públicas. Desde sus pisos superiores es posible ver la techumbre del Palacio de La Moneda, la Plaza de la Constitución, hacia el norte y, hacia el sur, el bandejón central de la Alameda. El copamiento de esta primera cuadra será crucial para avanzar hacia la esquina nororiente del Palacio de Gobierno, sector donde se ubicarán el presidente y sus acompañantes y que recibirá el mayor castigo del fuego de artillería y de los tanques M-41.

Joaquín ya ha dejado en la cochera el vehículo presidencial. Ahora cruza la calle para recibir órdenes de Carlos Álamos: «Él me dijo que esperara instrucciones y que mientras tanto hiciéramos mantención a los vehículos. Eso significaba echar bencina y que tomásemos todas las medidas por si era necesario salir. Eran ya las 07:30»[27].

La caída de Bruno

Miria Contreras, la «Payita»[28], ha partido en un pequeño vehículo a buscar refuerzos a Tomás Moro. En ese momento ya está en conocimiento de que el presidente se ha dirigido al Palacio de Gobierno. La residencia presidencial está

a cargo de Mariano. El testimonio de la Payita quedará expresado en una carta que hora más tarde escribirá a Beatriz

Allende[29]:

Mi apuro era llegar, según las órdenes, primero a Tomás Moro, para después llevar ayuda a La Moneda, pues tu padre así me lo había pedido [...] yo les rogué que me dejaran llevar a Bruno y a un grupo para ir a ayudar. Partimos con bastante suerte, pues a la salida de allí nos encontramos con un motorista de carabineros quien nos escoltó hasta Ahumada con Moneda y al llegar a la esquina de la Intendencia, empezó lo espantoso que ya te conté[30].

El apresamiento de Bruno[31] y sus compañeros[32] será el primer golpe a la moral combativa de los defensores de La Moneda y, al mismo tiempo, el indicio de la facción golpista del Cuerpo de Carabineros en ese perímetro. El reloj marca las 08:35.

El teniente José Baudillo Martínez Maureira es el oficial de guardia de la Prefectura de Fuerzas Especiales, que se encontraba al interior del edificio de la Intendencia de Santiago. Baudillo tiene bajo su mando al teniente Patricio de la Fuente Ibar, quien está a cargo de la sección de servicio, compuesta por alrededor de veinte funcionarios uniformados entre sargentos, cabos y carabineros. El teniente De la Fuente es uno de los oficiales a cargo del contingente que rodea el Palacio de La Moneda. Su sección apresa al grupo de integrantes del GAP y los mantiene como rehenes en el subterráneo de la Intendencia. Poco después, y caminando con las manos en la nunca en medio de un callejón conformado por carabineros, los hombres suben a un bus institucional para ser llevados detenidos supuestamente a la sexta comisaría.

A esa hora aún hay indefinición en Carabineros, pero a medida que transcurren los minutos los leales al gobierno serían cada vez más escasos. Seguramente esa misma situación, no del todo clara, inhibiría también la posibilidad de rescatar a esos primeros rehenes apresados en el edificio de la Intendencia, a muy pocos metros del Palacio. Es posible que el presidente sienta rabia e impotencia al escuchar los desesperados ruegos de la Payita pidiendo la liberación de los aprehendidos (entre ellos se encuentra el mayor de sus hijos: Enrique Ropert

Contreras)[33]. Lo mismo sucederá con los miembros del GAP cuando se vayan enterando, tanto en La Moneda como en el MOP, que muy queridos compañeros han sido apresados.

Yo me doy cuenta porque la Payita salió gritando: «¡Miren lo que le están haciendo a Bruno! Ábranme la puerta», y luego entró por la puerta de Morandé 80 desesperada. Nosotros teníamos la puerta del garaje abierta y vemos ese momento en que se retiran las tanquetas y todo el personal de Carabineros de tropa. Es justo en ese instante que viene llegando la camioneta y el otro auto. Los compañeros están por descender y son rodeados, porque de El Cañaveral bajan sin ninguna información de lo que estaba sucediendo y tampoco tenían radio[34].

Silvio, en tanto, no se ha percatado de la caída de Bruno y su grupo. A quienes están en La Moneda les sucederá con frecuencia que la visión de conjunto de los acontecimientos quedará trunca y tendrá que ser reconstruida con dificultad. Cada uno estará en lo propio, haciéndose presente en el espacio más inmediato. La velocidad de los acontecimientos impedirá comentar lo que sucede y en muchos casos ocurrirá que, a la hora del balance, cada sobreviviente tendrá su percepción y conocimiento inmediato de lo que le correspondió vivir, nada más.

Esas primeras horas están determinadas por el actuar del Cuerpo de Carabineros. Al margen de que algunos generales del alto mando permanecen dentro de La Moneda junto al presidente, lo cierto es que el cerco perimetral externo se repliega. Esa mañana de septiembre las señales no eran ni homogéneas ni claras. La maquinaria de los golpistas aún no está probada y sus engranajes tendrán que irse adaptando en el transcurso de las próximas horas. Lo inédito del momento determinará lo incierto de los movimientos de unos y de otros.

Un cerco cínico

El cerco de las fuerzas militares a La Moneda se asemejará a una película en cámara lenta. Pese a que los movimientos de las tropas han comenzado de madrugada, estas no se aproximan al perímetro del Palacio y mantienen una distancia que fluctuará entre algunas cuadras y un kilómetro. Las tropas están agrupadas principalmente hacia el sur del eje Alameda[35], arriba de transportes o a pie, pero a la espera de recibir la orden de avanzar. Se podría decir que están casi agazapadas.

Son entre las 07:30 y las 08:00. Desde la Alameda hacia el sur y frente a La Moneda se ha iniciado una concentración de tropas provenientes de los regimientos Blindado N°2, Tacna y Escuela de Suboficiales. En tanto, hacia el norte desde Mapocho, muy pronto se emplazará un batallón de la Escuela de Infantería de San Bernardo que arribará alrededor de las 10:00 a Plaza de Armas. Las calles Zenteno, Padre Alonso de Ovalle y las adyacentes al Parque Almagro, en el eje del paseo Bulnes, ya cobijan tropas en traje de campaña, dotadas de munición reforzada, muy atentas a las órdenes de entrar en combate. Lo visible solo serán los tanques M-41 del Regimiento Blindado Nº 2.

Al interior de los diversos regimientos de la capital, muy temprano se han impartido las órdenes y distribuido el equipamiento de combate, además de distintivos de identificación de los alzados, consistentes en cuellos anaranjados y brazaletes blancos estampados con tortugas. Por ello, más de alguien podría tachar el golpe militar del 11 como una operación somnolienta y remolona. Pero esa será una percepción en extremo engañosa. Los movimientos de tropas han comenzado la tarde del lunes 10 y han sido ininterrumpidos durante la madrugada del 11 de septiembre. Camuflados en camiones de transporte cubiertos con lonetas y en buses de turismo o pasajeros, se han movilizado centenares de efectivos provenientes de regimientos de provincias o desde Santiago mismo.

En realidad es el pequeño dispositivo presidencial el que ha ingresado a un cerco militar que ha sido abierto hacia el nororiente de Santiago. Y en ello hay una única y singular razón: la opción golpista del Cuerpo de Carabineros ha sido lenta y progresiva para evitar un enfrentamiento temprano. Se ha preferido esperar para que sea el avance del Golpe el que convenza a las distintas unidades de plegarse al pronunciamiento, dejando a un pequeño grupo de generales del alto mando aislados junto al presidente. Es una operación no exenta de riesgos, pero que en lo fundamental les funcionará exitosamente.

¿Qué esperaban los mandos operativos para cerrar el cerco a La Moneda? La confluencia de varios movimientos. El presidente debía llegar al Palacio, porque si lo hubiesen querido aprehender ya lo hubiesen realizado o al menos intentado. A la hora escogida por Allende para desplazarse de Tomás Moro a La Moneda aún no estaba resuelta la opción del Cuerpo de Carabineros. Interceptarlo hubiese significado una alta probabilidad de enfrentamiento con integrantes de la policía uniformada. Previamente era imposible, pues no podían prever si irían o no, a lo que se sumaba que ese traslado duraría muy escasos minutos y el personal de la Guardia de Palacio mantendría lealtad con el presidente hasta el retiro del cerco perimetral al Palacio. La lealtad de la policía uniformada duraría poco, pero lo suficiente para que el presidente y sus escoltas tuvieran un tiempo de preparación de lo que vendría.

Todos los desplazamientos de tropas se realizaban con los resguardos de una situación bélica declarada, atentos a que en cualquier momento podía acontecer un enfrentamiento. A esas horas no existía ninguna certeza de nada. El miedo estaba disperso entre civiles y militares, nadie quedaba exento de eso tan básico y humano que es preservar la vida, sobre todo en instantes en que era muy factible perderla.

Lo cierto es que, al arribo de la comitiva presidencial a La Moneda, ya había tropas prestas a salir de algunos regimientos o discretamente acantonadas tras el Ministerio de Defensa, y comenzaban a distribuirse por el barrio cívico. Todo aquello no sería visible desde la sede de gobierno, aunque estuviese ocurriendo bajo sus narices.

Parapetarse en el MOP

Joaquín recibe la orden de ocupar posiciones en los pisos superiores del Ministerio junto con el grupo de choferes. En la cochera presidencial descubren por casualidad una ventana que, tras romperla, les permite ingresar directamente al MOP. Desde los autos estacionados trasladan un pequeño pero significativo arsenal: un lanzacohetes RPG-7, una ametralladora punto 30, dos cajas de proyectiles y varios fusiles AK con sus respectivos módulos de combate.

De inmediato nos fuimos arriba con las armas, con todas las que teníamos en los autos. Subimos todos los conductores, o sea, un total de seis, además de otro que había sido chofer: «Patán» —Manuel Cortés—[36], que estaba en Santiago porque había llegado desde Chuquicamata con un amigo; Carlos Álamos lo había autorizado a integrarse. Así, nos juntamos un grupo de ocho y nos fuimos a los pisos de arriba. Cuando llegamos a ubicarnos pregunté quién sabía manejar la punto 30, y el único era Patán. Él se hizo cargo y su amigo tomó las dos cajitas y se llevó una metralleta. Había una RPG-7, que se la pasé a «Rubén», que trabajaba en El Cañaveral. Los otros tres choferes: Eduardo, «Roberto»[37] y el chico Lalo asumieron los fusiles. [...] El mando lo ejercí yo [quien habla es Joaquín][38].

Una vez dispuesto el grupo y asignados los ángulos de tiro que permitieran zonificar el fuego hacía la Alameda y la Plaza de la Constitución, Joaquín se instala en la oficina del ministro. Allí estaban los citófonos conectados con la presidencia que le permitirán comunicarse con su mando, situado al frente.

Entonces llamé a Carlos Álamos y él me dijo: «Mira negrito —porque nos conocíamos mucho— esta cosa va en serio. Ustedes tienen que hacer lo máximo, nadie se puede

rendir, nadie. Yo le dije que estábamos bien. Además me advirtió que cuando empezara

el combate no nos pusiéramos a disparar como locos. Así lo hicimos. Yo traté de

conversar con la gente, porque ese momento no era de dar órdenes, porque no éramos militares, sino compañeros. Y tendríamos que tratar de hacer lo mejor posible. Por eso cuando aparecieron las primeras tropas esperamos que ellos atacaran y eso debe haber sido como a las nueve de la mañana[39].

El teléfono de magneto[40]

Transcurridos tan sólo veinte minutos desde su arribo a La Moneda, Allende decide ocupar el teléfono habilitado para comunicarse con diversas radioemisoras que difundirán sus palabras, en un momento en que cientos de miles de personas en Santiago y todo el país estaban expectantes de noticias para esclarecer la incertidumbre de esas primeras horas. Se ha colocado el casco de guerra, que según recuerdos de Danilo Bartulín se lo facilitó el día del tanquetazo el malogrado edecán de la Armada Arturo Araya Peeters[41].

El presidente tomará contacto con la radio Corporación[42] a las 07:55 y solo dará información fragmentaria. Él no se puede adelantar en esos momentos dando por resuelto el alineamiento tras las fuerzas golpistas. Por ello, en su primer mensaje radial, focaliza en un «sector de la marinería y en Valparaíso» el levantamiento, a la vez que llama a los trabajadores a estar movilizados y atentos a las instrucciones de él, como compañero presidente. Asegura, también, que en Santiago no hay ningún movimiento extraño de tropas y que espera que la respuesta de los soldados de la patria sea positiva. En la percepción de sus partidarios y del público en general, el mensaje era hasta tranquilizador.

Por lo afirmado por Allende se podía evaluar que lo que estaba ocurriendo era una suerte de «tanquetazo dos», pero esta vez con marinos y alejado de los símbolos de poder y del lugar donde él se encontraba como máxima figura del gobierno. Pero la percepción presidencial estaba desfasada del nivel de maduración de los acontecimientos. A esa hora lo único por despejar era el grado de éxito de los sectores golpistas al interior de la policía uniformada, cuyo núcleo de mando se mantenía leal al mandatario, pero que progresivamente iba quedando desprovisto de mando efectivo. Quizás era esa misma situación la que podía llamar a equívoco por la importancia de la policía uniformada: tenía dislocación nacional[43], más que ninguna otra rama de las Fuerzas Armadas, y aún estaba protegiendo al presidente con un número significativo de efectivos y medios.

Cualquier enfrentamiento entre tropas del Ejército y Carabineros en ese perímetro no hubiese pasado inadvertido, porque desde muy temprano decenas de periodistas y

foto-reporteros de Chile y del extranjero cubrían los acontecimientos. Los más difíciles de controlar eran precisamente estos últimos, que ciertamente sabían

que enfrentaban sucesos altamente noticiosos y por lo tanto olfateaban una noticia histórica.

Es posible especular un poco respecto de los primeros mensajes de Salvador Allende. Han sido múltiples los llamados telefónicos que él y sus acompañantes han cruzado desde esa llamada de madrugada que alertó sobre los movimientos golpistas en Valparaíso. Por cierto, desconocemos el conjunto de variables que Allende estaría contemplando en esos febriles momentos. Lo que sí sabemos es que hasta el último instante conservará la totalidad de sus capacidades y su potencial de estratega, como lo demuestran las instrucciones que da a quienes le rodean, los llamados que recibe o hace hacia el exterior y cómo ,por último, rubrican sus mensajes radiales. Está absolutamente lúcido y consciente.

No se sabe si por extrema prudencia, incerteza en las informaciones o buscando influir con sus palabras en las correlaciones de fuerzas que estaban en movimiento, lo cierto es que el presidente ignora el despliegue de efectivos militares y el arribo de tropas desde las provincias. Las evasivas de los generales que responden los llamados o la falta de respuestas de otros parece no ser suficiente. Tampoco tendrá configurado el escenario del conjunto de las radioemisoras silenciadas en diversos puntos de la capital desde las primeras horas del martes 11 de septiembre. Aunque sus cinco mensajes radiales demuestren que nada de eso conseguirá acallarlo.

Son las 08:05. Este momento coincidirá con otro fugaz instante en que Salvador Allende, sin armamento ni casco de guerra, se asoma por una de las ventanas del segundo piso de La Moneda y saluda muy brevemente a un grupo de estudiantes secundarios del Instituto Comercial n.º 9, que lo vitorean con escasa conciencia del riesgo que están corriendo y de lo trascendental de la situación. La escena quedará registrada por la cámara del fotorreportero argentino Horacio Villalobos, que está de paso por Chile.

Veinte minutos más tarde del mensaje precedente, a las 08:15, el presidente vuelve a hablar por radio Corporación. Nuevamente se referirá a la insubordinación de la Armada en Valparaíso, pero agrega que ha ordenado que tropas del Ejército sofoquen a los golpistas y remarca que él confía que lo harán. Esa será una apuesta en extremo riesgosa, pero a esa altura el presidente tiene poco que perder.

¿Todavía espera una respuesta favorable de un sector militar o de Carabineros?

Lo desconocemos. ¿O acaso espera la movilización masiva de trabajadores como había ocurrido con la intentona del 29 de junio? Esto hay que descartarlo, porque insistentemente durante el transcurso de esa mañana buscará desincentivar los sacrificios y costos de vidas.

Luego, los mensajes radiales del presidente se verán interrumpidos por el primer bando de la Junta Militar. El último mensaje de Salvador Allende será pronunciado justo después que se dé a conocer esa primera proclama: el bando número uno, pasadas las 08:30.

El primer bando

De madrugada y luego de participar en el silenciamiento de las radios gobiernistas, llegaría al Ministerio de Defensa el periodista Federico Willoughby[44]. Al ingreso debía

intercambiar con la guardia un santo y seña acordado previamente por los conjurados. Él dijo «pescado» y le respondieron «frito» e ingresó como uno más de los conspiradores a un edificio que bullía en una inusual actividad.

Willoughby llevaba además en su bolsillo el brazalete de género elasticado con estampados que ese día identificaría a las fuerzas facciosas. De inmediato subió directo al despacho del vicealmirante Patricio Carvajal[45], comandante de las fuerzas que operarían ese día. Ese era el centro neurálgico del Golpe.

En el Estado Mayor de la Defensa estaba el Centro de Unidad y Combate: una mesa de varios metros de largo donde se encontraba el mapa de todo el país. Y arriba había un pasillo con gente que escribía en una pizarra el movimiento de cada ciudad y región. Viendo la mesa uno se daba cuenta cómo iba: Valparaíso copado, Linares copado, pendiente Concepción. A medida que avanzaba el día irán poniendo más banderitas en cada ciudad del mapa[46].

El periodista era parte de un exclusivo grupo de civiles de la máxima confianza de los golpistas. Entre ellos estaba el joven abogado Sergio Arellano, hijo del general homónimo, y otro periodista, Álvaro Puga, de radio Agricultura, que utilizaba el seudónimo de «Alexis». El joven abogado Arellano había cumplido antes una importante misión, había puesto sobre aviso a un determinado grupo de dirigentes del Partido Demócrata Cristiano, PDC[47], de la inminencia de las acciones golpistas.

La tarea de Willoughby y los otros civiles consistía en hacer la redacción de los borradores de los bandos que la Junta Militar iría emitiendo en el curso del día. En tanto, Roberto Guillard Marinot[48], en su calidad de oficial de telecomunicaciones del Ejército y hombre de confianza de los militares alzados, sería el locutor oficial, desde la radio Agricultura, de la primera proclama de la Junta Militar. Willoughby lo explicará en una publicación del 2012:

Yo, el día 11 de septiembre, tenía que explicar al país —con claridad, sin emociones ni tonos— que las fuerzas armadas se habían unido y tenían el poder de fuego y la decisión de producir cambios. Que no estaban solas, sino que estaban acompañadas por la civilidad. Dentro de ese entorno, era el vocero de gobierno y al mismo tiempo, en cierto modo, el símbolo de la civilidad. Y tenía que transmitir una imagen de fortaleza y de decisión en imponer los objetivos que se habían introducido el 11 de septiembre. Porque en la medida que fuese débil ese mensaje, fracasaba la unidad nacional que sería el combustible inicial, e iba a alentar a chilenos a no ubicarse en la realidad intentando levantarse u oponerse, y si lo hacían iban a morir. Mi violencia de advertir era una violencia que inducía a la no violencia. A que la acción fuera incruenta[49].

A las 08:42, la «Cadena Democrática» formada por las radios Minería y Agricultura emitirá el primero de los numerosos bandos de ese día:

A continuación damos paso a una red provincial y nacional de las FF.AA. Se invita a las radioemisoras libres a conectarse…

Desde el primer bando era posible enfocar cuatro ideas centrales que servirían como rayado de cancha en la evolución de las próximas horas de instalación del golpe.

En primer lugar, se demandará la renuncia o abdicación del presidente Salvador Allende. Sin disimulo, quedará explicitado que el máximo triunfo será verlo rendido entregándose en La Moneda, contradiciendo así lo que ha dicho y también lo que él ha sido:

Que el señor presidente de la república debe proceder a la inmediata entrega de su alto cargo a las Fuerzas Armadas y Carabineros de Chile.

En segundo término, este bando destacará la unidad de las fuerzas golpistas, para desalentar de inmediato cualquier idea de quiebre o apoyo a hipotéticas o eventuales fuerzas pro gobierno que pudieran constituirse:

Que las Fuerzas Armadas y el Cuerpo de Carabineros de Chile están unidos.

En tercer lugar, se aseguraba el monopolio de las comunicaciones por la vía de silenciar al gobierno y sus partidarios. Antes de este primer bando ya había ocurrido la operación de silenciamiento de diversas radioemisoras:

Que la prensa, radiodifusoras y canales de televisión adictos a la Unidad Popular deben suspender sus actividades informativas a partir de este instante. De lo contrario recibirán castigo aéreo y terrestre.

Y por último, se conminaba a que los santiaguinos se enclaustraran en sus casas y fueran espectadores pasivos de los acontecimientos, bajo la amenaza explícita de riesgo para su integridad física:

Que el pueblo de Santiago debe permanecer en sus casas a fin de evitar víctimas inocentes.

Este primer bando militar remarcaba la fuerza y obviaba la razón. El terror inauguraba el nuevo orden y las firmas de los jefes militares evidenciaban las operaciones de neutralización ocurridas en la Armada y Carabineros. Posteriormente y con el transcurso del tiempo se conocerían detalles del nivel de involucramiento y protagonismo de cada uno de los cuatro miembros de la Junta Militar[50], dejando en evidencia la conspiración y los tiempos de preparación que este movimiento cívico-militar había tenido.

Luego de que se conoce ese bando, el periodista de Canal 13 TV Claudio Sánchez se acerca a la puerta principal del Palacio de La Moneda justo en el instante en que está llegando el ministro del Interior José Tohá. No estará solo,

hay otros periodistas junto a él. Es el propio Sánchez quien rememora ese instante:

Rápidamente me acerque a él con Manuel, el camarógrafo: «Ministro, el bando militar de esta mañana dice que el presidente Allende debe entregar el cargo.

¿Qué opina?». «Mire, joven, los plazos los puso el pueblo y no las Fuerzas Armadas y el pueblo votó por que Salvador Allende fuera presidente de la república hasta el 4 de septiembre de 1976», me respondió Tohá con dignidad imponente[51]*.*

El compañero presidente se despide

El mandatario empleará radio Corporación para nuevas y cortas comunicaciones a las 08:45, y a las 09:03 emitirá el cuarto mensaje. Danilo Bartulín, quien se encontraba junto al presidente, describirá la escena:

Nos encontrábamos en el despacho. De repente el presidente Allende se dirige a su escritorio de trabajo, toma uno de los teléfonos negros a magneto con los cuales se comunicaba directamente con la radio y empieza a decir. «Aló aló, aquí habla el presidente, quiero dirigirme al país»[52]*.*

Luego será radio Magallanes, a las 09:15 o 09:20, según recordará el periodista Guillermo Ravest[53]: «Levanté el teléfono y dije: “¿Quién habla?”. “Ravest, compañero, necesito que me saquen al aire inmediatamente”», habría dicho el presidente. Y él le respondió: «Deme un minuto para ordenar la grabación». «No, compañero, preciso que me saquen al aire porque no hay tiempo que perder», replicó un exigente Salvador Allende. Este fue el momento en que el periodista Leonardo Cáceres, que muy de madrugada lo había visto salir en comitiva desde la residencia de Tomás Moro, deberá anunciar la última

intervención pública del Presidente de Chile.

Sin alejar la bocina de mi oreja y para que el mandatario me escuchara, grité a Amado Felipe —que era el control y se encontraba frente al tablero— que instalara una cinta, que iba a hablar Allende. Luego, corrí al micrófono para anunciar al presidente. Allende debe haber escuchado esos gritos y le pedí: «Compañero, por favor, cuente hasta tres y parta». Eran las 09:20, ese fue el último discurso. Nosotros seguimos transmitiendo después, porque ese discurso lo volvimos a repetir. Ya no había comunicación con La Moneda e incluso en algún momento, más tarde, cerca de las 10:00, nos armamos de no sé qué y llamamos por teléfono a La Moneda desde el mismo aparato de magneto para saber qué pasaba. Los teléfonos normales no funcionaban, el presidente hizo esas intervenciones y después qué sé yo a qué se dedicó. No habló más. Entonces nosotros repetimos eso dos veces y después tipo 11:00 y tanto de la mañana ya no estábamos saliendo al aire porque los militares habían llegado a la planta y, según el relato, un milico le pegó con la metralleta al tablero de los aparatos de transmisión y se llevaron a los periodistas y al plantero, que era un técnico[54].

Leonardo Cáceres tiene el recuerdo de que había mucha gente en radio Magallanes y que todos estaban muy nerviosos. Fue el director, Guillermo Ravest, quien le informó de lo que se sabía hasta allí del golpe militar. Al periodista Adrián Valenzuela lo mandaron a reportear al Partido Demócrata Cristiano en la Alameda, a otros a la Central Única de

Trabajadores[55], mientras un grupo debió partir en vehículo a la antena transmisora[56]. Hasta ese momento las apreciaciones y actividades que se decidían con el equipo de prensa partían del supuesto de que les sería posible reportear. Aún desconocían el bando n.º 1.

Cáceres proseguirá con su relato:

Estaba en el locutorio cuando Ravest dice: «Presenten al presidente». Había otro locutor que estaba conmigo en el locutorio. Cuando lo presento y digo: «Se

dirige al país el presidente de la república», Allende ya había comenzado a hablar sin esperar esa presentación y nos comemos la mitad de las palabras. Todos sentíamos que estábamos con mucha adrenalina y de repente nos avisan que no estábamos saliendo al aire. Ese último discurso lo transmitimos solamente nosotros[57].

Radio Magallanes haría de cabeza de esta red de emergencia que, pese a las amenazas y el peligro inminente, seguirá radiando la voz de Allende. El país y el mundo comenzaban a enterarse de los sucesos de Chile. Los santiaguinos lo apreciaban mediante diversos signos. Camiones con soldados en tenida de combate y sus fusiles erizados cruzando las principales calles, mientras aviones rompían la barrera del sonido y los desplazamientos de la locomoción pública o vehículos eran dificultados por desvíos de tránsito y controles militares y policiales. Las calles comienzan a quedar vacías, mientras grupos de personas se juntan en torno a receptores de radio. Esa sería la forma para saber lo que estaba aconteciendo. A partir de este momento se repetirían las palabras que Allende había pronunciado hace poco menos de una hora y que algunas radioemisoras aún en el aire seguirían reiterando. El periodista Carlos Jorquera dirá:

Este dominio de sí mismo es la razón que explica cómo pudo decir ese discurso conmovedor de las grandes Alamedas: sentado en su silla presidencial y agachado para proteger mejor la frágil acústica del teléfono que lo comunicaba con la única emisora democrática que aún sobrevivía, con su casco en la cabeza, la metralleta al lado, su mano derecha sosteniendo el fono y cubriéndolo con la izquierda, para que sus palabras postreras pudieran llegar a los oídos que siempre fueron los que más lo apremiaron: «¡Trabajadores de mi Patria!»[58].

¿Qué tiempo tuvo Allende para preparar estas palabras en medio del ajetreo de la situación que ha vivido en el Palacio de Gobierno? Diversos testimonios indican que fueron dichas en una suerte de improvisación reflexiva, acentuando la serenidad que cualquier persona podría tener en una situación de esa naturaleza. Muchas veces Salvador Allende había improvisado sus palabras solo a partir de

algunas ideas básicas. Por años se fue formando como un avezado orador, pero nada podía compararse con las condiciones de este último discurso que, por lo demás, estaban en directa relación con su porfiada insistencia en arribar a La Moneda y permanecer allí. En esa decisión Salvador Allende reafirmaba su convicción republicana a ultranza, y también buscaba subrayar la dignidad de su cargo. Más allá de las armas que utilizó y el combate y resistencia de horas que encabezaría, no hay que confundirse con las apariencias. La de Allende no es la actitud de un guerrillero, sino la de un presidente republicano que defenderá hasta el final la legalidad existente, la Constitución, el mandato para el que fue elegido por su pueblo y, con ello, los cambios que estaba implementando su gobierno.

En su último mensaje encarará a los golpistas, a unos sin nombrarlos, a otros ridiculizándolos y a todos tratándolos como traidores. De inmediato les reiterará lo que ha repetido desde hace años: él no renunciará. «Colocado en un trance histórico, pagaré con mi vida». Al cerrar se despedirá de quienes lo han acompañado en su dilatada trayectoria anunciando que serán perseguidos. Como un padre dirá: «Deben defenderse, pero no sacrificarse. Siempre estaré junto a ustedes». Y por último dando por cerrado el capítulo, asumiendo la derrota de la jornada, vendrá esa proyección al futuro: «Superarán otros hombres este momento gris y amargo».

En la radio Magallanes quedarán impactados con las palabras del presidente y asumen que estas sellarán esa decisión de no salir con vida de La Moneda.

Nosotros pensábamos que se estaba jugando el destino de Chile. Quizás no podíamos calibrar todas las implicancias, pero estábamos claros de que vivíamos un momento histórico. Yo creo que el presidente Allende tenía la cuestión muy pensada, probablemente muy elaborada. Él había dicho varias veces, en distintas oportunidades y tiempos, que no lo sacarían de allí sino muerto.

Muchos años más tarde, la escritora chilena Diamela Eltit interpretará esas últimas palabras y momentos de Salvador Allende.

El que iba a ser su último discurso presidencial, un discurso que se emitía desde la casa de gobierno y que, más allá de su carácter de dramático documento histórico, invocaba a los trabajadores, al devenir democrático y llamaba a mantener una cautelosa resistencia y, en el interior de la cautela que el discurso pedía a los simpatizantes y devotos, podía inferirse los signos depresivos de un líder enfrentado a la situación de un golpe de Estado que a esa hora, él ya sabía y nosotros sabíamos —atendiendo a los matices decaídos de su tono— se había vuelto irreversible[59].

Muchos de quienes lo acompañaban esa mañana no escucharon sus palabras al interior de La Moneda, mientras centenares de miles de personas las recibieron en tiempo directo o las comentaron con nerviosismo. La emoción contenida de muchos era para otros el anticipo del triunfo del golpe militar. Unos pocos las podrán conocer en defectuosas cintas de casete que más tarde circularían de manera clandestina, de mano en mano o a través de la escucha de los programas de emisoras de onda corta desde el exterior[60].

No cabe duda de que ha sido la temprana resistencia armada en La Moneda, el MOP y en otros sitios de ese perímetro lo que ha creado las condiciones para que el presidente pueda pronunciar esos cinco últimos mensajes. Ello unido a la decisión y disponibilidad de equipos humanos y técnicos, dispuestos en algunas radioemisoras, que se atreverán a desafiar los intentos por silenciarlos y también las reiteradas amenazas contenidas en el bando n.º 1.

En ese contexto, la decisión de Allende de trasladarse al Palacio de La Moneda y permanecer allí parecerá tener absoluta coherencia, dada la incertidumbre de las otras alternativas respecto al nivel de madurez de la ocupación y cerco de Santiago. Pero lo que no se entenderá de la misma forma será la rendición, en circunstancias de que hay armas y disposición a emplearlas, ya que no existe ninguna seguridad de que esos militares respetaran la condición de prisioneros de guerra de los combatientes del GAP. Todos los indicios apuntan a lo contrario.

La decisión de Salvador Allende y la forma como será tratado el mando golpista a lo menos desde La Moneda responderán incontrastablemente a la trayectoria, percepción y decisiones del líder. Todo lo demás pasará a ser accesorio. ¿Desde qué otro sitio de mayor simbolismo Allende podía declarar que quienes violaban la Constitución y las leyes eran los golpistas y el arco político y empresarial,

interno y externo, que los respaldaba? ¿Desde qué otro lugar hubiese podido contar el presidente Allende con ese providencial teléfono de magneto conectado con algunas radioemisoras? ¿Desde qué otro escenario habría podido resistir al menos por algunas horas ese poderoso cerco militar?

A partir de ese último mensaje, habiendo optado el Cuerpo de Carabineros por sumarse al Golpe y cerrándose en torno al Palacio de Gobierno el cerco de blindados y tropas de

infantería, el tiempo se terminaba. El desenlace del cerco y toma del La Moneda llegaría antes o después, pero las posibilidades de resistir tendrían más que ver con la épica y la dignidad que con la posibilidad efectiva de incidir en la correlación de fuerzas político-militares.

Luego del primer bando de la Junta Militar estaba todo claro. No se produciría un quiebre en las Fuerzas Armadas y la duda respecto a Carabineros estaba despejada.

Tampoco sucederían movilizaciones masivas de trabajadores, porque en esas condiciones de magnitud y decisión de empleo de la fuerza solo podía ser un martirologio. Y será ese el momento en que Salvador Allende procederá a actuar con rapidez en lógicas distintas en su significación y temporalidad. Una será respecto a lo inmediato, en vida, y la otra dimensión será la histórica, cuando él esté muerto.

En la primera, buscará reducir el grupo de quienes se queden junto a él, pero eso no funcionará. Permanecerán sus asesores políticos, la escolta de Investigaciones completa y el grupo de médicos, preocupados de una emergencia que a esa altura parecerá tener muy poco sentido. El mayor problema es que las percepciones existentes entre quienes se quedan son distintas, porque lo que los diferencia es la decisión de algunos de combatir hasta el final y la de otros de buscar el espacio a la negociación para salir con vida de ese trance. Y eso el único que podrá administrarlo y finalmente resolverlo será Allende, el líder.

En la segunda dimensión, la de la proyección, buscará la forma de transformar la derrota en victoria, aunque sea simbólica. Su último mensaje será parte de ese esfuerzo postrero y desesperado. Después de sus palabras por radio Magallanes, Allende esperará el mejor momento para maniobrar en esa compleja situación hasta decidir cuándo morir. Su victoria será frustrar el escenario que esperaban

sus enemigos: verlo salir rendido, entregarse, afectando así su dignidad, investidura y trayectoria.

En ese momento que resta, Allende se concentrará en preparar y participar de la resistencia en La Moneda. Liberará a todos quienes no puedan o no quieran tomar las armas. Salvo los GAP, nadie tendrá obligación de quedarse, y todo ello deberá hacerlo antes del bombardeo, que según anunciaban los facciosos ocurriría en dos horas más, a las 11:00.

Carabineros: del desconcierto al repliegue

Es necesario diferenciar los roles de la escolta de Carabineros asignada al presidente, a cargo del capitán Muñoz, y la Guardia de Palacio.

El capitán José Tobías Muñoz Salas, jefe de la escolta de Carabineros, es quien testimonia que esa mañana hubo mucho movimiento de personas en el Palacio de La Moneda: dirigentes políticos, ministros y asesores. Porque a esas horas el cerco aún posibilitaba salir o entrar a la manzana sitiada.

A las 10:30 concurrió el general director José María Sepúlveda Galindo y el general subdirector Sergio Urrutia, que permanecieron hasta alrededor de las 11:30 horas. Por nuestra parte recibimos instrucciones del presidente y del alto mando de Carabineros de tomar las medidas de defensa del Palacio de La Moneda, por cuanto había movimientos de tropas en el exterior. Recuerdo que la Guardia de Palacio se retiró del edificio como a las 10:30 aproximadamente, cubriendo nuestro dispositivo sus

acciones [...] En esos momentos conversamos con la gente del GAP y de Investigaciones con el fin de distribuir las fuerzas al interior. A esa hora había una balacera, que eran ataques directos al Palacio, por lo que la situación era bastante grave y seria. Más tarde escuchamos por la radio la proclama emitida por la Junta Militar que se autodesignaba, entre los cuales se nombra como general director de Carabineros al general Mendoza, sin embargo el general

director se encontraba junto a nosotros. Ahí comenzó el desorden de carreras y movimiento de gente, donde cada uno cubría diferentes sectores[61].

Poco más tarde, el presidente citará al mando de Carabineros a una reunión a su despacho. Les agradeció su lealtad y les ordenó retirarse del lugar. Posteriormente fue el general director quien reiteró la orden a sus hombres y él también se retiró con una pequeña protección. En tanto, el dispositivo de seguridad presidencial encabezado por el capitán José Muñoz se replegó al denominado Cuartel Uno, ubicado en el subsuelo de la Plaza de la Constitución. Según el capitán Muñoz, todos estos movimientos habrían sucedido alrededor de media hora antes del bombardeo[62].

Otro testimonio significativo de lo que ocurrió con Carabineros en esas primeras horas será el del entonces teniente Carlos Adolfo Dondero Lencioni, quien se desempeñaba como integrante de la escolta del presidente Salvador Allende, conformada por un total de dieciséis funcionarios.

El martes 11 el oficial Dondero no se encontraba de servicio, pero al informarse de lo que estaba sucediendo igual se presentó en La Moneda, «ya que procedía el acuartelamiento». El oficial de turno o semanero era el teniente José González Chávez, que no había alcanzado a llegar. Así relata esos momentos el teniente Dondero:

Al advertir que el Palacio Presidencial estaba siendo rodeado por tanques, concurrí a conversar con el general Sepúlveda Galindo, en ese instante director de la institución, que junto a otros cuatro o cinco generales estaba acompañando al presidente Allende. Cuando los tanques efectuaron algunos disparos de advertencia, bajé a conversar con la Guardia de Palacio a cargo de Carabineros y pude advertir que ésta se había retirado [...]. Luego de ello, recibimos instrucciones de asumir la defensa de todo el primer piso del Palacio de La Moneda, ya que el segundo sería resguardado por el GAP y la escolta de Investigaciones [...]. Aproximadamente a las 11:00, ante la inminencia del bombardeo, el presidente Allende autorizó que nos retiráramos. Primero lo hizo el general Sepúlveda, quien salió por calle Morandé y se dirigió a pie creo al Club de Carabineros. Posteriormente salimos la totalidad de la escolta

presidencial, pero por Teatinos, dirigiéndonos al subterráneo que estaba ubicado frente al diario La Nación, por Agustinas, el que era llamado el Cuartel Uno, que era el garaje donde guardábamos los vehículos. En instantes que caminábamos por calle Teatinos, sentimos un ruido parecido a la caída de un saco, que resultó ser el comienzo del bombardeo a La Moneda[63].

La situación se tornaría aún más crítica. Resultaba evidente que los refuerzos esperados no llegarían y que los defensores de La Moneda quedarían reducidos al GAP y la escolta de Investigaciones, o sea, entre treinta y treinta cinco hombres.

La Guardia arranca

El último cambio de guardia en el Palacio de La Moneda se había realizado el lunes 10 y el próximo correspondía hacerlo el miércoles 12. La rutina de cambiar la guardia cada

cuarenta y ocho horas había quedado instaurada en 1851 por el primer presidente que ocupó La Moneda, el general José Manuel Bulnes. En 1908 se haría cargo la Escuela de Carabineros y en 1932, durante el gobierno de Arturo Alessandri Palma, la protección de la Casa de Gobierno sería exclusiva responsabilidad del Cuerpo de Carabineros de Chile y para ello se dio origen a un escuadrón de ametralladoras denominado Grupo Guardia de Palacio.

El sargento primero Balbino Segundo Torres Roa está orgulloso de ser parte del Grupo Guardia de Palacio, porque tiene el convencimiento de que lo conforman solo hombres selectos, especialmente escogidos de entre las filas de Carabineros por sus condiciones físicas y cualidades morales.

El año 1955 fui destinado al Palacio Presidencial, específicamente a la Guardia de Palacio [...]. En esta Unidad permanecí aproximadamente dieciocho años, hasta el día 11 de septiembre de 1973, ya que al día siguiente la Guardia de

Palacio fue trasladada al edificio Diego Portales. [...] Mi jefe directo era el teniente Ferreto Mellafe. Esta guardia estaba compuesta por tres secciones, que en total sumaban 70 funcionarios. El 11 a mi sección le correspondía estar de guardia, me encontraba de turno desde el día anterior junto a otros carabineros, de los que recuerdo a los sargentos Saldías y Venegas. Esa mañana por instrucciones del teniente Ferreto se cubrieron con funcionarios todos los puntos de acceso [...] fui designado como comandante de guardia, debía mantener bajo mi custodia la llave de la escala de mármol, sin recordar a qué hora exactamente la tuve que utilizar para que el presidente y sus escoltas subieran al segundo piso [...]. Posteriormente, una vez que abrí la subida de la escala al presidente, comencé a buscar a mi teniente y a los demás carabineros, percatándome que estos ya no estaban en sus puestos y que habían abandonado el Palacio Presidencial. Acto seguido y sin tener órdenes o instrucción decidí abandonar el puesto de guardia y La Moneda, dirigiéndome solo hacia la puerta de Teatinos [...] trasladándome a la 3a Comisaría en calle San Pablo. Allí me reencontré con los demás carabineros de La Moneda, y al teniente Ferreto le di las gracias por no haberme avisado que debía salir de La Moneda, quien sin contestarme me dijo: «Sálvese quien pueda». Quince minutos después de haber llegado a la 3a vi pasar los aviones que atacaban La Moneda, ante lo cual mis colegas me señalaron que me había salvado de morir en ese lugar[64].

Lo efectivo es que el Grupo Guardia de Palacio se desmoronó ese día. Sus mandos no obedecieron a nada más que el temor a ser heridos o muertos en un combate. En este caso, ni siquiera esperaron órdenes de sus mandos inmediatos o del alto mando institucional que estaba junto al presidente.

El Cuerpo de Carabineros de Chile ese día escribiría una de las páginas más oscuras de su historia institucional. Su general director, José María Sepúlveda Galindo, era reemplazado de facto por uno de los últimos generales en el orden de sucesión y, luego de ser autorizado por el presidente, tuvo que correr a refugiarse en un casino institucional. El ejemplo para los integrantes de la Guardia de Palacio no era enaltecedor. Luego se produciría la

desbandada de la que darán testimonio el capitán Muñoz, el teniente Dondero y el sargento Torres. En los carabineros que estaban en La Moneda a esas horas la moral combativa era mínima y la incertidumbre respecto del futuro máxima.

Atrás quedaba ese otro día, el 29 de junio de 1973, en que el propio presidente Allende, ante cientos de miles de hombres y mujeres, rindiera un público y sentido homenaje al teniente Pérez, oficial de Carabineros a cargo de la Guardia de turno que mantuvo la entereza ante los llamados a rendición de los oficiales del Regimiento Blindado N° 2 que cercaban y disparaban contra el Palacio de Gobierno.

Se inicia el combate

Ya teníamos la visión de que estábamos rodeados por un primer círculo que iba a empezar a hacer fuego. Después evidentemente venía otro, que es donde caen los compañeros que venían de Tomás Moro. Suponíamos que eran por lo menos tres círculos concéntricos en torno a La Moneda. Habían instalado artillería pesada en la plaza Bulnes —cañones 105 mm— y tanques que disparaban hacia La Moneda y, por esa misma calle, comandos francotiradores metidos en los techos de los ministerios que quedaban en Teatinos[65]*.*

Entre las 09:30 y las 10:30 se intensifica progresivamente el ataque de las fuerzas que integran el cerco militar a La Moneda. El repiqueteo de las ametralladoras punto 30 y punto 50 emplazadas en los tanques comienza por el costado de la Plaza de la Constitución más próximo a la oficina presidencial. De inmediato hay respuesta de fusilería tanto desde La Moneda como de los edificios que rodean la plaza. El intercambio es ensordecedor. Los tanques buscan crear las condiciones para avanzar junto a las tropas de infantería, pero no pueden lograrlo a causa de la intensidad del fuego. Los soldados retroceden, pegan sus cuerpos a los blindados M-41 para resguardarse o se parapetan bajo los escaños; algunos, incluso, se acuestan en el pavimento.

Silvio relatará esos instantes retrocediendo muchas décadas y, aunque le pregunten una y otra vez, siempre dirá lo mismo, porque esos momentos los tendrá literalmente grabados a fuego.

Luego empieza una fuerte batalla, los disparos de las punto 50 emplazadas en los tanques sonaban como cuando se le pega a un techo de zinc, y sus balas botaban pedazos de muro y armaban llama. Tras ese fuego avanzaba la infantería. Ellos eran nuestros blancos porque nos dábamos cuenta de que tenían miedo de avanzar. Recuerdo una escena donde un sargento con pistola en mano apuntaba a los pelaos para que avanzaran. También recuerdo a un pelao grandote corriendo con una punto 30 y cintas de balas que le colgaban. A ese le llegó un tiro y se dio una vuelta de carnero y el armamento cayó al pavimento. Se armó la gritería y nadie fue a recogerlo. Tuvimos como táctica botar a los servidores de las armas más letales: las bazucas y las ametralladoras pesadas, porque nadie las recogía, ya que sabían que se transformaban en blanco. Para nosotros estaba claro que un blindado en la ciudad atemoriza, pero es ciego porque no tiene visión periférica y necesita ir protegido por infantes, por eso nunca un tanque trató de botar la puerta de La Moneda, significaba arriesgar demasiado[66].

Pero, ¿qué hacían mientras tanto las tropas que avanzaban por Morandé?

Retiraban a sus heridos y después tomaban posiciones para no moverse mucho. Los que más se movían eran los de la Escuela de Fuerzas Especiales, que trataban de acercarse para ingresar. Porque una cosa es la teoría y otra la práctica. Cuando cae el primer muerto o un herido grita o aúlla en un combate el pánico es muy grande. Y por eso estaban los tipos apuntándole a su tropa. Nosotros sabíamos que no podían pegarse a las murallas de La Moneda, donde habríamos quedado ciegos nosotros. Si hubiera sido por el frente no había forma de protegerse, pero no se atrevieron. Estaba toda la artillería de ellos en la plaza Bulnes, lejos, no podían entrar por Morandé por el hostigamiento de fuego de nuestros chóferes que estaban bien parapetados con los Kalashnikov, que son espectaculares, y las ametralladoras pesadas que subimos a los autos, las Browning. Y si iban por el frente, los tomábamos nosotros. Ellos disparaban con varios cañones y tanques desde la Plaza Bulnes y también había mucha infantería que se atrincheraba detrás de sus blindados por el frente, por la Plaza de la Constitución. Para todo lo que hicimos como escolta, no hubo ningún ensayo, era la orden de combate generada desde nuestra jefatura ante la situación combativa que se estaba planteando[67].

Julio, conductor del auto uno, donde iba el presidente, se encuentra junto a siete de sus compañeros disparando desde los pisos más altos del MOP. Todos están ilesos, el esfuerzo físico es intenso. Deben cambiarse de ventanas y de pisos para no ser detectados y corren con las armas, que con el paso de las horas parecen aumentar de peso. Además, deben

medir la efectividad de cada proyectil. En otros pisos se encuentran decenas de funcionarios del Ministerio, hombres y mujeres que han quedado atrapados en las oficinas y que saben que por el frontis se estará librando un combate muy duro.

Nos colocamos arriba del Ministerio, en los ventanales, porque en el sobre techo había milicos o pacos que estaban disparando. También lo hacían desde el Ministerio de Defensa. Desde arriba se veían tanques, camiones con tropas y también tropas de infantería. En torno a La Moneda se estaba armando la balacera, pero nuestra visión del Palacio era desde arriba. Nosotros podíamos ver el diario La Nación e incluso el Hotel Carrera, teníamos una visión de todo eso. Y por el otro lado el Metro en construcción, y por ello veíamos cuando cruzaban con sus tanques por Teatinos y se trataban de meter hacia La Moneda. Cuando les disparábamos se tiraban al hoyo del Metro, cuidándose del rebote de las balas[68].

En diagonal a los tiradores del GAP ubicados en el MOP estaban las dependencias de la embajada estadounidense en Santiago[69]. Allí se encontraba el embajador Nathaniel Davis junto a un grupo de funcionarios de la representación diplomática. Su versión de esas horas de combate en torno de La Moneda las expresará tiempo después en un libro de su autoría:

Al otro lado de la plaza de la Constitución, en la Embajada de los Estados Unidos, nosotros cumplíamos como podíamos de nuestra obligación de informar a Washington de los acontecimientos [...]. El oficial agregado de Defensa llamó por larga distancia a la Agencia de Inteligencia de Defensa [...]. Los teléfonos

locales funcionaban sin interrupción y podíamos hacer y recibir llamadas. Los francotiradores rompieron casi todos los cristales de la novena planta, el piso más alto de nuestras oficinas. Posiblemente a causa del ángulo, las séptimas y octavas plantas fueron alcanzadas por muchas menos balas. El cuarto de archivo, amplio y casi totalmente interior, se convirtió en una especie de cuartel general que [...] marines aseguraron con colchones en las dos o tres ventanas [...] todas estas tropas intercambiaban disparos con los GAP de La Moneda y con los francotiradores de los edificios colindantes. Al sur del Palacio, una gran excavación del Metro de Santiago formaba una especie de foso. Había un puente de tablas sobre este, pero cualquier soldado que cruzase el puente estaba expuesto al fuego de La Moneda. Algunas tropas que intentaban avanzar fueron objeto del débil fuego desde el alto andamiaje del rascacielos Entel[70]. Después que muere un sargento[71] el general Palacios ordenó a un tanque abrir fuego contra el edificio derribando el andamiaje[72].

A esas horas la batalla de La Moneda estaba en su apogeo. Pero todo tenía un predecible final. La gesta comenzaba a abrirse un lugar en ese pesado libro que es la historia. Salvador Allende y menos de una treintena de combatientes optaban por resistir hasta el máximo de sus posibilidades. El bombardeo ya estaba próximo. Lo anunciaba la cadena radial de los alzados y también lo recordaba el rugir de aviones de guerra sobre Santiago.

La ausencia del Buin

El día 11 de septiembre el Regimiento de Infantería N°1 Buin, una de las unidades militares con mayor trayectoria en la historia del Ejército de Chile, no formaba parte de las acciones del cerco a La Moneda. Eso seguramente explicaba tanto las falencias de la infantería en la aproximación a la casa de gobierno como las bajas[73] sufridas por las fuerzas de tierra en ese perímetro.

Desde el interior de La Moneda, el Buin sería el único regimiento especialmente esperado por el presidente y los combatientes que lo acompañaban. Carlos Pérez Tobar, exteniente del Ejército y comandante del Batallón PAM[74] de ese

regimiento relatará la ausencia:

El Buin no estuvo en el cerco del Palacio porque sus principales unidades habían sido sacadas de Santiago la noche anterior, como parte de una operación de

inteligencia y neutralización. Previo al Golpe habían llegado trasladados cuatro oficiales al regimiento, uno de ellos había asumido el Departamento Segundo de Inteligencia y otro lo operacional, de esa forma los mandos regulares quedarían absolutamente neutralizados[75]*.*

Luego, el exteniente Carlos Pérez agregará precisos antecedentes sobre la inexplicable misión que recibirán el lunes 10 de septiembre por la tarde:

El Buin fue sacado el 10 en la noche para ir a hacer un operativo por la Ley de Control de Armas en las afueras de Santiago, a más de 50 km, en unos galpones que tenía la CORFO. Cuando amaneció estábamos rodeados de unidades de caballería que habían avanzado desde Quillota e inmediatamente, ya de madrugada, estaban llegando unidades al Buin desde diferentes puntos del país, entre otros desde Traiguén y Punta Arenas.

El Batallón PAM, que en los hechos era una compañía reforzada de alrededor de 120 hombres, se había destacado durante las acciones del tanquetazo, actuando desde el sector norte de la Plaza de la Constitución en contra de las fuerzas insurrectas del Regimiento Blindado N°2. Eso les había significado quedar marcados, tanto al teniente Pérez como a sus hombres[76].

Al interior de la casa de gobierno la llegada del Buin era una esperanza, así lo relatará Silvio:

Desde el presidente para abajo decían: «Van a llegar los pelaos del Buin», que eran leales al presidente, por eso cuando empieza el despliegue y vienen con cuellos naranja, de inmediato se cree que son ellos. Eso al inicio se reflejó en nuestro estado de ánimo creyendo que por fin llegaba un apoyo exterior. Luego, cuando vimos que se fueron emplazando y comenzaron hacer fuego contra La Moneda, sentimos la soledad y el aislamiento. Ellos eran la última posibilidad de lealtad desde las FF.AA.

Se requieren pertrechos

Luego del retiro de la Guardia de Palacio han quedado desparramados fusiles Máuser y muchos SIG en diferentes dependencias. Pero el parque ha disminuido conforme se han mantenido las posiciones de combate en ambos pisos del nororiente del palacio. Es Aníbal quien ordena ir a buscar armamento y pertrechos a la guarnición de Carabineros. A esa misión quedarán asignados Manque, Mauricio, Silvio y Pablo. No será poco riesgoso hacerlo, porque al cruzar el patio quedarán expuestos al fuego de comandos-francotiradores situados en el edificio de la Contraloría General.

Era necesario ir a buscar máscaras antigases, cascos y munición de reserva. Yo nunca usé casco porque te limitaba la visión, y los sentidos debían estar al 100%; el casco no permite la mirada periférica. Aníbal nos ordenó ir a buscar pertrechos a la guarnición, que estaba a la derecha de la puerta central. Tenía ventanas con barrotes porque era parte de los dormitorios de la Guardia de Palacio. Allí, ellos tenían una bóveda que se metía debajo de la calle donde estaba el arsenal. Para llegar teníamos que cruzar el patio, sacar las armas y atravesar de vuelta con sacos cargados. Cuando abrimos la puerta para salir, sentimos a los francotiradores, por lo que teníamos que pasar bajo una cortina de fuego. Yo era uno de los más rápidos y por eso me dejaron al último. Al salir tiré una ráfaga y todos me gritaban: «¡Vamos, Silvio!», creo que nunca había corrido tan rápido. Cuando entramos a la guarnición se notaba que había sido una desbandada: estaban las ropas de cama botadas en el suelo, los clósets abiertos; los pacos habían agarrado lo que pudieron y arrancaron. Había una

puerta enrejada con un candado y allí estaba todo: los SIG, los cascos, los cargadores. De un tiro volamos el candado y abrimos. Empezamos a cargar los SIG, que son súper pesados y eso fue toda una odisea. Llevamos como cinco sacos de cargadores llenos con balas, pesadísimo, más de cuatro SIG cada uno y unas máscaras. Al retornar todo era más complicado, era pasar cargado y corriendo al otro lado. Tuvimos que ir haciéndonos cobertura de fuego por turno. El Manque pasó primero y luego él nos hizo cobertura. Todo muy rápido, con mucha adrenalina. Disparar, arrastrarse y pasar. Correr con los sacos, que deben haber pesado más de cincuenta kilos y cada SIG unos once kilos porque tenían bípode. Cuando terminamos ese trabajo estábamos mojados, muy transpirados, pero no sentimos el cansancio. Luego nos tocaría distribuir esas armas y lo que nos sobró lo dejamos en el primer piso[77].

A esas horas en La Moneda son pocos los ministros que todavía están. Entre ellos se encuentra el secretario general de Gobierno, Daniel Vergara. Es él quien le pediría un arma a Silvio:

Nos queda mirando y me dice: «Yo no tengo arma». «Qué sabe usar usted». «Nada». Le paso una UZI y le hago un curso en minutos. «Mire: cargador, selector de tiro, déjela aquí en ráfaga, pero cortito y la ventanilla abierta, cuando termine mete otro cargador y va a pasar al tiro la bala y le va a quedar la ventanilla abierta, pero después que usted dispare, manténgala hacia arriba porque nos puede disparar por la espalda». Y me dice: «Compañero, antes muerto que dispararles por la espalda». Luego de eso él creció para mí. Los combatientes éramos la escolta, la gente de investigaciones, el ministro Vergara y, por supuesto, el Doctor[78].

Se descarta el escape

Carlos Álamos habla con Joaquín por el citófono para plantearle la posibilidad de cruzar con el presidente hacia el garaje y de allí buscar por el MOP una vía

que pueda llegar hasta la calle Bandera. De inmediato Joaquín y Eduardo comienzan una desesperada búsqueda y minutos después responden afirmativamente.

Luego es Danilo Bartulín quien se comunica con Joaquín. Este último le advierte que al cruzar la calle Morandé se encontrarán con que la chapa tiene en su interior una llave

quebrada porque él la había roto con la culata del fusil cuando ingresaron al edificio. Por lo tanto, no hay forma de abrir la puerta que no sea a tiros. Según Joaquín,[79] sus interlocutores[80] no entendieron las instrucciones sobre cómo desplazarse una vez que hubiesen conseguido cruzar Morandé. Silvio entregará detalles de ese frustrado plan de escape:

Nosotros teníamos la orden de Aníbal de formar una columna para cruzar con el Doctor hacia el garaje, mientras otros compañeros se quedarían en La Moneda para parar un poco el fuego de los tanques que estaban avanzando. Nos pusimos en la puerta de Morandé 80. Yo quedé mirando hacia Mapocho y el Manque hacia la Alameda. Creo que nos eligieron porque los dos estábamos entre los más fuertes. En ese momento se asomó el Doctor con su Kalashnikov. El Allende que está ahí, está prendido de adrenalina, con casco y a punto de saltar y lo tuvimos que tirar hacia atrás; es un combatiente. De repente hubo un diálogo por el citófono y luego de eso el

Doctor habló con Aníbal. Entonces, el presidente un tanto molesto ordenó: «Todos para adentro», y abortó la operación. Podríamos haber volado el candado, pero él cortó todo de pronto. En ese momento no había tropas en Morandé, nadie podía pasar porque del MOP se bajaban a cualquiera, y por el frente nosotros, era un pasadizo de balas. Esa fue la única posibilidad de sacarlo y fue una decisión de él implementarla y también abortarla, porque él era el jefe indiscutido. Todo ocurría poco antes del bombardeo, minutos antes. Entonces allí vuelve a su discurso original: resistir, no había otra variante, lo único era mantenerse combatiendo, porque teníamos mucha munición con lo que habíamos traído de la guarnición de Carabineros[81]*.*

Son alrededor de las 11:00 y el Doctor ha descartado la salida por la cochera que

está tras la Intendencia y al lado del MOP. El grupo que estuvo dispuesto en la puerta de Morandé 80 retorna al interior. Queda en evidencia que no había plan previsto para esta eventualidad y que las alternativas planteadas se iban improvisando al calor de los acontecimientos y en condiciones de comunicación en extremo precarias.

El plan abortado contemplaba que en el auto uno se subían Manque y Silvio con el Doctor. Se entendía que había unos autos por calle Bandera y que pasando a través del MOP y luego por el Banco del Estado se podía romper hacia La Legua, donde estaba el aparato militar de los socialistas a cargo de Agustín (Arnoldo Camú). En La Moneda ya se sabía la ubicación de este grupo gracias a las comunicaciones telefónicas y a la estrecha relación de Máximo (Ricardo Héctor Pincheira) con Agustín[82]. Pincheira esa mañana acompañó a La Moneda al dirigente socialista Hernán del Canto, quien iba a conversar con el presidente enviado por el secretario general del PS. Luego, Del Canto se retiraría, pero Pincheira decidiría quedarse junto al mandatario.

Entre medio de la tensión de los combates sucedían situaciones curiosas, extrañas en un contexto de tan alta tensión.

Cuando cerramos la puerta de Morandé 80, antes del bombardeo, al frente había un pequeño auto estacionado. De pronto sentimos que alguien llegaba por la calle y nos golpeaba la puerta. Nos asomamos por la rejilla y él hombre nos gritó: ¡¿Está mi papá aquí?! Era el hijo del Perro Olivares, preocupado por su padre. Le abrimos, y le dijimos que su papá estaba bien y que pasara. Y nos dice que no, que solo era eso, y se fue saltando a la calle, se dio una vuelta en el suelo y se escondió bajo el auto que estaba estacionado. Nosotros seguimos con el combate y después miramos y ya no estaba. Después pensamos que quizás lo habíamos soñado[83].

También esa mañana hubo otras visitas. Compañeros retirados del GAP que se presentaron para combatir. Ya iniciado el combate llegó uno que dijo simplemente: «Yo vengo a la cita». Había sido instructor y solo se había retirado días antes. También el ejemplo de Patán, Manuel Cortés, que viviendo en Chuquicamata y de paso por Santiago se presentó a primera hora ante Carlos

Álamos. Luego formaría parte del grupo de conductores en el MOP y jugaría un papel destacado como sirviente de una ametralladora pesada. Según Silvio, todos ellos volvían «por el compromiso moral que tenían con Allende y nosotros»[84].

Los detectives se quedan

El ex inspector de la Policía de Investigaciones, Juan Seoane, no puede olvidar este diálogo con Allende:

El presidente me llamó al Salón Toesca y me dio las gracias. Allí me dijo que él se iba a quedar y que yo estaba liberado, que me podía retirar. Yo le dije que yo también me quedaría y fue allí que me dijo esa frase que me quedaría grabada: «Los viejos robles mueren de pie». Y agregó: «Yo sabía que usted se iba a quedar, pero tiene la obligación de decirle a sus compañeros que el presidente los ha liberado y que se pueden retirar»[85].

Luego de ese emotivo encuentro, Seoane reúne a sus hombres, les reproduce las palabras de Allende y les dice que están todos liberados. Al finalizar, agrega que se trata de una «decisión enteramente personal: él se quedaba». En ese momento, uno de los detectives, José Sotomayor, le recuerda que siempre habían dicho que se iban a quedar, y junto a Seoane permanecerá la escolta completa de Investigaciones y posteriormente irán a buscar más pertrechos a la guarnición de Carabineros, en medio de los tiros que llegaban desde los edificios de Teatinos.

Creo que la persona que está metida en una situación como la que yo estuve no tiene alternativa, incluso en medio de tanto miedo que pueda sentir por morir. Se puede actuar fríamente. No me acuerdo de haberme desesperado, andaba con un pantalón de cotelé, con camisa y un polerón, la chaqueta la había dejado en la oficina, el arma la tenía en la mano, una subametralladora, y después la cambié por un AK, que es muy superior, los conocía también, porque había

estado en Cuba cuando fui con el presidente. Yo tenía una convicción respecto a lo que pasaba, y no habría tenido cara para mirarme al espejo siquiera si me hubiese retirado.

Los tiradores anónimos

¿Qué podían hacer los blindados en esas calles estrechas y a merced de francotiradores que ocupaban los pisos superiores y techumbres de varios edificios de altura? ¿Qué harían los artilleros y blindados convocados a una batalla que debía decidir la infantería, y donde el mejor regimiento, el Buin, era parte de una misión distractiva en las afueras de Santiago?

Hasta el momento, aún existe escasa información sobre el rol jugado en los combates y escaramuzas del centro de Santiago por los francotiradores que defendían el gobierno del presidente Allende. Por su parte, el general Augusto Pinochet dirá que también había dispuesto de «tiradores escogidos». Los únicos sectores donde se evidenció a unos y otros durante las refriegas de ese día fueron Teatinos, al llegar a Alameda y en dirección hacia los patios de La Moneda, y desde las alturas del Ministerio de Defensa, frente al Banco del Estado. De este combate en las alturas se conocen poca información y testimonios. Además, para disponer, la noche anterior o durante la madrugada del 11,

militares parapetados en los pisos superiores o en las azoteas se requería necesariamente de la complicidad de los funcionarios y trabajadores de esos edificios, y eso parece difícil en el contexto de ese tiempo. El comentario de Pinochet al respecto será el siguiente:

Otra de las experiencias [que quedaron] del día 29 de junio fue la presencia de los francotiradores parapetados en las terrazas y ventanas de los edificios situados frente al Ministerio de Defensa Nacional, que disparaban contra las ventanas de nuestras oficinas y luego desaparecían, para desplazarse a otros lugares del mismo edificio y continuar disparando. Para neutralizar en su oportunidad esta amenaza, dispuse la ubicación de tiradores escogidos que

responderían al fuego. Estos hombres serían localizados en las ventanas para que, ante una posible acción, tomaran desde el primer momento el puesto de combate[86].

Además del rol jugado por el grupo de integrantes del GAP desde el MOP, parece fuera de duda la existencia de varias decenas de francotiradores —o tiradoras, no lo sabemos— en toda una línea de Alameda al norte constituida por la Torre Entel, el Ministerio de

Educación y el Banco del Estado. También en torno a la Plaza de la Constitución e incluso algunas otras calles del centro de Santiago. Así lo constatan declaraciones de militares golpistas que comandaban tropas y las bajas que tuvo el Ejército esa mañana. También lo evidencian los allanamientos posteriores a los edificios del Barrio Cívico y los prisioneros que comenzarán a llegar posteriormente al regimiento Tacna y al Estadio Chile provenientes de la CORFO, del Banco del Estado y también de algunos ministerios y entidades financieras. Paralelamente, en la Plaza de la Constitución, desde el edificio del Seguro Obrero y otras alturas del oriente también existirán múltiples evidencias de resistencia armada.

Esos testimonios y recuerdos dispersos de acciones de hostigamientos con fusiles automáticos se extienden a diversas reparticiones públicas y bancos privados ubicados por Teatinos y Morandé hacia el norte. La evidencia de francotiradores como parte de la batalla de La Moneda es un hecho incontrovertible, pero hasta el momento aún desconocemos sus características y extensión. La fotografía de un francotirador muerto al interior del edificio de la CORFO, en Teatinos con Catedral, será otra evidencia. Así como las numerosas huellas de impactos de proyectiles de guerra en los edificios de alturas del centro, cuyos muros fueron cubiertos y pintados. Transcurridos cuarenta años todavía es posible evidenciar los parches de reparación en el edificio de CAPREDENA[87] en la esquina de Av. Bulnes con la calle Alonso de Ovalle, en pleno Barrio Cívico.

El nerviosismo mezclado con la inexperiencia de los conscriptos y oficiales en operación hizo que los destacamentos avanzaran con precaución y a la defensiva por entremedio de esos desfiladeros de cemento. Aún está pendiente conocer los testimonios de quienes fueron aquellos defensores o defensoras del gobierno de

Salvador Allende que, por instrucciones partidarias o iniciativa individual, guardaron anticipadamente armamento y parque en determinadas oficinas y las utilizaron desde las alturas. Esos combatientes invisibles, horas más tarde y al día siguiente, se replegarían mimetizados como nerviosos oficinistas.

Los francotiradores, moviéndose como un verdadero ejército en las sombras, fueron muy eficaces operativamente, porque hostigaron a las tropas causándole bajas comprobadas y significativas. Además, consiguieron retener a una infantería que, pese a los

blindados y al fuerte castigo de fuego a La Moneda, demoraría varias horas en vencer la resistencia de sus defensores. Mayor es el logro de estos francotiradores si se considera que fueron capaces de desplazarse subrepticiamente entre numerosos controles o, incluso, permanecer en esas mismas oficinas con la justificación de estar atrapados en la situación de combate.

El ataque terrestre es insuficiente

Son cerca de las 11:30. El presidente no renuncia y resiste con su gente. El cerco a La Moneda con las tropas disponibles ha sido inoperante. La resistencia les ha impedido a los militares aproximarse hacia la puerta de Morandé 80. Hacerlo desde Alameda es muy riesgoso. El tiempo comienza a trascurrir y es evidente la dificultad que han tenido esas tropas: no son infantes, son artilleros o tanquistas. Lo inexplicable es que la Escuela de Infantería de San Bernardo, que ha salido con retraso, espera desde a lo menos una hora en Plaza de Armas. Parece que los generales ya han tomado una decisión: el bombardeo.

notas

[1] Luis Gueneau de Mussy y Constanza López Galilea, La Moneda. Palacio

de Gobierno de Chile (Santiago: Ediciones Finis Terrae, 2012).

[2] Ibíd.

[3] El Palacio Real de Caserta, de estilo barroco, está situado en la ciudad del mismo nombre, en la región de Campania, Italia.

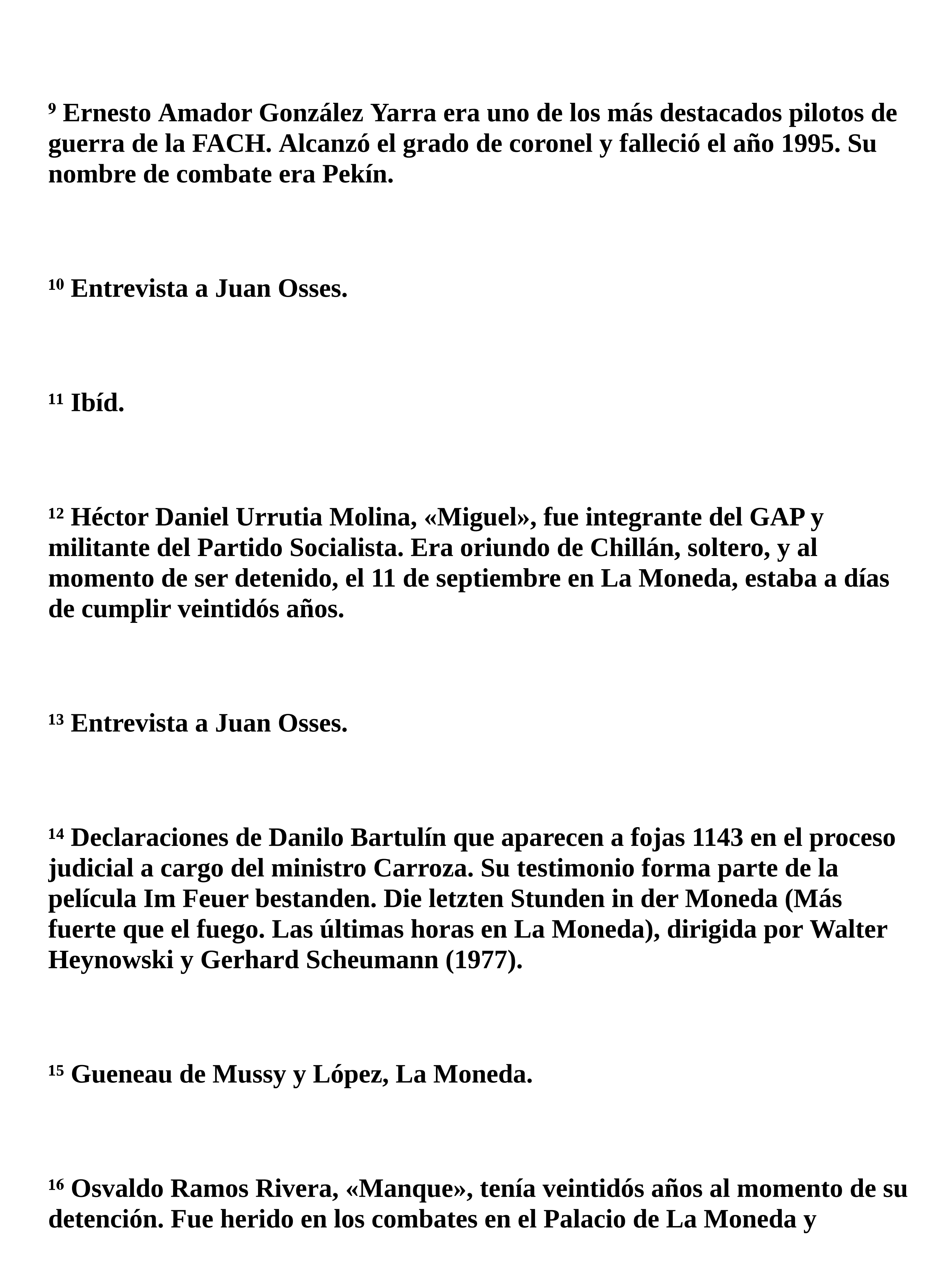
[4] El Palacio y Museo de Capodimonte está ubicado en Nápoles, Italia.

[5] Gueneau de Mussy y López, La Moneda.

[6] Durante su juventud fue arquitecto de Julio César. Es autor del tratado sobre arquitectura más antiguo que se conserva hasta el día de hoy.

[7] El barrio cívico de Santiago comprende una zona de mediana extensión en el centro de esa ciudad (su eje central comprende desde la Plaza de la Constitución y sus alrededores, por el norte, hasta el Parque Almagro, a través del paseo Bulnes, por el sur). Recibe ese nombre debido a que los edificios que se encuentran dentro de él son en su gran mayoría dependencias y edificios de gobierno.

[8] Fernando Rojas Vender, cuyo nombre de combate era Rufián, participó en la operación del 11 de septiembre. Veintidós años más tarde, entre los años 1995 y 1999, se convertiría en comandante en jefe de la FACH. Fue nombrado por el expresidente Eduardo Frei Ruiz Tagle, cuando su ministro de Defensa era Edmundo Pérez Yoma.



[9] Ernesto Amador González Yarra era uno de los más destacados pilotos de guerra de la FACH. Alcanzó el grado de coronel y falleció el año 1995. Su nombre de combate era Pekín.

[10] Entrevista a Juan Osses.

[11] Ibíd.

[12] Héctor Daniel Urrutia Molina, «Miguel», fue integrante del GAP y militante del Partido Socialista. Era oriundo de Chillán, soltero, y al momento de ser detenido, el 11 de septiembre en La Moneda, estaba a días de cumplir veintidós años.

[13] Entrevista a Juan Osses.

[14] Declaraciones de Danilo Bartulín que aparecen a fojas 1143 en el proceso judicial a cargo del ministro Carroza. Su testimonio forma parte de la película Im Feuer bestanden. Die letzten Stunden in der Moneda (Más fuerte que el fuego. Las últimas horas en La Moneda), dirigida por Walter Heynowski y Gerhard Scheumann (1977).

[15] Gueneau de Mussy y López, La Moneda.

[16] Osvaldo Ramos Rivera, «Manque», tenía veintidós años al momento de su detención. Fue herido en los combates en el Palacio de La Moneda y

trasladado en ambulancia a la Posta Central. El 15 de septiembre de 1973, El Mercurio de Santiago mencionó que Manque llegó herido al recinto asistencial. Desde esa fecha está en condición de detenido desaparecido.

[17] La MG-3 («Maschinengewehr 3») es una ametralladora de propósito general fabricada por la empresa alemana Rheinmetall. Es usada por las fuerzas armadas de diferentes países, pesa 10,5 kg y con bípode 11,5 kg. Utiliza calibre 7,62, tiene un alcance efectivo de 1200 m y realiza 1200 disparos por minuto.

[18] Entrevista a Juan Osses. «Nuestra instrucción era con armamento más antiguo o demasiado moderno, como los Kalashnikov. En cuanto a ametralladoras pesadas, nosotros usábamos las Browning, que eran antiguas. Esta otra era un armamento alemán que tenía otra estructura de armado».

[19] Ibíd.

[20] Catalina Acuña, primera esposa de Juan Osses.

[21] Entrevista a Juan Osses.

[22] Entrevista a Juan Osses.

[23] Entrevista a Juan Seoane. «Lo primero que hago es llegar hasta mi oficina. Estaban todos reunidos. Levanto el citófono y hablo con el director

general. Estaban, entre otros: Eduardo Ellis, Quintín Romero, Juan Romero —que son hermanos—, Héctor Acosta, Reinaldo Hernández, Pedro Valverde, Erasmo Torrealba, Gustavo Basaure, Carlos San Martín y Gustavo Riquelme, que es el que se va. En un momento dado dice que va a comprar cigarros y sale, pero yo lo vi muy afectado. Él tenía sus razones, porque creo que su esposa estaba encinta de su primer hijo».

[24] Él, como director general de la Policía de Investigaciones, le comunicará telefónicamente al presidente su renuncia. La reacción de Allende es de molestia. Antes, Joignant ha enviado subametralladoras al aparato militar del PS en la zona sur de Santiago.

[25] Seoane, Los viejos robles, 80.

[26] Hoy BancoEstado.

[27] Entrevista a Julio Soto.

[28] Miria Contreras, la Payita, se desempeñaba como virtual jefa de gabinete de Salvador Allende. Diversas fuentes la han unido sentimentalmente al mandatario. El aporte en energías e inteligencias que ella realizó en el entorno más reservado del presidente fue ampliamente conocido, al igual que su valor luego del Golpe y más tarde en el exilio. Junto con Beatriz Allende constituyeron un núcleo de cercanía y contención para el primer mandatario.

[29] Beatriz Allende, la «Tati». Nació el 8 de septiembre de 1938 y se quitó la vida en La Habana, en 1977. Fue la hija del medio de las tres que tuvieron

Salvador Allende y Hortencia Bussi. Estudió en la Universidad de Concepción y se graduó de médica cirujana. Trabajó en el Hospital San Juan de Dios. En el plano conspirativo tuvo instrucción en Cuba en materias de inteligencia y contrainteligencia. Retornó a Chile en 1968 y se relacionó con Elmo Catalán, «Ricardo», y Arnoldo Camú, «Agustín», fundadores de las redes chilenas del ELN boliviano. En las tareas de apoyo se habría desempeñado como encargada de comunicaciones con el nombre de «Marcela». Gustavo Rodríguez Ostria, Sin tiempo para las palabras. Teoponte: La otra guerrilla guevarista (La Paz: Grupo Editorial Kipus, 2006).

[30] Carta escrita a fines de 1973 y publicada en “Qué gran general era tu padre”. El Periodista, n.° 44, domingo 14 de septiembre de 2003.

[31] Domingo Blanco Tarrés fue jefe del GAP y militante del Partido Socialista. Aún se encuentra en calidad de detenido desaparecido. Las circunstancias de su detención, interrogatorio, procesamiento y muerte revelan el grado de disputas y de ensayo-error que existió, durante las primeras semanas, en el aparato

represivo y en su trato con los primeros prisioneros. Blanco Tarres ingresó a la Cárcel Pública el 13 de septiembre y el 19 fue supuestamente puesto en libertad. Tras un procesamiento por Ley de Control de Armas, habría estado en el Cuartel de Investigaciones, donde fue objeto de torturas. Luego de múltiples diligencias que involucraron a los jefes militares Arellano Stark y Brady Roche, la esposa de Blanco Tarrés fue informada de que el paradero de su marido era desconocido.

[32] Los detenidos por Fuerzas Especiales de Carabineros frente a la Intendencia durante la mañana del día 11 fueron: Domingo Blanco Tarrés, Carlos Cruz Zavala, Gonzalo Jorquera Leyton, José Carreño Calderón, Luis Gamboa Pizarro, Pedro Garcés Portiagliatti, Eduardo Montero Salazar, Óscar Marambio Araya, Osvaldo Ramírez Barría y el estudiante de Economía e hijo de la Payita Enrique Ropert Contreras. Los pormenores de

esta detención se encuentran en Revista de Carabineros n.° 222 (octubre de 1973).

[33] Su cuerpo aparecerá acribillado en el Puente Bulnes del río Mapocho el 20 de septiembre.

[34] Entrevista a Julio Soto. «La otra posibilidad es que hubieran abierto fuego y el presidente no hubiera estado de acuerdo. Hubieran matado a unos veinte pacos y cruzado hacia La Moneda. Por ahí ya aparecíamos iniciando la guerra nosotros. Porque en ese momento no estaba claro, fue una situación muy difícil de enfrentar sin saber qué hacer y los tomaron presos y al poco rato se los llevaron. Había una masa de pacos frente a la Intendencia y para ir a rescatarlos había que eliminarlos y yo no tenía esa orden; ni siquiera se me pasó por la mente».

[35] Ese día, por el Paseo Bulnes, desde Alameda hasta Plaza Almagro, se fueron escalonando tropas y vehículos en un número cercano a un millar. En muchos casos quedaron protegidos en las calles laterales como Padre Alonso de Ovalle, Tarapacá, Eleuterio Ramírez, Cóndor y Santa Isabel.

[36] Manuel Cortés, «Patán», era parte de los GAP que estaban en Chuquicamata y que circunstancialmente se encontraba en Santiago. Había llegado en la madrugada a sostener una reunión con «Aníbal». Apenas se enteró de los sucesos se presentó en La Moneda con un amigo, que también participaría en los combates desde el MOP.

[37] Isidro García, conductor del auto tres, integrante del GAP que combatió en el MOP, donde tuvo una destacada participación.

[38] Entrevista a Julio Soto. «Hay gente que se atribuye funciones y tareas que no tenían. Como los compañeros murieron es fácil atribuirse roles. Tengo una página de internet donde aparece esto, ahí están los testimonios, de cuando fuimos donde el juez Garzón. Cuando Pinochet estaba detenido en Londres, fui contactado por Joan Garcés para que fuera con mi testimonio, para demostrar que yo había estado en la escolta del presidente y que me constaba que existía todo este listado de compañeros que desaparecieron o los mataron».

[39] Ibíd.

[40] Entrevista a Leonardo Cáceres. «El Presidente tenía en su despacho un teléfono a magneto, como los de campaña, un aparato grande con una manivela. Uno levantaba el auricular y sonaba al otro lado una campanilla, la voz iba por línea, no por aire. Estaba comunicado con las radioemisoras Corporación en calle Morandé, Portales en calle Agustinas y la nuestra, radio Magallanes. Esa era la Voz de la Patria. Además había unas radios más chicas que, aunque no había una línea directa con ellas, estaban conectadas con nosotros y se colgaban de inmediato para formar la Voz de la Patria. Eran del Mapu, la Izquierda Cristiana, de la CUT, la radio Luis Emilio Recabarren, quizás la radio Nacional y había otra, la radio Universidad Técnica del Estado».

[41] El comandante de la Armada Arturo Araya Peeters se desempeñó como edecán presidencial hasta su asesinato, el 27 de julio de 1973. Los autores del crimen pertenecían a un comando del grupo de ultraderecha Patria y Libertad. El comandante Araya fue un colaborador de confianza de Salvador Allende.

[42] Radio Corporación —CB 114— fue adquirida en 1970 por el Partido Socialista de Chile, convirtiéndose en una emisora partidaria del gobierno de Salvador Allende. Formaba parte de la cadena La Voz de la Patria, que

integraba junto a emisoras como Portales, Nacional, Luis Emilio Recabarren, Candelaria, Magallanes, entre otras. Sus estudios estaban ubicados en Morandé 25, en las inmediaciones del Palacio de La Moneda y allí se encontraban dos jóvenes locutores: Sergio Campos y Julio Videla. Las antenas de su planta transmisora estaban ubicadas en la comuna de Maipú y serían bombardeadas ese día alrededor de las 08:20.

[43] La cifra en ese entonces era de treinta mil efectivos.

[44] Federico Willoughby, periodista relacionado con la ultraderecha. Se le considera uno de los personeros civiles más influyentes del golpe militar.

[45] En 1973 era el jefe del Estado Mayor de la Defensa Nacional. Dirigió las operaciones de ocupación desde el Ministerio de Defensa, ubicado en calle Zenteno, a menos de dos cuadras del Palacio de La Moneda.

[46] Willoughby Macdonald, Federico. La Guerra. Historia íntima del poder en los últimos 55 años de política chilena 1957-2012 (Santiago: Mare Nostrum, 2012), 154.

[47] Se trataba del sector más conservador y opositor al gobierno UP. Todos sus miembros, junto con sus familias, habían tomado los resguardos de trasladarse la noche del 10 al 11 a otros domicilios

[48] Roberto Guillard, oficial del Ejército que se transformó en la voz del golpe militar al leer los bandos y transformarse en el locutor oficial de la Junta Militar. Trabajó junto con Willoughby

[49] Willoughby, La Guerra, 152.

[50] Augusto Pinochet, general y comandante en jefe del Ejército; José Toribio Merino, almirante, comandante en jefe de la Armada; Gustavo Leigh Guzmán, general del aire, comandante en jefe de la Fuerza Aérea, y César Mendoza Durán, general director de Carabineros de Chile.

[51] Claudio Sánchez. Informó... Claudio Sánchez (Santiago: Autoedición, 2012), 72.

[52] Ver nota 14.

[53] El periodista Guillermo Ravest (1927) fue director de radio Magallanes entre marzo de 1972 y septiembre de 1973.

[54] Entrevista a Leonardo Cáceres.

[55] La CUT era la principal organización unitaria de los trabajadores en Chile. Su presidente era Luis Figueroa, militante del PC.

[56] Los periodistas Ramiro Sepúlveda, Jesús Díaz, Carmen Flores y el locutor Agustín «Cucho» Fernández. José Miguel Varas. La verdadera historia del rescate del último discurso de Salvador Allende. Publicado en Ciper Chile el 26 de junio de 2008.

[57] Entrevista a Leonardo Cáceres.

[58] Carlos Jorquera, El Chicho Allende (Santiago: Ediciones BAT, 1990).

[59] Diamela Eltit, "Las dos caras de La Moneda", Revista de Crítica Cultural 17 (noviembre 1998).

[60] Radio Moscú, radio Berlín Internacional, radio Praga y radio Habana Cuba.

[61] Declaraciones de José Tobías Muñoz Salas en Causa Rol N° 77-2011, fojas 570.

[62] Ibíd.

[63] Declaraciones de Carlos Adolfo Dondero Lencioni en Causa Rol N° 77-2011, fojas 1385

[64] Declaraciones de Balbino Segundo Torres Roa en Causa Rol N° 77-2011, fojas 1398, 1399, 1401 y 1403.

[65] Entrevista a Juan Osses.

[66] **Ibíd.**

[67] **Ibíd.**

[68] **Entrevista a Julio Soto.**

[69] **Las oficinas principales de la embajada estadounidense en Chile estaban ubicadas en calle Agustinas, al llegar a Teatinos, frente a un costado del Hotel Carrera.**

[70] **La Torre Entel en aquel tiempo estaba en una fase avanzada de su construcción. Fue inaugurada en 1974. El 11 de septiembre francotiradores dispararon desde ella a las tropas situadas en calle Lord Cochrane y Dieciocho. A su vez, este lugar recibiría el fuego de los militares alzados.**

[71] **Se trata del sargento primero Ramón Segundo Toro Ibáñez, de treinta y siete años.**

[72] **Nathaniel Davis, Los dos últimos años de Salvador Allende (Madrid: Plaza & Janes, 1986).**

[73] **Según cifras del Ejército dadas a conocer en 1990, en presentación a la Comisión de Verdad y Reconciliación, fueron ciento veinticinco bajas, entre fallecidos y heridos de distinta consideración.**

[74] Pacto de Ayuda Mutua. «Era un convenio que existía con EE.UU. de donación [...] que se basaba en la estrategia antisubversiva a nivel regional [...]. Chile había recibido dos de esos batallones. En el fondo eran unidades motorizadas que para los ejércitos eran bastante avanzados, con jeeps que tenían cañones de retroceso y morteros de largo alcance, ametralladoras punto 30 y 50». Entrevista a Carlos Pérez Tobar.

[75] Ibíd.

[76] Ibíd. Pérez Tobar fue arrestado por oficiales de Inteligencia el 11 de septiembre al retornar con su unidad al regimiento de avenida El Salto, en Recoleta. Uno de sus escoltas, el soldado conscripto Mario Gho Alarcón, sería ejecutado en la misma unidad. En los días posteriores el teniente Pérez fue trasladado al regimiento Tacna y allí se le aplicaron durante meses diversas torturas físicas y psicológicas.

[77] Entrevista a Juan Osses.

[78] En 1924, recién finalizada la enseñanza secundaria y con dieciséis años, el joven Salvador Allende ingresa como voluntario al Servicio Militar en el regimiento Coraceros de Viña del Mar. Luego su familia se cambia de ciudad y él deberá pedir el traslado al regimiento de Lanceros, de Tacna, egresando como oficial de reserva del Ejército. En su juventud ha practicado natación y atletismo. Conoce las armas de puño e infantería de sobra, porque en innumerables oportunidades ha practicado en polígonos de campos de instrucción, como Punto Cero, en las proximidades de La Habana. Durante su mandato presidencial no ha dejado de practicar en El Cañaveral, junto a integrantes del GAP. Por lo tanto ese hombre de sesenta y cinco años tendrá condiciones físicas y de preparación militar para, en una apremiada situación, convertirse en un combatiente.

[79] **Entrevista a Julio Soto.**

[80] **Ibíd. Esa mañana se comunicó con Aníbal, Carlos Álamos, Danilo Bartulín y Arsenio Poupin.**

[81]Entrevista a Juan Osses.

[82] **Ibíd.**

[83] **Ibíd.**

[84] **Ibíd.**

[85] **Entrevista a Juan Seoane.**

[86] **Augusto Pinochet, El día decisivo (Santiago: La Nación, 1973), 102.**

[87] **Caja de Previsión de la Defensa Nacional, cuyo edificio institucional continúa situado en el mismo lugar desde hace cuarenta años, avenida Bulnes al llegar a Miguel de Olivares. Las huellas de los proyectiles todavía están presentes en la fachada de los pisos más altos.**

CAPÍTULO CUATRO

Alerta en los partidos: los cordones industriales a prueba

EL ESTADIO DE LA CORMU[1]

Arnoldo Camú[2], Agustín, es el jefe del aparato militar del PS y, al mismo tiempo, integra la máxima dirección del partido: la Comisión Política. De profesión abogado, está casado con Celsa Parrau, una enfermera que también militaba, y entre ambos formarán una familia con una hija y un hijo menores en ese momento.

El día 11 Arnoldo recibió a las siete de la mañana una llamada que me parece fue de Altamirano, y él partió, porque alguien lo pasó a buscar. Salió rápido y me dijo: «El Golpe se desató y la Armada tomó el control de todo en Valparaíso. Nos juntamos en la CORMU». Yo me quedé con el auto, un Peugeot 403-404 que estaba nuevecito, y luego me dirigí hasta el estadio que tenía la CORMU por Ochagavía, muy cerca de avenida La Feria, y allí me reencontré con él[3].

Esa madrugada Agustín sale de su casa armado con su Browning 9 mm, el arma que, según Celsa, siempre portaba. Paralelamente, Patricio Quiroga también parte en dirección al estadio de la CORMU. Cuando Quiroga llega, continuaban arribando hombres y también algunas pocas mujeres[4]. Allí se reúnen alrededor de ciento veinticinco combatientes, que quedarían organizados en escuadras.

Lo recuerdo muy bien porque era el número de AK que teníamos. A cada uno se le repartió una Kalashnikov —que habían ingresado hacía poco al país. Teníamos una compañía reforzada con ciento veinticinco hombres y dos cañones sin retroceso. Cada combatiente contaba con una dotación de ciento veinte tiros, lo que debía servir para un combate de un día o un poco más[5].

En la jefatura del aparato militar del PS allí reunida estaban Felipe Varela, el «Tata» Renato Moreau, Antonio Bush y Patricio Quiroga. Agustín se integró, dio algunas órdenes y luego salió a otra reunión. De la dirección del PS habían llegado los integrantes de la CP Adonis Sepúlveda, María Elena Carrera y Rolando Calderón, que se incorporó en el trayecto, al igual que Exequiel Ponce. El tiempo apremiaba, eran alrededor de las 08:30 a 09:00.

Yo tenía veintidós años y recuerdo que ese día viajaba con una delegación socialista a La Habana. Andaba con botines color café, pantalones pata de elefante también cafés, un chalequito, camisa blanca con corbata y un vestón «borsalino», como en la película. Como era un poco gordito parecía sandía. Me acuerdo como si fuera hoy. Ciertamente no era el vestuario para una batalla. Hubo un momento en que quedé a cargo y me asusté, porque tuve que hacer una arenga arriba de un cajón de manzanas a esas ciento veinticinco personas. Lo único que yo quería era que llegaran los dirigentes. Pensaba que todo se podía superar como el tanquetazo y que a las dos de la tarde todo estaría resuelto[6].

Arnoldo Camú daría la orden de constituirse en una columna para dirigirse a Indumet, una industria del rubro metalmecánico que pertenecía al cordón industrial de San Joaquín y que estaba ubicada a una distancia aproximada de unos seis a ocho kilómetros del estadio de la CORMU. El avance se inició cerca de las 09:30. Las instrucciones eran desplazarse hasta allí para producir la coordinación de fuerzas con los demás partidos de la UP y el MIR, liberar una zona y marchar a La Moneda en auxilio del presidente.

En una veintena de vehículos apretados y con los cañones de los fusiles asomados por las ventanas avanzó esta columna. La gente que quedó a pie debió tomar vehículos en el sector. El trayecto se realizó por Circunvalación hasta

Santa Rosa, luego Pintor Cicarelli y por allí arribaron a Indumet cerca de las once de la mañana.

A la altura de la Gran Avenida vi a cientos de miles de trabajadores que se iban a sus casas. Cuando tú vas enardecido al combate y ves esa desmovilización te preguntas: «¿Dónde está el poder popular? ¿Cuál es el apoyo real que vamos a tener? ¿Es más sabia esa gente que se retiraba temprano a sus casas?» Uno empezaba a darse cuenta de algo que comenzaba a estremecerlo. Quizás para un joven brioso no era un gran problema, pero a medida que ibas viendo más gente que se iba a sus casas en ese momento, eso afectaba[7].

Mientras comenzaban a concentrarse los combatientes socialistas en el estadio de la CORMU, la dirección del PS se reunía en una pequeña industria de Maipú: FESA[8]. A ese lugar llegarían Jorge MacGinty, Ricardo Lagos Salinas, Rolando Calderón, Exequiel Ponce y Arnoldo Camú, entre otros de sus integrantes. Al mismo tiempo, desde otro lugar, Altamirano había decidido enviar a Hernán del Canto a La Moneda a reunirse con Salvador Allende.

Sergio Parrau[9], que era militante del PS, miembro del aparato militar y cuñado de Agustín dirá:

El once yo vivía en las torres de San Borja, en la Alameda al llegar a Plaza Italia. Muy temprano, como a las seis de la mañana, escuché unos disparos que me despertaron. Llamé a Arnoldo y le dije que estaba escuchando disparos al poniente. Creo que eso fue una alerta para él. Luego empecé a escuchar los bandos y me di cuenta de que la cosa era en serio. Escuché a Allende, pero no me acuerdo si en la casa o en el auto, porque me llamaron y me dijeron que me trasladase a un lugar donde teníamos un barretín[10]*, en Ñuñoa. Yo andaba armado con una pistola*[11].

UNA TEMPRANA CLANDESTINIDAD

Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista de Chile, pocas semanas antes del Golpe había tomado contacto con una profesora del Liceo Manuel de Salas para esconderse en su casa, en el caso de requerir irse a la clandestinidad. En agosto de 1973, la máxima dirección del PC había resuelto que, si se producía un golpe de Estado, de

inmediato sus integrantes pasarían a la clandestinidad[12]. Ello significaba que cada uno de ellos debía contar con antelación con casas de seguridad[13]. El acuerdo incluía además sistemas impersonales de comunicación, a través de enlaces[14], militantes de la mayor

confianza elegidos con anticipación, que estarían en movimiento en las calles, mientras los «quemados»[15] o más conocidos se mantenían en casas de seguridad, sin circular ni correr riesgos innecesarios. Otro de los trascendentales acuerdos de agosto era que Víctor Díaz Caro, subsecretario general del partido y dirigente de la CUT, pasaría a encabezar el PC en el proyectado escenario de un golpe militar.

A las 06:30 del martes 11, Luis Corvalán fue despertado por un llamado telefónico. Estaba en su casa, en Ñuñoa, junto a su esposa y tres de sus cuatro hijos. «Hay movimientos de la Armada en Valparaíso», le dijo Orlando Millas, otro alto dirigente del partido[16]. «Millas llegó poco después en su auto. Tuve tiempo para vestirme y partimos a la sede del Comité Regional del partido, ubicada en calle Vergara»[17]. Ese martes 11, la máxima dirección del PC evaluó la nueva situación. Se reunieron con Corvalán: Américo Zorrilla, Jorge Insunza[18], Víctor Díaz, Mario Zamorano y Orlando Millas, entre otros. Habían escuchado las palabras del presidente Allende y tenían claro que con el Golpe se habían alineado el conjunto de las Fuerzas Armadas y Carabineros. En tanto «a Gladys Marín le tocó hablar por radio Magallanes antes de que fuera bombardeada su antena. Lo claro es que cuando ella llegó a Vergara, la reunión de la CP había terminado»[19].

En ese último encuentro, la dirección del PC tomaría tres acuerdos que orientarían su proceder en ese brusco cambio en la situación política. En primer lugar, no llamarían a resistir con las armas el Golpe; luego, impulsarían un repliegue organizado de las diversas instancias partidarias y, lo más importante, conformarían un nuevo equipo de dirección, integrado por dirigentes menos

conocidos y expuestos, a la vez que intentarían a la brevedad sacar de Chile a los dirigentes más «quemados» o públicos[20].

Eran más de las 10:30 y el plazo dado por los bandos de la Junta Militar al presidente para su rendición vencía en media hora más. En ese momento la reunión se disolvía y sus integrantes tomaban las medidas para sumergirse en la clandestinidad. Una muy distinta a la que muchos de ellos habían conocido en los años del mandato de Gabriel González Videla con la Ley Maldita, en 1946, o que habían escuchado de otros camaradas de mayor experiencia sobre la represión en la dictadura del general Carlos Ibáñez del Campo, en los años treinta. A diferencia de las otras organizaciones políticas de la izquierda chilena, los cuadros comunistas de dirección y niveles intermedios sí tenían experiencias concretas de clandestinidad.

La reunión de CP, primera en la clandestinidad, de la mañana del martes 11, recibió los recados que nos transmitió desde La Moneda Salvador a través del miembro del C.C. Enrique Paris, que era nuestro nexo establecido para ese día de común acuerdo. También conocimos la primera comprobación que hizo en representación nuestra José Oyarce al concurrir a una industria del cordón industrial Vicuña Mackenna, atendiendo a las convocatorias de los dirigentes máximos del PS y del MIR, donde verificó que esperaban que los apoyase un sector militar, que ingenuamente creían que iban a dirigir los generales golpistas Herman Brady y Raúl Benavides. Como esto no se produjo, debieron evacuar rápidamente el sector sin disponer de efectivos propios que habían asegurado tener[21].

El PC no había estado inerme en relación a preparar estructuras armadas. Transcurridos los acontecimientos, sería su voz más autorizada quien lo explicitaría públicamente:

Convencidos de que el enemigo podía recurrir a todos los medios, incluso a las armas, para recuperar sus posiciones, tanto socialistas como comunistas nos habíamos

preparado para repelerlo en cualquier terreno. Se pensó, aún después de la dimisión del general Prats como comandante en jefe del Ejército, que el gobierno contaría con al menos algunas unidades militares en caso de golpe de Estado. Sobre esa base se planificó, más bien se esbozó, un plan dirigido a enfrentar cualquier intento golpista[22].

Orlando Millas, integrante de la CP, explicaría la decisión de su partido ese día 11 desde la óptica de la coherencia:

Habría sido moralmente inconcebible que los miembros de la CP hubiésemos pasado el 11 de septiembre a la clandestinidad y al mismo tiempo lanzáramos a los militantes y simpatizantes a enfrentar todo el poder de fuego de las Fuerzas Armadas facilitando así su exterminio[23].

Lo cierto es que ese día muchos militantes comunistas de base, en fábricas y poblaciones, fueron parte de acciones de resistencia, sin enterarse de la decisión de su dirección superior. Al parecer los hechos inmediatos eran más fuertes. Lo mismo ocurriría con las bases de otras organizaciones de la izquierda.

El 11 asumía un nuevo equipo de dirección encabezado por Víctor Díaz y que integraban: Mario Zamorano, Américo Zorrilla, Rafael Cortés, Jorge Muñoz, Víctor Canteros, Inés Cornejo y José Weibel, entre otros[24]. Víctor Díaz ese día había esperado muy temprano el vehículo que lo trasladaba todos los días. Vivía con su familia en medio de una población militar. Así se encaminó a la reunión donde ya sabía que tendría que asumir la más difícil tarea de todos sus años de militancia, desde su ingreso al partido hacía varias décadas. Su hija Viviana recuerda:

Ese día mi papi salió muy temprano pese a que había llegado muy tarde la noche anterior, andaba sin protección y nosotros no teníamos auto. Desde que tenía el cargo en el partido, un compañero chofer lo pasaba a buscar. Ese día Daniel Vergara —ministro del presidente Allende— lo llamó muy temprano,

deben haber sido las 06:00. Luego él fue muy parco respecto de esa conversación: «Las cosas andan mal y Valparaíso está tomado», nos dijo. Luego se duchó rápidamente y se fue retrasando porque el compañero chofer no lo pasó a buscar. Eran como las 08:30 y entonces mi papi salió con mi hermano menor de catorce años, que también se llama Víctor y que poco después lo pasó a dejar donde familiares. Al despedirse nos pidió que no fuéramos a la universidad. Esa vez fue la última vez que lo vimos. Se despidió como si en la noche o al día siguiente nos fuésemos a ver[25].

De la reunión de la calle Vergara, saldría Rafael Cortés —Uldarico Donaire[26]— a reunirse con los diversos jefes de los denominados «grupos chicos» y «comités de vigilancia»[27], que esperaban las órdenes de la dirección «hasta las dos de la tarde»[28]. Ellos constituían la capacidad de respuesta que tenía el PC ese día.

En tanto, Luis Corvalán ahora debía encaminarse a la casa de seguridad que tenía acordada. No sería fácil desplazarse: era un hombre muy conocido, a quien la Junta Militar deseaba ubicar vivo o muerto. A poco de llegar a la casa de calle Los Jardines, en Ñuñoa, un discreto lugar con escaso tránsito, se presentaron dificultades para recibirlo: a la casa habían llegado los hijos provenientes de Talca y eso complicaba su estadía. Era difícil

apreciar en ese momento cómo en las casas ofrecidas y disponibles desde antes de este día, con el transcurso de las horas se instalaba el miedo ramificado por los bandos y los bombarderos sobrevolando Santiago. El alto dirigente, a través de una radio, se enteró de que la casa de gobierno había sido bombardeada y que Allende estaba muerto. Todo ello mientras la dueña de casa hacía gestiones para ubicarle una nueva residencia. Finalmente encontraron refugio cerca de allí, en la calle Los Cerezos[29]. Corvalán no tendría otra opción, porque no había ninguna posibilidad de trasladarlo en vehículo y así, cuando el reloj marcaba las 14:00, debió salir caminando hacia la otra residencia, evitando que los transeúntes y vehículos pudieran reconocer su apariencia de hombre público. Un poco más tarde sería uno de los llamados a presentarse en un bando de la Junta Militar junto con otros hombres y mujeres dirigentes de organizaciones de la izquierda chilena. El resto del día se dedicaría a recopilar información, viendo televisión y sintonizando radios de onda corta, para así intentar conformar el nuevo escenario.

LA DIRECCIóN MIRISTA: ARMAS Y ALIANZAS

La máxima dirección mirista, la Comisión Política, encabezada por Miguel Enríquez, estaba conectada por comunicación telefónica y además tenía una radio centralizada a la que determinados militantes de las «tareas cerradas»[30] podían llamar para entregar informaciones relevantes de los movimientos golpistas. Esa central estaba ubicada en un departamento de las torres San Borja y su encargado era Rigo, que informaba telefónicamente a los integrantes de la CP. Ese día la primera comunicación con los integrantes de la CP fue a las 06:30, avisando las primeras noticias de los preparativos golpistas[31].

Según Gaspar, Patricio Rivas:

La mayoría de las jefaturas del MIR en Santiago y provincias se encontraban acuarteladas por turnos de grupos de cuatro y dependían de un miembro de la Comisión Política. Alrededor de las 08:15 se reuniría parte de la Dirección Regional Santiago en un

local ubicado en el paradero 9 ½ de Gran Avenida. A muy pocos metros en el

paradero 9, en un segundo piso, la Comisión Militar del MIR tomaba decisiones bajo la conducción de «Dantón», el Coño Villabela, su encargado. Las orientaciones de otro integrante de la CP, «Ramón», Dagoberto Pérez, fueron escuetas y precisas esa mañana: «Controlar por lo menos los dos grandes cordones industriales de Cerrillos y Vicuña Mackenna y establecer un centro de coordinación del MIR en Santiago de carácter móvil, además de otros centros de comunicación y enlace». Dago terminó sus indicaciones con la idea de que si no se verificaba resistencia organizada era necesario resistir de manera escalonada en algún lugar como Maipú, semiurbano, por lo menos por veinticuatro horas, a la espera de reacciones de los oficiales constitucionalistas de las Fuerzas Armadas[32].

El MIR, en la capital, estaba estructurado en cuatro grandes ejes: Renca, Barrancas y Estación Central; Gran Avenida y Santa Rosa; Vicuña Mackenna, y Cerrillos y Maipú. En esos territorios accionaban diez grandes estructuras denominadas Grupos Políticos Militares, los GPM. Se identificaban por números, el GPM 9, era la zona de Barrancas, el GPM 1 era la zona sur, el GPM 10 en Cerrillos-Maipú. En tanto, en el centro de Santiago operaba el GPM 7. Cada una de estas estructuras realizaba trabajo político-social y además contaba con una pequeña unidad miliciana destinada a cumplir tareas de seguridad e instrucción.

La idea de maniobra del MIR en Santiago implicaba la resistencia sincronizada en grandes barrios industriales, con décadas de experiencias reivindicativas y políticas, junto a sectores democráticos de las FF.AA. y Carabineros opositores al golpe militar. Las estructuras del mirismo serían complementarias de ocurrir ese virtuoso escenario, hipótesis muy similar a la que tenía el aparato militar del PS y su dirección.

En aquel momento la dirección mirista disponía de diversos autos, pero se repetía un modelo: los Austin Mini 1000. La mayoría de los integrantes de la Comisión Política se movilizaban en estos vehículos rápidos y pequeños, muy apropiados para maniobrar en el plano urbano. Enérico García, el militante a cargo de la seguridad del equipo de dirección, guardaba en un garaje ese martes 11 un Austin Mini de color blanco que estaba asignado a Andrés Pascal Allende, integrante de la CP. Pascal Allende se fue caminando a la casa de Enérico luego de recibir temprano, entre las 06:30 y las 06:45, un llamado telefónico que lo alertaba de lo que comenzaba a suceder.

Pascal llegó a buscarme a la casa de Manquehue y salimos tipo 07:15. En el trayecto hacia Gran Avenida vimos solo movimientos de Carabineros. Nosotros andábamos con nuestras armas personales, él con un revólver, el famoso Colt Cobra que le había regalado Salvador Allende, toda una joyita. Luego llegamos al punto de contacto y de allí inmediatamente a la casa de seguridad de la CP[33].

Según testimonia Enérico, debido a la situación de semiclandestinidad de algunos dirigentes en esas semanas se utilizaban diferentes casas de seguridad.

Ese día 11 tocaba una en el paradero 9 de Gran Avenida, ubicada a una cuadra del parque El Llano-Subercaseaux, muy próximo a una plazoleta. «Era de la familia del Tacho Inostroza, que era alumno o había sido alumno del Instituto Nacional». Se trataba de una casa muy normal, de clase media, con un pequeño antejardín. El punto de contacto para ingresar a esa residencia se hacía en una

plaza muy próxima. En su interior, incluso, tenían habilitada una habitación especial con una mesa para el trabajo del equipo de dirección. Allí permanecerían durante el 11 de septiembre, entrando y saliendo en diversas ocasiones, los integrantes de la dirección del MIR.

A la reunión de ese día, llegaron los ocho integrantes de la CP: Miguel Enríquez[34], secretario general, Viriato; Bautista Van Schouwen, Bauchi; Andrés Pascal Allende, Pituto; Edgardo Enríquez, Pollo; Humberto Sotomayor, Tito; Roberto Moreno, Pelao; Nelson Gutiérrez, Guti; Dantón, que era Arturo Villabela, y Dagoberto Pérez, Ramón, que asistía invitado al ser el jefe del Comité Regional Santiago.

Al inicio, Miguel llamó desde el teléfono de la casa al presidente Salvador Allende. Esa mañana lo haría en tres oportunidades. Allende aceptó el primer llamado y hablaron. Miguel le haría tres propuestas: la disposición de ir a rescatarlo; luego le pidió que hiciera un

llamado a través de las radios, que todavía funcionaban, a la desobediencia de las tropas, denunciando a los oficiales golpistas, y, una vez fuera de La Moneda, el MIR aportaría a protegerlo en la zona sur de Santiago.

Próximos a la casa de la dirección del MIR, estaba reunido el Comité Regional Santiago y la Comisión Militar. Además de la Fuerza Central que encabezaba el Juancho. Patricio Rivas señalará:

La Fuerza Central tenía su origen en el retiro del MIR desde el primer GAP, que había integrado mayoritariamente, y luego que la organización quedó con un significativo arsenal. Su nivel combativo era excelente, pero quedó a la espera de las armas de la embajada cubana para multiplicarse, por un lado, y, por otro, aguardando condiciones insurreccionales que en ese día no se dieron y no se darían[35].

Luego de varios llamados telefónicos y algunos acuerdos, los participantes en la reunión se distribuyeron a cumplir diversas tareas, eran alrededor de las 08:30. El Pituto y el Coño partirían a la Embajada de Cuba a procurarse las armas que estaban en los depósitos de los subterráneos[36]. En tanto, el Pelao y el Guti tendrían como tareas conectar los frentes de masas[37]. Se volverían a encontrar solo luego de hacer las tareas asignadas.

Miguel había hablado con la Tati y el propósito era estructurar con el PS, PC y la gente nuestra una columna que pudiera ir a La Moneda y trasladar a Allende a la zona de San Miguel. A todo esto, no era tan fácil la reconexión ni la articulación con ellos, porque a esa altura empezaba el Ejército a tomar el control de la ciudad y te encontrabas con facilidad con controles. Nosotros andábamos solo con armas personales, y tampoco en la casa de reunión había más armamento[38].

Luego volverían a llamar a Allende, pero este ya no recibiría la llamada y le dirá a la Tati que hable con Miguel, el recado es conocido: que era su hora. Más tarde habría un tercer llamado, aunque sin resultados.

La CP se reunía para tomar decisiones rápidas sobre la base de la información que se tenía. Creo que el partido estaba conectado de forma muy general. En ese momento no teníamos ninguna idea de lo que estaba pasando en La Moneda y en el resto de Santiago sabíamos algunas noticias que llegaban de los frentes: algunos conatos en Cerrillos, algunas pequeñas cosas en Vicuña Mackenna. Todo esto se nos comunicaba vía el teléfono[39].

Dentro de la CP, Andrés Pascal era el encargado del trabajo en F, como denominaban los miristas a su sigilosa infiltración en las Fuerzas Armadas y Carabineros. El día del Golpe las conexiones con las células al interior del Ejército y muy particularmente la Fuerza Aérea habían quedado rotas. «A esa

altura era imposible conectarse con la gente de las FF.AA., la desconexión era absoluta, porque estaban todos acuartelados»[40]. Eso significaba moverse a ciegas respecto a lo que estaba sucediendo al interior de los cuarteles y descartar la posibilidad de obtener armamento desde sus arsenales.

ENCUENTRO EN INDUMET

Cerca de las once de la mañana, desde diversos puntos de Santiago, se movilizan representaciones partidarias del PS, el MIR y el PC hacia la industria Indumet[41]. El Golpe ya estaba en desarrollo y esa reunión era un último y desesperado intento por actuar unidos. Según Enérico García, en la industria había mucha gente y armamento. Además de todos los que tenían fusiles, estaban disponibles sesenta AK con sesenta tiros cada uno[42]. En esos momentos, desde la dirección del MIR hubo una comunicación telefónica con Carlos Altamirano y acordaron juntarse a las 10:00 en la industria Indumet. Miguel, junto a un grupo, irá a ese primer encuentro con Altamirano, pero este no llegará. Ahí esperaran muy poco y partirán a una casa de enlace[43] cercana, para hacer hora y retornar a las 11:00 al mismo sitio. Será en esa casa donde estará León[44], Eduardo Ojeda Disselkoen, y será Miguel quien le dirá que los acompañe, dando por seguro que sería un aporte por su preparación. León viajará en otro auto, un Fiat 125 de color amarillo, y llegarán en caravana a la industria.

Deben haber sido como las 10:30 cuando viajábamos la segunda vez hacia Indumet en dos autos mini Austin. El color mostaza que usaba Miguel y que conducía el Tito Sotomayor y el otro de color blanco donde irían Coño, el Juancho y Pascal. Yo iba junto a Miguel. En ese momento disponíamos solo de armas personales, de puño. León iba en otro vehículo[45].

Al llegar ya estaban Agustín y Rolando Calderón, por el PS, y José Oyarce[46], miembro de la CP del PC. También había trabajadores y ese era ya el punto de concentración del aparato militar del PS, fundamentalmente los Elenos. En

Indumet había armamento, pero en ese momento no estaba a la vista. Miguel habló con Calderón y le pidió que le preguntara a Oyarce si el PC iba a resistir. Entre ellos no se hablaban, supongo que por todos los resquemores que había entre el MIR y el PC. La respuesta del representante del PC fue que esperarían a saber si cerraban o no el congreso[47].

El diálogo de ese momento es tenso, Agustín y Rolando Calderón hacen de coordinadores para establecer mínimos puentes entre el MIR y el PC. El balance de la reunión era magro.

Se contaba con la columna del aparato militar del PS, que se había movilizado desde el estadio de la CORMU. La posición del PC estaba expresada y el MIR, según Miguel, necesitaba de algunas horas más para convocar una fuerza de cuatrocientos combatientes y, de ellos, solo cincuenta con dotación completa de armamento y municiones.

Estaba en desarrollo aún la reunión y se sienten fuertes golpes en el portón metálico de la industria, que era de entrada de vehículos y tenía además incluida una puerta pequeña para el ingreso de las personas. Toda la construcción era muy alta, como de tres metros de altura los muros perimetrales. El que abrió fue Rafael Ruiz Moscatelli[48] *y se encontró con un carabinero a boca de jarro que le dice que tiene instrucciones de allanar. El Rafa de inmediato cerró la puerta y avisó que eran los pacos y que querían ingresar para allanar. En ese momento las jefaturas estaban reunidas viendo mapas y pronto nos íbamos a separar. Yo estaba cuidando fuera de la reunión y tenía el revólver de Pascal con seis tiros; también estaba León, que había permanecido arriba del auto. En ese momento apareció un helicóptero con una ametralladora punto 30 apuntándonos; era de la FACH. Ese fue el minuto en que Miguel le pidió a Camú que nos pasara armamento y él de inmediato dio la instrucción y un compañero nos pasó unas armas y me pidió el nombre para poder recuperarla. Cada uno de nosotros tomó un AK con dos cargadores. Todos, menos León. La idea de Miguel era que tratáramos de sacar los autos hacia fuera para mantener la unidad del grupo y además movilizarnos*[49].

El tiempo se les acabó antes que acordaran un plan de operaciones en común. En un comienzo, luego de la alerta de allanamiento, la idea fue «salir en un grupo compacto, contar con vehículos para poder movilizarnos, llevar adelante el gran proyecto que era ir al centro a rescatar a Allende a La Moneda, pero se dilataba la toma de la decisión»[50] y en ese momento Miguel habría dispuesto que el grupo se retirase con premura.

Entonces comenzarán los enfrentamientos entre los ocupantes de la industria y los destacamentos de Carabineros que llegan al lugar. Socialistas y miristas buscarán salir en el menor tiempo posible porque saben que, según pasen los minutos, ese cerco tendrá mayores refuerzos por tierra y también por aire. Los planes originales han quedado truncos, ahora lo que se inicia es un desesperado repliegue.

UNA SECCIÓN DE CARABINEROS A INDUMET

En otro lugar de Santiago, en las proximidades de la Estación Central, se encuentra un bus policial vigilando lo que pudiera ocurrir con cerca de medio millar de estudiantes, funcionarios y profesores que se han estado concentrando esa mañana en la Universidad Técnica del Estado, UTE. Este vehículo pertenece a la segunda sección del 1er Escuadrón del Centro de Perfeccionamiento de Suboficiales, al mando del teniente Sergio Jiménez Albornoz, y será este oficial quien reciba la orden para dirigirse a reforzar el enfrentamiento que se iniciaba en Indumet.

Cuando llegan a la industria ya había muerto el carabinero Manuel Cifuentes. En el lugar estaban las tanquetas Mowag que pronto derribarán el portón, allanarán y tomarán

prisionero al grupo que había permanecido allí. Al principio, el inesperado cerco policial produjo desconcierto entre los grupos presentes. Para los cercados, lo favorable era que tenían un buen armamento, eran una fuerza significativa y las industrias en ese lugar estaban todas vecinas. Luego, en el recuento de la balacera en Indumet, la segunda sección resultaría con dos bajas, heridos de gravedad, que después fallecerían: los carabineros Ramón Gutiérrez Romero y

Fabriciano González Urzúa[51].

Rompiendo el cerco a la industria Indumet saldrán arrancando dos grupos diferentes. El más numeroso era el del aparato militar del PS, encabezado por Agustín y que posteriormente quedará fragmentado en La Legua de camino a la industria Sumar. Y el otro, el MIR, sustancialmente más pequeño, que encabezaba Miguel Enríquez y que optará por salir por San Joaquín, sin entrar a La Legua, pero que deberá necesariamente pasar frente a un retén ubicado en la esquina de Las Industrias.

En Indumet permanecería Celsa Parrau junto a un compañero que quedará herido de bala, un grupo de trabajadores, además de un puñado de combatientes conteniendo al destacamento de carabineros para así impedir la persecución a los grupos que ya habían salido.

Tengo entendido que se separan los grupos y el del PS se va hacia La Legua. Allí estaban Robinson Pérez, Renato Moreau, Aguilera —que le decían el «milico»—, Francisco Cattani, que después morirá en La Legua y que según contaba Arnoldo fue uno de los que disparó contra la micro de Carabineros que volaron de un bazucazo. Mi hermano también estuvo allí. En Indumet recuerdo que alcancé a limpiar la herida del compañero herido a bala, lo vendé, porque yo tenía algo de material en la

industria. Luego nos quedamos cercados y no pudimos salir, hubo también ahí fuego cruzado porque el grupo que quedó para la protección también se defendió e incluso trató de atacar, porque siempre existía la posibilidad de que Allende estuviera vivo y peleando en La Moneda, entonces había que resistir[52].

MIGUEL ENRÍQUEZ: SALIR O SALIR

Al partir de Indumet, Enérico García se preocupará de entregarle el revólver que portaba a León, que andaba desarmado. Todo debe hacerse rápido, deben salir de allí de cualquier forma, si no el MIR corre el riesgo de tener a parte de su

Comisión Política cercada, prisionera o muerta y perder a su líder Miguel Enríquez.

Las murallas de Indumet eran una formidable protección por su altura, pero eso mismo dejaba a ciegas a los combatientes. Incluso, algunos al inicio buscaron subirse en lugares con altura para dimensionar la fuerza en hombres, medios y armas que los comenzaba a cercar, pero todo se hizo dificultoso por la inminente llegada de helicópteros de apoyo artillados. Andrés Pascal rememorará esos instantes:

Miguel, que era muy impulsivo en lo operativo, intentó correr unos autos hacia el callejón para parapetarse; eso no sirvió de mucho. Fue ahí cuando intervine y le dije que era una locura, que nos iban a rodear y quedaríamos desconectados del partido. Luego, nos fuimos para atrás, saltamos una tapia y dimos con otra

fábrica que no recuerdo cómo se llamaba y salimos como una columna encabezando nosotros los miristas, junto a otros cabros socialistas. Echamos abajo la muralla y salimos por otra fábrica. Los pacos seguían disparando y ahí se produjo el primer enfrentamiento. Creo que nosotros operamos más rápido, todos con AK. Luego nos metimos en una población que no era La Legua y que iba a dar a una avenida que en ese tiempo era de tierra, allí había una comisaría que tenía instalado a pacos parapetados con ametralladoras tras sacos. Cruzamos y se produjo la disparadera, creo que León cae allí, no sé si muerto o herido. Hay testigos que dicen que cae herido y le perdemos la pista; venía al último. Siempre que recuerdo esos instantes me acuerdo de los cabros chicos que andaban encumbrando volantines en medio de las balas. Luego, entramos a una casa y le pedimos la llave de un auto a un señor, un Peugeot y salimos todos amontonados. Posteriormente, nos encontramos con una patrulla de la FACH. Eran soldados que al principio se

detuvieron y nosotros también nos paramos y bajamos con armas y etc. Y ellos se fueron por su lado y nosotros también. Nadie quería mayores problemas y ahí pudimos ir de nuevo a la casa de Gran Avenida[53]*.*

Con certeza, los dispositivos de Carabineros y la FACH, que habían operado en el cerco, ignoraban a quienes estaban rodeando, su número, armamento e

importancia política. De lo contrario hubiesen sido otros los efectivos y medios empleados. Eso recién lo comenzarían a sopesar luego de los diversos enfrentamientos, escaramuzas y hostigamientos que luego del cerco a Indumet se extenderían por varias horas en un extenso sector de la zona sur de Santiago.

Enérico García tenía una extensa trayectoria en tareas de confianza y de riesgo. A comienzos del mandato del presidente Allende se había desempeñado como uno de los

primeros GAP que lo escoltaron en su residencia de Guardia Vieja. Esa mañana de carreras y enfrentamientos estaba complicado con su visión, tenía miopía y usaba lentes fotocromáticos, porque de lejos no veía muy bien, pero debió sacárselos durante los enfrentamientos y luego en la retirada.

La idea era salir rápido de la zona. Lo hicimos por San Joaquín y allí Miguel quedó muy abierto, el Tito —Humberto Sotomayor— iba por el centro y yo pegado a la pared, atrás iba Pascal, el Coño Villabela y un chico socialista que nos siguió. Corrimos, y cuando vamos llegando a la primera calle, en el primer cruce, venían unos pacos corriendo a cerrar el cerco, con casco y fusiles SIG. Miguel les disparó de inmediato y los dos cayeron para adelante en la calle, yo los vi, uno estaba muerto y el otro se salvó gravemente herido. Esto ha sido contado incluso por los pacos[54]*. Ahí yo protejo la pasada del Miguel, Tito y de Pascal y después paso yo y también pasa el cabro socialista que va con un AK; nunca supimos quién era. Después nos reíamos, porque a Miguel, que se creía súper clandestino con su cambio de look*[55]*, lo primero que le dijo el joven socialista fue «compañero Enríquez». Luego corrimos por dentro de la industria y salimos por un portón lateral que también nos abrieron, y Miguel con Pascal también habían corrido en esa dirección, pero por fuera de la industria, y nos volvimos a encontrar ahí y nos metimos de lleno a toda esa zona.*

Puras poblaciones de obreros de las textileras de Sumar, principalmente. Hasta que llegamos a la población El Pinar que era la más cercana a Vicuña Mackenna, la de los edificios, y corrimos unas ocho cuadras. Mucha adrenalina con los tiros y ahí nos tirábamos de nuevo con los pacos cuando cruzábamos la calle. Fue ahí donde nos encontramos con un Peugeot y preguntamos de quién era, y al dueño que estaba en una casa de segundo piso le dijimos —estábamos todos con fusiles— «¡pásanos el auto!»[56]*.*

En la retirada del grupo mirista queda herido, en uno de los primeros enfrentamientos, León. En el MIR él era encargado nacional de Talleres y tenía a su haber la creación de una subametralladora casera denominada MT70 (MIR.Tupamaro), prototipo bastante similar a la Carl Gustaf, de origen suizo. Él es el primer mirista que cae combatiendo el 11 de septiembre de 1973.

AGUSTÍN COMANDA EL REPLIEGUE

Sergio Parrau, el hermano de Celsa, ha cumplido diferentes tareas esa mañana del 11. Tras retornar a su departamento en las torres San Borja de calle Portugal, él recibe una llamada telefónica del Oso (Eduardo López Regonesi) que lo enlazaba con Agustín y le transmitía la orden de dirigirse a la industria Indumet.

Sergio conocía al interventor de esa industria, un abogado ecuatoriano que se llamaba Sócrates Ponce Pacheco. Muy pronto parte en su pequeño auto hacia el lugar. Como venía del centro de la ciudad, tenía cierta idea de lo que estaba aconteciendo en torno a La Moneda, además lo podía ver desde su departamento. Junto al progresivo copamiento de la ciudad por tropas del Ejército, él observa cómo grupos de civiles asumen incipientes tareas de control y soplonaje respecto de sus vecinos.

A poco de arribar a Indumet Sergio pudo presenciar el cerco que se iniciaba en el sector. Al momento de retirarse, comandando un numeroso grupo de combatientes, Agustín le diría «Celsa está adentro»:

Y la fui buscar. Yo portaba un fusil AK y había disparado en Cuba, y aunque no tuve un adiestramiento a full sabía usar armas, conocía los riesgos que tienen. Además, mi formación de ingeniero me llevaba a analizar las cosas desde el punto de vista constructivo. En la prisa no encuentro a la Celsa, pero Camú ya ha partido y salí detrás y me incorporé a la columna. Él va a lo menos con cuarenta o cincuenta personas, todos armados, de ahí nos trasladamos a La

Legua. Hubo combates pero, en ese momento, yo no participé en ellos.

Cuando estábamos rompiendo el cerco volví atrás y divisamos una tanqueta de pacos. Yo me quedé tras un poste con un RPG-7 para dispararle y el cohete no salió, había fallado el sistema de disparo. Después me puse a correr hacia donde estaban mis compañeros, pero esa acción hizo que la tanqueta partiera siguiéndome y yo no alcanzaba a llegar donde estaban ellos. Entonces vi un jardín chiquitito y me tire allí, con tal mala cueva que se me cayó el proyectil. Me quedé muy quieto y los de la

tanqueta se acercaron y al no ver ningún movimiento se fueron. Luego, cuando estuve seguro que ya se habían ido, me levanté y recogí el proyectil que se había abollado en la punta; si se abolla un poco más explota[57]*.*

Mario Garcés y Sebastián Leiva, en su libro de investigación histórica sobre estos sucesos, destacarán que ese día en La Legua se produjo la confluencia de tres actores muy

significativos: la izquierda, los pobladores y los sindicalistas[58]. Citando los testimonios de dos jóvenes pobladores comunistas, reconstruyen el encuentro entre la columna que encabezaba Agustín y los habitantes de la población. Margarita Durán testimoniará:

Nos encontramos con la columna [...] venía Camú, que nosotros conocíamos [...]. Casi al llegar a San Gregorio con Comandante Riesle paramos, mi compañero Lucho los conocía porque había tenido ciertas reuniones, qué sé yo [...] y él les dice: «No vengan disparando, la zona es toda de izquierda y hay harta gente en este momento». Yo me devuelvo y mi compañero con Gerardo se suman a la columna y los llevan a Sumar[59]*.*

EL CALLEJÓN MALDITO

Así denominará Rafael Ruiz Moscatelli, en entrevista con Mario Garcés, a uno de los sitios que debieron atravesar en esa desesperada retirada de Indumet

porque si uno hubiese tenido capacidad de orientación en todo ese grupo, yo no me habría metido por ese callejón [...] era larguísimo con unas murallas altísimas, que yo lo único que quería era llegar a alguna parte porque sabía que si nos pillaban ahí no había nada, no había nada[60].

No había plan en ese desesperado repliegue, solo un objetivo inmediato: llegar a la planta Sumar a como diera lugar. La columna de Agustín requería del apoyo de los pobladores para guiarse en medio de callejuelas iguales. Ese día él se sentía especialmente responsable. Sabía que mucha gente dependía del acierto de sus decisiones, pero, pese a su habitual serenidad en situaciones extremas, al promediar las 14:00 ya intuía que el plan original de conformar una columna e ir a rescatar al presidente Salvador Allende se había tornado casi imposible. Al cruzar La Legua[61] ya completaba ocho horas de alerta. Ahora, a como diera lugar, debía buscar preservar combatientes y armas.

Patricio Quiroga era parte de la columna que luego del escape de Indumet ingresaría a La Legua:

Comenzamos a pasar por calles y poblaciones desiertas, la gente salía a la calle, nos pedía armas; nos traían té, café y pan, mientras gritaban: «¡Compañeros nosotros los vamos a ayudar». Pero, cuando se ve que el poder del otro lado es muy fuerte, entonces el entusiasmo dura un rato. No obstante, mucha de esa misma gente durante los días siguientes mantendría en sus casas a gente nuestra. Se han contado leyendas de combates, caídas de helicópteros, aviones, poco menos que bajaron paracaidistas. No, fueron refriegas normales en una situación de esa naturaleza, pero en la que también la gente se cuidaba, nadie se inmolaba, menos si desde La Moneda se estaba llamando a no dejarse avasallar ni autosacrificarse[62].

El sector de industrias y poblaciones obreras que comienzan a recorrer los diversos destacamentos armados que se repliegan desde Indumet, tenía una historia de lucha social y política que provenía de muy diversos afluentes. Muchas de esas poblaciones se habían originado como ocupaciones ilegales, y durante el proceso de asentamiento habían tenido que desarrollar capacidades significativas de organización y de unidad. Como bien dice el dirigente sindical de Sumar Joaquín Abarzúa, en su industria «florecía la vida y la lucha por un futuro, y ello irradiaba a las poblaciones vecinas Germán Riesco, El Pinar, La Legua, Aníbal Pinto, todas las que reunían como sesenta mil personas. Allí los sindicatos hacían venta directa de productos, telas de sábanas, mezclillas, cotelé, tela para manteles en canastas familiares con las JAP, todo más barato. Eran los años 72 y 73»[63].

Margarita Durán relata que cuando la columna va en dirección a Sumar ocurre el primer encuentro con un bus de carabineros que viaja con muy pocos efectivos. Hay un breve intercambio de disparos y, ante la superioridad, los uniformados se rinden, son desarmados y los dejan seguir su camino hacia el Hospital Barros Luco. En el avance «al llegar a la esquina de Los Copihues con Pedro Alarcón, se encuentran con el carro de bomberos de la población La Legua, deciden tomarlo, sin herir a nadie, para continuar su desplazamiento»[64].

LA COPA DE AGUA EN SUMAR

En paralelo a los sucesos acontecidos en la industria Indumet, en Sumar, desde muy temprano, los trabajadores estaban en estado de alerta con las noticias originadas en los bandos y los mensajes radiales del presidente Allende. Rigoberto Quezada, quien era socialista y dirigente sindical, había sido nombrado a fines del 70 como administrador de la planta o interventor. Será él quien describirá esos momentos:

Entonces yo prendí la radio y vi que casi todas las estaciones estaban hablando

del Golpe [...] hice parar la fábrica, se concentraron todos los obreros en los patios, ahí yo di orden de que tres camiones se llevaran a todas las mujeres con guaguas y niños chicos que tenían ahí porque teníamos una sala cuna y las mujeres lloraban y gritaban y todas esas cosas, así es que quedaron nada más que las mujeres solteras, las que no tenían problemas y quedamos como cien compañeros, que era el primer turno[65].

Dentro de los recuerdos de lo acontecido ese día 11, la historia de la copa de agua en la Planta Poliéster de Sumar tiene versiones distintas. Seguramente la veracidad del suceso es el encuentro de esas versiones. El Ejército relatará el episodio de la siguiente manera:

A las 15:00 horas se cumple una misión como tantas otras. Helicóptero PUMA. Tripulación: piloto, copiloto e ingeniero de vuelo, artillero y sus sirvientes. Misión: patrullaje a cordones industriales, observación aérea y apoyo a fuerzas terrestres [...].

Nos encontrábamos sobre la industria Sumar. Efectivamente los había [obreros] atrincherados y fáciles de identificar, pues portaban cascos amarillos [y estaban] empeñados en obstaculizar las vías de acceso. El repiquetear de los proyectiles obligaba al enemigo a buscar refugio en casas contiguas [...]. En uno de esos virajes, y cuando se volaba en sentido weste-este para luego virar en sentido norte-sur, tomando velocidad y apuntando nuestras armas hacia el edificio [...], se sintieron disparos que hacían presumir un enfrentamiento entre extremistas y fuerzas de tierra.

Los minutos siguientes fueron tensos [...]. De pronto la gran ave de acero basculó casi hasta perder estabilidad y con ello haciendo perder ángulo de tiro [...] sumándose a esto un fuerte olor a sustancia quemada, como resultado de impactos que recibieron las palas del rotor principal [...]. El piloto estaba herido [...] en el pie derecho [...]. En ese momento medimos la magnitud de la situación y un aterrizaje de emergencia se nos venía encima [...]. El copiloto dio la alarma: «Piloto herido, ¡emergencia!»[66].

Es el instante en que un pequeño grupo descarga sus ametralladoras y fusiles contra la aeronave desde la copa de agua, que se encuentra a unos cuarenta metros de altura. Sergio Parrau se encuentra abajo, al nivel del suelo, mira hacia arriba y dispara:

Cada uno disparaba individualmente, no había un orden. Como éramos atacados, me refugié detrás de un poste y desde ahí disparé. Sentía pasar las balas cerca. Era un combate, no un juego de niños. Disparábamos tiro a tiro porque había que cuidar el parque [las municiones]. Uno no sabía qué había por delante, si íbamos a estar todo el día o parar.

Santiago Bulnes[67] es teniente del Ejército y está asignado al Comando de Aviación. Él también tendrá su versión de los sucesos:

A nosotros casi nos botaron un helicóptero [...]. No teníamos ni siquiera estanque de combustible. Nuestros helicópteros iban a Cerrillos a abastecerse. Salió un UH o un Puma, no estoy seguro, de Tobalaba hacia Cerrillos, y al pasar por el cordón industrial de Vicuña Mackenna salió un hombre a un patio, le disparó con un AK y le metió una bala en la pata al piloto y como cuatro o cinco balas al helicóptero. Ese tuvo que quedarse en Cerrillos. Yo vi los orificios de bala en el rotor, el aspa y otra en el fuselaje [...]. Lo podrían haber derribado con todo eso[68].

Hugo Valenzuela, presidente del sindicato de Sumar, recuerda que estuvo arriba de la copa de agua, pero sintió vértigos y luego bajó:

El chico Fierro (Pedro del Fierro, militante socialista) estuvo allí [...]. Se había instalado una punto 50 y se disparaba también con fusiles AK. Esto no era parte

de una estrategia. Los trabajadores no sabíamos, no teníamos idea. A algunos nos entregaron armas para defender la industria [...]. Hubo desazón, porque llegado el Golpe no tuvimos mayor organización y preparación para enfrentar a los represores [...]. Había disposición, incluso para entregar las vidas, pero no hubo armas[69].

A Sumar también llegará un auto con armas que había salido de Tomás Moro y que manejaba Rafael Ruiz Moscatelli. Con él iban Luisito, la Lila y la Nena, entre otros. Será esta última quien recordará:

Pasamos a varias partes. Luisito llevaba un arma, nosotras no. Mi compadre era el que sabía todo. Pasamos a unos cordones industriales a buscar más armas. A la Sumar llegamos como a las tres o cuatro de la tarde. Allí estaban los compañeros desesperados, todos querían armas, pero era un blanco perfecto la Sumar porque era todo abierto. Con la Lila ayudamos también a cargar las armas porque todas llegaban con los cargadores separados de las balas. Yo me preocupé que a Luisito le dieran lechecita caliente y ver cómo le estancábamos la sangre. Antes habíamos pasado por unos familiares para ver si podíamos bajarnos y quedarnos con el herido, pero estaban mirando desde una puerta y no pudimos. Ahí nos separamos, porque luego Luisito nos dijo que él tenía que partir a Mademsa y nosotros teníamos que salir antes del toque de queda. Ahí nos despedimos[70].

LA ARMAS DE LA EMBAJADA

Max Marambio, exjefe del primer GAP del presidente Allende y mirista, será el único chileno que permanecerá en la representación diplomática cubana ese día 11 y los siguientes.

Cuando llegué a la embajada había un hormiguero de gente creando

condiciones para ubicarse en sus puestos de defensa. Parecía otro lugar, una organización militar había sustituido el protocolo diplomático [...] 119 personas, 43 miembros de Tropas Especiales [...] sólo quedaban 7 mujeres [...] diplomáticos, familiares y algunos obreros que habían venido a construir un subterráneo para resistir lo que venía. No tuve dudas en unirme a la defensa de la embajada cubana, más bien lo considere un deber, al igual que el Palacio de La Moneda, era un objetivo seguro del Golpe[71]*.*

Ciertamente al mando operativo del Golpe le preocupaba lo que sucediera en dicha embajada, porque no constituía ningún secreto para ellos la presencia de un significativo contingente de experimentados combatientes y la existencia de un poderoso arsenal. El MIR tenía acuerdos previos establecidos con la máxima dirección cubana respecto a la disponibilidad de esas armas. Es Andrés Pascal Allende quien rememora ese compromiso.

Esto se había hablado con Fidel en su visita a Chile y él tenía la mejor disposición, pero sin pasar sobre Allende. El mayor compromiso lo obtuvimos en una visita que hicimos después del tanquetazo, con el Gato Valenzuela[72] *y no recuerdo quién más, cuando fuimos a conversar con Fidel a La Habana. Íbamos con la misión que nos entregaran armamento, y el compromiso mayor que se obtuvo en esa reunión fue que, en el caso de que hubiera una situación seria de Golpe, Fidel se comprometía a entregarnos armas, para lo cual se dispuso de una cantidad de armamento que estaba en la Embajada de Cuba y al cual teóricamente podíamos acceder de darse una situación de confrontación abierta*[73]*.*

La condición de los cubanos sería siempre inalterable: «sin pasar por encima de Salvador Allende». Ese martes —según Marambio— los cubanos se comunicaron temprano con el presidente y tuvieron un contingente disponible para ir donde él les dijese. Allende fue de nuevo tajante: el conflicto era entre chilenos.

Estas comunicaciones entre el presidente y los cubanos de la embajada no eran conocidas por la CP del MIR cuando, en sus primeros acuerdos de ese día,

encomendaron a Pascal y al Coño Villabela ir en camioneta a la representación diplomática en busca de armamento. Cuando ellos llegaron a la calle Los Estanques —muy próxima a Pocuro con Pedro de Valdivia— grupos de vecinos partidarios del Golpe, pertenecientes a Patria y Libertad, comenzaron a instalar barricadas en las inmediaciones para bloquear los accesos. Una vez que lograron ingresar a la Embajada de Cuba la respuesta sería rotunda. Marambio agrega antecedentes: «El jefe político de la embajada, Ulises Estrada, que encabeza la representación del DOE[74], se ha negado a entregarlas pues considera que la camioneta en que se movilizan no ofrece seguridad y puede poner en peligro la “neutralidad” formal del territorio diplomático».

EN EL SECTOR CENTRO-NORTE

Eduardo Gutiérrez, que ha sido dirigente en la clandestinidad del PS, relatará en su libro[75] una concentración de militantes en las dependencias del Hospital José Joaquín Aguirre, ubicado entre las avenidas Recoleta y La Paz. En ese lugar, la mañana del 11 comienzan a llegar diversos grupos de socialistas del sector salud, estudiantes y profesores de la Facultad de Medicina y trabajadores de los diversos hospitales y dependencias que allí funcionaban. La actividad es diversa y febril, y la terraza servirá de balcón para intentar ver lo que estaba sucediendo en la zona céntrica de Santiago y en particular el bombardeo al Palacio de La Moneda. Allí llegarán dirigentes de la JS, habrá asambleas repletando el auditorio, se fabricarán bombas molotov y subirán a la terraza. El dirigente de la CP, Jorge MacGinty, les dirá que no habrá entrega de armas[76].

MacGinty ha participado muy temprano en la reunión de la CP socialista en la industria FESA de Maipú. Como en otros sitios, aquí también se reunirán trabajadores y estudiantes reclamando conducción y armas, pero el desconcierto es mayor y solo en sitios muy focalizados coincidirá todo: hombres y mujeres disponibles con armas y conducción apropiada para saber qué se debía hacer en esas horas.

A las 12:00 la dirección del MAPU-OC ha finalizado su última reunión en calle Carrera número 96, a escasas cuadras del Palacio de La Moneda y muy cerca de las tropas que son parte del cerco. Han decidido pasar a la clandestinidad,

mientras un poco antes su secretario general, Jaime Gazmuri, ha intentado infructuosamente comunicarse por teléfono con el presidente Allende.

En tanto en el área de Matucana y Mapocho, en la industria Cumming Diesel, se reúnen diversos grupos pertenecientes al cordón Mapocho. Allí convergerán diversas estructuras del GPM 7 del MIR, correspondiente a la estructura del centro de Santiago. Su jefatura es conducida por el periodista José Carrasco Tapia, «Pepone», secundado por otros periodistas: Máximo Gedda, «David», de Canal 9 TV, y Manuel Cabieses, director de la revista Punto Final[77].

Durante la mañana y antes del bombardeo se irán reuniendo en esa industria diversos grupos de militantes, además de trabajadores de esa y otras industrias del sector. En una mesa quedará reunido y expuesto un magro arsenal: un par de armas largas antiguas, una subametralladora, una pistola Prima Máuser con escaso peine, además de una docena de revólveres y pistolas de bajo calibre, todas con muy escasos proyectiles, además de algunas bombas molotov y granadas caseras ubicadas a un costado dentro de cajas de cartón.

Pepone, el jefe de toda esa concentración de eventuales resistentes, saldrá a una reunión de la Dirección Regional para recibir instrucciones, mientras tanto pequeñas unidades intentarán procurarse automóviles. Grupos de estudiantes secundarios de los Liceos Amunátegui, Darío Salas, de Aplicación y Liceo Nº2 de Niñas de Matucana aportarán químicos sustraídos desde sus laboratorios escolares. Muy cerca, entre las 09:00 y las 11:00, soldados de a pie se desplazarán en columnas por Matucana, llevan tenida de combate, cuellos naranjas y brazaletes blancos en el brazo derecho. Los estudiantes los miran a distancia buscando adivinar si son golpistas o leales.

Desde ese sector de Mapocho se podrá ver y escuchar con impotencia el bombardeo al Palacio de La Moneda. Cuando Pepone retorne entre de las 15:00 y las 16:00 el grupo se habrá reducido a la mitad. La orden de la dirección es de repliegue. Fuera de la disposición y una espera de seis horas, no ha sucedido nada más en ese acuartelamiento. Lo mismo estará sucediendo en múltiples fábricas, liceos, sedes universitarias y locales vecinales.

CAMPAMENTO «HASTA LA VICTORIA SIEMPRE»

Keltehue tiene veintidós años y estudia en el Pedagógico de la Universidad de Chile, milita en el MIR e integra una Unidad Operativa[78] del GPM 9, el más extendido de Santiago, desde Estación Central a Pudahuel-Barrancas. En aquellos tiempos la militancia lo era todo para Keltehue. La llegada de septiembre lo tenía especialmente contento, porque en algunas semanas más partiría a Cuba, y en esos tiempos eso era un sueño para cualquier joven que se asumiese como un militante revolucionario. Había hecho dos cursos de combate en Chile, ambos con instructores cubanos, uno en El Cañaveral y otro en una reserva forestal de San José de Codigua, al interior de Melipilla.

Los cubanos vieron que yo era un buen planificador de combate, que tenía sentido de la estrategia. De ese curso nos dividieron en dos grupos: éramos dieciséis o diecisiete compañeros. Usábamos uniforme del Ejército chileno verde oliva, luego nos separaron a cinco, para hacer una instrucción denominada Combate por Localidades, consistente en cómo dibujábamos un plano, ubicando allí las comunidades sociales, los centros poblacionales, fabriles, las calles, los servicentros, los colegios, las iglesias, etc., todos componentes de la planificación de una acción militar. Porque se entendía que frente a un golpe de Estado nosotros creábamos unos cinco o seis focos grandes con apoyo estudiantil, poblacional, obrero y también de dueñas de casa. Así íbamos a lograr desperdigar a las FF.AA. y Carabineros y generar una respuesta militar contundente, apostando además a la división[79].

Ese martes Keltehue salió a las 07:30 de su casa familiar.

Tomé la micro Catedral-Lourdes, número 7, porque me quedaba muy cerca. Esa mañana el recorrido cambió, tomó calles inusuales y se demoró entre hora y hora y media. Lo peor fue que él chofer no llevaba radio. Luego, preferí caminar hacia José Joaquín Pérez. Me debo haber demorado por lo menos treinta minutos más[80].

Cerca de las 09:00 Keltehue llegó a la casa de acuartelamiento acordada en su Unidad Operativa en caso de golpe militar. Eran cinco integrantes y esa mañana llegarían cuatro: Germán, quien era el jefe y se movilizaba en una citroneta; Eduardo, que era profesor de Historia; Paulo, encargado de la infraestructura y que había llegado en una Renoleta con las armas de la unidad, y él, Keltehue, como le decían en sus tiempos del liceo. Lo primero que hicieron los cuatro acuartelados fue insistir en contactarse con la Jefatura del GPM 9, pero nadie contestaría a esas horas el fono-buzón[81] acordado.

En tanto, la familia de la casa comenzó a preocuparse al escuchar el ensordecedor sobrevuelo de los aviones sobre la capital, junto a las noticias de los bandos y todo ello

mezclado con las palabras del presidente en La Moneda. Algo grave estaba por suceder y en su casa estaban cuatro jóvenes armados y dispuestos. Es cierto, ellos habían prestado la casa, eran ayudistas, pero a esa hora todo comenzaba a tener otro significado y consecuencias. Keltehue y sus compañeros percibirían la situación y por ello apuraron sus decisiones para así salir rápidamente de esa casa.

Pensamos que el escenario natural donde iban a llegar los militantes del partido iba a ser el campamento de San Pablo, ya que ese era nuestro centro de acción donde teníamos el mayor trabajo político poblacional. Por lo tanto, nuestra lógica fue irnos allá pensando que nos íbamos a encontrar con la jefatura y militantes del partido, pero ese día no llegaría nadie[82].

El grupo se dirigió al campamento «Hasta la Victoria Siempre», ubicado en San Pablo a la altura del 14.000, muy próximo a la actual Municipalidad de Pudahuel. Antes, habían insistido en contactarse con la otra Unidad Operativa, para así concentrar fuerzas, pero todo había sido infructuoso. Mientras se trasladaban escucharon y vieron pasar los aviones, supusieron que eran los que bombardearían al presidente en La Moneda. Eso, lejos de detenerlos, les hizo apurar aún más sus pasos.

Cuando llegamos al campamento la gente estaba muy asustada. Hay que reconocer que hubo unos compañeros socialistas muy valiosos que hicieron la primera arenga en que le dicen a la gente que hay que prepararse para combatir. Ellos trajeron desde la población La Estrella —como a unas quince cuadras— unas escopetas y pistolas, y puede que también algún fusil. Sumado a lo que teníamos nosotros, estábamos en condiciones de combatir unas doce a quince personas, además de las molotov que tenían los pobladores desde cuando los instruíamos en autodefensa[83].

Keltehue tenía una arma muy extraña en esos tiempos, una pistola automática Erma Werke de 9 milímetros, muy efectiva. Como parque tenía once tiros, incluido el que estaba en la recámara, y dos cargadores más de reserva. Pero no era todo. De las armas que llevaron al campamento los socialistas se hizo cargo de una escopeta de caño con siete cartuchos. Ese era su arsenal en la batalla por venir.

Germán, el jefe del grupo, «tenía una vieja subametralladora Carl Gustaf que seguramente había sido de los pacos y que había que disparar a ráfagas cortas porque si no se recalentaba»[84]. Keltehue conocía el campamento «Hasta la Victoria Siempre», porque antes había ido a entregar instrucción de masa armada a los pobladores de la toma. Era un sitio pequeño, de cuatro mil metros, que albergaba unas sesenta familias, todas muy pobres, y que antes habían vivido de allegados en casa de familiares del sector. Uno de sus dirigentes, el vicepresidente del campamento, era el mirista Hernán Santos Pérez Álvarez[85] que también estaba conectado orgánicamente a la estructura del GPM 9.

Al llegar, Keltehue y sus tres compañeros se unieron al dirigente Hernán Pérez, conformando así una unidad de combate de cinco integrantes. Los militantes socialistas por su parte eran seis, y desde el campamento se les unirían siete hombres. Serían dieciocho en total y las armas de que disponían les alcanzaban justas. La idea de hacer «algo» surgió de la junta entre los tres grupos, la existencia de armas y el contenido de los bandos, que se escuchaban en las radios de las «ranchas» del campamento, mientras el ruido del bombardeo a La Moneda se constituía en un telón de fondo difícil de ignorar.

Para resistir con cierta posibilidad en dicho lugar debieron antes hacer algunos preparativos básicos, como fue excavar algunas trincheras por San Pablo, en

aquellos lugares donde la altura del terreno les concediera algunas ventajas.

Deben haber sido las 13:45 a 14:00 cuando aparecieron los pacos. Eran de una comisaría chica que quedaba por la calle Resbalón o Neptuno. A los pacos les tengo que haber pegado dos o tres tiros en el radiopatrullas, porque alcanzaron a estar no más de dos minutos detenidos, y sin respondernos arrancaron. Venían armados con sus cascos y fusiles SIG, con la puerta de atrás abierta. Y lo que alcanzamos a ver es que eran como tres o cuatro atrás, más dos adelante; los veíamos de perfil. Cuando les disparamos no se atrevieron a pegar un solo tiro, nosotros tratamos de ver si los podíamos asaltar y quedarnos con las armas, pero nos dio susto bajar por la ladera, porque quedábamos muy expuestos. Yo estaba en la trinchera dos, que había sido cavada con anterioridad. Nos sentimos exitosos y hasta nos

reímos mirándonos enterrados allí. En ese momento unas compañeras pobladoras nos trajeron una taza de té con unos sándwiches de mortadela en marraqueta. Teníamos mucha hambre, y ahí yo me acordé que no había tomado ni desayuno[86].

Seguramente fue Carabineros quien pidió refuerzos al Regimiento de Artillería Antiaérea de la FACH, ubicado en Colina. Eso explica que cuando faltaba muy poco para las tres de la tarde, y habían transcurrido casi tres horas del hostigamiento al vehículo policial, un avión de reconocimiento de la FACH sobrevolara el lugar. «Fuimos muy ingenuos. Pasaron sobre nuestras cabezas, poco más arriba de los postes y no les disparamos. A los pilotos casi se les podía ver la cara. Era como una avioneta de color azul y una estrella blanca que dio dos vueltas y se fue»[87].

Solo media horas después, a las 15:30, se aproximaron dos camiones grandes de la FACH con unos veinticinco soldados cada uno. «Los veíamos desde lo alto de la meseta hacia la calle»[88]. Los atrincherados los recibieron a tiros y de inmediato los soldados comenzaron a parapetarse.

Creo que nos favoreció que ellos no conocieran el terreno, porque intentaron

hacernos una maniobra envolvente y nosotros hicimos un movimiento por la línea interior. Es una táctica militar en que no te mueves por los flancos, sino que refuerzas por dentro la línea más débil y en la otra quedas con el mínimo de fuerzas en un lado. Nos disparaban desde San Pablo y se abrieron para intentar entrar por las espaldas. Utilizaban una ametralladora punto 50 Rheinmetall. A Eduardo lo recuerdo menos, pero también se metió en una trinchera y como era maceteado lanzaba lejos las granadas caseras. Los milicos hicieron un barrido con balas trazadoras para cachar las distancias y afinar la puntería. Después de eso entraron con todo disparando con sus fusiles automáticos. Ahí la resistencia fue más fuerte, de unos quince minutos como mucho. Uno pierde la noción del tiempo. El parque era mínimo, las granadas caseras no nos atrevimos a tirarlas, porque había que levantarse. No teníamos cómo enfrentarnos de igual a igual y decidimos arrancar por detrás[89]*.*

Se retiraron en parejas. Keltehue botó la escopeta y sujetó con la pretina del pantalón la pistola a su estómago, estaba embarrado y sus manos sudaban frío. Todo eso era una mezcla de tensión y miedo.

Recuerdo que solo sentía disparos y luego el sonido de un helicóptero, pero nunca lo vimos encima nuestro. No había gente en las calles, todo estaba desierto. Llegamos corriendo a una bomba Shell, pensando en llevarnos algún auto. Estaba cerrada... Había dos autos guardados tras una cortina metálica de esas que se enrollaban al levantarla. Tratamos de abrirla y no pudimos. Estábamos agotados. Habíamos corrido unas quince cuadras, tratando de no ser vistos desde el aire. Luego nos tendimos pegados a esa cortina que tenía una mini techumbre. Me saqué la pistola y me la puse en una mano. Paulo hizo lo mismo con un revólver 38 Llama español que tenía, muy bueno, pero pesado. Me preguntó cuántos tiros me quedaban y le dije que dos o tres. Me contestó que él estaba igual y que si nos veían estábamos fregados. Luego, con un humor especial, miró mi ropa toda embarrada y la de él, que también estaba muy sucia, y dijo: «No estamos como para ir a una fiesta». Descansamos unos diez minutos, estábamos transpirados y agotados. Nos sentamos y recuerdo que yo tenía el cuello rígido, Paulo igual. En esa posición empezamos a mover la cabeza en péndulo para tratar de sacarnos el dolor que sentíamos y relajar los hombros que estaban muy duros. Solo después de esa pausa seguimos corriendo.

Hasta ese momento, ya eran como cerca de las cinco de la tarde y aún no teníamos claro la magnitud del Golpe[90].

Después llegaron a la casa de un dirigente sindical de su misma estructura que los recibió con su familia. Descansaron, comieron y se cambiaron sus ropas y además se

enteraron de lo que había sucedido durante el día, mientras ellos distraían y hostigaban durante cerca de tres horas a patrullas de Carabineros y la FACH. «Estuvimos ahí hasta el 14 de septiembre, luego retorné a mi casa en Ñuñoa, con el golpe ya consolidado[91]». Milagrosamente no hubo allanamientos esos días en la población La Estrella.

EL CORDÓN CERRILLOS-MAIPÚ

La noche del 10 de septiembre, cerca de la calle Portugal, donde está la Posta Central, se encontraba Javier Bertín[92], el Chino. Su compañera Cristina, la Rucia, se había quedado hasta tarde despierta, porque tenía que entregar un trabajo en calle Condell, donde estaba la Escuela de Trabajo Social. Esa mañana se despertaron cerca de las 07:30 y de inmediato el dueño de casa, que era un familiar de ella, los alertó sobre movimientos de tropas en Valparaíso. Poco después, pasaron en una micro por Plaza Italia. Todo estaba cortado y la locomoción y los vehículos quedaban atascados.

La pareja escuchó las palabras de Salvador Allende justo cuando salían de la sede universitaria. El discurso fue lo que le recordó a Javier sus compromisos.

En ese momento me pego la cachá que tengo que irme para Cerrillos-Maipú porque habíamos definido que frente a una emergencia de Golpe teníamos que juntarnos allá para poner en ejecución el plan de defensa de la zona. Había habido tanta alerta de Golpe en los meses anteriores que otro aviso parecía ya casi rutinario, pero escuchar a Allende fue otra cosa[93].

El Chino Bertín y la Rucia, al llegar a Plaza Italia, vieron los movimientos del Batallón de la Escuela de Infantería de San Bernardo en dirección al centro en una interminable columna de camiones del Ejército. «Me acuerdo que los soldados tenían pañuelos naranjos al cuello y desde los edificios mucha gente les aplaudía». Luego la pareja seguiría su camino rumbo a Maipú por Quinta Normal.

El cordón Cerrillos era, junto al de Vicuña Mackenna, uno de los más grandes y significativos en Santiago tanto por el número de industrias y de trabajadores que reunía y representaba como por las experiencias y preparativos que venían realizando en el caso de ocurrir un golpe militar o una grave asonada en contra del gobierno. Muy pocos meses antes, en el tanquetazo, se había producido una respuesta inmediata y contundente de parte de los trabajadores organizados en sindicatos, comandos comunales y en una diversidad de otras organizaciones. «Ellos se habían manifestado en disposición de salir en defensa de su gobierno por cualquier medio, incluso los medios armados; respuesta que lamentablemente no tuvimos ese 11 de septiembre», dirá Bertín.

El MIR en Cerrillos-Maipú era una estructura con sus complejidades, ante las cuales la Dirección Regional parecía tener paciencia y comprensión. Bertín rememora eso en el plano de las formas de estructurarse:

La organización original del MIR en Cerrillos-Maipú se estructuró con el mismo modelo que en todas partes: el GPM —Grupo Político Militar. Una estructura

piramidal en su forma y verticalista en su gestión. Era poco efectiva para responder a las exigencias de la lucha política y social, que vivía un estallido durante la UP. Nos pasamos a llamar Comité Local Cerrillos-Maipú. Luego de un periodo de unos dos meses de estudio y discusión sobre teoría de la organización y sobre las necesidades de conducción y acción en nuestros frentes de masas, llegamos a definir una

estructura muy diferente. Esta nueva estructura sería aceptada por el Regional Santiago como un modelo a prueba y a nosotros nos significó dar un salto adelante en la toma de decisiones y en la integración de los diferentes frentes y tareas[94]*.*

Con mucha anticipación, la estructura del MIR en Cerrillos había preparado un plan defensivo en el supuesto de un golpe militar. La tarea había sido encargada a la base de operativos del GPM, donde estaban: el Guajiro[95], el Malo, José Modesto Amigo Latorre y el Diego —Guillermo Rodríguez Morales[96]—, que era el jefe operativo y militar de ese GPM. El plan se asentaba en el supuesto de una respuesta popular significativa en el área de Cerrillos-Maipú frente a la ocurrencia de un golpe de Estado. Esa planificación consideraba cerrar la comuna botando árboles en el camino Pajaritos para evitar el paso de tropas desde Santiago, además de cortar el camino a Melipilla a la altura de Esquina Blanca. Era una táctica insurreccional de alzamiento popular y combinaba eso con acciones de grupos pequeños de compañeros con armas largas, fusiles y subametralladoras.

Ambas operaciones aislaban Maipú y ese tiempo sería valioso para los preparativos en el Cordón. Bertín por esos días no se despegaba de un libro llamado La Insurrección Armada de Neuberg, que Ediciones El Rebelde había difundido profusamente en kioscos.

Eran tiempos de mucha exigencia práctica y quedaba poco tiempo para leer, aunque yo me daba esos tiempos. La publicación de este libro formaba parte de una discusión que se daba entonces en la Comisión Política entre miradas más insurrecionalistas y miradas más guerrilleristas o de guerra popular prolongada.

Sabíamos que teníamos al Grupo 7 de la FACH metido en el Aeropuerto de Cerrillos, pero no pretendíamos para nada enfrentarnos con ellos. Algunos compañeros militares reclutados por el MIR iban a tratar de levantar a la tropa dentro del Grupo 7, pero si no lo lograban, iban a cruzar al frente hacia las viviendas que están en los barrios frente al aeropuerto. Meses antes habíamos conseguido algunas casas donde pudieran llegar esos compañeros identificándose con la señal de Miguel[97].

La percepción existente en esa estructura del MIR tampoco era homogénea en Santiago. «Nosotros entendíamos nuestro plan de masa armada, no como la acción aislada de un grupo de operativos bien preparados y armados. Era una concepción de masa armada y ello provocaba tremendas discusiones en el Regional Santiago»[97]. Por lo mismo no se trataba de un plan secreto y conspirativo, sino que se había expuesto en sus líneas gruesas al interior de las asambleas del Cordón Cerrillos para la intentona golpista de fines de junio.

El día 29 de junio, ya reducido el tanquetazo, se había realizado una reunión del Cordón Cerrillos a la que asistió Javier Bertín como delegado del MIR. En esa oportunidad lo

acompañó Diego, el encargado militar de esa estructura. En el lugar se acordó crear una coordinación para la autodefensa del cordón, integrado por todos los partidos, incluido el PC. Es más, al otro día, el 30 de junio, habría una nueva reunión y sería el mismo Diego quien expondrá una propuesta de plan aún más completa que será aprobada en su totalidad. Luego, se formó una Comisión Político Militar del cordón Cerrillos, con representantes del MIR, del PS, del PC, del MAPU y de la IC, que empezó a trabajar la materialización de ese plan de autodefensa que sería activado en el supuesto de ocurrir un golpe militar.

Cada organización política aportaba distintos aspectos al plan de autodefensa. Nuestros compañeros operativos estuvieron haciendo instrucción de brigadas con palos largos y cortos, linchacos, y desplazamiento en el terreno. Enseñábamos las bases de una táctica de combate en localidades, aunque sin armamento. El PS por su parte impulsaría la fabricación de armamento, porque en el cordón Cerrillos-Maipú había diversas fábricas del rubro metalmecánico que contaban con maquinarias especializadas para ello, como tornos, fresas, etc. Y así comenzarían los proyectos para fabricar diversos armamentos como granadas e incluso subametralladoras[98].

Pero esa Comisión alcanzó a funcionar solo durante algunas semanas de julio. Muy pronto comenzaría un fuerte reflujo. Es el momento en que las FF.AA. y Carabineros acentuaron la implementación de allanamientos y acciones amedrentadoras desde el respaldo legal que les dio la Ley de Control de Armas

posterior al 29 de junio.

EL COMITé LOCAL SE REúNE

En el reloj deben ser entre las 10:30 y las 11:00 y finalmente la jefatura del Comité Local logra reunirse en la industria Perlak. Están: Renato, jefe de estructura; Adrián, encargado de organización; Diego, encargado militar, y el Chino, que es el encargado del Frente de Masas.

Es una reunión que tendría de fondo la emisión de una radio prendida para escuchar las informaciones sobre lo que estaba ocurriendo. Renato parte informando que

están desconectados de las dos instancias de dirección superior, la CP y el Comité Regional Santiago, y que por ello solo conoce sobre el Golpe lo mismo que los allí reunidos. Adrián cuenta que alcanzó a escuchar al presidente Allende en algunas radios. Santos Romeo informa de una reunión de urgencia pero están sin contacto con dirigentes importantes [...]. Bertín informa que se ha conectado con militantes comunistas y que ellos se están concentrando en algunas industrias grandes con órdenes de tomarlas y esperar los acontecimientos, sobre todo si se cierra o no el Parlamento [...]. Se nos informa que hay tropas provenientes de fuera de Santiago acuarteladas en la Feria Internacional FISA y en la piscina de Maipú[99].

En ese momento Diego se encontrará muy nervioso, tiene la boca seca e incluso le cuesta hablar. «Tengo veintiún años, sé mucho en teoría, pero no tengo experiencia

práctica alguna y lo que diga será determinante para la vida o quizás la muerte de quienes estamos ahí», piensa en ese momento. Cuando le toca su turno informa que se comunicó telefónicamente con Gaspar, de la Comisión Militar del Regional, y él se comprometió, «de haber resistencia armada, a enviar una

escuadra de Fuerza Central con seis fusiles, dos ametralladoras y quizás un lanzacohetes»[100].

Ninguno de los integrantes de la Unidad Operativa bajo su mando ha podido llegar hasta ese momento. Diego está solo y, además, no dispone de armas. Tampoco está el vehículo, ni se cuenta con la gente de talleres ni la de informaciones ni la radio de onda corta. Al rememorar la situación Diego dirá: «Todo el aparato militar del Comité Local se ha esfumado. No existe en el único momento para el que durante un par de años y los últimos meses se venía preparando»[101].

Ese día 11 ya era muy singular para Diego. Porque a las 08:30 tenía hora en el Registro Civil de Ñuñoa para contraer matrimonio con Vinka[102]. Semanas antes habían comenzado los preparativos para habilitar una pieza en la casa de su suegro en avenida La Feria. Por eso, ese día se habían levantado muy temprano a las 06:00 para ultimar preparativos.

Alrededor de las siete y media dejamos la casa rumbo a la Estación Central. Al llegar ahí comenzamos a ver camiones transportando tropas. Comencé a ponerme

nervioso sospechando que estábamos ante el Golpe. Lo comenté con Vinka y don Vicente. No recuerdo cómo logramos llegar al Registro Civil de la Plaza Ñuñoa. Recién ahí obtuvimos la confirmación de lo grave de la situación. Una funcionaria nos informa que había problemas y que la oficina había suspendido toda atención, que posiblemente era un golpe de Estado. Alterados, comenzamos a discutir con Vinka, quien creía que me estaba corriendo del compromiso. Mi suegro intervino y cortó la discusión. Luego, partí sin muchas esperanzas de volverlos a ver[103].

El Chino Bertín hará un recuento[104] en el Comité Local Cerrillos-Maipú, sumando todos los niveles de militancia: «éramos unos sesenta o setenta, y con FTR[105] yo creo llegábamos a los ciento cincuenta e incluso a los doscientos. Los miristas que estuvimos moviéndonos ese día debíamos haber sido unos veinte o treinta pero el FTR de FENSA estaba compuesto por más de cien compañeros y gran parte o la totalidad de ellos salieron a la barricada en el camino a Pajaritos».

De la industria Perlak participaron prácticamente todos sus trabajadores en las primeras barricadas, «porque había un vínculo muy fuerte [...] todos los dirigentes sindicales de Perlak eran MIR o FTR, entre ellos, Santos Romeo»[106]. Camino a Pajaritos humean fogatas de las barricadas instaladas en las industrias Perlak y FENSA. El Chino no encuentra a nadie de las direcciones políticas del PS y del PC, tampoco a los compañeros de la dirección del cordón. Mientras los busca afanosamente, hay quienes le dirán que estaban en casas de seguridad preparando la defensa y él con paciencia les respondía: «Preparémosla juntos».

Por su parte Diego y Adrián se conseguirán un vehículo y saldrán a recorrer el sector industrial.

Nos reclaman armas [...] de la industria Perlak han salido a la calle piquetes de obreros a hacer barricadas [...] a lo lejos se ve el humo de las de FENSA [...] a esa hora bombardean La Moneda [...] la gente de las barricadas se enardece y hay llantos de dolor y furia [...] las mujeres de las barricadas increpan a los hombres para que salgan a la calle [...] de súbito aparece una camioneta con soldados de la FACH y serán rodeados por la gente que les grita y los insulta, se repliegan, no quieren disparar y luego se van. Luego aparecen dos helicópteros rasantes y disparan al pavimento sin herir a nadie[107].

Ya son cerca de las 15:00 y en la calle se encontrarán el Chino y Renato. Este le adelantará que el Comité Regional Santiago ha ordenado el repliegue. El Chino parece no entenderle y le contrarréplica con sorpresa: «¿Qué es eso de repliegue? En nuestra cabeza no cabía el repliegue porque estábamos preparados para combatir y eso es lo que teníamos que hacer, por eso es que interpretamos el repliegue a nuestra manera»[109].

Cerca de las 16:00 horas se juntará una vez más el equipo de Jefatura del Comité Local. Renato vendrá de una reunión e informará que la Dirección Nacional del MIR ha ordenado el repliegue. No hay quiebre en las fuerzas militares y salvo escaramuzas no está sucediendo nada más. Esta vez la mayoría de los trabajadores se ha replegado y las fuerzas golpistas comienzan a copar Santiago. El toque de queda está próximo. La jefatura interpretará a su modo la orden de repliegue. Eso significa que lo planificado para el día se haría igual en la noche,

es decir, «recuperar armamento desde casas de fascistas, ver la posibilidad de rearmar las barricadas e instalar un puesto médico de emergencia»[110]. Todo lo anterior considerando que quienes efectivamente estaban disponibles eran la célula de dirección y algunos compañeros que eran de Maipú. Justo será en ese momento que comenzarán a disponer de medios para el combate: un sector del PS les entregará granadas industriales y un militante de la IC un saco con armas y suficiente parque[111].

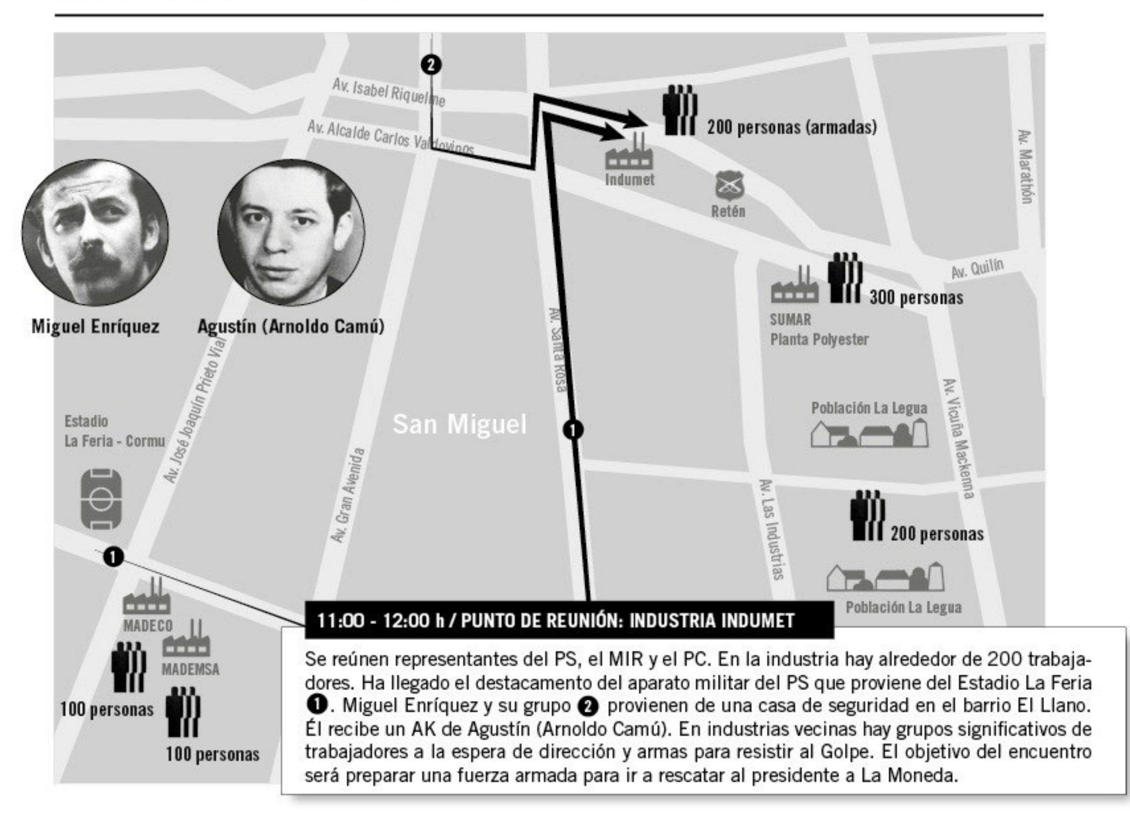
Junto con la orden de repliegue, desde la Dirección se les había comunicado que en Santiago no había luchas de masas significativas y que los militares golpistas tenían el control de la ciudad. Por lo tanto, la idea básica de dispersar las fuerzas enemigas no ocurriría, sino al contrario. A esa hora Maipú era patrullado solo por fuerzas de Carabineros y de la FACH.

Javier Bertín recuerda:

Me tocó ir a levantar las barricadas de FENSA. Fue duro decirle a los compañeros que no había una respuesta masiva en Santiago y que por lo tanto tenían que levantar las barricadas y volver al interior de la fábrica. Cuando retornaban cabizbajos hacia la empresa, los compañeros socialistas y comunistas, que estaban dentro, acusaban a nuestros compañeros de «provocadores». Recuerdo que nuestro compañero Santana, trabajador de la empresa y encargado militar del MIR en FENSA, les decía con lágrimas en los ojos a esos compañeros: «Salgan a defender a su gobierno chuchas de su madre, salgan a combatir, a pelear por lo que es de ustedes». El de septiembre de se dio la misma discusión que se venía dando los años anteriores y que nos separaría como izquierda chilena[112].

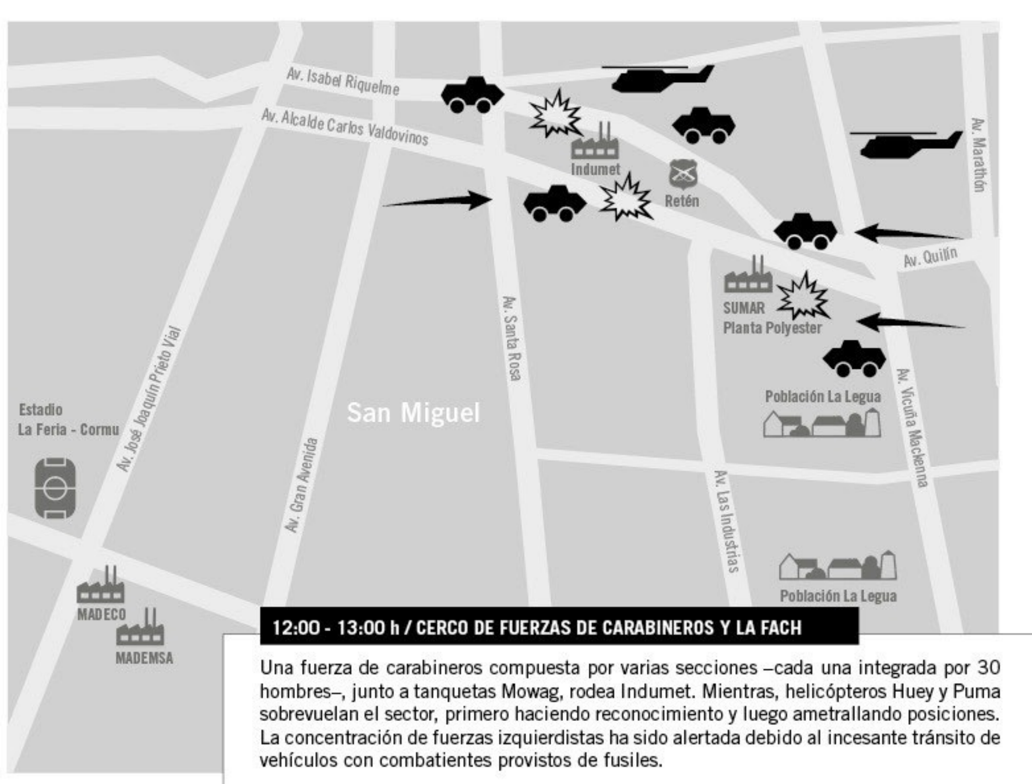
11:00 en adelante

LA CAMPAÑA DE AGUSTÍN



11:00 - 12:00 h / PUNTO DE REUNIÓN: INDUSTRIA INDUMET

Se reúnen representantes del PS, el MIR y el PC. En la industria hay alrededor de 200 trabajadores. Ha llegado el destacamento del aparato militar del PS que proviene del Estadio La Feria ❶. Miguel Enríquez y su grupo ❷ provienen de una casa de seguridad en el barrio El Llano. Él recibe un AK de Agustín (Arnoldo Camú). En industrias vecinas hay grupos significativos de trabajadores a la espera de dirección y armas para resistir al Golpe. El objetivo del encuentro será preparar una fuerza armada para ir a rescatar al presidente a La Moneda.



12:00 - 13:00 h / CERCO DE FUERZAS DE CARABINEROS Y LA FACH

Una fuerza de carabineros compuesta por varias secciones –cada una integrada por 30 hombres–, junto a tanquetas Mowag, rodea Indumet. Mientras, helicópteros Huey y Puma sobrevuelan el sector, primero haciendo reconocimiento y luego ametrallando posiciones. La concentración de fuerzas izquierdistas ha sido alertada debido al incesante tránsito de vehículos con combatientes provistos de fusiles.

notas

[1] El estadio quedaba por avenida La Feria, a uno o dos kilómetros del callejón Lo Ovalle. Era una obra en construcción rodeada de poblaciones periféricas como la José María Caro, La Victoria y, un poco más allá, la población Pedro Alessandri.

[2] Arnoldo Camú era un hombre muy cercano a Salvador Allende y particularmente a Beatriz, por toda una trayectoria común de construcción del ELN en Chile y de operaciones y redes de apoyo al ELN original.

[3] Entrevista a Celsa Parrau.

[4] Entrevista a Patricio Quiroga.

[5] Ibíd.

[6] Ibíd.

[7] Ibíd.

[8] «Aquí se fabricaban botones de hueso y los pomos para la pasta de dientes,

además de las tapitas de botellas». Guido Valenzuela, Brochazos y pinceladas de un maipucino antiguo (Santiago: Mago, 2008).

[9] Entrevista a Sergio Parrau.

[10] Se denominan «barretines» a los espacios, generalmente subterráneos, con ingresos imperceptibles a simple vista, que esconden armamento, documentación e incluso pueden servir para reuniones o esconder personas en el caso de allanamientos en la superficie. A grandes rasgos, se trata de cualquier cosa que de manera disfrazada oculte algo.

[11] Entrevista a Sergio Parrau.

[12] Rolando Álvarez. Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980) (Santiago: LOM, 2003).

[13] Viviendas desconocidas en la rutina conocida que tenían moradores de confianza política o personal.

[14] Militantes que transportaban comunicaciones u otras cosas entre dos dirigentes especialmente buscados o dos estructuras. De esa forma se evitaba o reducía que las personas más conocidas y de mayor responsabilidad se expusieran a la vigilancia policial y de inteligencia que circulaba en las calles durante la dictadura.

[15] Expresión utilizada en clandestinidad para referirse a personas, lugares o

recursos de infraestructura que estaban detectados y por lo tanto eran conocidos por los aparatos represivos.

[16] Álvarez. Desde las sombras.

[17] «Diez episodios desconocidos sobre el Golpe», La Tercera, 3 de agosto de 2003.

[18] Jorge Insunza Becker es, en la actualidad, el único sobreviviente de esa dirección del Partido Comunista.

[19] Álvarez, Desde las sombras.

[20] Ibíd.

[21] Orlando Millas. Memorias 1957-1991. Volumen IV: Una digresión (Santiago: Ediciones Chile América, CESOC, 1996), 164.

[22] Luis Corvalán, De lo vivido y lo peleado (Santiago: LOM, 1997), 156.

[23] Millas. Memorias 1957-1991, 195.

[24] Álvarez, Desde las sombras.

[25] Entrevista a Viviana Díaz Caro. Tuvimos una vida familiar muy intensa y en los años de prueba eso nos sirvió de mucho. Corporación Parque por la Paz Villa Grimaldi, 27 de marzo de 2012 < http://villagrimaldi.cl/noticias/viviana-diaz-caro-%E2%80%9Ctuvimos-una-vida-familiar-muy-intensa-y-en-los-anos-de-prueba-eso-nos-sirvio-de-mucho%E2%80%9D/>.

[26] Uldarico Donaire tenía cuarenta y ocho años en 1973. Era obrero gráfico e integraba el Comité Central del PC. Era casado y tenía cuatro hijos.

[27] «Constituimos los llamados Grupos Chicos, compuesto cada uno de estos por no más de cinco compañeros. Sus miembros, que fueron alrededor de mil, aprendieron a manejar armas automáticas de distinto tipo y adquirieron conocimientos de táctica y estrategias militares. Constituimos también las Comisiones de Vigilancia, de las que formaron parte más o menos dos mil compañeros que sabían manejar armas cortas y se prepararon para la defensa personal, la lucha callejera y la custodia de locales y dirigentes del Partido». Corvalán, De lo vivido, 157.

[28] Ibíd., 156.

[29] Álvarez, Desde las sombras.

[30] Denominación que incluía estructuras pequeñas de militantes con mayor especialización en determinadas áreas. Dependían directamente de integrantes de la CP y estaban centralizadas. Entre estas se encontraban las de: Informaciones, Documentación, Talleres, etc.

[31] **Entrevista a Enérico García.**

[32] **Ibíd.**

[33] **Ibíd.**

[34] **Elegido secretario general del MIR. Será buscado intensamente por los aparatos de represión de la dictadura hasta su ejecución en octubre de 1974. De profesión médico, es considerado el máximo líder del MIR y se destacó por su inteligencia, oratoria y lealtad hacia sus compañeros.**

[35] **Entrevista con Patricio Rivas. «La Fuerza Central no tuvo actuaciones como fuerza conjunta ese día, porque sus hipótesis tácticas se sostenían en un enfoque de contar con el apoyo de amplias acciones de masas y la división de las FF.AA. La Fuerza Central eran cuatro escuadras más la jefatura. En armamento tenían una punto 30, algunas armas, largas carabinas M1 y algunos AK, una bazuka y algunas subametralladoras y armas personales».**

[36] **«En un subterráneo de 120 metros había casi 200 fusiles de asalto rusos AK-47, con arneses pectorales chinos con cargadores de 40 tiros; una docena de lanzacohetes RPG 7 con gran cantidad de proyectiles, municiones, granadas de mano, máscaras antigases». Max Marambio, Las armas de ayer (Santiago: Random House, 2007). Posteriormente será el propio Marambio quien se encargará de hacer llegar parte sustancial de ese arsenal al MIR en diversos barretines, muebles, balones de gas.**

[37] El MIR denominaba frentes de masas a las ramificaciones de periferia mirista: en los trabajadores, FTR; en los estudiantes, FER-MUI; en los pobladores, MPR, y en los campesinos, MCR.

[38] Entrevista a Andrés Pascal Allende.

[39] Ibíd.

[40] Ibíd.

[41] La industria Indumet estaba ubicada una cuadra antes de Sierra Bella por Carlos Valdovinos, en San Joaquín.

[42] Entrevista a Enérico García.

[43] Martín Faunes, «Once de Septiembre en Indumet», Las historias que podemos contar < http://www.lashistoriasquepodemoscontar.cl/indumet.htm>.

[44] Entrevista a María Emilia Marchi, militante del MIR y compañera de León.

[45] Entrevista Enérico García.

[46] Dirigente de origen obrero del PC. Fue ministro de Salvador Allende en la cartera de Trabajo y Previsión Social desde noviembre de 1970 a junio de 1972. Era el encargado sindical en el Comité Central.

[47] Entrevista a Andrés Pascal Allende.

[48] Militante histórico del PS, miembro del aparato militar. Esa mañana había llegado desde Tomás Moro con un vehículo con armas junto a otros compañeros y compañeras. Entre estas estaba Elena Araneda, la Nena. Y entre los compañeros, dos muy significativos: Luisito y Pedro del Fierro.

[49] Entrevista a Enérico García.

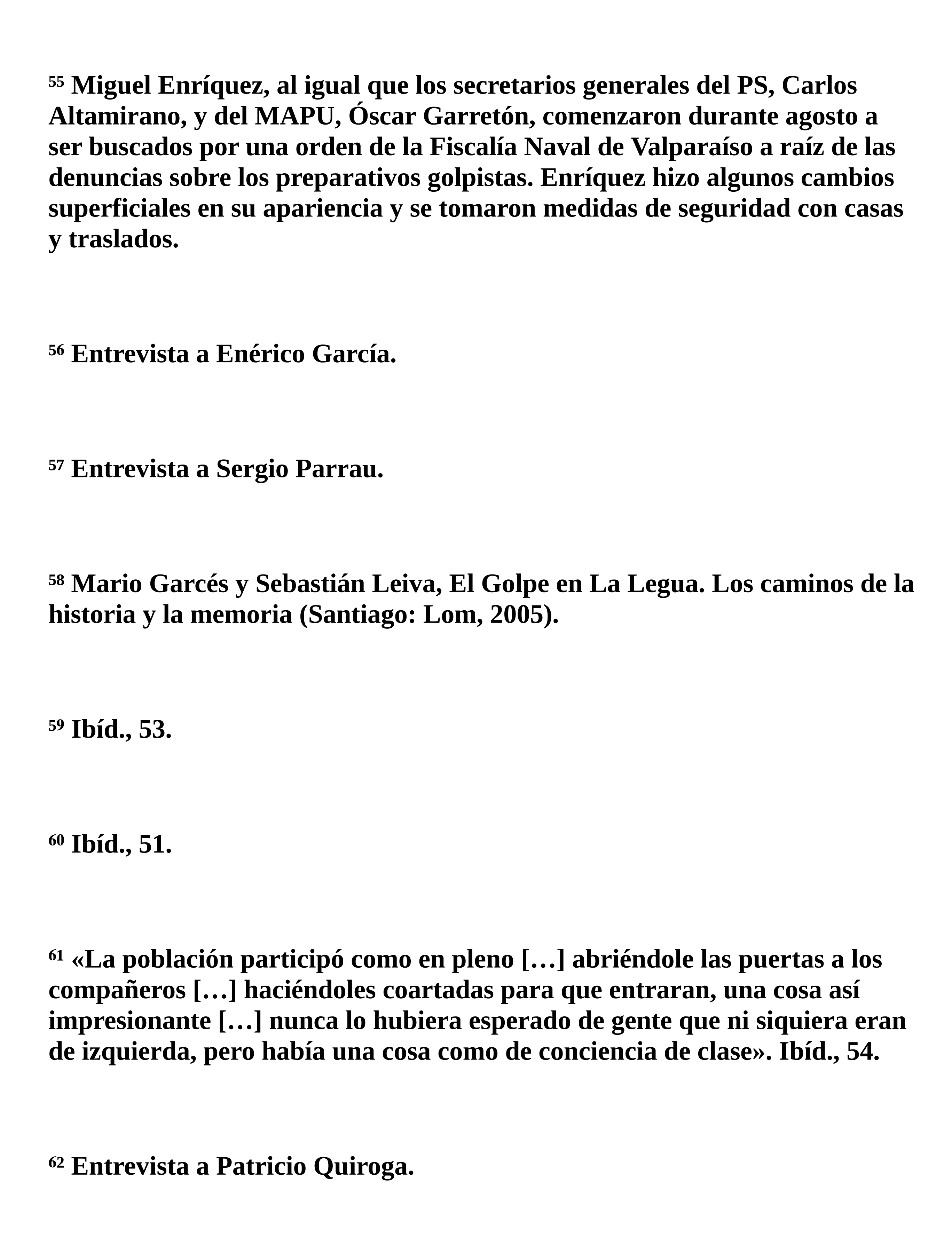
[50] Enérico García, Todos los días de la vida. Recuerdos de un militante del MIR chileno (Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2010).

[51] Fuerzas Armadas y Carabineros. Los cien combates de una batalla (Santiago: Editorial Gabriela Mistral), 28 y 29.

[52] Entrevista a Celsa Parrau.

[53] Entrevista a Andrés Pascal.

[54] Ver nota 51.



[55] Miguel Enríquez, al igual que los secretarios generales del PS, Carlos Altamirano, y del MAPU, Óscar Garretón, comenzaron durante agosto a ser buscados por una orden de la Fiscalía Naval de Valparaíso a raíz de las denuncias sobre los preparativos golpistas. Enríquez hizo algunos cambios superficiales en su apariencia y se tomaron medidas de seguridad con casas y traslados.

[56] Entrevista a Enérico García.

[57] Entrevista a Sergio Parrau.

[58] Mario Garcés y Sebastián Leiva, El Golpe en La Legua. Los caminos de la historia y la memoria (Santiago: Lom, 2005).

[59] Ibíd., 53.

[60] Ibíd., 51.

[61] «La población participó como en pleno […] abriéndole las puertas a los compañeros […] haciéndoles coartadas para que entraran, una cosa así impresionante […] nunca lo hubiera esperado de gente que ni siquiera eran de izquierda, pero había una cosa como de conciencia de clase». Ibíd., 54.

[62] Entrevista a Patricio Quiroga.

[63] Documental Septiembre: pueblo y memoria. La memoria de los trabajadores de Sumar. Guión y dirección de José Burgos. Febrero de 2007.

[64] Garcés y Leiva, El Golpe en La Legua, 53.

[65] Ibíd., 46.

[66] Fuerzas Armadas y Carabineros. Los cien combates de una batalla (Santiago: Editorial Gabriela Mistral).

[67] Subteniente de Ejército y piloto Santiago Bulnes, el día 10 fue enviado a una misión fuera de Santiago, luego confirmaría que se trataba de una maniobra de inteligencia ante la desconfianza de sus jefes. Luego del 11 de septiembre estuvo activo en el Aeródromo de Tobalaba y en la Escuela Militar hasta octubre de 1973, momento en que desertó y se asiló en la Embajada de los Países Bajos. Hoy día se dedica al ejercicio de su profesión como abogado.

[68] Entrevista a Santiago Bulnes.

[69] Documental Septiembre: pueblo y memoria. La memoria de los trabajadores de Sumar. Guión y dirección de José Burgos. Febrero de 2007.

[70] Entrevista a Elena Araneda.

[71] Max Marambio, Las armas de ayer (Santiago: Random House, 2007), 111.

[72] René Valenzuela, militante histórico del MIR. En el trabajo exterior su aporte fue clave para posibilitar el retorno a Chile de centenares de hombres y mujeres del MIR.

[73] Entrevista a Andrés Pascal Allende.

[74] Dirección de Operaciones Especiales.

[75] Eduardo Gutiérrez González, Ciudades en las sombras (Santiago: Autoedición), 6 <http://www.salvador-allende.cl/Biblioteca/ciudadesA.pdf>.

[76] Ibíd.

[77] Testimonio del autor cuando era estudiante de cuarto medio en el Liceo de Aplicación y militaba en el MIR, en el GPM 7.

[78] Unidad Operativa es el núcleo de militantes abocados a las tareas militares y armadas al interior de un GPM mirista.

[79] Entrevista a Keltehue.

[80] Ibíd.

[81] Teléfono a cargo de un militante que recibe y entrega recados cifrados o encubiertos.

[82] Entrevista a Keltehue.

[83] Ibíd.

[84] Ibíd.

[85] Entrevista a Keltehue. «Hernán Santos Pérez Álvarez venía de la población La Estrella. Allí se integró a un comité de allegados sin vivienda y luego hicieron la toma del campamento Hasta la Victoria Siempre con influencia política del MIR y el PS. Después del Golpe trabajó como fotógrafo. Vivió en varios campamentos por razones de seguridad, porque cuando empezamos a reestructurar el GPM 9, él estaba en la jefatura. Hasta que fue detenido cerca de la casa de su madre. Recientemente, en el año 2012, sus restos fueron entregados a su familia, tras ser un detenido desaparecido desde el año 1982».

[86] Ibíd.

[87] Ibíd.

[88] Ibíd.

[89] Ibíd.

[90] Ibíd.

[91] Ibíd.

[92] Entrevista a Javier Bertín.

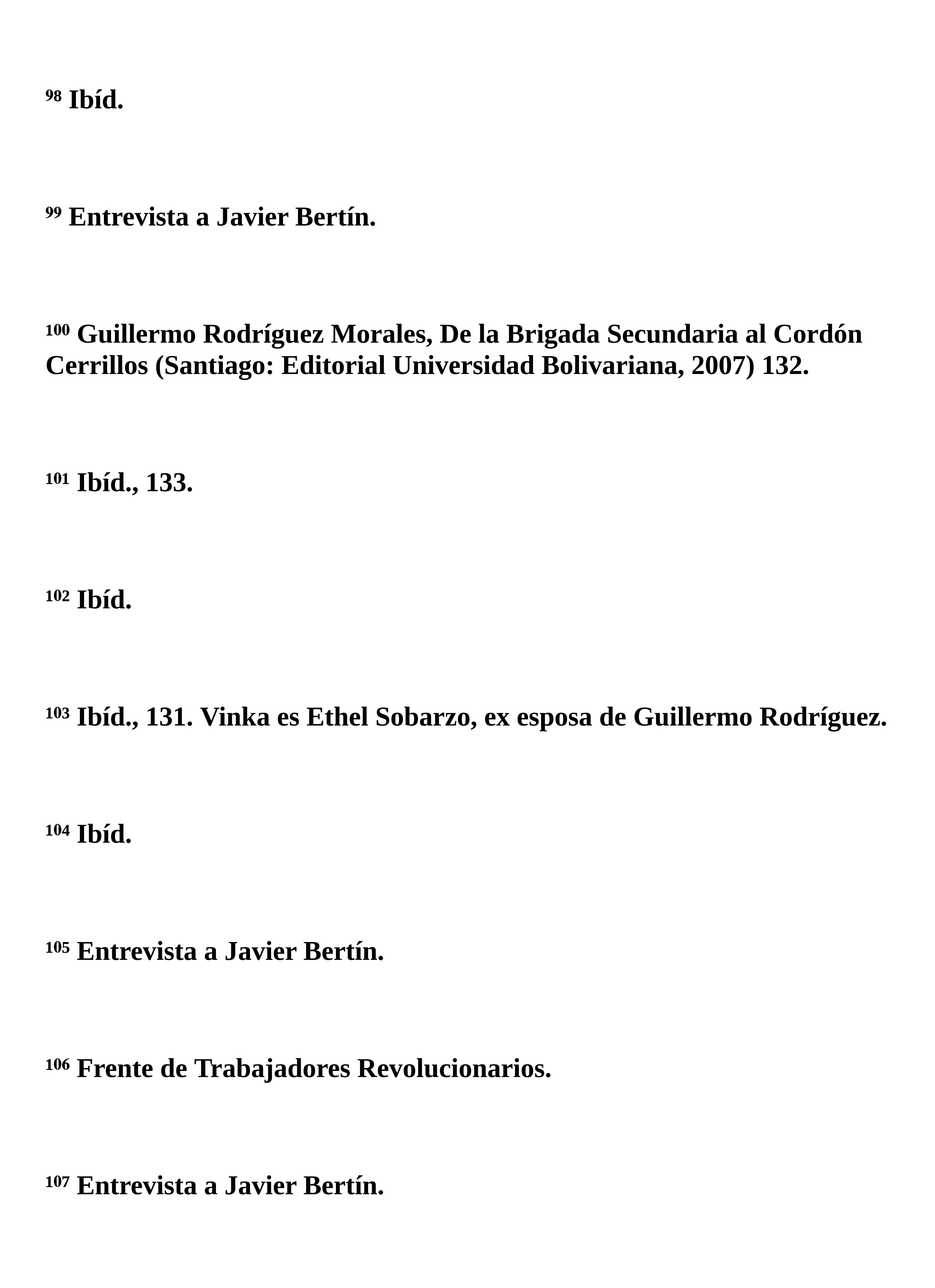
[93] Ibíd.

[94] Ibíd.

[95] Víctor Romeo de la Fuente. Fue un militante de la izquierda revolucionaria latinoamericana de leyenda. Falleció en París hace pocos años.

[96] Guillermo Rodríguez Morales, conocido como Diego o Alma Negra.

[97] Entrevista a Javier Bertín.



[98] Ibíd.

[99] Entrevista a Javier Bertín.

[100] Guillermo Rodríguez Morales, De la Brigada Secundaria al Cordón Cerrillos (Santiago: Editorial Universidad Bolivariana, 2007) 132.

[101] Ibíd., 133.

[102] Ibíd.

[103] Ibíd., 131. Vinka es Ethel Sobarzo, ex esposa de Guillermo Rodríguez.

[104] Ibíd.

[105] Entrevista a Javier Bertín.

[106] Frente de Trabajadores Revolucionarios.

[107] Entrevista a Javier Bertín.

[108] **Rodríguez Morales, De la Brigada, 134.**

[109] **Entrevista a Javier Bertín.**

[110] **Ibíd.**

[111] **Rodríguez Morales, De la Brigada, 135.**

[112] **Entrevista a Javier Bertín.**

CAPÍTULO CINCO

Asedio a la casa presidencial

TOMÁS MORO 200

En 1971 el Estado de Chile le compró al particular Dante Yaconi una propiedad de marcado estilo español que había sido construida hace treinta y dos años y que estaba ubicada en Tomás Moro 200, comuna de Las Condes. El destino de este lugar será el de residencia oficial de los presidentes de Chile. Durante ese mismo año, al terreno se le agregaría un predio colindante hacia el sur, que había sido a su vez donado por el Fisco a la Congregación de religiosas del Sagrado Corazón de Jesús. Finalmente, la residencia llegaría a tener una superficie total de 8.600 mt^2[1].

Salvador Allende se trasladaría poco después, siendo ya presidente de la república desde una pequeña residencia ubicada en la calle Guardia Vieja, en Providencia, a esta casa amplia con jardines y piscina. Previamente, sería necesario realizar diversas construcciones para habilitar dependencias para su escolta personal, que ahora sí tendría condiciones dignas, las que a su vez no entorpecerían los quehaceres protocolares y familiares del presidente.

La casa presidencial de Tomás Moro y lo que allí sucedía, cierto o falso, sería motivo de atención permanente de los medios de comunicación opositores a Salvador Allende. En eso, el más encarnizado sería el periódico La Tribuna, estrechamente relacionado con el Partido Nacional de Sergio Onofre Jarpa, uno de los más furibundos opositores al gobierno de la UP. Titulares como: «¡En Tomas Moro! Alojaba uno de los prófugos por robo de armas a FF.AA.»[2] o «Ahora los GAP se agreden entre ellos. Violenta pelea en Tomás Moro»[3], evidenciaban esta campaña en contra del presidente para debilitar sus esfuerzos para disponer de una seguridad adecuada a las amenazas que debía enfrentar.

El periodista Leonardo Cáceres desde el año 1969 vivía en la calle Tomás Moro a la altura del 200. En un paseo por el barrio, junto a uno de sus hijos pequeños, le llamó la atención la inusual presencia de carabineros. Recuerda que se acercó a preguntarles de qué se trataba y le dijeron que a la casa grande se venía a vivir el presidente. Poco tiempo después se encontraría con su nuevo vecino:

Estábamos en un país distinto, no como ahora. El presidente salía a pasear por la calle. En una oportunidad yo salí a caminar con mi hijo Pablo, que era un cabrito chico y de repente él me pega un tirón y me dice: «¡Papá, viene un marino!». Y venía por la acera caminando el Presidente Allende junto con su edecán naval, Arturo Araya Peeters. A mi hijo le había resultado más interesante el uniforme naval que el presidente. Allende se moría de la risa, se paró a saludarnos, mientras, con su mano, le revolvía el pelo al pequeño Pablo. Luego en varias oportunidades nos anduvimos encontrando con él, mientras salía a caminar o a pasear sus perros collie[4].

LA NENA

Elena Araneda es hija de Rosa Valderrama, la otra mama Rosa del presidente Allende. Por medio de su madre, Elena conoció al mandatario una vez que fue ayudar a lavar loza luego de una cena. Posteriormente, ingresó a trabajar de manera permanente como personal de servicio. «Cuando se fueron a Tomás Moro necesitaban una lavandera para la ropa de los compañeros, porque había muchos de fuera de Santiago y mi mamá me avisó y partí para allá. Lavábamos en unas inmensas máquinas instaladas en unas calderas que estaban en un subterráneo. Se lavaban doscientas camisas diarias, de esas wash and wear, que se colgaban y quedaban estiraditas»[5]. Con el tiempo trabajó en la planta telefónica e incluso estuvo a cargo del guardarropía del Doctor. En suma, la Nena era una persona de confianza en el entorno de los servicios domésticos del primer mandatario.

El día 11 ella estaba en su casa porque era su día libre. A las seis de la mañana recibió un llamado telefónico de su madre desde Tomás Moro:

Me dijo que fuera a buscar a mi hija, María Elena. Ella estudiaba en el colegio de las monjas que era vecino a Tomás Moro. Era compañera con la Sole, que es hija de Bruno. Ellas tenían entre ocho y nueve años. A mi mamá los maestros de cocina, que eran de la Armada, le habían dicho que había Golpe. Ellos llegaron temprano, pero se irían cerca de las 10 de la mañana, y son los que dieron la información de quienes eran nuestros jefes. Estaba Caballero, uno grande; Campito, que era estafeta y era un viejito guatoncito, y había dos más. Ellos dijeron siempre que nosotros no éramos del dispositivo, ni yo ni mi mamá, por eso creo que quedamos vivas[6].

La Nena recuerda que partió muy temprano a buscar a su hija. Cuando llegó a Tomás Moro se fue a su dormitorio y allí su madre le tenía toda su ropa arriba de la cama, diciéndole que se la llevara al irse. «Yo le dije que no, que ese era mi trabajo y que eso era un tancazo nada más y que yo no me iba». Entre tanto, su marido la esperaba en un vehículo afuera y al no salir echaría las cosas de la hija y se alejaría de prisa con la niña.

Al llegar me extrañó que no estuviera el auto del Doctor ni las tanquetas. El cojo Marcos estaba en la puerta y me dijo que habían salido temprano. Creo que en el libro de entrada yo fui la última. Yo entré a las siete más o menos. Los maestros de la cocina me decían que nos fuéramos tipo nueve o diez. Y yo les dije: «¿Quién se va a quedar a cargo de la cocina?». Porque teníamos dos cocinas, una pequeña de la casa principal y la de nosotros, donde estaban haciendo porotos con riendas y una entrada de chancho con lechuga, ese era el menú de ese día.

SACAR LAS ARMAS

De Tomás Moro saldrían diversos vehículos hacia distintos lugares de Santiago.

Luego de la primera salida, que sería la del presidente y su disminuida comitiva,

saldrá la que encabeza Blanco, también con destino a La Moneda y llevando refuerzos. Posteriormente será Manuel, Óscar Landerretche, quien estará un corto tiempo en la residencia hasta el ataque del helicóptero, que lo obligará a partir de allí en un Peugeot 504. Después, saldrán una ambulancia, una camioneta roja y por último otro vehículo que conducirá Rafael Ruiz Moscatelli con destino a Sumar.

Yo me voy con Luisito en el auto: manejaba el Moscatelli, iba la Lila. Luisito llevaba un arma; nosotras íbamos desarmadas. Mi compadre era el que sabía todo. Pasamos a unos cordones industriales a buscar más armas. A la Sumar, llegamos como a las tres o cuatro de la tarde[7].

Cuando Máximo, Ricardo Pincheira, decide quedarse en La Moneda junto al presidente, sabe perfectamente que Agustín se está movilizando con un destacamento armado desde el estadio de la CORMU hacia Indumet. Antes le ha dado instrucciones a Manuel, que es su segundo. En esos momentos el aparato militar del PS busca enlazar tres puntos críticos de resistencia de ese día: La Moneda, Tomás Moro y la zona sur de Santiago, donde se concentraría lo fundamental de esa fuerza en combatientes y armas.

Ese día me despertó un compañero pasadas las seis de la mañana. Vivía con Trini, mi compañera y mi hijo, junto a Aníbal, otro miembro del aparato interno del PS, en una casa de seguridad en el paradero cinco de Vicuña Mackenna, en la Villa Aurora. El Negro Eusebio había ido a Tomás Moro esa noche y me informó que la cosa estaba muy fea. Al poco rato llegó otro grupo de compañeros y me informaron que acababan de bombardear las antenas de radio Corporación.

Máximo, Ricardo Pincheira se comunicó conmigo, me dijo que iba a La Moneda, que tomara el mando y me entendiera con Agustín. Me fui de

inmediato a una casa de seguridad en Ñuble. Allí teníamos un barretín —construido por los Tupamaros— con armamento pesado, el que nunca se había abierto porque estaba destinado a ser usado solo en caso de guerra. Había ametralladoras, antitanques, lanza cohetes.

Agustín me ordenó que me fuera a Tomás Moro con todas las armas que pudiera y que sacara de allá a los GAP que aún permanecían en la casa presidencial. Luego de irme a un punto de encuentro previamente fijado. Sacamos las armas que pudimos meter en el Peugeot 404 y me fui a Tomás Moro con Frank y Joaquín. Llegamos [...] la casa estaba rodeada por Carabineros de la 24ª

Comisaría. Le dije a Frank que los apuntara y ante cualquier duda no dudara en disparar. La primera respuesta que recibí es que no se podía entrar a la casa del

presidente, vino un tira y afloja. Por la radio del auto escuchamos la voz de un militar dando el ultimátum para la rendición de La Moneda. Con voz cortante

repetí ábranme, entramos, quedaba media docena de GAP y otros hombres. El que estaba al mando era Mariano Argandoña, el «arquitecto», el ambiente era terrible,

los compañeros estaban mal, decían: «Están muriendo en La Moneda junto al presidente y nosotros nos vamos a retirar». Ahí apareció un helicóptero justo arriba nuestro, lo que apresuró mi decisión de abandonar la casa[8].

Eran aproximadamente las once de la mañana.

Milton: EL GAP QUE VINO DE TALCA

Milton Silva, entre el tanquetazo y el 10 de septiembre ya no dispondría de autorización para ir a ver a su familia a Talca. En el GAP se llamará Rodrigo

González Macaya y formará parte de la Escolta B, que integrarán Jano, Víctor, Eladio y Felipe. Había ingresado a la Juventud Socialista en 1970, el 71 hizo el servicio militar como estudiante y a fines de 1972, luego de una entrevista en el local de San Martín del PS, realizada por Luisito, y una concentrada instrucción en Cañaveral a cargo de Bruno[9], quedaría graduado formalmente como GAP. En el verano de 1973 también tendría la oportunidad de hacer una instrucción militar en Cuba.

En el último tiempo había permanecido en El Cañaveral dedicado a la protección de la infraestructura que tenía el dispositivo y también a la instrucción de nuevos grupos de jóvenes militantes del PS.

Después del tanquetazo yo vuelvo al Cañaveral y oficialmente empiezo a hacer instrucción a compañeros que venían del partido. Mi tarea fundamental era una formación que en Cuba se denominaba de infantería. Y por lo tanto en mi interior yo estaba participando en la construcción muy artesanal de un ejército revolucionario, nadie me lo había dicho. Ese grupo fue el que bajó a Tomás Moro conmigo, por lo tanto todos eran compañeros trabajadores y cada instrucción duraba quince días[10].

Según los recuerdos de Milton, esa mañana en El Cañaveral eran como unos cuarenta GAP, considerando a los alumnos en instrucción, que eran la mayoría. A las 07:00 estaban todos levantados. Bruno era el jefe y se realizó una formación en la cancha: «Eran como las 08:30, nos informan que teníamos que recoger nuestras cosas y bajamos a Tomás Moro en tres vehículos»[11].

LA DEFENSA

A cargo de la defensa de la residencia de Tomás Moro quedaría Mariano, Fernando Argandoña, que estaba a cargo de unos quince o veinte integrantes de la escolta. Desde muy temprano Mariano asumió que sus objetivos allí eran

esencialmente dos: el primero, la seguridad de la primera dama, Tencha Bussi, que se encontraba en su habitación del

segundo piso; el segundo, procurar que la mayor cantidad del armamento que estaba guardado en las bodegas pudiera salir en los diversos vehículos que irían llegando. Mariano conocía perfectamente a quienes estaban autorizados para llevarse ese armamento.

Sin embargo, previo al viaje a La Moneda, Bruno, que era muy amigo mío (dormíamos juntos en la misma pieza en El Cañaveral), me dice: «Gancho, usted que tiene amistades en la Remodelación Carlos Cortés y el Ho Chi Minh, vaya hasta allí y converse con algunos compañeros para que nos ayuden en Tomás Moro». Lo hago en una camioneta con otro compañero que era chofer de El Cañaveral.

En la remodelación no tenemos éxito, porque no encontramos compañeros allí y de inmediato nos vamos al campamento que estaba cerquitica. Cuando llegamos, un helicóptero estaba sobrevolando el lugar y la gente se estaba concentrando en una especie de local que estaba en construcción, de madera, muy modesto y, si mal no recuerdo, el techo estaba en construcción. Allí había hombres, mujeres y niños, todos muy agitados y con algo de temor […]. Hablo con unos de los jefes del campamento, le informo de la situación y le pido autorización para hablarle directamente a los pobladores. Me autorizan de inmediato y le informo a los presentes que hay un golpe de Estado en desarrollo, que pertenecemos al GAP y que les «ofrecemos la posibilidad» de defender su gobierno y al líder del proceso […] ayudándonos a defender la residencia de Tomás Moro, y que tenemos suficiente armamento para ello. Allí viene para mí y mi compañero uno de los momentos más emotivos y fuertes de esa jornada, ya que todavía estaba hablando y la gente se subía a la camioneta que era de cabina simple; atrás había un grupo grande de gente ya montada: hombre, mujeres y niños. Entonces le digo: «Compañeros, todos abajo, ya que vamos a ordenar esto y el criterio es: solamente hombres y en lo posible los que hayan realizado el servicio militar». […] De esa manera nos fuimos con el primer grupo para Tomás Moro. La cifra exacta no la recuerdo, pero deben haber sido unos diez compañeros. Todo esto lo hicimos con nuestras armas largas a la vista, con la intención de garantizar que efectivamente era real lo que les ofrecíamos.

En total deben haber sido entre veinticinco y treinta los compañeros que esa mañana nos acompañaron en la defensa de Tomás Moro. Al llegar a la residencia, Pedro Plaza (Copelio) les daba un curso mínimo en el uso del AK[12].

Esos son los instantes previos al combate y todo es movimiento. Se asume que lo principal ocurrirá en La Moneda y que esa residencia importa en la medida que se ponga a resguardo a doña Tencha y se saquen todas las armas posibles a sitios donde puedan ocuparse en la resistencia. Aún el destacamento habitual de Carabineros se mantenía en las inmediaciones y el mando del mayor Hernán Concha jugaba en esos momentos sus últimos cartuchos. Milton, respecto a ese momento, testimoniará:

De pronto veo que Bruno y otros compañeros que habían bajado conmigo de El Cañaveral iban subiendo a un vehículo y yo me acerco para plantearles que para dónde iban, y me dicen que a La Moneda. Entonces les digo que también quiero ir y es Bruno quien me dice: «Tú te quedas acá». Y yo digo que quiero estar al lado del presidente, que conozco La Moneda y estoy preparado para enfrentar cualquier situación y que estos compañeros, y los indico, no creo que sepan ni disparar. Bruno, para terminar la discusión, me grita que mi deber era quedarme ahí.

Fue un proceso que me cuestioné. Me costó asumir la orden de Bruno de no bajar. Primó la disciplina más que otra cosa. También me cuestionaba el momento. Yo tenía que demostrar que era leal, tenía que cumplir la tarea que me habían encomendado y por lo tanto tenía que apechugar, y no sé por qué Bruno los llevaba y eso estaba al margen de mis conocimientos conspirativos. En ese grupo iba el hijo de la Payita y Ramón, que no tenían ninguna instrucción[13].

Doña Tencha, en declaración a la Comisión de Verdad y Reconciliación, expresará sobre esa mañana: «No sentí cuando Salvador se fue al alba. Me llamo a las 07:45 desde La Moneda. Me tranquilizó, dijo que la situación era difícil pero no irreversible. Me aconsejó que me quedara en la casa de Tomás Moro y que llamara a la familia»[14].

EL HELICóPTERO UH-1H

A Tomás Moro llegaría un «HUEY» de la FACH, como en jerga de aviadores son conocidos los helicópteros UH-1H. Sería enviado desde la Academia de Guerra

Aérea, AGA, a cumplir tareas de reconocimiento, previo al bombardeo de los aviones.

Muy pronto sus potentes ametralladoras laterales comenzarían a vomitar fuego, que sería respondido con prontitud, con ametralladoras pesadas y fusilería, desde la improvisada defensa de la residencia presidencial.

El sonido de un helicóptero fue el primer indicio de lo que luego sucedería. Eran cerca de las once de la mañana cuando se aproximó la nave, Mariano había dado orden de no ser los primeros en disparar. Entre tanto, en Tomás Moro había total desinformación respecto de lo que pasaba afuera y muy particularmente en La Moneda, donde se encontraba el presidente con un destacamento de la escolta. De pronto, el helicóptero comenzó a volar más cerca de la residencia presidencial y, tras bajar aún más, disparó varias ráfagas con sus ametralladoras. La Nena recuerda así esos instantes:

Lo primero que sentí fueron los helicópteros y les dimos guaraca nosotros, para arriba. Después vino un rato de relajo y siguió otra vez. Parece que nos tiraron con metralleta desde arriba. Cuando uno está en un puesto no puedes abandonarlo. Mi viaje fue de la cocina del Doctor a la de acá y de ahí al

segundo piso, donde la señora Tencha. Luego yo estaba en ese momento con el viejito Martín, que tenía a su hijo Recaredo, que trabajaba allí, cargando unos vehículos con armas. Echamos unas cajas de balas en una ambulancia y en una camioneta, creo que roja. Eran las de servicio. En esos momentos era mucha la balacera[15].

Milton integraría el grupo de combatientes que responderían el fuego de las ametralladoras axiales del UH-1H.

Ahí todo el mundo disparó. Yo creo que el helicóptero solo «roció», porque no hubo ningún herido. Después supe que doña Tencha estaba aun en la casa. Posteriormente el helicóptero desaparece y se escucha una explosión fuertísima. Atando cabos debe haber sido alcanzado por los que estaban en el techo de la escuela de monjas, que tenían una ametralladora punto 30 que la manejaba

Pedro del Fierro con otros compañeros. Creo que una media hora después vino la aviación. No hubo ningún aviso ni megáfono. Yo disparé al helicóptero primero con un AK y luego con una punto 30 contra el avión[16].

Según Patricio Quiroga, sería Galo, Pedro del Fierro, quien lograría impactar con una ametralladora a ese helicóptero de exploración[17].

Manuel por su parte expresará:

Mariano dio la orden de atacar el helicóptero y le empezamos a dar con una punto 30 después empezó el bombardeo. Cargamos todos los fierros en una ambulancia y en los autos. Íbamos cargados. Iba con nosotros un capitán cubano de 1.90 mt, detrás venía un Fiat 600, una camioneta y una ambulancia. Salimos llenos de polvo y en medio de una nube de humo[18].

Ese sería el instante en que la Tencha decidirá salir. Tiempo después ella lo comentará así: «Entre cada uno de los ataques se desataba un tiroteo de locura. La residencia se convirtió en una masa de humo, de olor a pólvora, de destrucción»[19]. Es también el momento en que se da cuenta de que Tomás Moro será objetivo a batir para los militares golpistas. Allí reevalúa lo que le ha dicho Salvador Allende, respecto a que estaría segura en ese sitio. Ellos no tendrían límites, ni siquiera los propios de la guerra. Llamará a La Moneda y al no conseguir comunicarse con el presidente, le deja el recado diciendo que ella saldrá de allí. La Tencha lo ha recordado así:

Después de las 11 horas, empezó el raid con Hawker Hunter sobre Tomás Moro, los cuales pasaban tan cerca que incluso se podía ver las caras de los pilotos. Me tuve que cobijar bajo un escritorio, junto a los perros más regalones. Pensaba permanecer allí. En ese momento llegó Carlos Bello, chofer de La Moneda, un médico joven y un detective me pidió que los llevara. Salimos por el colegio de monjas[20]*.*

Ya no se trata de El Cañaveral o la instrucción cubana en el campo de Punto Cero. Esta vez, y sobre sus cabezas, había una mole que disparaba balas 7.62 milímetros desde dos ametralladoras por cada una de sus puertas. Para Milton, doña Tencha, los GAP y el personal de la residencia era una pesadilla que solo anticipaba el bombardeo.

Posterior a la incursión del helicóptero, cerca de las 12:00 vendría el bombardeo. La Nena se encuentra en la cocina y testimonia:

Yo estoy asomada en la punta cuando le veo la guata a un rocket, y cae en el dormitorio de la señora Tencha, que hacía poquito había salido de ahí por la puerta tres, por las monjas. Antes ella me había dicho que le cuidara la casa. Ella salió en un auto blanco con un doctor, supe después. Ella que se va y cae el rocket que yo creo que hirió a mi compadre Luis. Yo caí arriba de las ollas con la Francia. Nos habían pasado unas armas, a cada una un AK, y a la Francia se le escapó un tiro[21]*.*

La misión de Milton, asignada por Mariano, era proteger la puerta de Tomás Moro:

Yo estaba en ese momento con un RPG-7, que para mí era muy incómodo porque era más apropiado en un lugar más abierto. Por lo tanto, yo cambio mi RPG-7 a un muchacho llamado Alex que nunca más lo he visto y él me pasa su

ametralladora punto 30 y yo me instalo debajo de un naranjo que estaba a la cabecera de la piscina. Tenía mucha confianza. A pesar de todo lo que estaba pasando, tenía esperanzas de que esto pudiera en algún momento parar. Me sentía también muy seguro por dos cosas: una, que tenía un arma, y la otra, que yo estaba defendiendo una cosa justa, un gobierno popular. Esa era mi misión, tenía que cumplir con mis compañeros y no me costó mucho superar ese trance de paralizarme, porque las acciones después fueron tan rápidas que ya no hubo tiempo para dudar[22].

BOMBAS EN EL BARRIO ALTO

Mario López Tobar, el comandante de la escuadrilla de aviones Hawker Hunter que ese día bombardearía varios objetivos en Santiago, también detallará en su libro la operación en contra de la residencia presidencial:

Simultáneamente con el ataque al Palacio de Gobierno, los otros dos Hawker Hunter de la bandada, al mando de un oficial del Grupo 7, se dirigieron hacia el sector alto de Santiago para atacar la residencia ubicada en la calle Tomás Moro. Se informaba que había GAP y extremistas resistiendo a fuerzas del Ejército. La operación aérea tenía por finalidad obligar a esa gente a deponer las armas[23].

Podía parecer un exceso bombardear un lugar de alrededor de una hectárea con dos aviones de guerra, pero según López Tobar «la orden era asegurar los blancos». Pero en esta compleja operación se producirá un error: «En esta bandada se incluyó a un oficial del Grupo 9, lo que constituyó un error nuestro, dado que se trataba de un oficial muy joven y con poca experiencia para identificar blancos dentro de la gran ciudad, lo que después nos trajo problemas»[24]. López Tobar se referirá a1 bombardeo por error del Hospital de la FACH, ubicado cerca de Tomás Moro y confundido por uno de los pilotos como la residencia presidencial.

El subteniente Santiago Bulnes, piloto militar, se refiere a este accidente:

Le dijeron al piloto que Tomás Moro tenía una H y que por eso se reconocía Tomás Moro. Y la H también estaba en el Hospital de la FACH. Los pilotos que no conocían Tomás Moro sobrevolaron y se equivocaron, no vieron la H del helipuerto en Tomás Moro y la única que sí reconocieron fue la del helipuerto del Hospital de la FACH, y si a eso sumas los nervios[25].

Sobre Tomás Moro no habría error:

El líder efectuó cuatro pasadas rasantes con cohetes contra la residencia destrozando completamente esa propiedad y a un automóvil que estaba dentro del

terreno, al costado sur de la edificación. La gente que estaba parapetada allí huyo por la muralla trasera hacia el colegio de monjas. Más tarde, la propiedad fue allanada por fuerzas de la Escuela Militar, encontrándose un verdadero arsenal de armas y una gran provisión de otras cosas[26].

Milton apuntaba y disparaba, pero le faltaba un sirviente, como se denomina a quien corre la cinta de balas de la punto 30. Él estaba solo, entonces cada vez que paraba la ametralladora en dos patas se le cortaba la cinta y tenía que volver

a pasarla.

Utilicé el arma que tenía contra el avión, tomando como modelo una película vietnamita que mostraba cómo con un AK botaban un B52. Yo sabía que frente a este tipo de objetivos aéreos había que hacer una barrera de balas, calculando la velocidad y la dirección que traía el objetivo. El avión tenía una entrada y una salida, no variaba su ruta. En una los rockets que lanza el avión chocan con un palto inmenso que había en la entrada de Tomás Moro y veo a Luisito que cae. Mi disyuntiva era si abandonaba mi puesto de combate y lo iba a ayudar o seguía, y eso hice. Luego me di cuenta que yo también estaba herido en la cabeza, creo con una esquirla. Estaba muy tenso, tenía la garganta muy seca, no podía tragar, pero estaba decidido a todo[27].

Pronto comenzaría la retirada, que a juzgar por los antecedentes reunidos en el caso de Tomás Moro, fue en realidad un desbande. Luego, la Nena saldrá en un auto que conducirá Rafael Ruiz Moscatelli. En él irán Pedro Plaza, Pedro Fierro, Luisito, Sofía y Javiera rumbo a los cordones industriales, llevando armas[28].

EL BAUTISMO DE KRASSNOFF

El general Herman Brady será el oficial a cargo de la Guarnición Militar de Santiago. Bajo su mando estarán diversas agrupaciones, entre ellas la del general César Benavides, comandante de la Agrupación Este[29]. Desde el puesto de mando ubicado en el Ministerio de Defensa habrá molestia con él por no cercar temprano la residencia presidencial de Tomás Moro, un error que había posibilitado la salida de parte del arsenal en varios vehículos. Además de no advertir el despropósito de bombardear una resistencia fácil de reducir con un ataque terrestre contundente. Será el general Arellano quien lo explicitará con todas sus letras:

La única descoordinación fue de responsabilidad del general César Raúl Benavides. Recibió la misión de sitiar a las 08:30, evitando enfrentamientos con Carabineros. Casi al mediodía cumplió con su deber. Fue una lástima, porque en el intertanto abandonaron el recinto todos los GAP. Tampoco Benavides comunicó esta situación a su jefe directo, el general Brady, por lo cual no se avisó al general Leigh que suspendiera el bombardeo contra Tomás Moro por ser totalmente innecesario[30].

La Escuela Militar estaba presta desde muy temprano. Su comandante, el coronel Nilo Floody, se había caracterizado por no disimular su antiallendismo. Al recinto, muy de madrugada, fueron llegando muchos buses de la locomoción colectiva que comenzaron a estacionarse en la gran explanada del patio principal[31]. Muy pronto todos los integrantes del plantel formador de oficiales comenzaron a cambiar sus fusiles FAL por SIG, recibieron arneses con cinco cargadores llenos, además de dos cajas de municiones de cien balas cada uno y todos los tiros sueltos que pudiesen guardar en los bolsillos de sus trajes de campaña. También reemplazarían el casco de fibra por uno de acero. A esa altura a los conscriptos de la guardia no les cabía ninguna duda: ese sería el día[32].

En medio de esa formación hay un oficial alto, de 1.80 mt, rubio y de ojos claros, que se aprecia distinto al resto. Es el teniente Miguel Krassnoff Martchenko. Se nota especialmente dispuesto para la nueva situación. Además, tiene muy especiales

razones para estar muy contento: hace solo tres días ha sido padre de su tercera hija[33]. Y muy poco antes, a mediados de julio ha sido nombrado profesor titular[34] de la Escuela Militar. Tiene veintiséis años y una historia militar y guerrera que viene de otros tiempos y geografías: sus antepasados fueron destacados combatientes a favor de la Rusia zarista enfrentando a los bolcheviques de Lenin. Ese día recibirá la orden de ocupar militarmente la residencia presidencial de Tomás Moro, situada al igual que la Escuela Militar en la comuna de Las Condes. Lo más extraño será la fundamentación de la orden: «Usted sabe expresarse en ruso y es posible que en ese lugar donde nos dirigimos haya efectivos militares soviéticos y necesitemos de su intervención en ese idioma»[35].

El teniente Santiago Bulnes se encontrará desde comienzo de la tarde en la Escuela Militar, así recordara lo que estaría sucediendo allí:

En la Escuela Militar les dijeron: «Entren a Tomás Moro y revisen todo y saquen todo». Nadie controlaba quién robaba y quién no. Era para comprometer a la gente, se usó mucho eso. Con el solo hecho de entrar, allanar, robar, fusilar y hacer cosas ya te comprometías, y si te permitían robar y nadie te decía nada y te felicitaban por robar, te comprometías aún más[36].

Será la historiadora Gisela Silva Encina, biógrafa oficial de Miguel Krassnoff quien especificará la misión que le fue encomendada esa mañana:

Esa mañana a las 11:30, instructores y alumnos de la Escuela Militar debían ocupar la casa del presidente Allende, en la calle Tomás Moro. El director concretó la orden disponiendo que el teniente Krassnoff, al frente de una sección de alumnos, ejecutara esa misión. Previamente, esta residencia había sido bombardeada por la Fuerza Aérea, en razón que se sabía que estaba fuertemente armada y custodiada por los llamados GAP[37].

Deben haber sido entre las 13:00 y las 14:00 cuando el teniente Krassnoff y su sección arribaron a la casa presidencial. En ese momento ya no había ningún GAP. Pero en cambio los vecinos estaban, en plena faena, saqueando el lugar. Alfombras, adornos, lámparas, todo iba saliendo a la calle. Los militares primero debieron dispersar a los saqueadores y luego responder a un hostigamiento que provenía de los alrededores, y muy particularmente del edificio de INACAP, ubicado en Tomás Moro con Los Dominicos[38].

La sección del teniente Krassnoff estaba compuesta además por otro oficial, cinco subalférez y diez soldados. Al interior encontraron un significativo arsenal en el subterráneo: fusiles AK, cohetes antiblindaje RPG-7, granadas de mano y abundante munición. En el techo de la casa había dispositivos de defensa antiaérea, levantadas con sacos de arena para tres a cinco personas[39].

El soldado Patricio Flores integraba la sección comandada por el teniente Miguel Krassnoff. Su bus llegó a la casa de Allende poco después que los Hawker Hunter bombardearan.

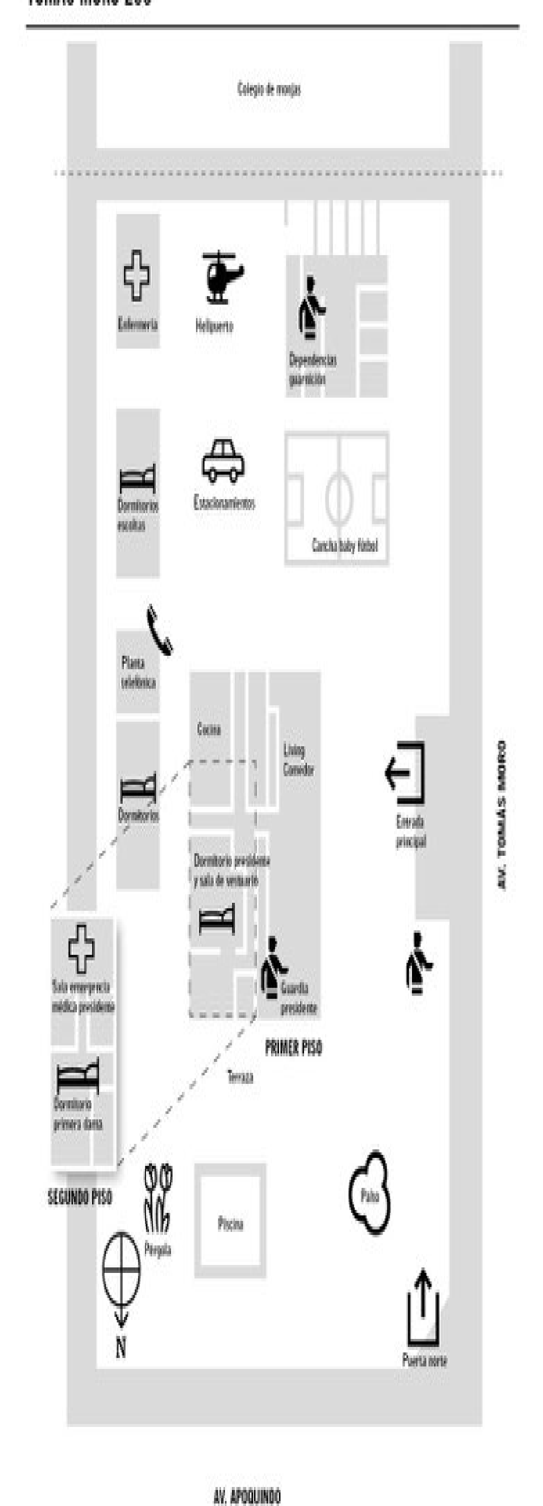
Nuestra misión era tomar detenidos. Pero solo encontramos armas que botaron los otros cuando arrancaban, maletines con útiles de aseo y municiones. Parecía que avanzábamos y ellos iban delante. De los subterráneos sacamos AK-47,

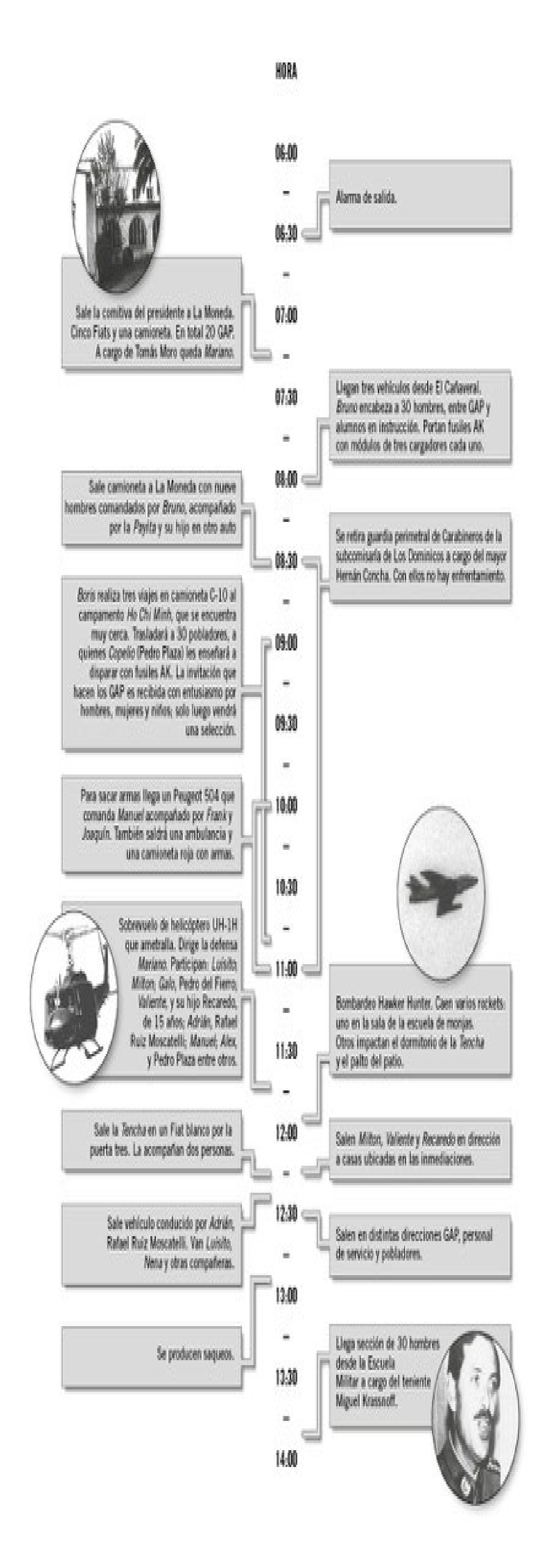
incluso en el portafusil tenía un apellido con letras blancas, no me acuerdo cuál. Estaban todos con sus maletines con municiones. Había cigarros cubanos y tragos[40]*.*

La abundante bodega de Tomás Moro sería saqueada. Algunos vecinos partidarios de Salvador Allende luego verán salir un camión militar con su cabina colmada de militares borrachos. Los mandos dejarán hacer. Transcurridos los años, Tencha Bussi no recuperaría jamás los objetos personales y de memoria familiar que estaban en esa residencia.

Secuencia horaria y de acciones en la residencia

TOMÁS MORO 200





notas

[1] Expediente del Monumento Histórico «Casa Presidencial Tomás Moro 200» <www.monumentos.cl>.

[2] La Tribuna, 18 de abril de 1972.

[3] La Tribuna, 23 de abril 1971.

[4] Entrevista a Leonardo Cáceres.

[5] Entrevista Elena Araneda.

[6] Ibíd.

[7] Ibíd.

[8] Declaraciones de Óscar Landerretche en González, La conjura, 362-364.

[9] Entrevista a Milton Silva.

[10] **Ibíd.**

[11] **Ibíd.**

[12] **Entrevista a Rodrigo Toledo Oviedo, Boris en el GAP.**

[13] **Entrevista a Milton Silva.**

[14] **Declaración de Hortencia Bussi a la Comisión de Verdad y Reconciliación. Causa Rol Nº 77-2011, fojas 47.**

[15] **Entrevista a Elena Araneda.**

[16] **Entrevista a Milton Silva.**

[17] **Quiroga, Compañeros, 158.**

[18] **González, La conjura, 362-364.**

[19] **Testimonio extraído del blog «Hortencia Bussi de Allende» <tenchadeallende.wordpress.com>.**

[20] **Declaraciones Hortensia Bussi a la Comisión de Verdad y Reconciliación citadas en el Proceso Causa Rol Nro 77-2011, Fojas 47.**

[21] **Entrevista a Elena Araneda.**

[22] **Entrevista a Milton Silva.**

[23] **Mario López Tobar. El 11 en la mira de un Hawker Hunter. Las operaciones y blancos aéreos de septiembre de 1973 (Santiago: Editorial Sudamericana, 1999), 127.**

[24] **Ibíd.**

[25] **Entrevista a Santiago Bulnes.**

[26] **López Tobar, El 11 en la mira, 131-133.**

[27] **Entrevista a Milton Silva.**

[28] **Quiroga, Compañeros, 161.**

[29] González, La conjura, 318

[30] Ibíd., 361.

[31] Rojas y Celis, “Los soldados”, The Clinic.

[32] Ibíd.

[33] Mónica Echeverría, Krassnoff: Arrastrado por su destino (Santiago: Catalonia, 2008).

[34] Ibíd., 65.

[35] Gisela Silva Encina, Krassnoff: Prisionero por servir a Chile (Santiago: Editorial Maye, 2008), 66.

[36] Entrevista a Santiago Bulnes.

[37] Silva Encina, Krassnoff: Prisionero,104.

[38] Ibíd., 105.

[39] Ibíd.

[40] Rojas y Celis, "Los soldados", The Clinic.

CAPÍTULO SEIS

Se cierra el cerco: actúan los Hawker Hunter

LOS BOMBARDEOS EN CHILE SON EN SEPTIEMBRE

El año 1931 ocurriría el primer bombardeo aéreo de la historia de la aviación chilena. Por orden del vicepresidente de la república Manuel Trucco, un conjunto heterogéneo, pero poderoso, de aeronaves de la Fuerza Aérea Nacional FAN —antecedente inmediato de la FACH— debía bombardear los buques de la Escuadra Nacional, que se encontraban en el puerto de Coquimbo en poder de la marinería insurrecta que protestaba por una rebaja a sus ya bajos sueldos y por la situación económica que vivía Chile a raíz de la Gran Depresión.

El pequeño aeródromo de El Tuqui, próximo a Ovalle, sería el lugar de reunión de las veinte aeronaves que el 6 de septiembre concentrarían todo su poder de fuego en el acorazado Almirante Latorre. En el recuento de medios participarían de la operación: dos bombarderos Junkers R-42, catorce bombarderos livianos Curtiss Falcon y Vickers Type 116 Vixen, dos aviones de ataque Vicker-Wibault Type 121 y dos transportes Ford 5-AT-C, estos últimos también alistados como improvisadas naves de combate.

Finalmente los sublevados se rendirían, y el submarino Quidora resultaría con daños importantes y dos bajas: un muerto y un herido. Además, en el balance de la batalla habría algunos aviones averiados, al igual que un submarino de las catorce naves que compondrán la Escuadra Nacional. Luego, vendrían los Consejos de Guerra y las amnistías y todo en un contexto de extrema inestabilidad política y social del país.

En la memoriografía de las FF.AA. y particularmente de la Fuerza Aérea y la Armada, enfrentadas en ese momento, el tema desaparecería o sería mencionado al pasar como los «hechos de 1931»[1].

Transcurridos cuarenta y dos años, la FACH desarrollaría dos operaciones continuas el 11 de septiembre de 1973: el «Plan Silencio», destinado a neutralizar las radioemisoras partidarias del gobierno de Salvador Allende, y el «Plan Trueno», que consistió en el bombardeo con aviones Hawker Hunter al Palacio de La Moneda y la residencia presidencial de Tomás Moro.

Pero todo lo que sucedería ya lo había visto escenificado en una mesa de arena, en agosto de 1973, un joven capitán de la FACH llamado Jaime Donoso. En una noche en que él era el oficial de ronda en la Academia de Guerra de la FACH, descubrirá en una de las salas una reunión secreta a la que asistían ocho generales, quince coroneles y un significativo grupo de oficiales y personal subalterno. El reservado encuentro era encabezado por el recién asumido comandante en jefe, Gustavo Leigh. «Lo primero que vi fue un mapa de Santiago y La Moneda con un círculo rojo y aviones colocados por todos lados. Me di cuenta de que se estaba planificando un ataque al Palacio de Gobierno. Ahí vi que el Golpe se encontraba en su nivel máximo de planificación»[2]. Leigh Guzmán pretendería confundirlo, explicando todo solo como un ejercicio de academia. El capitán Donoso a las pocas horas solicitaría junto a un grupo de oficiales constitucionalistas una audiencia con el presidente Allende. Le relataría en persona lo visto, esperando que algo sucediese, pero el mandatario descreyó de su testimonio y así los planes de los conspiradores siguieron adelante sin contratiempos.

DESDE CONCEPCIÓN DESPEGAN

Mario López Tobar se levantó muy temprano la madrugada del 11 de septiembre, cerca de las 05:00. En una zona especialmente protegida de la pista del Aeropuerto Carriel Sur se encontraban dispuestos cuatro aviones Hawker Hunter, los más poderosos de la flotilla

existente en Chile, dispuestos cada uno con treinta y dos cohetes SURA. El entonces comandante de Grupo López Tobar detallará las características de la cohetería que sería destinada a vencer la resistencia de los defensores del gobierno del presidente Allende en La Moneda:

Nuestro armamento a usar fue: el cohete Sura, el cual posee ocho centímetros de diámetro y una carga explosiva de unos trescientos cincuenta gramos de explosivo; el cohete Sneb de seis centímetros de diámetro, y el proyectil de treinta milímetros que arma a los cuatro cañones Adel del avión, proyectil que posee unas cargas de unos sesenta gramos de explosivos. La caja de municiones tiene una capacidad de doscientos tiros. Esos cañones tienen una cadencia de fuego de mil cuatrocientos tiros por minuto, lo que le da al Hawker Hunter la sorprendente cadencia de tiro total de cinco mil seiscientos proyectiles explosivos por minuto[3].

Eran las 06:45 y las naves de combate estaban listas. Las instrucciones indicaban que debían despegar a las 07:30 rumbo a Santiago para cumplir el objetivo del Plan Silencio y sobrevolar la capital por si el mando los requería. A las 07:00 los pilotos participantes repasarían las instrucciones y actualizarían las indicaciones meteorológicas del viaje y de la capital[4].

LA OPERACIÓN SILENCIO

El objetivo sería acallar una poderosa red de radioemisoras denominada la «Voz de la Patria», principal medio de comunicación con que contaba el gobierno de la UP. El comandante López Tobar a las 07:45 «radiaba a unos mil quinientos pies sobre el terreno, la aguja del equipo dio una vuelta rápida indicando hacia atrás. Era el momento. Debajo estaba la antena de la Corporación y ese era mi objetivo»[5]. En este caso no existe nada de lo que los instructores le han enseñado que es propio de un ataque: un enemigo atento, baterías antiaéreas que sortear u otras naves que tienen sistemas de vigilancia para detectarlo y salir a enfrentar a la nave intrusa o atacante. Aquí todo será más sencillo. El objetivo debajo de los 1500 pies era una pequeña garita metálica y antenas radiales distribuidas en un terreno de algunas hectáreas, próximo a la avenida Vicuña Mackenna. Y cuando más, un vigilante desarmado, ubicado en una pequeña casucha próxima a esas antenas. Además, serían destruidas las antenas de las radios Del Pacífico,

Magallanes, Portales y Luis Emilio Recabarren.

El piloto de guerra Libra, nombre de combate del entonces Mario López Tobar describirá así el ataque: «Distancia de tiro. Aprieto el disparador y ocho cohetes se alejan de mí rápidamente en dirección a la base de la antena. La casucha vuela en pedazos sin que yo sienta ruido alguno. La estación calla totalmente»[6]. Inmediatamente el Mando sería informado de la exitosa operación.

Desde el aire los pilotos que sobrevuelan Santiago describen la situación a veinte mil pies de altura, unos seis kilómetros. Dicen, en relación a las antenas de radio recién bombardeadas, que la resistencia ha sido casi nula. Eso significaba que las inertes antenas ya han sido destruidas. Luego y en relación al Palacio de Gobierno comentan l0 que ocurre en ese momento:

El presidente todavía está en La Moneda. Hay gente disparando desde ahí y también desde el techo del edificio del Banco del Estado y de algunos ministerios. Pero eso es asunto de los militares que están en ese lugar. Los UH-1H del Grupo 10 se encargarán de los que están en las techumbres. Por el momento, las poblaciones están tranquilas y los familiares de los FACH se encuentran sin problemas[7].

Libra relata lo que observa de Santiago en esas primeras horas del golpe militar: el dominio desde el aire es casi total, en tierra las cosas quizás sean un tanto diferentes:

En la casa presidencial de Tomás Moro hay gente, probablemente del GAP o miembros de la guerrilla, que está parapetada, resistiendo. También puedo observar con toda claridad a los vehículos del Ejército, tanques, transportes blindados de tropa, camiones y jeeps, como igualmente cañones, probablemente de esos sin retroceso y otros menores. Hay humo en la zona producto de los disparos. Son casi las nueve de la mañana[8].

OBJETIVO: LA MONEDA

Hasta ese momento ya se ha concretado lo esencial de la Operación Silencio. Pero en tierra hay un Estado Mayor de la FACH apreciando la situación y que además está coordinado con el resto del mando golpista. El comandante de Escuadrilla Enrique Renato Fernández Cortés, Gato, en declaración ante el ministro en visita Mario Carroza, rememorará el rol que le correspondió en las operaciones de la FACH:

A las ocho de la mañana me entero de la situación que se vivía en el país, informándose que estábamos acuartelados. Estando en la sala se me llamó para cooperar con las comunicaciones del general Leigh, ya que en la Academia de Guerra, en la comuna de Las Condes se montó un puesto de mando. El general Leigh se dirigió a la cancha de fútbol de la Academia, lugar donde se me designó con un equipo portátil marca Sky. En dicho lugar, el general Leigh se ubicó con un grupo de generales de la FACH.

Con el equipo de comunicaciones se me ordenó que, sintonizara frecuencias determinadas en la cual se encontraban los transmisores de los aviones de la Fuerza Aérea, que sobrevolaban el lugar y particularmente que operaron sobre las antenas de comunicaciones.

El general Leigh dio la orden de operar sobre La Moneda al comandante López a través de un equipo distinto de comunicaciones del que yo operaba[9]*.*

Desde el aire, piloteando esos aviones de guerra, un bombardeo era solo ajustar las diversas variables y, llegado el momento, apretar con un botón que estaba unido a los comandos de la nave. La destrucción física y el pánico sembrado entre los que eran parte del blanco eran otro cuento.

Ahora vendrá el objetivo mayor de toda la jornada: el Palacio de La Moneda. Es el mismo comandante Jorge López Tobar quien relatará pormenorizadamente el ataque:

Justo a las 11:20 se hizo una pasada de estabilización sobre La Moneda y luego, virando a la izquierda en ciento ochenta grados. Los dos Hawker Hunter se alejan tres kilómetros al norte para tomar el eje de ataque a tres mil pies sobre el objetivo. El avión 1 efectuó el primer ataque pocos minutos antes de las 11:30. Los cohetes fueron lanzados casi al pasar sobre la Estación Mapocho y la poca gente que había por ahí sintió dos explosiones: la primera como producto del paso de la velocidad del sonido de los cohetes, y la segunda por la explosión misma de ellos en el blanco. Esta primera incursión fue contra el frontis norte de la Sede de Gobierno, destruyendo la gran puerta y las dependencias que estaban en los costados. Como los Sura P3 atravesaron las paredes y la puerta, y después explosionaron, la destrucción interior fue muy grande, pero ninguna esquirla salió fuera[10].

Segundos después atacó el avión 2, que lo hizo con mayor ángulo, por lo que sus cohetes entraron por el techo. El incendio fue instantáneo. Los Hawker Hunter efectuaron una nueva corrida, esta vez contra el segundo cuerpo del edificio. Los aparatos hicieron una última pasada con cohetes y luego empleando los cuatro cañones de 30 mm. Cuyos impactos —como comprobaría diez días después— no le hicieron casi ningún daño extra a La Moneda. La Moneda fue quemada por los incendios, pero no murió nadie producto de este ataque aéreo[11].

Al finalizar los ataques a La Moneda el puesto de mando ordena el retorno a Concepción a esos dos aviones. Allá aterrizarán a las 12:10. López Tobar lo recuerda: «Haciendo una revisión de lo ocurrido, uno de los pilotos muy emocionado me dijo que le había impresionado enormemente encontrar la bandera chilena en la mira de su Hunter»[12]. Las órdenes se han ejecutado. La Moneda y Tomás Moro han sido bombardeados.

EL IMPACTO DE LOS ROCKETS

En el Palacio de La Moneda y muy cerca del presidente estará Danilo Bartulín, médico, pero sobre todo asesor y confidente de Salvador Allende. Se espera el bombardeo y se han tomado todas las precauciones, pero hasta que no suceda nadie de quienes están allí junto al presidente sabe nada. Bartulín dice:

Ya habían pasado las once de la mañana, la hora señalada para el bombardeo. Cada momento que pasaba nos favorecía. Pensábamos que tal vez no había decisión de bombardear o que había contradicciones dentro de las FF.AA. En un momento Allende dice que tiene hambre. Yo voy a la cocina y le traigo un pedazo de pan. Me di cuenta de que en la cocina había unos pollos listos para cocinar y pensé que tal vez el tiempo que debíamos permanecer en La Moneda iba a ser largo y decidí empezarlos a cocinar. Cuando estaba buscando los ingredientes siento el silbido de la primera bomba, a los pocos segundos estalla la bomba a un par de metros de donde me encontraba[13]*.*

Dentro de La Moneda no había radios prendidas. Todo el resto de Chile sigue los entretelones del bombardeo y sus plazos por la red creada por la Junta Militar desde cerca de las 08:30 de la mañana en que emitieron la primera proclama.

Muchas personas habían podido escuchar algunos de los cinco mensajes de Salvador Allende, además de los bandos militares. Las ondas radiales en esas cruciales horas eran la única fuente de información sobre lo que estaría sucediendo en torno a La Moneda y al primer mandatario.

Juan Seoane, jefe de la escolta de Investigaciones, que ha decidido permanecer junto al presidente, dirá sobre este instante:

Yo estaba en el primer piso y se sentía como una cosa lejana, como en una película. Se remecía todo pero ya uno no le da mucha importancia que cayera o no cerca de donde estábamos. Sabíamos dónde estaban los grosores de las

murallas para protegernos. Tanto es así que nadie muere. Yo andaba sin máscara, me la ponía de repente. Después del incendio se acabaron los gases porque el incendio generaba una corriente y los gases se iban para allá.

Tiraron muchos gases al patio de invierno. Pero después me sorprenderá ver tanta tranquilidad en toda la gente que estaba ahí, no sentí el miedo. Cuando se da el paso para morir se actúa fríamente. No es una cuestión de héroe, creo que eso es al contrario, muy ordinario, cualquier persona en el estado de nosotros con sus convicciones y cumpliendo con su deber lo haría, porque lo malo era lo de afuera no lo de adentro[14].

Silvio, que es parte del grupo de GAP que se encuentra en el Palacio combatiendo junto a un poco más de una veintena de sus compañeros, dirá:

Cuando comienza el bombardeo nosotros habíamos dejado un par de compañeros en el segundo piso para ir contando hacia dónde caían los rockets. La mayoría estábamos en el primer piso. Yo junto a Juanito Seone, todos acostados de guata, y cuando cae el primer rocket se estremeció todo. Nos elevamos con la fuerza del impacto. Después, muy sorprendidos de que el daño personal fuera igual a cero. Mucha destrucción del edificio, los incendios, mucho olor a gases y a pólvora. Recuerdo los gritos preguntando si había pasado algo arriba, y venía la otra y así fue continuo, sin intervalo[15].

Terminado el bombardeo, el presidente Allende ordena a varias personas, entre ellas Danilo Bartulín, realizar un rápido chequeo. Pronto él comprobaría «que no había ningún muerto, pero que la destrucción del palacio y los incendios venían por tres o cuatro sectores»[16]. Según el cercano asesor son las 13:45:

El Presidente me envió al primer piso a ver la situación de los otros compañeros. La Moneda arde y el agua corre por las escaleras, ya no hay sitios

de defensa. En el primer piso, con tres o cuatro compañeros estábamos en una pequeña pieza, de repente y en forma brusca entran diez o quince militares. Nos tiraron al suelo, nos amenazaron con sus

armas y nos arrastraron a la calle. Me encontraba en la calle tendido en el suelo y escucho una voz de militar en el interior de La Moneda que dice: «Los que están en el segundo piso tienen diez minutos para rendirse»[17].

Luego será Silvio quien aportará a la reconstrucción de estos instantes:

Por eso pusimos vigías en el segundo piso, porque se veían claramente cuando venían cayendo desde donde está el diario La Nación. Muy luego, se produjo el segundo bombardeo, que fue estruendoso porque cayó toda la construcción del patio de los inviernos, que era un inmenso invernadero de vidrio. Eso se vino todo abajo y luego comenzó un incendio generalizado en el segundo piso. En el primero chapoteabamos sobre charcos de agua, porque habíamos abierto las llaves para intentar apagar el fuego, pero también el bombardeo había roto muchas cañerías, había agua y barro por todas partes. Morandé 80 hacia adentro era como una bruma, era mucho el humo, no veíamos las siluetas al comienzo porque con las mascarillas se hacía más difícil la visión, pero a la vez era la única forma de respirar sin grandes problemas. Pero la estructura había resistido.

Se había dado la orden de juntar alimentos porque íbamos a resistir largo tiempo. Arriba de nosotros, por Morandé 80, había una escalera de caracol de metal que conducía al segundo piso donde estaban los comedores, la cocina y las despensas. Yo pensaba que resistiríamos largo tiempo, porque teníamos comida y armamento. Cuando terminó el bombardeo, supusimos que venían las tropas a tomarse el Palacio, porque los bombardeos son para ablandar, destruir y ocupar, si te demoras mucho en ocupar perdiste el bombardeo. Ellos suponían que había muertos. Nos asomamos y venían acercándose estos soldados con el beatle naranja[18].

Hasta ese momento, el bombardeo tampoco lograba doblegar la resistencia. Esencialmente el efecto era psicológico, nadie había muerto ni resultado herido con este. Los pilotos recibían desde las tropas de tierra la información de que la resistencia del destacamento que acompañaba al presidente se concentraba donde estaban las dependencias de la presidencia en Morandé con Moneda, por lo tanto debían triangular, lo que significaba impactar en distintos puntos de esa zona. La imagen al interior del

palacio era impresionante, por la oscuridad, el polvo y los gases. La comprobación de que se habían atrevido a bombardear ese lugar con el presidente en su interior demostraba que las fuerzas golpistas no se detendrían en nada hacia adelante.

UN BOMBARDEO SIN AUTORES

El año 2011, el ministro investigador Mario Carroza solicitaba insistentemente por oficio a la Contraloría General de la República los nombres de los aviadores que se desempeñaban como pilotos de guerra de la FACH al año 1973. La información no estaba allí y tampoco en la FACH. Luego de que transcurrieran diez meses, el ministro de Defensa de ese entonces, Andrés Allamand, y los altos mandos de la institución finalmente no podrían responder satisfactoriamente al magistrado.

Habían transcurridos treinta y ocho años y todavía predominaba el secreto al interior de la FACH, porque se imponía la destrucción o el ocultamiento de los antecedentes y aún parecía estar vigente una orden de desmemoria para los participantes en estos históricos sucesos. Era engorroso, por decirlo «con suavidad», que las únicas acciones de combate efectivo de la Fuerza Aérea (combate en el sentido de que no se trataba de ejercicios y que se destruían blancos), en las dos ocasiones del que se tenía registro histórico, habían sucedido en territorio nacional, frente a compatriotas-enemigos y blancos inertes. Seguramente, eso no podía servir para ningún museo, ni tampoco para concurrir a ningún encuentro de la aeronáutica militar mundial. Entonces, se borraban los registros y se imponía un manto de silencio que aunque duraría bastante, iría revelando a trozos las identidades de los autores de los bombardeos del 11 de

septiembre.

Transcurridos veintiséis años desde los acontecimientos, el mismo año que falleció el excomandante en jefe de la FACH e integrante de la Junta Militar Gustavo Leigh, el general en retiro Mario López Tobar, líder de la agrupación de combate de los Hawker Hunter publicaba un libro denominado: El 11 en la mira de un Hawker Hunter. Las operaciones y blancos aéreos de septiembre de 1973. ¿Qué factores impulsarían a López Tobar a revelar el celoso secreto? Lo desconocemos con exactitud, pero en 1999 no existía proceso indagatorio alguno de los sucesos del 11. Varios de sus protagonistas, en las diversas ramas, habían alcanzado sin contratiempos los máximos grados de sus respectivos escalafones y un rumor carcomía el «amor propio» de ese comandante: el ataque a varias radioemisoras, al Palacio de La Moneda y la casa presidencial de Tomás Moro era de autoría de pilotos de guerra norteamericanos, que ingresaron al país para la ocasión y se habían marchado con la misma premura.

Y así fue como López Tobar decidió desclasificar. No todo, solo lo propio, y ello de tal forma de ser únicamente responsable de daños materiales, dejando en el secreto y reserva los nombres y grados de los demás integrantes de su escuadrilla, tal como en su momento lo ordenara «su patrón», como denominaría al general Gustavo Leigh Guzmán. Todo esto también estaría cruzado por los resquemores institucionales de la FACH con el Ejército y muy en particular con el general Augusto Pinochet (conforme transcurría el tiempo él se había creado un relato de ser el único autor intelectual y operativo del Golpe), que era contradicho desde los otros protagonistas con silencios o medias verdades.

Pero Libra ya había sido concluyente, muchos años antes ante la televisión alemana:

Esta operación —la del 11 de septiembre de 1973— fue realizada íntegramente por pilotos chilenos a bordo de los legendarios cazabombarderos Hawker Hunter, agrupación de combate que me correspondió liderar en esa oportunidad. Mi nombre de combate, como piloto líder de la agrupación de Hawker Hunter que tuvo que intervenir el 11 de septiembre de 1973, fue el de Libra. Fiel al principio de todo comandante, no daré a conocer las identidades de los tripulantes que guiaron los aviones porque, más que personas, fue la Fuerza Aérea de Chile la que actuó como conjunto. Las tres misiones que

efectuaron los Hawker Hunter aquel 11 fueron guiadas exclusivamente por pilotos chilenos en su totalidad[19].

Y luego, el mismo López Tobar fue contando diversos aspectos que ayudaron a conformar el escenario y los tiempos del involucramiento de la FACH en el Golpe. Leigh había asumido el 17 de agosto de 1973, pero el plan con los Hawker Hunter estaba en marcha a lo menos desde principios de agosto.

En torno a los autores de los bombardeos había «corrido mucha tinta» desde que Gustavo Leigh dispusiera un secreto total respecto de los nombres y detalles de las operaciones. En 1974, periodistas alemanes le preguntarían a Leigh si podrían entrevistar a los pilotos y él les responderá: «No, porque yo los quiero mantener anónimos por razones obvias. Los pilotos no quiero que aparezcan, porque gente los puede hacer cargo. Incluso un hijo mío es piloto de esa unidad, un teniente, de manera que no es conveniente por seguridad»[20].

Posteriormente, con la ambigüedad que lo ha caracterizado en todas sus declaraciones sobre estos sucesos, el general de aviación Fernando Jorge Matthei Aubel, excomandante en jefe de la FACH y ex integrante de la junta militar, referiría otra arista que justificaba el secreto de esos nombres: «La posibilidad de venganza interna desde la suboficialidad y plantel de mecánicos»[21].

Puedo precisar que nosotros tuvimos tres grupos de Hunter, pero muy poca capacidad de mantenimiento. Este solo era para un grupo. Yo creo que este juramento de silencio fue porque, cuando íbamos a hacer los traslados, los comandantes estaban muy preocupados que no todos sus mecánicos fueran leales y que hubiesen desafectos y que les pudieran hacer un sabotaje[22].

El ministro Carroza insistirá en la petición de los antecedentes, solicitando las hojas de vida de los pilotos de guerra de la FACH. El jefe Estado Mayor General de la FACH, el general de aviación Wolfram Celedón Mecketh, respondería las indagatorias del ministro en visita el 23 de septiembre del 2011:

En atención a lo solicitado, a fin de recabar desde el Servicio Aerofotogramétrico, una copia del respaldo gráfico (fotografía) del personal que integraba como piloto el Grupo de Aviación N° 7 al mes de septiembre de 1973 se informa a US que no ha sido posible recabar fotografías de esa Unidad[23].

La misma FACH había informado al tribunal que no sabía los nombres de los aviadores que bombardearon La Moneda y que tampoco existían las hojas de vida de quienes eran pilotos de guerra de la institución en esos años. Las respuestas demoraban hasta diez

meses, pero las sorpresas no terminaban allí. Con posterioridad, el abogado Roberto Ávila Toledo, uno de los querellantes más activos en este proceso, conocería la hoja de vida del expiloto de guerra y general Enrique Montealegre Jullián, que existía en otro juicio conocido como «Academia de Guerra, AGA», documento que le sería entregado por el periodista

especializado en causas de derechos humanos Jorge Escalante. Así, también quedaba acreditado que Enrique Montealegre había integrado el Grupo 7 en septiembre del 73 como piloto de guerra y que en 1995 había culminado su carrera como general de aviación.[24]

Por su parte, en un interrogatorio en el casino institucional de la FACH el general en retiro Mario López Tobar declaraba:

En el ataque a La Moneda participaron solo dos personas piloteando cada una un avión. Uno fue Enrique Montealegre Jullián y el otro piloto fue un teniente cuyo nombre no recuerdo, pero que se retiró al año siguiente de este hecho. No participé en el ataque. Dar de baja las antenas de radio fue mi misión con cuatro pilotos, uno fue el teniente González[25].

El general Montealegre, al igual que Rojas Vender, negaría todo, buscando desvirtuar las declaraciones de sus acusadores, aunque fueran otros generales al igual que él. «No es efectivo que participé en el ataque de La Moneda, tampoco

Rojas Vender. Recuerdo a un piloto de nombre Urrutiaguer que fue miembro del Grupo N° 7 y que falleció en 1974»[26]. Posteriormente habría careos entre los generales López Tobar y Montealegre y ambos mantendrían celosamente sus respectivas versiones.

Nada aquí ha sido ni sería transparente. Cada quien revelaba un poco, mientras ocultaba otras cosas. Hay protecciones y lealtades cruzadas, pero lo concreto e importante es que a estas alturas los nombres de los pilotos bombarderos hace rato que dejaron de ser un secreto.

«PEKíN»: ERNESTO AMADOR GONZÁLEZ YARRA

El dato que faltaba en este puzle lo agregaría un reportaje del diario La Tercera el año 2003 que, con el subtítulo «Lo que el bombardero de La Moneda nunca reveló», confirmaba un nuevo nombre como el segundo piloto del bombardeo de ese martes 11. Se trataba del coronel Ernesto Amador González Yarra, fallecido de un severo cáncer el año 1995. Él era Pekín, uno de los pocos participantes que no alcanzaría a culminar su carrera en el generalato, seguramente debido a su prematura muerte.

Sobrevolando la Estación Mapocho, soltó la primera carga de cohetes Sura P-3, que entraron con gran precisión por la puerta principal del frontis norte del Palacio, estallando dentro de las dependencias de la Presidencia y desatando en instantes un gigantesco incendio. La identidad del piloto que efectuó la misión se mantuvo desde entonces para la Fach como un secreto militar. Su nombre es Ernesto Amador González Yarra. Era teniente y tenía apenas veinticuatro años. Murió veintidós años después víctima de un severo cáncer a la médula ósea, el 12 de mayo de 1995, en Santiago. Al fallecer, era un destacado y anónimo coronel de aviación en servicio. Salvo su familia, sus amigos y sus compañeros de generación —entre ellos el actual comandante en jefe de la Fach, general Osvaldo Sarabia—, muy pocos conocían la dramática misión que había tenido que enfrentar.

[...]

González pensaba, también, que su tarea había conseguido salvar vidas entre los dos bandos enfrentados. Solía decir que el shock de ver La Moneda ardiendo por efecto de la acción aérea había disuadido a los partidarios de la Unidad Popular de resistirse al Golpe y que eso había evitado una mayor represión. Pocas semanas antes de su muerte, González aceptó hablar con un periodista respecto del tema bajo la condición de que el entonces comandante en jefe de la Fach, el actual senador designado Ramón Vega, lo autorizara. Las gestiones con Vega, sin embargo, no prosperaron[27].

LA PERIODISTA QUE DESENMASCARÓ A RUFIáN

La crónica «Los detalles secretos del bombardeo a La Moneda» sería publicada en el diario argentino Clarín[28] el 5 de septiembre de 1999 y su autora era la periodista Mónica González, corresponsal de ese medio en Chile. Su contenido traía su propia «bomba»: la identidad real de uno de los pilotos que habían bombardeado La Moneda. Usaba el nombre de guerra de Rufián, pero tras ese apodo estaba nada menos que el general Fernando Rojas Vender, quien recién terminaba su periodo de comandante en jefe de la Fuerza Aérea, el máximo escalafón de la institución. La crónica de González decía:

El bombardeo a La Moneda estaba previsto como una acción límite, como el golpe psicológico para acabar toda resistencia, incluyendo la de Allende que se negaba a rendirse [...]. Como tampoco eso cambió la férrea posición de Allende, el general Leigh, integrante de la Junta de Gobierno, dio inicio al bombardeo desde la Academia de Guerra Aérea en Santiago, donde estaba ubicado su puesto de mando secreto. La orden llegó hasta Concepción, adonde se habían llevado días antes y en el más completo silencio los aviones HH. A sólo 30

minutos de Santiago los aviones despegaron bajo el mando de Libra. Su segundo era Rufián, nombre de guerra del general Fernando Rojas Vender, hasta hace pocos días Jefe de la Fuerza Aérea. Nadie sabía en vuelo —como lo reveló a este corresponsal— a quién le correspondería el blanco de La Moneda. Inventaron que habían sido pilotos norteamericanos y fueron solo chilenos y no seleccionados [...] y al que le tocó le tocó[29].

Esas revelaciones incomodarían en el medio chileno. Tácitamente las responsabilidades de los uniformados en el golpe militar y luego en delitos punibles en los diecisiete años de dictadura resultaban problemáticas de enfrentar a todos los gobiernos de la transición. Para los pocos casos a uniformados en servicio activo tuvieron que concurrir especiales circunstancias, como situaciones de violaciones a los derechos humanos incontrovertibles, reiteradas y que tuviesen jueces investigadores convencidos de que esos delitos no prescribían. Además, que fuese de público conocimiento y que hubiese agrupaciones de familiares y abogados empujando las denuncias y los procesamientos.

Las situaciones en que altos mandos nombrados por los gobiernos de la transición tenían prontuarios ocultos serían más frecuentes que las conocidas públicamente, particularmente en los años en que el general Augusto Pinochet aún estaba en la Comandancia en Jefe del Ejército. Desde los diversos gobiernos se prefirió optar por cerrar los ojos y simplemente nombrar al primero de la fila, sin que importara el currículo oculto que arrastraba. El inexorable tiempo también haría lo suyo, porque fue dejando fuera de posibilidad de ascensos a las camadas con protagonismo significativo durante el Golpe y los años venideros. Los tenientes del Golpe fueron generales, como es posible constatar en la mayoría de los casos entre los oficiales que cercaron y asaltaron La Moneda. Pero en todo esto hubo casos notables de impunidad e incluso premio. Solo así es posible explicarse que Rufián, Fernando Rojas Vender, se transformara en comandante en jefe de la FACH durante el segundo gobierno de la transición.

Con el proceso encabezado por el ministro Mario Carroza el 2011 nuevamente se repondría este tema, y debieron confrontarse las versiones de la periodista de CIPER Mónica González con Rufián, el expiloto de guerra.

A fojas 2116-2117 del proceso se aludirá a esta situación: «Contradicción en el

expediente entre la periodista Mónica González y el testigo Fernando Rojas Vender». La periodista declarará:

Con relación a la consulta sobre la certeza que me asiste de las declaraciones que me formula el entonces comandante en jefe de la FACH, general Fernando Rojas Vender, debo afirmar que sí, estoy segura que él me relató los pormenores de la planificación y ejecución del bombardeo a La Moneda el 11 de septiembre de 1973. Respecto a la contradicción que me hace mención con las declaraciones formuladas por el general Rojas Vender, afirmo que reitero que en esa entrevista él me dijo que formó parte de dicha operación. No recuerdo la fecha exacta, pero me comprometo a buscar en mis agendas para determinar el día y contexto de dicha entrevista.

Quisiera agregar que transcurridos treinta y ocho años del bombardeo a La Moneda no logro entender por qué guardan en secreto los nombres de los pilotos que efectúan dicha operación. Y ello porque se ha dicho y reiterado hasta la saciedad que fue un bombardeo necesario e inevitable, ya que se había iniciado una guerra contra un ejército de guerrilleros extranjeros, con más de quince mil efectivos que se encontraban refugiados en Chile, además de los miles de delincuentes subversivos chilenos, en ese contexto ese bombardeo debería ser un honor. Y sus pilotos, héroes. ¿Por qué el secreto entonces?

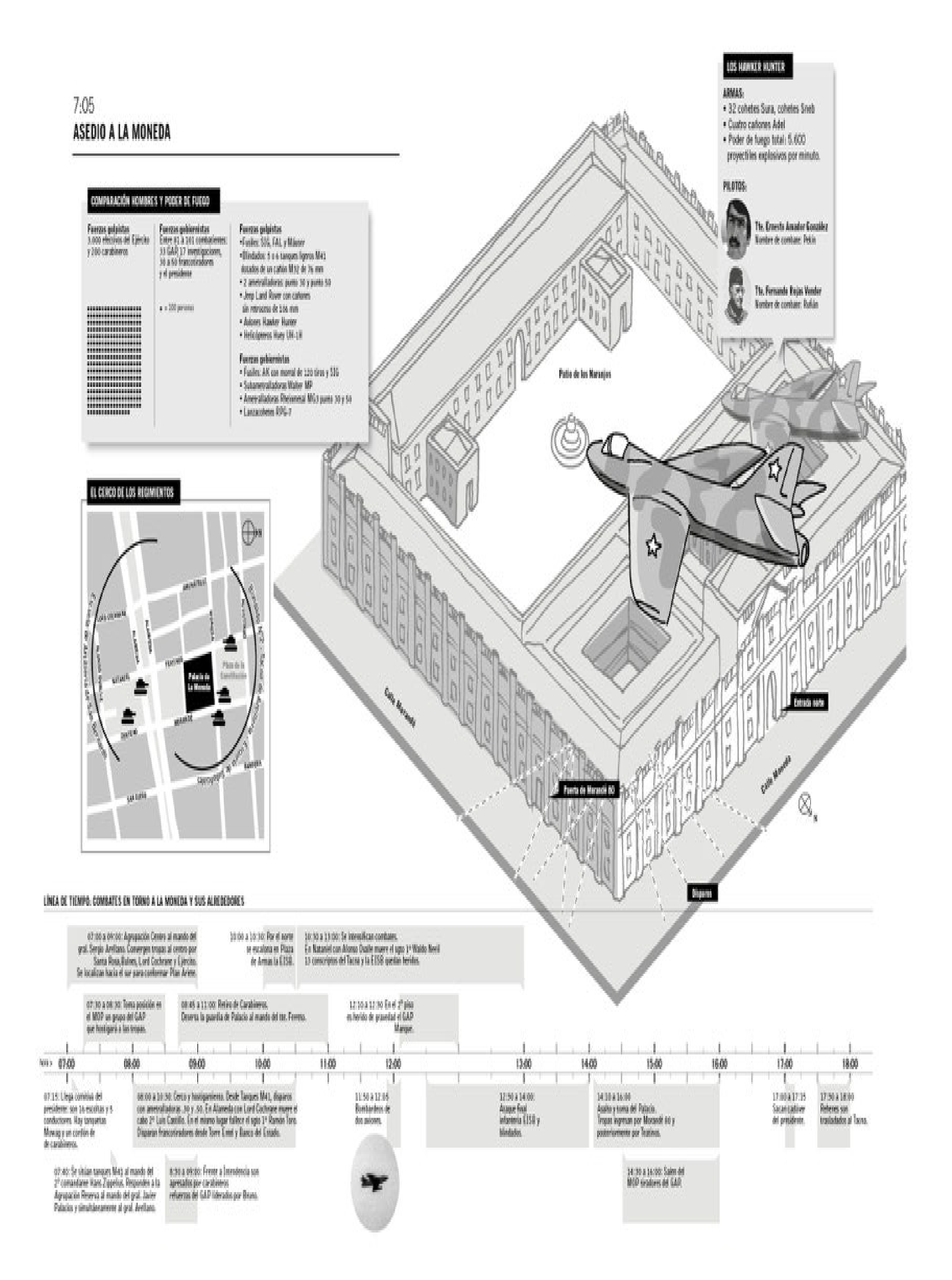
Por su parte, el general del aire (r) Fernando Rojas Vender en sus descargos dirá muy escuetamente:

No recuerdo puntualmente los temas que tratamos. No dudo de la calidad profesional. No recuerdo detalles de la entrevista. No participé de la operación aérea, ya que en esa oportunidad me encontraba a cargo de la Unidad en la base de Cerrillos, en Santiago, y la operación aérea se organizó en la ciudad de Concepción, donde comandaba el Grupo N° 7 el comandante Mario López Tobar. No realicé vuelos ese día.

Pero el círculo continuaba cerrándose y el secreto de los nombres estaba absolutamente sobrepasado. Por diversas fuentes, los nombres de los pilotos de guerra que habían bombardeado primero estaciones de radios y luego el Palacio de La Moneda y la residencia presidencial de Tomás Moro era no solo un secreto a voces, sino materia de investigación judicial.

Ciertamente, el proceso del ministro Carroza tenía como objetivo principal investigar las causas de muerte del exmandatario, sus circunstancias y contextos. Pero se añadirían otras materias en la medida que fuera reuniéndose la documentación solicitada a diversas instituciones y en este caso particularmente a la FACH. A la vez, la investigación judicial el año 2011 llegaba un poco tarde. Varios de los involucrados habían fallecido o comenzaban a ser ancianos sujetos a múltiples invalideces muy celosamente certificadas.

En los hechos, la FACH haría una búsqueda formal para dar una respuesta al ministro investigador. Buscaban al interior de la institución lo que de antemano sabían había sido borrado o destruido. Todas esas operaciones no tenían registros ni documentación alguna. La voluntad de resguardar el secreto de Leigh aún estaba vigente treinta y ocho años más tarde.



7:05
ASEDIO A LA MONEDA
COMPARACIÓN HOMBRES Y PODER DE FUEGO
Fuerzas golpistas
3.000 efectivos del Ejército y 200 carabineros
Fuerzas gobiernistas
Entre 81 a 101 combatientes: 33 GAP, 17 investigaciones, 30 a 60 francotiradores y el presidente
= 100 personas
Fuerzas golpistas
• Fusiles: SIG, FAL y Máuser
• Blindados: 5 o 6 tanques ligeros M41 dotados de un cañón M32 de 76 mm
• 2 ametralladoras punto 30 y punto 50
• Jeep Land Rover con cañones sin retroceso de 106 mm
• Aviones Hawker Hunter
• Helicópteros Huey UH-1H
Fuerzas gobiernistas
• Fusiles: AK con moral de 120 tiros y SIG
• Subametralladoras Walter MP
• Ametralladoras Rheinmetal MG3 punto 30 y 50
• Lanzacohetes RPG-7
EL CERCO DE LOS REGIMIENTOS
Palacio de La Moneda
LOS HAWKER HUNTER
ARMAS:
• 32 cohetes Sura, cohetes Sneb
• Cuatro cañones Adel
• Poder de fuego total: 5.600 proyectiles explosivos por minuto.
PILOTOS:
Tte. Ernesto Amador González
Nombre de combate: Pekín
Tte. Fernando Rojas Vender
Nombre de combate: Rufián
Patio de los Naranjos
Calle Morandé
Calle Moneda
Entrada norte
Puerta de Morandé 80
Disparos
LÍNEA DE TIEMPO: COMBATES EN TORNO A LA MONEDA Y SUS ALREDEDORES
07:00 a 09:00: Agrupación Centro al mando del gral. Sergio Arellano. Convergen tropas al centro por Santa Rosa, Bulnes, Lord Cochrane y Ejército. Se localizan hacia el sur para conformar Plan Arlene.
10:00 a 10:30: Por el norte se escalona en Plaza de Armas la ESSB.
10:30 a 13:00: Se intensifican combates. En Nataniel con Alonso Ovalle muere el sgto 1º Waldo Nevil. 13 conscriptos del Tacna y la ESSB quedan heridos.
07:30 a 08:30: Toma posición en el MOP un grupo del GAP que hostigará a las tropas.
08:45 a 11:00: Retiro de Carabineros. Deserta la guardia de Palacio al mando del cte. Ferrera.
12:10 a 12:30: En el 2º piso es herido de gravedad el GAP Manque.
07:00
08:00
09:00
10:00
11:00
12:00
13:00
14:00
15:00
16:00
17:00
18:00
07:15: Llega comitiva del presidente: son 16 escoltas y 5 conductores. Hay tanquetas Mowag y un cordón de de carabineros.
08:00 a 10:30: Cerco y hostigamiento. Desde Tanques M41, disparos con ametralladoras .30 y .50. En Alameda con Lord Cochrane muere el cabo 2º Luis Castillo. En el mismo lugar fallece el sgto 1º Ramón Toro. Disparan francotiradores desde Torre Entel y Banco del Estado.
11:50 a 12:05: Bombardeos de dos aviones.
12:50 a 14:00: Ataque final infantería ESSB y blindados.
14:10 a 16:00: Asalto y toma del Palacio. Tropas ingresan por Morandé 80 y posteriormente por Teatinos.
17:00 a 17:35: Sacan cadáver del presidente.
17:50 a 18:00: Rehenes son trasladados al Tacna.
07:40: Se sitúan tanques M41 al mando del 2º comandante Hans Zippelius. Responden a la Agrupación Reserva al mando del gral. Javier Palacios y simultáneamente al gral. Arellano.
8:30 a 09:00: Frente a Intendencia son agredidos por carabineros refuerzos del GAP liderados por Bruno.
14:30 a 16:00: Salen del MOP tiradores del GAP.

notas

[1] Patricio Manns, La revolución de la escuadra (Valparaíso: Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972).

[2] Patricia Bravo, "Los Secretos de la FACH", Punto Final, 259.

[3] López Tobar, El 11 en la mira, 106.

[4] Ibíd., 105.

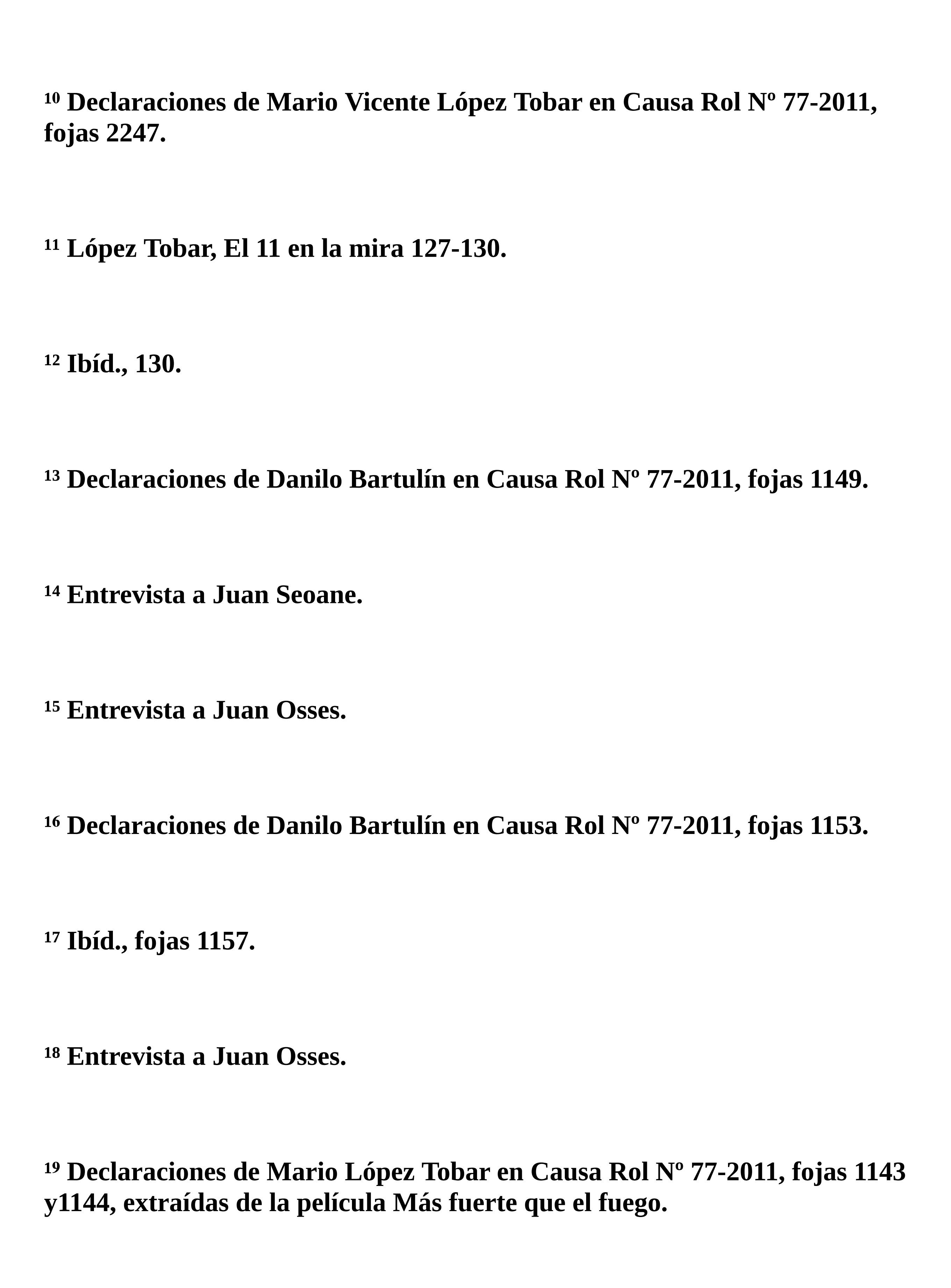
[5] Ibíd., 111.

[6] Ibíd., 115.

[7] Ibíd., 116.

8 Ibíd., 119.

[9] Declaraciones de Enrique Renato Fernández Cortés en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 125.



[10] Declaraciones de Mario Vicente López Tobar en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 2247.

[11] López Tobar, El 11 en la mira 127-130.

[12] Ibíd., 130.

[13] Declaraciones de Danilo Bartulín en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 1149.

[14] Entrevista a Juan Seoane.

[15] Entrevista a Juan Osses.

[16] Declaraciones de Danilo Bartulín en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 1153.

[17] Ibíd., fojas 1157.

[18] Entrevista a Juan Osses.

[19] Declaraciones de Mario López Tobar en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 1143 y1144, extraídas de la película Más fuerte que el fuego.

[20] Declaraciones de Gustavo Leigh en Causa Rol Nº 77-2011, extraídas de la película Más fuerte que el fuego.

[21] Declaraciones de Fernando Matthei Aubel en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 1123 y1124.

[22] Ibíd.

[23] Causa Rol Nº 77-2011, fojas 2113.

[24] Ibíd., fojas 2178.

[25] Ibíd., fojas 2261.

[26] Ibíd., fojas 2268.

[27] «Diez episodios desconocidos sobre el Golpe», La Tercera, 3 de agosto de 2003.

[28] Mónica González, «Los detalles secretos del bombardeo a La Moneda», Clarín.com, 5 de septiembre de 1999 <http://edant.clarin.com/diario/1999/09/05/i-03601d.htm>.

[29] **Ibíd.**

CAPÍTULO SIETE

Cae La Moneda: Allende no se entrega

LOS COHETES SURA CONTRA LA OBRA DE TOESCA

Hasta el bombardeo la escolta no había tenido heridos, pues sus miembros habían ideado una triangulación que les permitía ponerse a salvo de la cohetería de los aviones y cambiar de posición. Eran minutos de órdenes rápidas. La mayoría de los acompañantes del presidente continuaba concentrado en la esquina del Palacio que daba a las calles Morandé y Moneda. Silvio relata esos momentos:

Cuando comienza el bombardeo, pasadas las once de la mañana, la orden fue despejar el segundo piso. Allí se quedaron solo dos, uno de ellos era el Chino Jano. Nosotros sabíamos que iban a triangular para golpear el sector donde estábamos nosotros, la ele del nororiente, los despachos del presidente. El tema era poder decir de dónde venía el cohete, porque lo lanzaban desde lejos y se iba gritando [...] que viene el primer cohete. En ese momento yo estaba abajo. Habíamos dejado todas las llaves con el agua corriendo para disminuir el efecto de los incendios. Yo estaba al lado de Juanito Seoane y él dice «tirémonos al suelo, porque esto va a volar» y se siente el pencazo y nos elevamos del suelo, nos miramos y empezamos a gritar «¡algún herido!» [...] como si nos pasáramos lista[1].

Luego, dentro del grupo, comenzó a manifestarse el pánico: «Muchos trataron de convencer que no había que combatir. Por ejemplo, Flores decía que era una locura, que había que rendirse, que íbamos a morir todos; Jorquera, que estábamos locos, que nos iban a matar a todos», recordará Juan Osses.

Poco antes, Allende ya había pedido que salieran todas aquellas personas que no iban a combatir y en ese momento salió gente. Eso sucedería como consecuencia de la no rendición ante la amenaza de bombardeo. Según testimonia el mismo Silvio, «el chico Puccio andaba con una Browning Capital y la usaba». Eso seguramente fue antes de que él saliera junto a su padre a parlamentar junto con otros personeros al Ministerio de Defensa, donde serían convertidos en rehenes. Antes, había salido un grupo de mujeres, entre las cuales estaban las hijas del presidente, Beatriz e Isabel, junto con la periodista Verónica Ahumada y dos personas más.

También, previo al bombardeo, se había inspeccionado un túnel que había bajo La Moneda que daba a la Plaza de la Constitución y se determinó que no llegaba a ninguna parte. En ese momento se decidió hacer en una gran fogata y quemar una gran cantidad de documentos confidenciales.

El presidente había bajado al primer piso durante el inicio del bombardeo, junto con tres GAP: Raúl, Mauricio y Carlos Álamos.

Al caer los primeros cohetes «se sintió algo estrepitoso, porque se había venido abajo una gran cúpula de vidrio que cubría todo un patio y luego todo se llenaría de gases», recordará Silvio. En ese momento no murió nadie y la mayoría utilizaba las máscaras antigases.

Desde las ventanas y al terminar el primer bombardeo, vimos cómo se acercaban las tropas para tomarse La Moneda. Nosotros fuimos a tomar posición para

nuevamente disparar. Estábamos en esa cuando escuchamos que alguien con máscara gritaba y no entendíamos nada. Eran como sollozos y era molesto en medio del combate, porque bajaba la moral. Recuerdo que lo agarramos y le quitamos la máscara y cayó de rodillas. Era el Negro Jorquera que gritaba "mi hermano, el 'Perro'" [...]. Lo dejamos en un rincón llorando.

Manque se quedó cubriendo la posición, mientras Silvio fue a ver lo que había pasado:

Vuelvo al sector donde comenzaba el patio de los inviernos, a mano izquierda estaba cerrado y había una escalera caracol de fierro que daba al segundo piso donde estaban los comedores y veo en una camilla al "Perro" Olivares que estaba con una Walther MP en el pecho y todo lleno de sangre. A su izquierda y con una rodilla en el suelo, con su casco y afirmado en su AK, estaba Allende. Al otro lado estaba el Bartulo echándole whisky en la herida. Me devuelvo y le digo al Manque [...] "al Perro lo mataron". No tenía idea de que se había suicidado[2]*.*

MANQUE: LA PRIMERA BAJA

Manque y Silvio se movilizaban como una sola unidad de combate. Ha ocurrido el bombardeo, transcurren cerca de quince minutos y ellos vuelven a ocupar los mismos puntos de combate. La situación es extrema por la destrucción de los muros, además está lleno de gases y corre mucha agua al romperse las matrices. Silvio recordará que fueron perdiendo la visión de tiro.

Se nos ordenó reforzar el segundo piso. Al principio, debo reconocer que me impresionó tanta destrucción. Pero los mismos escombros servían como parapeto en las ventanas [...] Años después volvería a recordar ese momento, al ver películas de la Batalla de Stalingrado [...] había restos de escombros por todos lados y ya se habían declarado varios incendios.

Ese es el momento cuando al Manque le llega una ráfaga que lo tira contra la pared de atrás. Para mí fue súper impactante porque era mi amigo y lo veo que sale disparado con una ráfaga de ametralladora, seguramente de uno de los tanques. Me giro y veo que está apoyado con la cabeza contra la pared. Tiene el estómago abierto y las tripas afuera y su arma queda caída. En ese momento tuve que tomar una decisión. Mi dilema era si lo ayudaba o seguía combatiendo.

Lo volví a mirar y para mí estaba muerto.

Dejé a mi amigo y seguí combatiendo como loco. No sé cuánto fue el tiempo que pasó, porque sentí que el tiempo se detenía. Manque no gritó nada[3]*.*

EL ASALTO A LA MONEDA

Producido el bombardeo comenzaría la aproximación a La Moneda desde diversos sitios y por distintas unidades militares. Había que ingresar pronto, antes que el «enemigo» se recuperara del castigo aéreo sufrido.

Desde el norte se desplazará la Escuela de Infantería de San Bernardo. La espera de su batallón ha durado demasiado. El mayor que comanda se llama Iván de la Fuente Sáez. Tiene treinta y nueve años y recién en el mes de julio ha retornado de un curso de infantería en Georgia, Estados Unidos. Ha salido a las 08:00 desde su cuartel en una extensa caravana de camiones que transporta alrededor de mil hombres por Panamericana Norte, San Joaquín y Vicuña Mackenna hasta Plaza Baquedano. Allí ha dejado una compañía para ocuparse de la circulación vehicular y hacer contención. Luego, el mayor De la Fuente ha continuado con el grueso de las tropas hasta la Estación Mapocho. Desde ahí, y tras descender de los vehículos, ha marchado a pie hasta la Plaza de Armas. Son las 12:00 horas y por fin les llega la orden de moverse:

Se ordenó concurrir al frente del Banco Central. El oficial de operaciones, teniente coronel Jorge Dowling Santa María, me informó por radio que la Escuela de Suboficiales no había podido cruzar por Alameda ante el intenso fuego de armas que provenían de la Torre Entel, y que el general Arellano había ordenado que la EISB atacara La Moneda. Para tal efecto le indiqué que para cumplir dicha misión debían subordinarnos la totalidad de los tanques, cosa que se realizó de inmediato, para luego ser coordinadas las actividades entre las unidades de infantería y tanques, ya que alrededor de las 13:00 horas se avanzó

hacia La Moneda, bajo un intenso fuego de los edificios que rodeaban el lugar, dando por iniciado el ataque al palacio presidencial[4].

Según relata De la Fuente, luego que tiene los medios a su disposición dispondrá de «media hora para coordinar la acción». Julio Billard será su jefe de plana mayor y el teniente Aldunate Herman, su ayudante. Al llegar a Morandé 80 «había otros militares con armamento diferente al nuestro». Durante el asalto la EISB tendrá un soldado muerto, el cabo Luna, y diecisiete heridos[5].

Los mandos de esas horas parecen estar superpuestos y las órdenes de los mandos son confusas y en algunos casos hasta contradictorias:

Además, quisiera dejar en claro que no tuve mayor comunicación con el general Palacios, dadas las dificultades de las circunstancias del momento, y desconocía las razones de su presencia en dicho lugar, salvo que a las 19:00 telefónicamente me ordenó hacer entrega del edificio a un representante de la Cancillería, que no se pudo realizar por la intensidad del incendio. Finalmente, quisiera señalar que de acuerdo a mi percepción personal, quien estuvo a cargo en principio de la toma de La Moneda fue mi general Arellano y con posterioridad asumió dicha responsabilidad el general Palacios[6].

Mientras su ayudante, el oficial y alumno Ludovico Aldunate Herman, expresará esa sensación de improvisación y falta de rigor en el mando de la siguiente forma:

En todas estas ocasiones no percibí comunicado alguno de parte de algún organismo superior o que existiese algún documento escrito como plan guía, por lo que desconozco cómo era que se enteraban de las instrucciones del escalafón superior, debiendo indicar que entiendo que ello se iba resolviendo conforme a las circunstancias[7].

Es el mismo subteniente Ludovico Aldunate quien pormenorizará su aproximación. A eso de las 13:00 avanzamos hacia La Moneda. «En la puerta de calle Morandé 80 había una gran cantidad de militares; ignoro a qué unidad pertenecían»[8]. Con posterioridad, cuando ya sean las 16:00 horas, las tropas que comandara, las más numerosas del cerco, se retirarán hacia las dependencias de FAMAE, lugar donde quedarán acuartelados por algunos días.

Desde el Ministerio de Defensa, al sur de la Alameda, otras tropas también inician su aproximación para tomar el destruido Palacio. El subteniente Jorge Herrera López[9] tiene veintiún años, pertenece a la dotación del regimiento Tacna y esta es su primera destinación luego de egresar hace un par de años desde la Escuela Militar. Esa mañana se ha vestido con tenida y armamento de guerra para recibir las órdenes de combate. Está a cargo de una sección de treinta soldados conscriptos y junto a él se encontrarán el cabo segundo Soto y el sargento Mendoza. Se han desplazado por avenida Ejército hasta Alameda, esperando allí nuevas instrucciones.

Una vez que doy la orden de avanzar cruzamos la Alameda por una pasarela que se ubicaba a una cuadra al oriente de Morandé. Luego seguimos por el costado del Banco del Estado y por escuadras continuamos a La Moneda hasta llegar a la puerta de Morandé 80. Hago presente que había un fuerte enfrentamiento. Al llegar me percaté que había soldados y creo eran del regimiento Buin o de la Escuela de Suboficiales, además de un tanque el cual estaba tripulado por el Subteniente Brignardello, y en ese instante salían personas voluntariamente[10].

Las fuerzas del Regimiento Blindado N° 2 están desde temprano en el cerco al Palacio y será el capitán Jaime Patricio Núñez Cabrera quien declarará ante el tribunal:

Alrededor de las 08:00 llegamos al sector de Plaza Bulnes casi todo el regimiento Blindado, con gran parte de sus medios, donde se incluían tanques, carros de transporte, haciendo presente que en los alrededores se desplegaban otras unidades de la Guarnición de Santiago. En este sitio permanecimos varias

horas. Una vez finalizado el bombardeo aéreo, el Blindado debía rodear con sus medios el Palacio de La Moneda y él con una sección tomaría el objetivo.

[...]

[Avanzamos] a pie desde el entonces Ministerio de Defensa hasta nuestro objetivo, utilizando la excavación del Metro hasta calle Bandera y por esta hacia calle

Moneda y de allí hasta la esquina de Morandé, donde nos ganamos a un costado de un tanque ubicado en dicha esquina, debido a la gran cantidad de disparos que provenían desde las azoteas de los edificios circundantes[11].

Por calle Teatinos avanzarían otras tropas, declara el teniente Hernán Alejandro Ramírez Hald:

Me desempeñaba como comandante de Sección y Jefe de Grupo de la Escuela de Suboficiales. Participé del ataque a La Moneda por Teatinos. Nuestro objetivo era acceder a La Moneda por este acceso, lo que se materializó a media tarde. La puerta presentaba dificultad, ingresó parte de la Compañía, unos cuarenta, sin ninguna resistencia. Permanecimos allí hasta las 18:00[12].

Por otra parte, el capitán René Cardemil, de la Escuela de Suboficiales, es otro de los oficiales que le corresponderá asaltar La Moneda.

Mientras nos encontrábamos en el Ministerio de Defensa apareció el almirante Carvajal, quien recuerdo le ordenó a los generales Brady y Bonilla que se ejecutara un ataque terrestre a La Moneda. Andaba solo con una escuadra, por

lo que también ordenó al teniente Jorge Herrera que nos acompañara. Nos dirigimos hasta la puerta de Morandé 80, él por la Galería Antonio Varas, mientras yo iría por calle Bandera y luego Moneda hasta la Intendencia. Al llegar a este lugar recibimos una gran cantidad de proyectiles desde La Moneda y desde la azotea del edificio de Obras Públicas por lo que debimos parapetarnos[13].

Por su parte el oficial Juan Carlos Salgado Brocal testimoniará:

Mi unidad no tuvo participación directa en los hechos de la toma de La Moneda ya que llegamos a esta con mucha posterioridad al bombardeo y cuando todo estaba consumado. Nuestra misión fue recolectar las armas. Llegamos hasta calle Agustinas entre Morandé y Teatinos, lugar en que recibimos un nutrido fuego. Se me ordenó avanzar con mi sección por Teatinos hacia el Palacio[14].

Ese día en el cerco a La Moneda estarán superpuestos y a veces en abierta contradicción diversos dispositivos de mando. Las órdenes, contraórdenes y también inacciones quedarán en evidencia en los testimonios de los oficiales que, desde distintos regimientos, participan de la operación. Es muy posible que esas dificultades en el mando hayan potenciado la actuación de una fuerza significativamente menor, como la constituida por los resistentes en La Moneda y el MOP, además de los tiradores anónimos, que desde diversas zonas de altura participarían de esos enfrentamientos.

LAS VERSIONES DE LA RENDICIÓN

Para esclarecer los últimos momentos vividos por el presidente Salvador Allende no existe una única versión entre quienes estaban esa mañana en La Moneda y sobrevivieron. Todo dependerá del lugar en que estaba cada uno de los testigos.

Hay algunas versiones que parecen coincidir, mientras otras se desmarcan absolutamente. El asesor del Presidente y médico, Danilo Bartulín, dirá con convicción: «Lo asesinan, por supuesto lo asesinan». Luego del bombardeo, según Bartulín, Allende le ha dicho:

«No nos rendiremos, dile a todo el mundo que debe disparar». Y estas fueron para mí sus últimas palabras. Porque yendo a la planta bajé a transmitir la orden e irrumpen los militares por la puerta de Morandé 80 y por el Patio de Invierno, unos veinte o treinta. Nos apresan en el patio a cuatro o cinco que allí estábamos, nos tiran al suelo, patadas, injurias, culatazos. Oigo que uno de ellos grita a la gente del segundo piso tienen cinco minutos para rendirse y bajar. El doctor Soto que estaba en la escalera avisa arriba y empiezan a bajar, pocos, pero los más siempre en el segundo piso disparando. No les era fácil subir a los militares[15].

Juan Seoane recuerda que inmediatamente después del bombardeo se le acercó un GAP que le dijo: «Juan, te llaman por teléfono». Luego él subió y levantó el citófono; lo llamaba un detective amigo, Carlos Bravo: «Me pregunta por el presidente, yo le digo que está bien y él me dice que me va a comunicar con René Carrasco». René Carrasco le dirá:

Dígale al Presidente que todo está perdido, que estoy de director general interino, nombrado por la junta de gobierno y que ellos tienen dominada toda la ciudad y que no puede esperar ayuda del exterior. Que todavía no ha llegado Baeza, que está aún en el Ministerio de Defensa. Que Joignant se fue y que por último le dijera al Presidente, que él estaba en condición de solicitar una tregua para que se rindiera. Yo le dije: «Voy a hablar con el presidente»[16].

En el trayecto Seoane se encuentra con el Coco Paredes y le cuenta la conversación. Juntos llegan a hablar con Allende:

El Presidente se niega en un principio, pero cuando le explican la situación que describe Carrasco, que tienen cortadas las comunicaciones, dominada la situación y que hay unos focos muy pequeños, que no existe posibilidad de defensa, el presidente acepta y me dice que hable con Carrasco. No me acuerdo bien, pero parece que el Coco habla con Carrasco y éste le da instrucciones. Hay que salir por Morandé 80 con una bandera blanca y desarmados en fila de a uno. Entonces se empieza a preparar la bandera con un mantel de la cocina colocada en la punta de un palo.

El primero que iba con la bandera era el Cacho Soto, pero a la primera ráfaga por donde iba pasando lo hacen caer al suelo y se rompe la fila. Después llevan la bandera con un delantal blanco o algo así y empiezan a salir mostrando un trapo blanco para salir por Morandé. Yo estoy en el segundo piso y el presidente se empieza a despedir dando la mano y pasa al lado mío. Yo le digo que voy a ser el último en salir y me dice «muchas gracias» y se mete a la sala donde se disparó, pero yo no escucho las balas, porque había mucha bulla. Yo sigo bajando y cuando me asomo al rellano de la escalera veo a los primeros soldados que me apuntan y a los que suben. No estoy armado. Veo saliendo a los otros compañeros. Los soldados no me pegaron arriba, pero ahora nos golpean; en el hall que hay abajo nos pegan mucho con armas y con patadas. Allí veo al general Palacios, que pasa por el lado. Al salir a la calle quedo cerca del tanque que empieza a acomodarse. Nos colocan a todos primero contra la pared con las manos en la nuca y después tendidos en la calle como se muestra en la foto. Me parece que en el suelo estoy al lado del doctor Jirón. Luego llegan las ambulancias y los bomberos empiezan a tirar las mangueras y nosotros molestábamos para ese trabajo y nos atraviesan para tendernos en la vereda del Ministerio de Obras Públicas. Ahí sí que nos pegan; pasa de todo, me da la impresión de que agregan alguna gente. Luego, cuando iban a pasar el tanque, la gente que está en el MOP, muchas mujeres, empiezan a gritar y el general Palacios niega la autorización al jefe del tanque. Escuchamos de cerca el desalojo del MOP y empiezan a quitarles los carnés de identidad, y a los que no tenían carnet los suman a la gente de La Moneda, por lo menos sé de uno que le pasó eso. Como los médicos andaban con delantal blanco —la mayoría— los empiezan a sacar de nuestro grupo. Sale Jirón, Bartulín y otros. Los ponen en libertad salvo a Jirón, al que uno de los soldados reconocerá como exministro y lo mandan al Ministerio de Defensa. Después iremos al Tacna en buses de la Armada. Llegaremos antes que oscurezca, cuarenta y nueve personas, de los

cuales diecisiete somos detectives. De la muerte del presidente me entero en la fila, antes de ver soldados adentro y no tengo ninguna duda que él se quitó la vida[17].

El testimonio de Silvio para este momento es también absolutamente particular, porque queda aislado y disparando hasta el final.

Muchos dicen que el Doctor planteó que había que rendirse. Yo digo que eso no lo escuché nunca, porque quedé al final y en el segundo piso, absolutamente aislado con el Manque botado en el suelo, con el estómago abierto. Tenía un SIG y no tenía más tiros. No veo a nadie y en ese momento me encuentro con una patrulla tomándose el segundo piso y choco con ellos, me ven sin armas y se me tiran encima y nos agarramos a coscachos. Ya no había bruma, los soldados estaban con los ojos desorbitados y los mandaba un sargento con una pistola en la mano y una subametralladora en la otra. Estábamos cerca de la escalera y caí como con tres para abajo sacándonos la chucha, combos y patadas, y caí a Morandé 80. Pensé al principio que habían destruido la puerta y veo que estaba abierta. Afuera se veía un jeep con un cañón sin retroceso, milicos en la puerta y a mis compañeros, algunos parados con las manos arriba y otros botados en la calle. Ahí me quedé sin entender que había pasado. Me pararon a patadas y un sargento me dijo: «Sácate el pañuelo, conchetumadre, y diles que se rindieron», eso porque nuestros compañeros del MOP seguían disparando[18].

Salvador Allende, durante su permanencia en La Moneda, siempre ha estado rodeado de escoltas y asesores. Ahora y luego del bombardeo prefigura que viene el asalto de los golpistas. Le urge quedarse solo. La certeza de no ser apresado y rendido solo la tendrá si es él quien asegura su muerte previo al ingreso de las tropas. ¿Pero cómo hacerlo

rodeado de hombres dispuestos a protegerlo hasta la muerte? ¿Cómo explicarles en esos momentos que no quiere nuevos sacrificios? Son los últimos momentos y el presidente se ha debatido durante toda la mañana entre sus convencidos y dispuestos escoltas y algunos pocos asesores políticos ligados a los Elenos, por un lado, y por el otro, el grupo de médicos y otros asesores, además de

funcionarios de su gobierno, que imaginan que el parlamentar con los militares puede asegurarles con mayor certeza salir con vida de ese trance.

Antes del bombardeo ya ha podido dejar diversos mensajes a su pueblo, que no están dichos para este día, sino para sacar lecciones en el futuro. El proceso que ha encabezado ha sumado múltiples segmentos sociales, pero no ha sabido, no ha podido defender lo conquistado, porque simultáneamente ha conformado poderosos enemigos de adentro y fuera del país. Pero su vida y su trabajo tienen sentido, ya que sirven para dejar un legado a las generaciones que vendrán.

LOS REHENES DE MORANDé 80

En 1972 comenzaba a conocerse la obra Las Fuerzas Armadas de Chile en la vida nacional, un compendio cívico-militar escrito por el teniente coronel Alberto Polloni. En el capítulo II y en relación a las operaciones contra fuerzas irregulares decía:

De acuerdo con el Convenio de Ginebra, un guerrillero puede, en tiempos de guerra, tener estado legal de personalidad legal cuando es capturado, y tiene el mismo trato que se le concede a un prisionero de guerra, siempre que: 1º Sea mandado por una persona responsable por sus subalternos. 2º Lleve armas abiertamente. 3º Lleva a cargo las operaciones de acuerdo con las leyes y costumbres de la guerra[19].

Todas cláusulas perfectamente asimilables a los combatientes de La Moneda pertenecientes al GAP, si no se les reconocía la condición de hecho de ser escoltas del presidente de la república.

Entre las 14:00 y las 15:00, los prisioneros quedaron ubicados en la acera poniente de Morandé, todos con las manos arriba y mirando contra la pared. En esos momentos, entre puros hombres, se destacaba la figura frágil de la Payita, que vestía un pantalón oscuro y una chaquetita corta a la cintura. Luego, serían

puestos en hilera y de «guata» sobre la calle. Posteriormente atravesarán hacia muro del Ministerio de Obras Públicas. Silvio lo recordará:

Nos hacen cruzar al frente, donde estaban las paredes del MOP, y en la revisión uno de los pelaos se percata que todavía yo tenía puestas unas cartucheras de cargadores de SIG y me las cortó con un yatagán; eso lo hizo el pelao para favorecerme. Estaremos así varias horas en el suelo. Luego subimos a una micro pasando por un callejón oscuro. Arriba había un tipo con una ametralladora punto 30 y otro filmando. Ahí estoy filmado, porque paso y miro la cámara de frente. En el bus nos ponen de rodilla mirando hacia atrás con la cabeza agachada, para que no captáramos hacia dónde nos llevaban. Allí íbamos los de la escolta, los de Investigaciones y unos pocos asesores[20].

Entre tanto, sonaban en los muros los tiros disparados desde el MOP por el grupo del GAP que continuaba hostigando desde allí. «Los milicos se escondían detrás de nosotros, ahí sentí que me iba a morir de un balazo en la columna y me iba agachando y el milico me pegaba para que me parara»[21] dice Silvio, y continúa:

Estamos en el suelo y Raúl me mira y me dice: «Silvio, el Doctor murió, terminó nuestra misión, quedamos todos libres de acción». No había tiempo para preguntar nada porque si te pillaban conversando te sacaban cresta y media. Ahí nos tiran de

«guata» y viene el tema del tanque. El tipo echa a andar el tanque y del MOP disparan una ráfaga en contra, y el tipo gira la punto 50. Yo conté los pisos y tira contra una ventana, sale una llamarada y se empieza a incendiar esa ventana; además bota un pedazo de cemento. Ahí pensé en nuestros compañeros. El tipo se concentra en eso y se desconcentra de pasarnos el tanque, que era la amenaza que teníamos. Después se calman las acciones combativas y aparece un helicóptero que empieza a disparar a los edificios. Luego a Eladio le da un ataque y parece una película de Fellini, porque aparece un oficial[22] que pregunta: «Señores, ¿tienen ustedes algún herido? Porque viene la ambulancia a llevárselos», y ahí Eladio se pone a gritar y Bartulín lo atiende y dice que es un

ataque al hígado y lo llevan a la posta y así se salva. Yo creo que en ese momento a todos se nos pasó por la mente un ataque como ese.

Juan Osses ha pensado varias veces en la muerte esta mañana. Esa particular sensación que precede los instantes que vienen o que estás viviendo, como si esos ya fueran momentos de tu muerte: «Lo primero era cómo iba a morir, cómo iba ser el traspaso de la vida a la muerte. Me apenaba el tema de no haber tenido aún un hijo o una hija, sentía que conmigo terminaba todo, era diferente porque la reproducción seguía…sentía que hasta ahí llegaba»[23].

Los buses de la Armada que transportarían a los prisioneros serían dos y saldrán de allí cerca de las 17:00.

MILITARES DENTRO DEL PALACIO

Transcurridos los bombardeos, los escombros dificultaban avanzar por ese sector de La Moneda. Además se caminaba en medio de un barrial y estaba todo muy oscuro. El entonces mayor del Ejército Sergio Núñez forma parte del contingente de oficiales que ingresaron a La Moneda después del bombardeo:

En lo personal, en compañía de un dragoneante, nos refugiamos bajo un auto ubicado frente a Morandé 80. En ese instante me percaté que por calle Moneda venía un contingente de soldados al mando del mayor Iván de la Fuente Sáez, quienes ocuparon la vereda ubicada frente a Morandé 80 y parte de la calle Moneda. Al comunicarme por señas con el mayor De la Fuente acordamos ingresar al palacio presidencial por esa puerta. Me dirigí a empujarla y me di cuenta que estaba sin seguro, ingresando de los primeros a La Moneda seguido por Ramírez Hald. En los peldaños de una escalera y con las manos en alto encontré a Jorquera y a la Payita, fueron conminados a salir [...]. Comenzó a ingresar una gran cantidad de tropas, entre estos el general Javier Palacios y el teniente Fernández Larios, quien lo acompañaba. Me dirigí al 2do piso

dirigiéndome a la Galería de los Presidentes [...] la tropa se dirigió al sector norte desde donde se escuchaban ráfagas y balazos [...] se incendiaba el sector central de La Moneda. Había gran cantidad de armamento tirado en el piso [...] un señor vestido de civil con un vaso de agua en su mano, balbuceante y con voz temblorosa decía el presidente, su excelencia…[24].

El ingreso del subteniente Herrera a La Moneda debe haber ocurrido entre las 14:00 y las 14:30. Él se desplazaba junto al también subteniente Aldunate Herman y al mayor Jaime Núñez Cabrera:

Subiendo por una escala que comunicaba al segundo piso, a la vez aún iba saliendo gente del edificio con las manos en la nuca. Una vez que los tres llegamos al hall de distribución, de una parte situada al lado salió una persona con delantal blanco quien posteriormente supe era el doctor Jirón, que manifestó a viva voz: «El presidente se mató». En eso llega el general Palacios dando la orden de custodiar el salón [...]. Fuimos los primeros, por lo que puedo dar fe que en el lugar no había personal militar.

Luego seguimos hacia la Galería de los Presidentes [...] había disparos, todo esto en el segundo piso. Me encontré con un sujeto que se enfrentó con nosotros gritando «el pueblo no se rinde, mierda», disparando con un fusil SIG, comenzando un enfrentamiento. Inmediatamente recibí tres disparos en el casco, dos impactos significativos en el músculo, en la clavícula derecha y por lo que al mismo tiempo disparé mi fusil SIG dando muerte a esa persona. A la vez fue herido por una esquirla el general Palacios. El fallecido era al parecer un GAP[25].

Todos los grupos de militares que iban ingresando a La Moneda hacían el acto de acercarse al Salón Independencia a ver el cadáver del presidente. Algunos entraban y recorrían, otros en cambio solo miraban desde el pasillo o continuaban ante la afluencia de curiosos. Posiblemente se podía imaginar que había algo de ritualidad de la guerra en el interés de ver al enemigo vencido e

inerte, más aún si hasta hacía muy poco tenía la más alta investidura en el país, según las leyes que todos esos militares habían jurado respetar ante la bandera. La misma que en esos momentos se quemaba en el mástil de la puerta principal por calle Moneda.

LOS ÚLTIMOS MOMENTOS EN EL MOP

Desde los pisos superiores el grupo del GAP observa y hostiga a los militares. Luego del bombardeo, se aproximan por Morandé tropas de infantería provenientes de Agustinas, otras salen desde la Galería Antonio Varas. Aumentan los disparos. Joaquín relatará lo que ve desde arriba:

En un momento se abre la puerta de Morandé y sacan una bandera blanca [...]. Después sacan a los compañeros y volvimos a disparar. Era como la una de la tarde. En las primeras escaramuzas [...] los soldados se protegen con los cuerpos de los compañeros para que nosotros no sigamos disparando. Ahí nosotros estábamos descontrolados. La orden era no rendirse. No sabíamos si era solo un grupo al que habían ubicado abajo y lo habían agarrado o si quedaban otros combatiendo. Al principio no los reconocíamos, por la ropa, estaban llenos de polvo. Para los milicos el trofeo era La Moneda, Allende muerto y nuestros compañeros detenidos. En un momento nos damos cuenta de que los militares se cubren con ellos y ahí no podíamos hacer nada. Nosotros estábamos en las últimas desde el punto de vista militar y las municiones no daban para más[26].

Entre los resistentes del MOP hay heridos:

A Eduardo le había caído un vidrio, porque había que sacar los brazos para afuera por las ventanas para disparar bien. Era una herida muy profunda y, a la salida, con un mantel, tratamos de esconderla. Además, teníamos tres personas

heridas del personal que habíamos retenido adentro. Los metimos en una oficina del segundo o tercer piso y que hicieran lo que quisieran, pero que no se metieran, porque no tenían armas. No podían caminar, porque las balas cruzaban las murallas. Eran tres mujeres. A una la bala le rozó, pero le abrió el vientre y tenía las tripas afuera, así que la hicimos sacar por una ventana[27].

Viendo lo que sucede en La Moneda, los miembros del grupo del MOP saben que deben preparar el repliegue. Quizás lo más difícil de todo lo que han hecho durante estas horas. Ahora suponen que vendrá un allanamiento y que deberán confundirse entre el personal. Lo primero que harán será guardar el armamento:

Lo hicimos pensando que podíamos volver a buscar los fusiles en un par de días más, porque no se sabía qué iba a pasar. Además, había que romper las credenciales, casi todos usábamos bigotes. Entonces comenzamos a buscar algo para rasurarnos como fuera. Muchas de esas cosas las había visto en las películas, no eran cosas que hubiésemos estudiado ni aprendido en el dispositivo[28].

Por su parte Joaquín rememora la salida de su grupo desde el ministerio:

Cuando se produce esa salida, a partir del décimo hombre [...] yo sugerí quién salía. Yo creo que salí el tercero entre el personal. Nos tiramos por una ventana que estaba muy cerca de la puerta del MOP y nos pusieron en una fila bien larga. Nosotros por la vereda de Obras Públicas y ellos por la de La Moneda [...]. Rápidamente un teniente nos comenzó a retirar todos los carnets. Primero pasamos a los heridos que había, luego un oficial pregunta cuántos hay ahí. Éramos como unas ciento cincuenta personas. Todos llevábamos el carnet en la mano, a la vista. Seguramente de saber que podían venir francotiradores hubieran sido más rigurosos en el control[29].

Así, confundidos entre el personal, saldrían esa mañana por la puerta del MOP todos los GAP que habían combatido desde los pisos superiores de ese Ministerio. Se fueron con pasos apresurados hacia la Alameda en dirección a la esquina de Serrano, donde brevemente se juntaron y despidieron. Atrás quedarían sus compañeros rendidos de La Moneda y no habría nada más que hacer.

LOS 500 BOMBEROS[30]

Después del bombardeo, por las radios que hacían cadena con la radio Agricultura (voz oficial de la junta militar), las diversas compañías del Cuerpo de Bomberos de Santiago escucharon este urgente llamado: «Este es un comunicado de la Junta Militar de Gobierno. Se pide al Cuerpo de Bomberos concurrir a La Moneda a fin de neutralizar el siniestro que está ocurriendo allí. Se ruega al Cuerpo de Bomberos dirigirse a La Moneda a apagar el incendio».

La imagen podía parecer extraña, lo obvio era alejarse del foco de los enfrentamientos e incendios del Palacio de La Moneda, pero decenas de voluntarios de distintas compañías del Cuerpo de Bomberos de Santiago hacían esfuerzos para aproximarse al Palacio de Gobierno que, luego del bombardeo de los aviones Hawker Hunter, se incendiaba desde diversos puntos. El que pudieran o no pasar las numerosas barreras dependió muchas veces del nivel de convicción propia y del criterio de los destacamentos de carabineros y soldados que cubrían el perímetro. Distinta era la situación de quienes lo hacían en carros bombas desde sus respectivos cuarteles. La situación para el trabajo de los bomberos era complicada, ya que aún no cesaban los enfrentamientos, los incendios se propagaban y en la calle frente a Morandé 80 estaban los prisioneros custodiados por personal militar. Luego, a partir del arribo de las diversas compañías, el panorama se haría aún más caótico. Incluso había tanques que aún disparaban hacia el edificio del Seguro Obrero (hoy Ministerio de Justicia) y el diario La Nación. El incendio de La Moneda también se propagaría al edificio de la Intendencia.

Los bomberos contralaron el fuego de La Moneda entre las 14:30 y las 16:00, pero continuarían trabajando en la remoción de los escombros hasta la noche, e

incluso los días siguientes, para así estar seguros de controlar todos los focos del destruido edificio. En el libro de incidentes del Cuerpo de Bomberos de Santiago quedaría por escrito el siguiente registro:

El trabajo en el incendio del Palacio de La Moneda se organizó con el material movilizado, en forma de evitar que el fuego se propagara más allá de lo que tenía comprometido a la llegada del Cuerpo, y que era todo el amplio sector comprendido por el frente de la calle Moneda (excepto la primera oficina del lado oriente) y el de la calle Teatinos hasta más o menos 25 metros de distancia de la esquina de la Plaza de la Libertad, incluidas las edificaciones que existían dentro del Palacio, circundando el patio cercano a la entrada por calle Moneda y el bloque que atravesaba de oriente a poniente, al ala norte del patio de Los Naranjos, excepto el Gran Comedor, denominado también Salón Toesca. Se logró detener el fuego[31].

EL CADáVER DE ALLENDE

Una vez que todos los prisioneros fueron sacados a la calle solo quedarían militares dentro de La Moneda, sobre todo del Tacna y de la plana mayor del general Javier

Palacios. En el salón Independencia, el cuerpo sin vida del presidente Salvador Allende, recostado sobre un sofá de color «concho de vino» con el rostro desfigurado, sería el colofón de esa larga mañana.

Eran entre las 14:00 y las 15:00. Había transcurrido poco más de seis horas desde el momento que el mandatario hizo su arribo muy temprano, junto a su reducida escolta. Luego, ese salón donde yacía su cadáver se transformaría, hasta cerca de las 17:00, en un sitio de peregrinaje para militares, bomberos y periodistas.

El bombero Víctor Manuel Riquelme, de la 9ª Compañía, fue uno de ese medio millar de voluntarios de todo Santiago que acudieron a este histórico siniestro.

Eran ya las 16:30 y él recordará ante el tribunal, que «varios bomberos ingresamos a ver el cuerpo del Presidente solo por curiosidad. Yo también lleve a otros compañeros al salón, ya que todos querían ver este lugar donde había fallecido el señor Allende»[32].

Después, de varias horas finalmente el cuerpo sería sacado del salón Independencia. Antes, un equipo de la Policía de Investigaciones había realizado diversas pericias al cadáver y también al «sitio del suceso». El cadáver sería puesto sobre una camilla militar y cubierto con una manta. Entre soldados y conscriptos lo trasladarían desde el segundo piso hasta la puerta de Morande 80, siendo lo más complejo bajarlo por la escalera en forma de caracol. El periodista Claudio Sánchez describe esos instantes:

Ya había sido sacado del lugar y era trasladado por militares en una camilla, cubierto por una especie de manta, situación que filmamos. Mientras, era bajado por la escalera que daba hacia la puerta de Morandé 80, donde lo esperaba una ambulancia del Hospital Militar. [...] En el instante en que salió el cuerpo se produce una situación de reacción armada de los seguidores del Gobierno Popular, lo que duró unos minutos sin provocar mayores destrozos[33].

Este será el momento en que el subteniente Manuel Vásquez Nanjarí recibirá la orden de hacerse cargo de custodiar los restos del presidente Allende. Será su superior, el capitán Berríos quien se la dará. Además, el propio general Javier Palacios le insistirá

respecto al extremo celo que deberá tener a partir de ese momento. Luego de las anteriores instrucciones, un nervioso subteniente seguirá atento las maniobras de los bomberos y los pelados para trasladar el cadáver del presidente hasta el camión-ambulancia.

Viajaran cinco conscriptos, fuera del conductor-enfermero y todos al mando del subteniente Manuel Vásquez Nanjarí. Él se quedará en la ventana, por cualquier cosa. Lleva su fusil SIG a mano y su pistola Colt reglamentaria enfundada a un costado de su pierna derecha. Detrás irán tres soldados que portarán fusiles Máuser y se sentarán en un asiento en el sector derecho. En tanto, la camilla que carga el cadáver del presidente quedará puesta en una bandeja existente al lado

izquierdo. Los soldados custodios tendrán la orden expresa de no abrir la puerta a nadie hasta llegar a destino. El grueso camión-ambulancia lleva las siglas PAM a un costado, que corresponden al programa de cooperación norteamericana al Ejército de Chile.

El subteniente Manuel Vásquez Nanjarí relatará estos instantes ante el tribunal:

El general Palacios le solicita al capitán Berríos, un oficial, trasladar el cuerpo del presidente Allende hasta el Hospital Militar, misión para la cual fui designado junto a otros soldados de los cuales no recuerdo nombres, ordenándoseme que lo llevara directamente al Hospital Militar, donde debía custodiar y entregar a los jefes de Sanidad de las distintas ramas de las Fuerzas Armadas, en conjunto con las autoridades del hospital.

En relación a su consulta, quisiera señalar que desde el momento en que se dispuso sacar el cadáver del presidente Allende desde La Moneda y llevarlo al hospital, siempre permanecí custodiándolo, en todo momento lo tuve a la vista, ya que mientras fue subido a la ambulancia y sacado desde La Moneda, fueron mis soldados quienes realizaron dicho procedimiento y durante todo el traslado fui a cargo de la ambulancia, junto a otros seis soldados[34].

Ese será el momento en que contra el tránsito y en dirección hacia la Alameda enfilará el camión-ambulancia de color verde y grandes cruces blancas en la puerta trasera y el techo. Son entre las 17:00 y las 18:00.

LAS EXCLUSIVAS DE EL MERCURIO Y CANAL 13

Ese día para la Junta Militar el control y gradualidad de la información será algo esencial. Los bandos serán la línea hacia la ciudadanía, mientras las coberturas del Canal 13 TV se convertirán en la información que irá ilustrando los avances

en el predominio de los golpistas. Más allá de la valentía reporteril de tal o cual de sus reporteros, ese único canal autorizado a funcionar dispondrá de todas las garantías posibles para seguir esa cobertura. En el contexto de esas condiciones excepcionales, incluso tendrá protección de seguridad y escolta militar para trasladarse en ese perímetro.

Tras el bombardeo y desalojo de La Moneda, el periodista de Canal 13 TV Claudio Sánchez se replegará a las oficinas centrales del diario El Mercurio, ubicadas en la esquina de Compañía con Bandera. Allí arribará a comienzos de la tarde una patrulla militar al mando de un teniente, la que irá a buscar al jefe de Fotografía de ese diario, Juan Enrique Lira, para que lo acompañe a La Moneda a realizar fotografías del cadáver del presidente. En el mismo vehículo irán, además, Miguel Ángel Romero, Manuel Labra y Claudio Sánchez, todos del equipo de Canal 13. El trayecto será muy breve, estarán en La Moneda cuando los relojes marquen las 14:30[35]. Durante ese día y los siguientes también estarán autorizados equipos de reporteros de los periódicos El Mercurio y La Tercera.

Por órdenes del general Palacios serían autorizados Juan Enrique Lira y Hernán Farías (colegas en el mismo diario) a fotografiar el cadáver de Allende. Así, Lira pudo hacer a lo menos dieciséis fotografías. Él era un hombre de confianza de la familia Edwards, propietaria de El Mercurio, había sido excampeón de tiro y su padre había sido profesor de la misma especialidad en la Escuela Militar.

Los militares, en esa oportunidad, también autorizarían al equipo del Canal 13 a ingresar al recinto donde estaba el cadáver de Allende. Allí podrán filmar en la penumbra y también ayudados por los focos de los equipos electrógenos y a batería de los

bomberos. Mientras Claudio Sánchez desarrollaba su trabajo reporteril, un atento oficial se le acercaría, en medio del escenario de destrucción de esas horas, y le dirá: «Cualquier cosa que necesite, búsqueme, estaré de guardia toda la noche. Soy el teniente Armando Fernández Larios»[36].

Termina el día en La Moneda, comienza a caer la noche. Allí todavía permanecerán un grupo de militares y una significativa cantidad de bomberos trabajando en la remoción de los escombros y focos aislados de fuego. Con reserva, también desarrollará su trabajo un equipo especial junto al teniente Fernández Larios. Es el Servicio de Inteligencia Militar, SIM, que seguirá rastreando entre los escombros evidencias y pruebas en contra del gobierno de

Salvador Allende.

notas

[1] Entrevista a Juan Osses.

[2] Ibíd.

[3] Ibíd.

[4] Declaración de Iván de la Fuente Sáez, en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 2160.

[5] Ibíd., fojas 2163.

[6] Ibíd., fojas 2163.

[7] Declaración de Ludovico Aldunate Herman en Causa Rol N° 77-2011, fojas 2164.

8 Ibíd.

[9] Declaración de Jorge Herrera López en Causa Rol N° 77-2011, fojas 1005.

[10] Ibíd., 1008.

[11] Declaración de Jaime Núñez Cabrera en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 2029.

[12] Declaración de Hernán Alejandro Ramírez Hald en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 2071.

[13] Declaración de René Cardemil en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 2272.

[14] Declaración de Juan Carlos Salgado Brocal en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 2428.

[15] Declaración de Danilo Bartulín en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 1143.

[16] Entrevista a Juan Seoane.

[17] Ibíd.

[18] Entrevista a Juan Osses.

[19] Alberto Polloni, Las fuerzas armadas de Chile en la vida nacional (Santiago: Andrés Bello, 1972), 172.

[20] Entrevista a Juan Osses.

[21] Ibíd.

[22] Este oficial es el dentista militar Jaime Puccio Huidobro, que además de trabajar en La Moneda es primo-hermano de Osvaldo Puccio, el secretario de Allende. Su intervención salvará a la Payita y a Eladio, entre otros.

[23] Entrevista a Juan Osses.

[24] Declaración de Sergio Núñez en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 2272.

[25] Declaración de Jorge Herrera López en Causa Rol N° 77-2011, fojas 1005. Hasta la actualidad se desconoce la identidad de esta persona, existiendo la hipótesis de que no era un integrante de la escolta, sino alguno de los visitantes que voluntariamente se presentaron a combatir esa mañana.

[26] Entrevista a Julio Soto.

[27] Ibíd.

[28] Ibíd.

[29] Ibíd.

[30] Esta es una cifra básica que he establecido calculando la cantidad de voluntarios de las diversas compañías que concurrieron esa mañana. Además, considerando el listado de participantes que entregaría la Dirección Nacional del Cuerpo de Bomberos al ministro Mario Carroza.

[31] Causa Rol Nº 77-2011, fojas 1161. «Cuatro días tardaría bomberos en controlar el incendio de La Moneda, hasta que el viernes 14 finalizaría a cabalidad su trabajo».

[32] Declaración de Víctor Manuel Riquelme en Causa Rol N° 77-2011, fojas 559.

[33] Declaración de Claudio Sánchez en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 990.

[34] Declaración de Manuel Vásquez Nanjarí en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 1105.

[35] Declaración de Claudio Sánchez en Causa Rol Nº 77-2011, fojas 986.

[36] Claudio Sánchez. Informó... Claudio Sánchez (Santiago: Autoedición, 2012), 77.

CAPÍTULO OCHO

Combate en la periferia: se inicia el repliegue

LOS BANDOS SIETE Y OCHO

Pasan las horas. En Santiago ya rige el toque de queda desde las 18:00. Un cálculo aproximado podría estimar entre diez y quince mil los hombres que en diversos medios patrullan las principales avenidas, custodian o cercan fábricas y centros de estudios donde hay grupos significativos de personas, o realizan operaciones de rastrillo y allanamiento. Ese día solo desde provincias han arribado cerca de tres mil efectivos a la capital.

Pero aun para tal contingente, resultaba imposible patrullar todas las comunas y barrios de esa extendida ciudad que, en 1973, tenía una población aproximada de 3.500.000 habitantes y un cinturón de pobreza de 275 campamentos, con alrededor de 456.500 habitantes[1]. Esos números hacían imposible un control de población efectivo y físico. Por ello, ese día serían tan importantes los bombardeos a blancos simbólicos como La Moneda y la residencia presidencial, además de los aviones de guerra sobrevolando la ciudad, los bandos militares y todas las acciones que infundieran terror a la población.

Ese día, y conforme se hacía de noche, las tropas en sus patrullajes callejeros tendrían órdenes de descargar sus fusiles, como forma concreta de infundir miedo e inhibir eventuales violaciones al toque de queda o cualquier otro medio de resistencia.

Todos estos dispositivos se moverán muy lentamente. El cerco a La Moneda, que ha concentrado varios miles de efectivos, solo a las 17:00 comenzará a liberar contingentes. Por ello la EISB, una de las fuerzas más numerosas, se replegará a esa hora a las dependencias de FAMAE en la avenida Pedro Montt, cerca de la Penitenciaría de Santiago. Importantes zonas de la ciudad no tendrán ningún

control, lo que explica que durante el día caravanas de autos y camionetas puedan recorrerlas con las debidas precauciones; grupos de combatientes, incluso con armas, puedan replegarse, y los transeúntes tengan tiempo para regresar a sus hogares.

Ya se conoce el bombardeo a La Moneda y la muerte del presidente Salvador Allende. Los grupos de combatientes deciden esperar hasta que se haga de noche, mientras fuerzas del Ejército, Carabineros y la FACH juegan una carrera contra el tiempo durante las horas del día, porque bien saben que al anochecer será más difícil controlar movimientos sin correr riesgos.

No será el caso de Sumar, industria desde la cual se ha resistido y que seguramente será allanada. Quienes han llegado a la fábrica para luchar no tendrán otra posibilidad que evacuar el lugar. Así ocurrirá con la diezmada columna del aparato militar del PS comandada por Agustín, que comenzó a moverse desde el estadio de la CORMU alrededor de las 09:30 y lleva poco más de siete horas de angustiantes enfrentamientos sin haber conseguido su objetivo: dar apoyo armado y rescatar a Salvador Allende desde La Moneda.

Este primer toque de queda no podrá ser muy extremo porque no hay locomoción colectiva y miles de personas se desplazan y emprenden un incierto retorno a pie. En los cordones industriales quedan grupos significativos de trabajadores que han preferido esperar hasta el día siguiente para regresar a sus hogares. Porque, si bien la

permanencia en las industrias suele interpretarse como una forma de resistencia pasiva, lo cierto es que, en muchos casos, las personas no tienen más alternativa que esperar a que termine el toque de queda y se reanuden los recorridos de la locomoción.

Los bandos han sido, durante el transcurso del día, la única fuente de información que ha tenido la ciudadanía. Lo que cada uno vea y escuche construirá el otro tejido histórico. El bombardeo a La Moneda había sido visto y escuchado desde muchos lugares del gran Santiago y, para cualquiera, es fácil inferir que Allende y sus acompañantes han muerto o yacen heridos al final de la asonada golpista.

El bando número 7 asume que hay resistencia en diversos lugares y fábricas, por lo que el cerco y ataque terrestre y aéreo a La Moneda pasará a convertirse en

una acción disuasiva ejemplarizadora, signo de hasta dónde las nuevas autoridades serán capaces de actuar para imponer su autoridad:

Todas las personas que estén ofreciendo resistencia al nuevo gobierno deberán atenerse a las consecuencias.

Toda industria o vivienda o empresa fiscal debe deponer toda actitud beligerante, en caso contrario las fuerzas armadas actuarán con la misma energía y decisión con que se atacó a La Moneda con fuerzas de tierra y aire

La junta de gobierno militar aclara que no es su propósito destruir, pero si la resistencia a sus órdenes produce alteraciones al orden público, se actuará con la misma energía y decisión que la ciudadanía ha conocido.

En muchos casos, los grupos resistentes en diversas zonas de Santiago serán los más desinformados respecto a la evolución de los acontecimientos, al no disponer de sistemas de comunicación básicos como radios a pila o no estar conectados al único canal de televisión que tenía programación, el 13, el mismo del «angelito», su mascota corporativa. Los grupos acuartelados o que habían participado en enfrentamientos y ya estaban en casas de seguridad, recién ahora pueden acceder a información actualizada. Entre las 18:00 y 19:00, inicio del toque de queda, los hechos más trascendentes y gravitantes son el bombardeo de La Moneda, de la residencia presidencial de Tomás Moro y la muerte del presidente de la república, Salvador Allende. Todo lo demás tiene mezcla de retazos de información y rumores, particularmente referidos a la posibilidad de un quiebre en el Ejército y el traslado hacia Santiago de una columna de tropas que se movilizaría desde el sur, encabezada por el excomandante en jefe Carlos Prats. Muy pronto, el bando 8 reafirmaría la impronta del anterior comunicado:

La residencia presidencial ubicada en Tomás Moro tuvo que ser bombardeada

por ofrecer resistencia con personal del GAP a las Fuerzas Armadas y Carabineros.

En esas horas, Milton Silva junto a Martín y su hijo se repliegan desde la residencia de Tomás Moro hasta una de las casas de seguridad de la calle Imperial, el hogar familiar de Bruno, donde estará su esposa, sometida recientemente a una intervención quirúrgica en el corazón. También estará su hija Soledad, de nueve años, además de la esposa de Mariano, Pamela, que está embarazada. Milton es quien relata:

Allí llegamos. Luego se dieron cuenta de que yo estaba herido con esquirlas, pero no hice ningún caso y fui a bañarme. La esposa de Bruno me preguntó por su marido.

No tuve nada que responderle. Luego, salimos a la calle y vi el jeep Land Rover gris, que un alumno de El Cañaveral iba manejando. Cuando estábamos subiéndonos, se estacionó arriba un helicóptero y dije «aquí cagamos». No nos disparó y nosotros no hicimos ninguna seña, ni gestos raros y después se fue. Fuimos a la casa de Pamela y la empezamos a limpiar, hicimos embutidos[2], guardamos todo lo que había, proyectiles, yataganes, eran como más de las dos de la tarde. Hasta allí no sabíamos nada de La Moneda[3].

Soledad continúa con los recuerdos:

Mi mamá se dio cuenta de que Milton está herido en la cabeza porque sangraba mucho, le echó agua y él le dijo que nos fuéramos todos porque nos iban a matar. Mi mamá empezó a preparar una maleta y echa cosas de mi papá, pero todo era nervioso y llorando, y salió una vecina del frente que no teníamos idea que era mamá de un militar y le dijo si necesitaba ayuda, porque estábamos muy mal. Era todo en gritos, porque no eran palabras, no había calma y que se apurara, que nos subiéramos rápido y mi mamá se lleva una maleta y un televisor que había. No sé qué le pasó por la cabeza pero ella siempre dijo que

mi papá iba a volver y tenía que llevarle las cosas. Fuimos a una corta distancia a la casa de Pamela. Nos dimos cuenta de que el hijo de Martín estaba muy afectado, era muy jovencito entre catorce y dieciséis años, más grande que yo, porque había estado dentro de la casa de Tomás Moro, y se pegaba contra la pared[4].

Soledad arma recuerdos que dan forma a esas primeras horas de la tarde. Entonces no era más que una niña, pero ese día le quedaría grabado:

Ahí pusieron las noticias y mostraban cuando iban sacando al presidente muerto. Nos pusimos todos muy mal, mi mamá se dio cuenta de la gravedad y lo único que pude ver fue que tanto Martín como Milton se pescaban la cabeza hasta que quedaron sin habla, ahí comprendieron lo que había pasado, no tenían idea que habían bombardeado el Palacio. En ningún momento supimos nada de mi papá[5].

Milton Silva agrega:

Esa noche nos enteramos por la cadena televisiva, en la casa de la Pamela, de los cuatro personajes que aparecieron como la Junta y de la muerte del Doctor. Tenía mucha rabia e impotencia, mucho cuestionamiento conmigo: me criticaba no haber tenido la personalidad para haber estado en ese grupo y haberme al menos acercado a La Moneda. La orden de evacuación de Tomás Moro no la escuché. Después supe que un contingente importantísimo había partido a La Legua[6].

Esa noche, todo el grupo permanecerá en la casa. Mariano solo llegará una vez iniciado el toque de queda.

Tras conocerse los bombardeos a La Moneda y Tomás Moro, además de la

muerte de Salvador Allende, por todo Santiago comienza el repliegue de los diversos grupos armados que habían intentado o ejercido resistencia. Además, se asume que con el inicio del toque de queda será más difícil desplazarse, por lo que el objetivo en esas horas se limita a poner a resguardo las armas y buscar sitios donde pasar la noche del 11 al 12.

Salvo escasas excepciones, como en Cerrillos y Maipú, la gran mayoría de los destacamentos resistentes asume que el golpe está consolidado y que es preciso resguardarse para lo que vendrá .

DE SUMAR A LA LEGUA

A Sergio Parrau, miembro del grupo que comanda Agustín, le tocará ser parte de quienes saldrán de la industria Sumar pasadas las cuatro de la tarde. Sergio relata:

Yo partí manejando un camión que era de Sumar, había manejado camiones pero no era un experto y no había nadie más que lo hiciera, desgraciadamente tenía aceite en el piso y los pobres compañeros iban dando tumbos. Camú va en esa salida, pero no me acuerdo si conmigo en el camión o aparte. Nos metimos en una población donde nos encontramos con una micro de pacos, esa era La Legua, y se produce un combate. Yo no combatí. Yo quería meter el camión de por medio en la bocacalle para cruzarlo y protegernos con él, pero no me dejaron, era muy peligroso. Después de ese enfrentamiento, donde hubo compañeros que se subieron a los techos y desde ahí disparaban, tengo entendido, pero no me consta, que se volaron la micro de pacos[7].

Joaquín Abarzúa, trabajador de Sumar Poliéster y exdirigente sindical, también combatirá en La Legua. Recuerda a los francotiradores sobre los techos de las casas disparando a las tanquetas de carabineros Mowag (y en eso, al menos a siete mujeres combatientes). Pedro del Fierro, militante del PS e integrante de su

aparato militar, también combatió en ese enfrentamiento contra una micro de carabineros y tanquetas. Luego, debió permanecer escondido desde el martes 11 hasta el viernes 14 en una casa de la calle Pedro Alarcón, gracias a la solidaridad de los pobladores de La Legua.

La reconstrucción de estos sucesos realizada por los historiadores Mario Garcés y Sebastián Leiva aporta valiosos antecedentes para armar el rompecabezas de esas horas:

Alrededor de las cuatro y media de la tarde, cuando el grupo regresa de Sumar y fuerzas de Carabineros alertados internamente se han movilizado hacia el sector de San Joaquín. El enfrentamiento se producirá en calle Los Copihues y también en la cuadra siguiente hacia el oeste, en Toro y Zambrano, entre Álvarez de Toledo y Alcalde Pedro Alarcón: «Aparece esa micro con los carabineros armados y ahí aparece un joven que no sé de dónde sería, con una bazuca, y al llegar ahí a la calle Álvarez de Toledo se paró, preparó la bazuca y le mando el bazucazo y le pegó medio a medio. Ahí quedo la embarrá, por ahí cayeron, huyeron los otros, quedó el carro destrozado y los carabineros muertos. Había unos jóvenes que no eran de esta población y se subieron a los tejados y les disparaban a los carabineros»[8]*.*

Por su parte, el mayor de Carabineros Mario Enrique Salazar Silva de la 22ª Comisaría de La Cisterna, señala respecto a esta situación:

El bus marchaba adelante seguido por mí en el auto, cuando de pronto, mientras íbamos por una calle que me parece se llama Los Copihues, el primer vehículo se detuvo bruscamente; pude percatarme que en la esquina se hallaba detenida una camioneta y unos ocho individuos bajaban de ella armados con fusiles automáticos o ametralladoras, con las que de inmediato empezaron a hacer fuego sobre nosotros[9]*.*

El saldo de la refriega será enteramente desfavorable al destacamento policial. El

mayor Salazar recibirá un impacto de bala en la región inguinal y los carabineros Vega y Lucero caerán mortalmente heridos. Además, otros seis policías serán trasladados al hospital con lesiones de diversa gravedad. En el bus viajaban dos oficiales y veinticinco carabineros, mientras en el vehículo iba el mayor y tres hombres más. A partir de esta acción la persecución a los grupos del aparato militar del PS se intensificará aún más, cuando en La Legua el reloj marque entre las 17:00 y las 18:00.

Sobre el bazucazo existen versiones encontradas, especialmente, respecto a si el bus policial estalló o no y al daño que habría provocado. Pronto, ese aislado suceso se transformaría en el hecho emblemático que resumiría una serie de episodios de varias horas de duración, con significativas muestras de solidaridad, apoyo y sinergia entre pobladores, sindicalistas y combatientes de diversos destacamentos, fundamentalmente del aparato militar del PS y otras orgánicas de la izquierda.

Sin embargo, a pesar de la espectacularidad de este episodio, cuando se pasa revista a los testimonios de la época, y a otros más recientes, el bazucazo al bus de Carabineros pierde significación frente a la audacia y capacidad operativa de quienes, en una ciudad ocupada militarmente, se desplazaron armados durante muchas horas, sosteniendo diversos combates de encuentro, realizando hostigamientos y logrando al final de la jornada retirar armas y combatientes casi indemnes o con mínimas bajas. En este contexto, Agustín será el más meritorio de los jefes operativos de esta primera y desigual jornada de resistencia en Santiago.

Durante la jornada del 11, Carabineros evacuará a todos sus heridos de un amplio sector de enfrentamientos armados en la zona sur. La publicación citada de las FF.AA. menciona que el chofer de la ambulancia del Hospital de Carabineros, Rafael Folle González[10], había concurrido en cinco oportunidades antes de retornar por última vez a La Legua.

Alrededor de las 17:00 horas, un nuevo llamado le hizo correr prestamente a ocupar su lugar frente al volante. Con él subieron el Sargento 1° Practicante José

Wetlin Wetlin, el Enfermero René Catrilaf Sanhueza y el Carabinero Mamerto

Rivas Salgado, armado con un fusil automático, era el escolta de la ambulancia.

La esquina de las calles Jorge Kaning y Los Copihues, donde debía acudir, era teatro del más cruento enfrentamiento, en ese lugar una Sección de 25 Carabineros resistía valerosamente al retirarse con el Sargento 2° Evaristo Cerda Rivera gravemente herido en la cabeza. Una ráfaga alcanzó la ambulancia muriendo instantáneamente el Practicante Wetlin y quedando heridos Catrilaf y Rivas, además del chofer Folle. La ambulancia al retirarse tenía 32 impactos de bala en su carrocería[11].

Antes, esa misma ambulancia había denegado auxilio a pobladores heridos de gravedad, como lo afirmará la militante comunista Margarita Durán[12]. Fue el caso de Benito Rojas Miranda y Camilo Carmona Concha, que fallecieron sin otra ayuda que la de sus vecinos. Sus cadáveres permanecerían por días en la vía pública.

EL GALPÓN DE MADECO

Para Patricio Quiroga, el balance a esas horas del atardecer era duro y en su testimonio no esconde la sensación de derrota que compartió en esos momentos con sus compañeros de armas:

El 11 para mí termina cuando se despacha a la gente, se hace una reunión en un pequeño teatro que había en Madeco y allí se dice que hemos sido traicionados, la revolución ha sido traicionada y alguien dice que el compañero Allende ha muerto; que la izquierda no estuvo a su altura y que ahora debíamos pasar todos a la clandestinidad. Llegamos a las ocho o nueve de la noche a Madeco. Allí estábamos Felipe Varela, Renato Moreau, David Polanco, Rolando Calderón, Exequiel Ponce y yo, la plana mayor del partido y los jefes medianos, como unas cincuenta personas, éramos solo una parte de los ciento veinte que nos habíamos reunido temprano en el estadio de la CORMU. Recogimos el

armamento y lo metimos en una camioneta. Los que tomaron esa decisión fueron Moreau con Pato, no me acuerdo el apellido, creo que Valenzuela, un hombre que luego caería preso, porque esas armas finalmente las encontraron: él las había guardado en su casa, hubo un allanamiento general a la población y un conscripto de origen campesino se dio cuenta que la tierra estaba removida y a este Pato le marcaron con un yatagán de arriba abajo un "vote por Allende" y lo dieron por muerto. Sobrevivió y luego salió al exilio. Yo recibí la orden de dejar puntos de contacto con toda esta gente para más adelante. Del único que me acuerdo es de uno en la plaza Guarello de San Bernardo… ¡Por qué tan lejos! Después se conectó mucha de esa gente[13].

Acordarán salir en grupos pequeños desde Madeco y Patricio Quiroga se encontrará con Luisito[14], un viejo amigo:

Me dice: «Ayúdame, estoy un poco mareado». Tenía una esquirla en la cabeza y otra en el brazo; quien lo ayuda y lo limpia en ese momento era una niña que le decíamos «la Manzanita», el nombre no me acuerdo, nunca más la vi, y otro chico de Ciencias Políticas. Salimos de ahí pero no pudimos salir de la zona y terminamos durmiendo no sé si en un colegio o una construcción, no sé, ahí pasamos todo el día 12[15].

En otro lugar, próximo a La Legua, el grupo de Agustín ya muy disminuido —son menos de doce hombres—, se moverá al parecer extraviado y sin poder llegar hasta el nuevo lugar de reunión: Madeco. Uno de sus integrantes, Sergio Parrau, cuenta a propósito de ese momento:

Arnoldo con otros compañeros requisan una camioneta, no me acuerdo si ahí mismo o por ahí cerca, se tiran un montón de armas arriba de la camioneta y salimos todo un grupo, ahí empieza el repliegue. Llegamos a una construcción donde el cuidador resultó ser como un compañero socialista, ya hay toque de queda, no se ve gente en las calles. Entonces ahí se hace un barretín para ocultar las armas: se levantan tablas y se hace un espacio en el piso, máximo

habrán sido unos diez fusiles. Sé que después un compañero los fue a buscar y se los llevó a otro lado[16].

Han transcurrido cerca de dieciséis horas, son entre las 21:00 y las 22:00, la Junta ya apareció en televisión y el grupo de Camú no se ha enterado. Sus miembros están rendidos, con hambre. Es el momento del relajo, aunque siempre alerta. Sergio dice:

Arnoldo estaba muy apesadumbrado por Celsa, lo tenía muy mortificado. Saben que Allende está muerto. Después de la constructora partimos un grupo más chico, ahí Arnoldo se me pierde, no sé de él, partimos en un grupo y alojamos en una casa hacia el sur de Santiago[17].

CORDÓN CERRILLOS: NO HAY CONDICIONES

Pasadas las 15:00 era evidente en el cordón que ya nada sería como había sido en el tanquetazo. El Chino Bertín andaba en la calle, ya conocía la orden del regional Santiago del MIR: «Hay que replegarse». A esa hora no tenía ninguna esperanza de encontrar a los viejos dirigentes del cordón Cerrillos, las preocupaciones eran otras: preparar las acciones que habían acordado llevar a cabo una vez que se hiciera de noche.

El Chango me dice que un ayudista nuestro había llegado con una citroneta, pero que se había asustado y se había ido dejando el vehículo. Había que hacer un traslado de cascotes de granada, explosivos y estopines para que fueran armados en otra parte. Chango me pregunta, en vez de ordenarme, si estoy dispuesto a hacer el traslado del explosivo a Fensa donde iban a armar las granadas. Yo le digo, por supuesto, que sí. Agarro el vehículo y llevo los artefactos a los compañeros de Fensa para que armaran los tarros, que eran las granadas prototípicas del MIR. Era un tarro con

esquirlas metálicas en su interior, un explosivo en polvo, un estopín y una mecha que se raspaba con una cabeza de fósforo que venía incorporada. Eso había sido construido meses antes por un equipo a cargo del Ciego, cuyo nombre no recuerdo, las granadas se mantenían desarmadas por razones de seguridad[18].

La planificación del comité local Cerrillos-Maipú seguía adelante, más allá de lo que pudiera aconsejar la decisión de repliegue de la dirección del MIR.

DE TOMÁS MORO AL BARROS LUCO

Son entre las 13:00 y las 15:00 y Manuel (Óscar Landerretche) y el resto de los ocupantes del vehículo saben que están contra reloj luego de salir de Tomás Moro por la puerta trasera. Ahora deben averiguar cómo llegar al sector sur de Santiago para implementar la orden de Agustín. Son conscientes de que se mueven a ciegas, porque no tienen idea de qué ha pasado con su destacamento en el transcurso de esa extensa mañana. Manuel recuerda:

De repente nos encontramos con una columna del Ejército. Los vi aproximarse. Tomé la decisión de seguir. Hasta hoy no entiendo por qué nos dejaron pasar. Nos vieron con los fierros saliendo por las ventanas y se quedaron parados. ¡No tenían orden de combatir! Tomé por el camino de Las Perdices, crucé Macul y, muy abajo por Camino Agrícola, me tiré frente a Sumar. Ya habíamos perdido contacto entre nosotros y decidimos irnos a nuestro punto de reunión: el hospital Barros Luco. Enfilamos por Santa Rosa. Como a tres cuadras dejamos los autos. Cargamos las armas y nos pusimos a caminar. Fue imposible no recordar la película Morir en Madrid: como estaba nublado (era en blanco y negro), miles de personas venían caminando en sentido contrario, hacia el sur. No había ni un auto ni una micro y, en el fondo, la gruesa columna de humo de La Moneda bombardeada. Nosotros íbamos cubiertos de polvo, cargados de armas, con un capitán cubano en uniforme de combate, ¡en esas tres cuadras ni una sola persona se unió a nosotros! Cuando llegamos, un compañero nos dijo que

adentro los doctores estaban festejando. Nos invadió la ira. Entramos y gritamos: «¡Tienen treinta segundos para desalojar, estamos tomando el control de la zona sur de Santiago!». Fue el desbande generalizado. Nuestro punto de encuentro era junto al pabellón del fondo. Miramos y ¡no había nada!, un solitario auto y punto. Allí estaba la querida Carolina Wiff, asistente social de treinta y cuatro años. Fue detenida en julio del 75 por la Dina, y vista por última vez con vida en Villa Grimaldi. Fue la única que llegó[19].

En este, como en otros casos, las armas no se encuentran con los combatientes dispuestos a empuñarlas. Unas se pierden en maleteros de vehículos, otras quedan abandonadas en sus barretines. Mientras, la promesa de que iban a llegar los «fierros» será solo una de las tantas que se desvanecieron en los centros de trabajo, vivienda o estudio.

Un balance preliminar de los esfuerzos por constituir una resistencia armada al Golpe indica que, sin comunicaciones, cada destacamento resolvía de acuerdo con la apreciación de sus condiciones inmediatas. Además, existían muchos grupos, especialmente de

trabajadores, a la espera de armamentos que nunca llegarían. En paralelo y corriendo grandes riesgos, vehículos como el de Manuel y otros cruzaban varias comunas de la ciudad trasladando importantes arsenales con armas que tampoco llegarían a ser empuñadas.

Más dramático aún es el hecho de que no pocas armas ni siquiera alcanzaron a salir de sus depósitos: una de las graves falencias en la planificación de la defensa y resistencia ese martes 11 en Santiago.

LAS CINTAS CON LOS MENSAJES DEL PRESIDENTE

Durante años, la autoría en el salvataje y difusión de las grabaciones con los mensajes del presidente Allende, realizados la mañana del día 11, sería motivo de polémicas, cartas y rupturas de amistades y militancias. Todo un mito urbano.

Como tantos hechos históricos, la disputa por haber estado más cerca del personaje histórico pareciera marear y nublar la razón. Ese día, el periodista Leonardo Cáceres abandonó radio Magallanes junto a un colega a una hora imprecisa entre las 15:00 y las 17:00. Su esposa, también periodista, lo esperaba en la editorial Quimantú. Ambos habían vivido horas muy duras, preocupados por lo que les podría suceder a sus hijos que estaban en la casa ubicada frente a la residencia presidencial de Tomás Moro. Manos amigas y solidarias pondrían a resguardo a los pequeños y la familia volvería a reunirse. Leonardo explica su relación con las grabaciones del presidente:

Cuando comenzó a hablar Allende, yo grabé sus palabras en dos casetes. Lo hice con todos los discursos. Esa radio la tenía en el estudio, ni siquiera en el control o la sala de prensa. En el estudio mismo iba grabando todo, porque la radio estaba sintonizada con la Magallanes. Luego, cuando salí de la radio, saqué esa cinta y me pasaron otra con el discurso y la puse encima como para llevarlo doble. Salí de la radio junto con Eulogio Suárez. Yo llevaba la casetera y además una radio en las manos. Al poco rato de caminar, unos milicos que estaban en el suelo dijeron: «¡Levanten las manos… dónde van!». Yo les respondí: «Vivo en Providencia, voy para arriba». «Ya, váyanse, apúrense». Y caminamos hacia la Estación Mapocho porque no nos dejaron salir a la Alameda, y de ahí por el Parque Forestal hacia la editorial Quimantú, ubicada al lado de la Escuela de Derecho en Pío Nono, donde estaba la Gabriela.

Uno de los casetes lo tomó mi hermano, porque nos fuimos para su casa. Él vivía cerca del ahora Parque Arauco. Tomó la cinta y luego se la llevó al cardenal Raúl Silva Henríquez y la escuchó en su presencia, y al marcharse recibió muchos agradecimientos, se la dejó y se marchó. Pero en radio Magallanes habíamos hecho muchas copias que salieron con distintos destinos, llevadas por muy diferentes personas. Es un invento eso de que el único fue Hernán Barahona, porque hacía el turno de noche. Ravest hizo no sé cuántas copias porque se quedó en la noche con Amado Felipe,

hasta que terminó el toque de queda. El chino Ravest, cuando pudo salir, entregó esas copias a varios corresponsales extranjeros, yo lo supe después porque era amigo de varios de ellos. No entiendo por qué Barahona se empeñó

en esa versión. Le dieron un premio en Praga porque él contó que había salido con la única cinta, entonces solo él había rescatado la voz del presidente, y el Partido Comunista le dio una condecoración por eso. Puras pamplinas, el mérito fue de Ravest como director de radio Magallanes y de un colectivo compuesto por todos quienes estuvimos allí[20].

El periodista rememora su llegada a Quimantú, donde se encontró con su esposa:

Nos subimos a la citroneta y nos fuimos por la Costanera para arriba con una pena, me dieron muchas ganas de llorar, sentía angustia… la primera por nuestros niños. La Gabriela me tranquilizó y me dijo que los niños ya no estaban allí, que los iban a llevar a la casa de mi hermano. Entonces nos fuimos directo a su casa. Había varias personas, mi hermano tenía una familia grande. Luego apareció un vecino, tipo cinco o seis de la tarde, que era bombero y al cual lo habían llamado al incendio de La Moneda. Entró a la casa y dijo que había visto el cadáver de Augusto Olivares y el del presidente Allende. En ese momento no sabía qué iba a pasar conmigo[21].

Los bandos de la Junta Militar de Gobierno no se detienen. Pretenden regular todas las posibilidades de acción. Pero, sin quererlo, revelan las primeras dificultades que atraviesan los usurpadores del poder.

El bando 9 apelará nuevamente al terror y al miedo. Las imágenes de los lugares bombardeados seguirán siendo el garrote:

Se advierte a los profesionales, empleados y obreros de las empresas ocupadas que deben mantener absoluta calma y abstenerse de efectuar provocaciones al personal de las Fuerzas Armadas y de Orden. Cualquier acción en tal sentido, así como acciones de sabotaje, violencia física contra civiles o intentos de resistencia, serán reprimidos sin contemplaciones con acciones militares de tierra y aire, similares a las efectuadas en contra de La Moneda y de la residencia presidencial de Tomás Moro.

Muy pronto, los bandos dejarán de ser genéricos. Con el bando 10 el miedo tendrá nombre y apellido: personas específicas deben entregarse a las nuevas autoridades. Diversos dirigentes de organizaciones de izquierda serán llamados, en parte, para inhibir la resistencia y atemorizar al resto de la población. Otros bandos traerán listas con los nombres de las personas que han confiado en los golpistas y se han presentado ante ellos, algunos de personas aprehendidas en La Moneda. El nombre de Eduardo Paredes, el Coco, será paradigmático al respecto. Es llamado por bando, justo cuando está cautivo en el pavimento, afuera del Ministerio de Obras Públicas en la calle Morandé.

Las personas más adelante nombradas deberán entregarse voluntariamente hasta las 16:30 horas, de hoy, 11 de septiembre de 1973 en el Ministerio de Defensa Nacional:

Carmen Gloria Aguayo, Carlos Altamirano Orrego, Clodomiro Almeyda Medina, Laura Allende Gossens, Jorge Arrate Mc Millen [sic], Bladimir Arellano,

Pascual Barraza Barraza, Orlando Budnevich Brown, David Baytelmann Silva, Mireya Baltra Moreno, María Carrera Villavicencio, Julieta Campusano Chávez,

Luis Corvalán Lepe, Bladimir Chávez Rodríguez, Jacques Chonchol Chaid, Manuel Cavieses Donoso, Jaime Concha Lois, Naún Castro Henríquez, Lisandro Cruz Ponce, José Cademártori Díaz, Miguel Enríquez Espinosa, Edgardo Enríquez Espinosa, Edgardo Henríquez Frodden, Luis Espinoza Villalobos, Mirian Rupert, Jaime Faivovich Baislutz, Luis Figueroa Manuela, Fernando Flores Labra, Luis Godoy Gómez, Luis Guastavino Córdova, Jorge Guillermo Garretón Poursel, Jorge Godoy Urrutia, Bruno García Morales, Nelson Gutiérrez Yáñez, Jaime Gazmuri Mujica…

EL REPLIEGUE DEL MIR

En la casa de acuartelamiento de Gran Avenida, a las 15:00 había retornado la mayoría de los integrantes de la CP. La falta de información era tan crítica que, según testimonia Enérico García, hasta esa hora aún no sabían la suerte corrida por el presidente. El mirista agrega detalles de esos instantes en la casa de seguridad:

Aún no teníamos información de que Allende estuviera muerto. En ese momento llegó de improviso a esa casa una compañera socialista que era la mujer de Jaime Faivovich, el intendente de Santiago odiado por la derecha. Ella venía con su hija chica y tenía muchas noticias. Realizó varios llamados telefónicos, incluso estaba enterada de qué personas llegaban a la morgue a esas horas. Fue así como nos enteramos de las características que iba adoptando la represión[22].

Poco a poco, entre las 15:00 y las 17:00, la dirección mirista irá configurando un escenario de la situación, más allá de lo que sus diversos integrantes han experimentado en sus salidas a reuniones o en los enfrentamientos de Indumet y la Embajada de Cuba. Solo entonces comienzan a vislumbrar el grado de avance en el copamiento de la ciudad.

Enérico debe resolver qué hará a continuación. La CP pasará a la clandestinidad y eso significa que es necesario tomar otro tipo de medidas, porque ese repliegue es también el fin de su tarea: significa la separación con Miguel. Enérico recuerda: “Nos despedimos con un abrazo interminable, quizás disimulando emociones, porque esos eran los códigos en uso en aquellos tiempos”[23]. No se volverán a ver hasta agosto del 74, un poco antes de la muerte del líder del MIR.

Miguel me plantea si quería quedarme en la casa para asegurar las comunicaciones de la CP, por si acaso en un periodo posterior no podían comunicarse. Todos conocen la casa y en caso de emergencia tendrían un lugar donde llegar. Le pedí que me dejara uno de los AK y Miguel parte a una casa de seguridad que estaba prevista. Ahí me quedo hasta el jueves 13, cuando se levantó el toque de queda. El primero que llega al contacto es el Baucha y el

otro que está ahí permanentemente es el Reta[24]. Luego se fueron juntos, por lo tanto no había más que hacer ahí. Creo que esa casa va a caer en cualquier minuto, así que le pido al Baucha autorización para retirarme y él me autoriza y me dice si me acerca a algún lado. Yo tenía la casa de un pariente que era muy segura en el paradero 11 de Vicuña Mackenna y llegué caminando a la casa de mi padrino, era un sector muy aislado; después de unos días me fui para otro lado, para retomar contacto con el partido[25].

(a) Militante del MIR Eduardo Manuel Ojeda Disselkoen, León, herido y rematado por Carabineros.

(b) Carabineros muertos: Ramón Gutiérrez, Fabriciano González, José Wetlin, Manuel Cifuentes. Herido el mayor Enrique Salazar.

(c) Militante del AM-PS: Francisco Cattani, muerto por Carabineros.

(d) Pobladores de La Legua muertos: Benito Rojas y Camilo Carrasco.



14:00 - 18:00 h / DISPERSIÓN POR LA LEGUA Y ALREDEDORES

El cerco es sobrepasado. Saldrán de allí: un grupo pequeño, el del MIR encabezado por Miguel Enríquez ❶, y un grupo más grande que será el aparato militar del PS, comandado por *Agustín* ❷. El del MIR se enfrentará a Carabineros, quedará herido *León*, pero logra evacuar la zona. El de *Agustín* se subdividirá estando en dirección a la industria SUMAR Polyester ❸ y ❹. A partir de allí se dispersará por la población La Legua, recibiendo el activo apoyo de los pobladores. Durante estas horas se producirán los mayores enfrentamientos. En Indumet quedará un reducido grupo. Allí estará la enfermera Celsa Parrau atendiendo heridos ❺. Luego, ese grupo será detenido por Carabineros y en la noche llevado al regimiento Tacna.

18:00 - 21:00 h / DISPERSIÓN POR LA LEGUA Y ALREDEDORES

El grupo de *Agustín*, no más de 12 integrantes ❶, llegan a una constructora, guardan las armas largas y se dispersan. El grupo más grande es del aparato militar del PS que llega a Madeco. Allí sostienen una reunión de balance, acuerdan comunicaciones hacia adelante y se dispersan en grupos pequeños ❷. También se protegen las armas, trasladándolas en un vehículo. En la población La Legua han quedado combatientes del aparato militar que permanecerán allí protegidos por pobladores durante varios días ❸.



notas

[1] Armando de Ramón, «La Población informal, Poblamiento de la periferia de Santiago de Chile, 1920-1970», Revista EURE, vol. XVI, núm. 50 (Santiago, 1990): 5-17.

[2] Lo mismo que barretines, ver nota 10 del capítulo IV.

[3] Entrevista a Milton Silva.

[4] Entrevista a Soledad Blanco.

[5] Ibíd.

[6] Entrevista a Milton Silva.

[7] Entrevista a Sergio Parrau.

8 Testimonio de Luis Durán en Garcés y Leiva, El Golpe en La Legua.

[9] Fuerzas Armadas y Carabineros. Los cien combates de una batalla

(Santiago: Editorial Gabriela Mistral).

[10] Ibíd.

[11] Ibíd.

[12] Garcés y Leiva, El Golpe en La Legua, 62.

[13] Entrevista a Patricio Quiroga.

[14] Luisito es Félix Vargas, uno de los primeros militantes del ELN en Chile, integrante del GAP. Ver Patricio Quiroga, Compañeros. El Gap: la escolta de Allende (Santiago: Aguilar, 2001).

[15] Entrevista a Patricio Quiroga.

[16] Entrevista a Sergio Parrau.

[17] «Ya sabemos que la batalla de La Moneda está perdida y ahí empiezan las especulaciones del Ejército que viene del sur y los mitos que se producen en esas condiciones, y nosotros partimos caminando hacia el sur, pasamos por las antenas de una radio que había sido bombardeada y llegamos a la casa de un compañero que no tengo la menor idea dónde era, pasamos la noche y al día siguiente se levanta el toque de queda y cada uno parte hacia donde puede. Con Arnoldo nos habíamos separado antes, cuando salimos de la

constructora. En la casa donde yo llego, me cambio de ropa porque los pantalones se me habían rajado. A Arnoldo no lo vi cambiarse, posiblemente sale con una pistola, tengo entendido que fue Gustavo quien sacó las armas de ahí» (Ibíd.).

[18] Entrevista a Javier Bertín.

[19] González, La conjura, 377-378.

[20] Entrevista a Leonardo Cáceres.

[21] Ibíd.

[22] Entrevista a Enérico García.

[23] Martín Faunes, «Once de Septiembre en Indumet», Las historias que podemos contar <http://www.lashistoriasquepodemoscontar.cl/indumet.htm>.

[24] “El Retamales, que era el compañero de la Yolanda Schwartz” (entrevista a Enérico García).

[25] Entrevista a Enérico García.

CAPÍTULO NUEVE

El juramento de La Junta: Chile se refunda

AL AIRE DESDE LA ESCUELA MILITAR

Durante este día un solo canal de televisión sería autorizado para transmitir: Canal 13, de la Universidad Católica. Su programación quedaría reducida a dibujos animados y bandos de la junta militar. Mientras se escuchaba el tronar de los aviones de guerra y múltiples balaceras, que en la noche se acrecentarían, en las casas habrá tandas de «monitos» en las pantallas de los televisores marca Bolocco o Phillips de la época. Como remarcará Diamela Eltit: «La televisión intervenida por la emisión incesante de dibujos animados —que de ninguna manera pueden ser leídos inocentemente en medio de la consolidación de un autoritarismo extremo— bloqueaba, en un sentido tragicómico, la información. El Pato Donald y sus amigos ocupaban las pantallas»[1]. Solo los bandos interrumpían la programación envasada con fanfarrias de marchas militares.

Desde muy temprano el capitán Claudio Guzmán Pérez se ha hecho cargo de facto de la dirección de Canal 13. Él se ha constituido en la estación televisiva junto con una compañía de soldados de la Escuela de Telecomunicaciones, según lo afirma el productor del Departamento de Prensa de la época José Martínez Bravo[2]. El capitán Guzmán posteriormente culminaría su carrera militar como teniente coronel.

Se requiere un lugar seguro y digno para que la junta de gobierno realice su juramento. En Santiago anochece, pero aun se escuchan desde diversos puntos de la ciudad estampidos de fusilería y metralla. En algunos casos se debe a conatos de resistencia o de hostigamiento, seguramente los menos y cada vez más focalizados. En la mayoría de los casos son las patrullas del Ejército, FACH y Carabineros que disparan como una forma de causar temor y protegerse también de ataques en sus recorridos por las calles de Santiago.

Los regimientos más importantes del perímetro central están con prisioneros o agitados por las operaciones de combate y persecución de opositores. Ambos escenarios son desfavorables para la entronización del nuevo régimen, considerando que posiblemente en dicha ceremonia habrá corresponsales extranjeros que podrían «distraerse». Entonces, debe ser un lugar muy seguro y con significado dentro de la historia patria y militar. Así, finalmente la Escuela Militar sería el lugar elegido.

En todo este proceso estará presente Federico Willoughby:

Ya estaba oscureciendo, fui a la Escuela Militar con el coronel Pedro Ewing, Secretario General del Estado Mayor de la Defensa. Debía ver detalles de la transmisión de TV en la cual la Junta asumía y cada uno decía su parte. [...] «Hemos convenido», dijo Pinochet, «en tener una persona que hable por nosotros y que nos trate de poner de acuerdo»[3].

Antes de la ceremonia fue preciso reforzar la guardia, habilitar el helipuerto para el arribo del almirante José Toribio Merino, desde Valparaíso, y del general Augusto Pinochet, desde La Reina alta. Los otros dos miembros de la junta, el general Gustavo Leigh, de la Fuerza Aérea, y el general director de Carabineros César Mendoza, llegarían en medio de reforzadas comitivas por tierra. También sería necesario esconder los automóviles que ya han sido decomisados en diversos allanamientos. Por último, será preciso aislar a los primeros prisioneros que el plantel formador de oficiales ha comenzado a reunir desde las primeras horas de este martes.

El general Pinochet se referirá a estos preparativos:

Durante todo el día 11 se septiembre se combatió intensamente en diversos lugares de Santiago, aunque a partir de las 19:00 horas el ruido del combate declinó con la llegada de la oscuridad [...]. Se debió aplazar la reunión de las 19:30 a las 21:30 [...] se nos avisó que el lugar donde se iba a efectuar la ceremonia de juramento de los Jefes Institucionales estaba listo. Nos encontrábamos en la sala de recibo de la Dirección de la Escuela, de donde

pasaríamos al Gran Hall, en el que iba a tener lugar el juramento y que ya estaba lleno de público y periodistas, los que, junto a sus cámaras y micrófonos, ocupaban parte de las escaleras laterales. Al ingresar los cuatro a dicho lugar se produjo una salva de aplausos y luego un silencio solemne. Avanzamos juntos y nos situamos tras una mesa colocada en el centro del Hall; allí permanecimos de pie. En ese momento rompió la Canción Nacional, que fue coreada por todos los asistentes. Era un momento imponente [...]. Fuera del recinto se escuchaban disparos de la lucha, intensa pero muy lejana[4].

El público al que aludirá el jefe golpista estaba esencialmente compuesto por oficiales de la propia Escuela Militar. Las cámaras deberían concentrarse en enfocar la mesa con los integrantes de la Junta, los emblemas patrios y un lema ubicado al fondo del hall en altura: «En esta Academia Militar está basado el porvenir del Ejército y sobre este Ejército la grandeza de Chile. Libertador Bernardo O Higgins».

En la oportunidad, cada jefe institucional dirá algunas breves palabras ante las cámaras. Pinochet sería el primero: con palabras cortantes, justificará el accionar de ese día en la necesidad por «sacar al país del caos». Luego hablará Leigh, quien en dicha oportunidad aparecerá como el más duro de los cuatro, al comprometerse a luchar contra el marxismo y estar dispuesto a extirparlo. El almirante Merino será el tercero: con un sonsonete refinado cambiará la óptica y se situará desde los esfuerzos, «no importa cuánto cueste, no importa cuál sea el sacrificio». Por último, el nuevo jefe de Carabineros, Mendoza, se mostrará como el «más blando» al decir que «no se trata de aplastar tendencias o corrientes ideológicas, ni de venganzas personales».

Posteriormente, les preguntarán en la ceremonia: «¿Juráis por Dios, por la Patria y la Justicia, cumplir y hacer cumplir los postulados del Acta de Constitución de la Junta, con toda la energía de vuestro amor por Chile y con todos los medios a vuestro alcance, cualquiera sea el sacrificio que ello os demande?». Y cada uno a su turno, responderá: «Sí, juro».

Al finalizar la ceremonia, quien ha oficiado como ministro de fe y secretario, el abogado y comandante de Escuadrilla Enrique Montero Marx, dará lectura al decreto que instituiría a la junta de gobierno. Esos serían los primeros pasos jurídicos de lo que posteriormente sería el andamiaje de facto para gobernar

durante diecisiete años. Y luego para refundar Chile.

Pasadas las 21:00, el general Augusto Pinochet retornará en helicóptero a la casa del coronel Rafael Ortiz, ubicada dentro del regimiento de Telecomunicaciones, por avenida José Arrieta. Allí dormirá esta noche.

Son las 21:30 y el país ya ha conocido por televisión a los integrantes de la Junta Militar de gobierno. Por fin los jefes golpistas tienen rostro, luego que durante todo este día han sido emitidos dieciocho bandos a través de una cadena obligatoria de radios. A la misma hora, a escasas cuadras de allí, en el Hospital Militar, ya han comenzado los peritajes al cadáver del presidente de la república Salvador Allende Gossens.

El periodista Claudio Sánchez, de Canal 13, está cansado, ha sido una extensa jornada reporteando desde La Moneda hasta este momento en que la Junta Militar ha jurado. Él y muy pocos medios nacionales tendrían todas las exclusivas. Ha llegado corriendo a la ceremonia en la Escuela Militar, sin aún recuperarse de la impresión que le causaron unas imágenes que vio hace poco frente al Ministerio de Defensa por Alameda: «Cruzamos los hoyos del Metro por unos puentes peatonales de tablones, estaba oscuro y había pocos focos encendidos. En las excavaciones del subterráneo se veían cuerpos sin vida»[5].

LAS BAJAS MILITARES

El año 1990 y frente a la constitución de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, el Ejército de Chile, liderado por su comandante en jefe, el general Augusto Pinochet, decidió configurar una relación de hechos que explicaran su participación política desde el día del golpe militar hasta los diecisiete años que duraría la dictadura, o el «pronunciamiento», como llamarían al histórico acontecimiento. En cuatro gruesos tomos de tapas de color rojo, el arma de tierra entregaría su versión. En los gruesos libros también se incluirían textos de los ensayistas Genaro Arriagada y Pedro Varas Lonfant[6].

La entrega de los cuatro tomos iría acompañada de una Declaración del Ejército de Chile entregada a la opinión pública el día 13 de junio de 1990. Esta se refería

al «contingente de más de ١٥.٠٠٠ mercenarios extranjeros que actuaban impunemente»:

Puede aparecer que la reacción militar fue desproporcionada [...]. Sin embargo, esta impresión ignora que el 11 de septiembre de 1973 fue una operación militar, es decir una acción de guerra. Las Fuerzas Armadas y Carabineros no salieron a lucir uniformes ni impresionar con su presencia. Salieron a combatir y a recuperar la libertad perdida. Esa decisión implicaba poner en juego todos los recursos necesarios para doblegar la voluntad de lucha de quienes nos habían arrastrado a la destrucción y al caos [...] de ahí entonces que las Fuerzas Armadas procedieran con el potencial y la preparación que disponían[7].

En el capítulo V, denominado «Las víctimas del terror», el Ejército hará un detallado recuento de las bajas en hombres sufridas el día 11 solo en el cerco a La Moneda. Serán militares fallecidos y heridos esencialmente por disparos de francotiradores ubicados en diversos edificios de alturas que rodean el palacio presidencial. Territorialmente, las bajas reconocidas por el Ejército darán cuenta de lo ocurrido en el perímetro céntrico, además del eje de Alameda al sur, correspondiente a la localización de los regimientos Blindado, Tacna y Escuela de Suboficiales. El informe hará el detalle de un total de cuatro muertos y diecisiete heridos como resultado del cerco al Palacio de Gobierno. Estas bajas, muchas en las primeras horas, seguramente constituyeron en su momento contundentes argumentos para el mando operacional en favor de una definición rápida y definitiva al sitio de La Moneda y a otros lugares que resistían. El regimiento más afectado en bajas sería la Escuela de Infantería de San Bernardo. En este recuento no están considerados los funcionarios de Carabineros que murieron o quedaron heridos, particularmente en los enfrentamientos de la zona sur de Santiago.

EL REGIMIENTO-CÁRCEL

Al regimiento Tacna[8] distante unas diez cuadras de La Moneda hacia el sur, llegarían los prisioneros de La Moneda entre las 17:30 y 18:00 del once de septiembre. Silvio recordará:

Íbamos en unas micros de los navales que eran chicas y altas. No respetaron nada, todo lo contrario. El Tacna estaba lleno de gente, allí nos hacen bajar a golpes y yo iba cojo porque me habían pegado mucho, me habían tratado de meter el cañón de un fusil SIG en el ano y venía súper adolorido[9].

En ese momento, en medio de la crueldad reinante con los hombres rendidos, extrañaba la actitud de un oficial alto y de pelo colorín. Silvio dice: «Me tomó del codo para ayudarme a bajar, todo un caballero de la guerra, fue él mismo, quien vendaría una herida que tenía en la mano un compañero»[10]. Pero él era la excepción. Uno de los comandantes del regimiento, de apellido Espinoza, de bigotes y aspecto grueso, medio guatón «nos agarró a chuchás y nos hizo pararnos con las piernas abiertas, nos puso un milico adelante a dos metros apuntándonos a la cara mientras decía: «El que se mueva, mátenlo, porque son karatecas, son peligrosos, que no se muevan»[11]. La intimidación sería el recibimiento. Son los vencidos de la jornada, ese es parte del desquite por el combate de más de seis horas en La Moneda.

Silvio rememorará esos instantes así:

Nos revisan y nos allanan nuevamente [...] a Hugo le encuentran dos balas 9 mm. Y se lo llevan y le sacan la cresta, como a la media hora vuelve muy afectado y se reintegra a la fila [...]. Nos hacen arrodillarnos y avanzar de rodillas con las manos en la nuca hacia las caballerizas que estaban súper lejos, el patio es de adoquines, a la derecha había unas bancas con ochenta o cien mujeres donde estaba la esposa de Arnoldo Camú, la Celsa Parrau, que es enfermera. Antes de llegar a las caballerizas teníamos que pararnos y dar el nombre y carnet de identidad. Yo les doy un nombre cualquiera y digo que el carnet me lo quitó la patrulla. «Ya, siga», me dicen. En las caballerizas nos distribuyen y los cinco nos quedamos afuera. Hasta ahí no hemos comido nada, lo último fueron los canapés de mi despedida de soltero. Creo que era tanta la

tensión que no recuerdo haber tenido sed. Cada vez que llegaban, nos pegaban; conmigo se ensañaban. Me dicen que me pare, yo ya estaba tullido de tantas horas, empiezo a tratar de pararme y un tipo me tira un combo, y yo con los reflejos me hago a un lado y pasa de largo y cae encima de un milico. Me agarran entre dos y me sacan la chucha. Quedaron agotados de tanto pegarme[12].

De nuevo volvería a estar a cargo de la custodia de los prisioneros el oficial colorín. Todos ya sabrían que ese sería un tiempo de alivio, para recobrar energías. Él les diría:

«El que quiera ir al baño que levante la mano», y varios la levantaron. Luego les dirá: «Van a ir de a uno con un conscripto atrás, no hagan locuras, porque tienen orden de disparar y van a pagar todos». Los baños se encontraban a unos 100 metros. Ninguno estaba vendado y podían ver perfectamente todo. Silvio cuenta:

Llegué al baño caminando con dificultad, estaba muy preocupado porque sentía que tenía algo en el bolsillo y después vi y era una receta de Bartulín con el nombre de la Cata, que además tenía su dirección. En el baño, yo miraba al «pelao» a la cara y él se sentía avergonzado mirándome. Luego él me dijo: «Lo voy a dejar solo, pero no haga nada porque le voy a disparar», y en ese momento aproveché de sacar el papel y tomar agua.

Ya eran pasadas las 23:00 y les habían anunciado que los iban a fusilar en una hora más, a las doce de la noche. Por todas partes estaba lleno de personas detenidas por diversas circunstancias. El aviso de fusilamiento lo irían trasladando de hora, muy pronto sería a las tres de la mañana: «Estábamos todos esperando, sin amarras ni esposas, manos en la nuca y botados de guata sobre los adoquines. Luego a las seis de la mañana tampoco se querían hacer cargo de la orden de fusilamiento y ya era la madrugada del 12»[13].

Era de noche cuando llegaron Celsa Parrau y muchos otros hombres y mujeres apresados en la industria Indumet al Tacna. Caía una ligera llovizna y venían desde una Comisaría de Carabineros en San Miguel. Por esas horas al regimiento

Tacna llegaban radiopatrullas, buses de Carabineros y camiones militares con prisioneros hombres y mujeres: los por toque de queda, que se había iniciado hacía algunas horas, y la inmensa mayoría de aprehendidos en los allanamientos a industrias de los cordones industriales. Celsa Parrau cuenta al respecto:

Llegamos al Tacna y nos llevaron a un patio grande que tenía una división. Daba la impresión de que allí guardaban camiones. Estaba techado, pero quedábamos separadas con una reja grande, como de gallinero, por lo tanto alcanzábamos a ver hacia afuera. Allí había un grupo de compañeros tirados en el suelo con las manos en la nuca, según los milicos gente muy peligrosa que venía de La Moneda. Estaban boca abajo con las manos en la nuca, yo los pude distinguir porque iban al baño y atravesaban justo donde estábamos nosotras y recuerdo que pude distinguir a Arsenio Poupin, al Coco Paredes, a Huerta, a Jorge Klein, y no me acuerdo cuántos más.

Creo que reconocí como a siete compañeros. Estábamos todas las mujeres juntas. Recuerdo muy bien a una compañera uruguaya a la que yo le pedía que no hablara, y que cualquier cosa lo hiciera a través mío para que no le reconocieran la voz de extranjera, porque ya sabíamos que había un cierto rechazo a los extranjeros. Ya éramos entre ochenta a noventa mujeres. Estaba una compañera de radio Magallanes, no recuerdo su nombre. A ella varias veces la llamaron a interrogar. Estuvimos dos días, porque nos liberaron cerca del mediodía del 14[14]*.*

Juan Seoane, jefe de la escolta presidencial de la Policía de Investigaciones, también era un prisionero en el Tacna y así recuerda esos instantes:

En el traslado todo fue muy brutal. Lo más deferente que recuerdo fue cuando le dijeron a Ramírez que no nos fusilara, no sé por qué, parece que le argumentaron que se podían dañar unas murallas y había mucha gente. Nos metieron en las caballerizas, que quedaban cerca de la Plaza Ercilla. Tenían piso de adoquines, eran muy antiguas. Ahí nos dejaron, vigilados por soldados que se paseaban entre nosotros. No comimos ni bebimos agua, nada de nada. El techo era de un zinc acanalado y había comenzado a lloviznar y algunos

compañeros quedaban desprotegidos, entre ellos Juan Osses. Entonces pasó un sargento buena gente y los trasladó a otras caballerizas donde ese grupo quedaría a resguardo. Y luego empezaron a traer gente de otras partes y a meterlas ahí. Entonces todo comenzó a confundirse. Se mezclaron los grupos y los motivos por que se estaba allí. Nadie podía hablar, salvo escondido, cuando cambiaban el turno de guardia. Estábamos totalmente mal[15].

LOS PORFIADOS DE CERRILLOS- MAIPÚ

El equipo de dirección del Comité Local del MIR Cerrillos-Maipú parecía no conformarse con la situación de orden de repliegue dada por el Comité Regional. Tampoco le importaba mucho que el otrora poderoso cordón Cerrillos, compuesto por centenares de industrias, se hubiese reducido a unos pocos trabajadores haciendo barricadas en un par de fábricas. Tampoco los amilanaba el que escaso tiempo antes su pequeño arsenal de armas lo hubiesen tenido que entregar a la Fuerza Central de su organización y hoy día tuviesen que esperar el arribo de una hipotética Escuadra de Combate.

Javier Bertín testimonia:

En la noche nos acuartelamos en una casa en la calle Gandarillas de Maipú, que era de uno de los «coños» del Comité Central. Nos atenderían muy cálidamente los papás, que eran españoles llegados en el Winnipeg. Comimos tallarines. El Guajiro dijo que era la última cena, que nunca nos íbamos a olvidar de lo que comimos y efectivamente nunca lo olvidaríamos. En ese momento pasamos revista al armamento que teníamos: tres escopetas, un rifle 22, cuatro o cinco revólveres y dos o tres pistolas, nada más. En la noche decidimos mantener las acciones operativas de recuperación de armas de las casas de los fachos, para eso había que movilizarse y allí se definió la recuperación de una ambulancia municipal, acción que quedó en manos del Malo, José Modesto Amigo Latorre[16]*, y un grupo de compañeros que iban a robar la ambulancia y a venir con ella hacia donde nos íbamos a concentrar nosotros, que eran las inmediaciones de Perlak. Con el Guajiro partimos a la*

industria Fensa a buscar las granadas que habían armado los compañeros[17].

El Chino y Guajiro salieron de Fensa en un jeep y volvieron a la calle Gandarillas. Ambos tenían instrucción militar, con la salvedad de que Guajiro tenía preparación en Cuba y

además experiencia en acciones armadas financieras, lo que lo situaba en otro nivel. Detuvieron el jeep y se bajaron ambos, Guajiro iba armado de una pistola similar a una Lugger y el Chino llevaba una granada casera. Cuenta el Chino:

Solo habíamos caminado como veinte metros cuando sentimos una voz de alto. No andaba nadie en la calle, eran como las diez de la noche y el toque de queda lo habían puesto a las seis de la tarde. Yo andaba con un tarro, una granada. Miramos para atrás y vimos dos soldados de la FACH armados con carabinas M1 Garand. Guajiro me dijo «corramos» y pasó bala a su pistola y pegó un tiro. Él había arreglado su pistola para que le quedara tiro a tiro, pero ni siquiera le quedó semiautomática, entonces tuvo que echar el carro para atrás de nuevo para el segundo tiro y salimos los dos corriendo[18].

El Chino pasó corriendo frente a la casa de seguridad que tenían como equipo de dirección. Estuvo tentado de dar un aviso, pero si lo hacía «quemaba» la casa, así que pensó mejor y asumió que sentirían los disparos. Pronto se dio cuenta de que corría solo e incluso pensó en ir a rescatar al Guajiro. Eso era extraño, porque de los dos, el más preparado era el Guajiro y el Chino el inexperto. Dobló por una calle y se encontró con una micro de la FACH ubicada como a una cuadra de distancia.

Me vieron, encendieron los focos del bus y avanzaron hacia mí. Me metí por una calle lateral y la micro también dobló por la calle lateral, me seguía donde fuera y alcancé a correr dos o tres cuadras y ya me iban alcanzando. Al llegar a Primera Transversal me metí en una casa esquina con un murito chico de cincuenta centímetros y ahí me agazapé pensando que la micro iba a seguir

derecho y a doblar a la izquierda y así yo la iba a perder. Pero no, iba a cargo de un sargento con buena preparación militar y yo lo escuché que gritaba: «¡Vayan y rodeen la esquina porque debe estar allí!». Justamente era donde yo estaba. El error que ellos cometieron es que estacionaron la micro a menos de 5 metros de donde yo estaba. Entonces ahí dije hasta aquí no más llegué. Me habían dicho que la granada casera podía volar un Fiat 600, así que desenrollé la cinta. Pero lo que no me habían dicho es que la mecha metía un ruido infernal. Había que contar hasta ocho y luego tirarla, así es que con toda esa bulla yo no conté hasta ocho y la tiré y cayó el tarro al lado de la micro. Eso les dio tiempo a los soldados de guarecerse, había dos tipos que estaban al otro lado del muro mío, cagados de susto y yo los sentía quejarse y la primera explosión de la granada fue un ¡paf!, nada más. Y yo pensé: «Estos me van a sacar la chucha por huevón», y en una fracción de segundo vino una explosión más grande [...]. Había tres soldados heridos con esquirlas en las canillas y piernas[19].

Luego de tirar la granada el Chino Bertín recuerda: «Yo seguía reflexionando y agazapado […] si ven mi bulto me van a disparar, pero si me entregaba quizás podía salvar la vida, así que levanté los brazos y me rendí». Pero su error fue bajar los brazos ante la posibilidad cierta de que los soldados que se acercaban a reducirlo lo golpearan a culatazos. «Bajé los brazos como para protegerme las costillas y el tipo dispara y me da en el brazo, en el húmero derecho. Me dolió mucho y me empecé a quejar, entonces vino el segundo disparo, que me da en la pierna. Eso me hizo reaccionar y le digo al tipo que ya está bien, que no me voy a mover».

En ese momento la patrulla de la FACH revisaría al herido:

Yo no sabía que al quebrarse un hueso se pierde la movilidad del miembro, entonces yo creía que el balazo me había cortado el brazo y no se me caía porque tenía una chaqueta de cuero con el puño cerrado y que el brazo estaba colgando. Entonces me sujetaba el brazo con la otra mano. Luego viene un soldado y me empieza a pegar patadas y a preguntar que para dónde iba, y se acercó un gordo grande inmenso y preguntó que ha dicho este huevón y se puso algo en la mano diciendo: «Yo voy a hacer hablar a este huevón». En eso se

siente dos disparos[20] y se tiran todos al suelo y disparan.

El suboficial ordenó alto al fuego y les dijo que lo entregarían a Carabineros. Lo extraño que recuerda el Chino es que lo llamaría el «prisionero». La patrulla de la FACH entregaría a Javier Bertín a carabineros de la Comisaría de Maipú. Ellos realizarán un parte y todo un

procedimiento propio de un juicio y de la legalidad existente hasta el día diez de septiembre. En situaciones similares, durante este día ya se había comenzado a fusilar prisioneros bajo procedimientos de Estado de Sitio y con lógicas propias de la guerra y más allá de esta también.

Luego, trasladarían al Chino al Consultorio de Maipú, donde ya tenían varios detenidos: «Algunos cabros jóvenes que habían detenido en la calle por toque de queda, entre otros un chico de apellido Silva, cuyo nombre no recuerdo, que era militante nuestro y era presidente del Liceo de Hombres de Maipú». El Chino Bertín, herido, ahora debía esperar con paciencia su turno sentado en la comisaría. Está muy cansado, es tarde, la tensión del día ha sido enorme y aunque para él todo se ha terminado, no sabe aún lo que viene luego del registro en Carabineros. «Como que se olvidan de mí, yo era el único herido con dos balazos y sangrando y sin embargo entregan a los otros primero y al final el suboficial como que se acuerda y dice: "A este entréguelo a fiscalía porque nos atacó con bomba" y el teniente de Carabineros abre tremendos ojos». Pero Bertín aún pareciera no dimensionar el cambio que ha tenido Chile este día y responde: «Bueno, qué quería que hiciera si estaba peleando».

Más tarde, el teniente de Carabineros le ordena a un sargento que lo traslade al Consultorio de Maipú. No tienen esposas ni nada, entonces uno de los carabineros le amarra el brazo que no está herido con un cáñamo y el sargento lo rodea con carabineros que lo dejan encerrado al medio y comienzan a caminar. Antes el sargento le advierte: «Vamos a llevarlo al consultorio de Maipú y mucho cuidado porque pueden intentar rescatarlo». Son cerca de las 23:30 y aún se escuchaban balazos.

Cuando vamos caminando, el sargento me dice: «Pucha, cabro, para que siguen en esto si la cosa ya se dio vuelta. Allende murió». Casi como un papá. Y yo le

digo con nuestra mentalidad de trabajo en F: «No, si todavía hay capacidad de lucha, los trabajadores y ustedes que tienen las armas, en lugar de estar con los poderosos deberían estar con sus hermanos», y el sargento me mira y me dice: «Tú eres del MIR, ¿no?». Y recién en ese momento me pego la cachá que las cosas han cambiado un poco en Chile y le digo: «No, yo soy de izquierda». «No», me dice él, «tú eres del MIR»[21].

Ya en el consultorio el Chino Bertín se encuentra con el Dr. Cavala junto a una enfermera y tres paramédicos, todos coludidos con un plan realizado por la estructura local en el caso de tener heridos. Allí están perfectamente mimetizados con el equipo de turno.

En ese momento llegan dos jeeps, uno con integrantes de la FACH y el otro era el que había manejado el Guajiro, pero él venía tendido atrás porque estaba herido de gravedad producto de varios balazos en el estómago. El Chino ve el jeep y a su compañero atrás, quejándose, tenía los ojos abiertos, parecía estar inconsciente. Luego ingresan a los dos.

Yo le digo al Dr. Cavala que al otro compañero lo tienen que sacar del sector porque tiene una trayectoria «muy mala» y que si descubren quién es lo van a matar. Él me dice que lo que pueden hacer por el momento es mandarnos a la Posta Central de Santiago y lo mandan a él primero y luego vuelven por mí. A todo esto, el personal de salud que estaba ahí me empieza a preguntar cómo estaba la cosa y ahí estaba una paramédica, pareja de un trabajador de Fensa, y al preguntarme por su compañero, yo le digo que lo he visto y que está bien. Es a ella a quien le encargué que fuera a la casa de Gandarillas, donde estaban mis compañeros de la dirección del Comité Local, a decirles que dejaran esa casa porque ya estaba ubicada. Ella saldría en una ambulancia que simuló hacer un recorrido para ir a buscar a un enfermo, y luego retornó a la media hora diciendo que no había dado con la casa[22].

Mientras, al Chino Bertín le colocaron una inyección con dipirona para el dolor y una curación de emergencia. «En ese momento siento un gran cansancio, pensaba que era por el estrés, pero después me doy cuenta que he perdido mucha

sangre». Él es un herido que está detenido, lo han aislado. «En ese momento ingresa un paco y me dice: "Cómo te sientes". Le respondo que muy cansado». Luego le ofrece un cigarrillo, que se lo pasa encendido. Pronto darán la orden de trasladarlo y «el mismo paco se ofrece a llevarme y en ese momento, cuando voy en la ambulancia camino a Pajaritos, voy atento al charqui como para tirarme para abajo, aunque voy con dos pacos adentro». Luego, sigue recordando:

Debe haber sido como las doce de la noche, cuando llegamos a la Posta Central. Allí los pacos eran súper perros y dicen que este huevón por qué viene, y el que me había dado el cigarrillo sabía por lo que yo estaba y dice: «No, está por toque de queda», y el otro paco huevón dice: «No, si este le tiró una bomba al personal de la Fuerza Aérea» y ¡ah!, conchetumadre, pero fueron puros gritos no más[23].

En la Posta lo intervienen quirúrgicamente y le ponen un yeso; será el único detenido de la sala. Y nuevamente «la solidaridad se movió», como dirá el Chino. A una auxiliar le di el teléfono de mi casa para que llamara y días después llegaría mi madre[24].

Al Chino Bertín y al Guajiro, dos de los combatientes miristas que resultaron heridos a bala por patrullas de la FACH en la zona de Cerrillos-Maipú, se les aplicarán normas de procesamiento y legalidad, que ese día se saltarían en la mayoría de los casos. Les hicieron parte policial y también les iniciarían un proceso previo a la cárcel. Muy distinto a los fusilamientos, sumarios y desaparecimientos que ese día comenzarían a practicarse y que luego se extenderían.

EL FUEGO AMIGO

Pero el día estaba lejos de concluir en el sector de Cerrillos-Maipú. Es cierto que no había sucedido gran cosa en el otrora poderoso cordón fabril. Algunas

barricadas y disparos enfrentando a personal de la FACH y luego un repliegue masivo y desordenado. Pero ese pequeño núcleo del Comité Local, que temprano se ha constituido, hará una apreciación distinta de la situación y desde su propia voluntad fue ideando qué más hacer. No aceptaron la orden de repliegue de la jefatura del MIR a las 14:00 y continuaron empeñados en hacer algo. Diego, Guillermo Rodríguez, recordará:

Es noche. Hago recuento de hombres y armas y el grupo permite constituir una patrulla. Asumo el mando —van trabajadores de Perlak y Fensa—, caminamos en dos hileras por la calle Segunda Transversal. Voy a la vanguardia, algunos metros delante del grupo. De repente cuando comenzamos a subir una suave pendiente, veo en lo alto un vehículo que se desplaza en la oscuridad. No trae luces pero su contorno muestra una baliza en su parte superior. Imagino que es un vehículo militar. Ordeno desplegarse en campana, esperando que entren en la emboscada, y abrir fuego solo cuando yo lo haga. Repentinamente el vehículo acelera y entra en nuestro campo de fuego. Salgo a la calle y comienzo a disparar. En medio de los tiros, escucho gritos de auxilio, y el asombro me paraliza un segundo: son gritos de Pepe Amigo desde el interior. Grito como nunca que se suspenda el fuego y corro a abrir la puerta. Un grupo de desfigurados compañeros, llenos de dolor y rabia por el equívoco, salen gimiendo y gritando desde el furgón azul que habían recuperado para nosotros. Mauricio, el chofer, agoniza por los impactos de bala. Pepe Amigo salta al volante y se aleja gritando que lo llevara a la posta. Mauricio fallecería horas después[25].

Por su parte el Chino también rememorará esos dolorosos sucesos:

Ese día fue aciago en todo sentido. Algunas horas después, este grupo con la ambulancia se cruzó en la calle con otro grupo de compañeros armados, quienes, creyendo que se trataba de un vehículo militar —la ambulancia era azul— dispararon contra esta, quedando mortalmente herido un compañero. Después sabríamos de la muerte del compañero que llegó con siete balazos en el cuerpo, que alcanzó a resistir dos días y que a ratos podía hablar. Las auxiliares

nos contaban que él había alcanzado a decir que lamentaba que le hubieran tirado tanto y que él no pudo tirar ni uno. Murió sin saber que los que le habían disparado habían sido sus propios compañeros[26].

Después de la fallida y trágica emboscada, Diego dispersa al grupo. El ánimo es pésimo. Luego, nos vamos al camino a Pajaritos a hostigar a los vehículos militares. El silencio entre nosotros es espantoso. Regreso a La Victoria, allá las cosas están mal[27]. Para Diego este día ha sido espantoso. Este duro aprendizaje lo marcará hacia adelante cuando deba enfrentar las cárceles, un Consejo de Guerra, la muerte de parejas y de muy cercanos compañeros y un largo etcétera.

EL BALANCE DE GENERALES

Más allá de las rencillas encubiertas y la superposición de roles, las evaluaciones y percepciones de los generales de ese día serán significativas y las fueron expresando poco a poco en diversos sitios. Se sentían poderosos, aunque algunos años más tarde debieron enfrentar procesos judiciales acusados de atroces crímenes, nada que ver con victoriosas batallas de valientes jefes militares. Otros nunca llegarían a presentarse ante un tribunal y envejecen con suculentas pensiones o ya fallecieron. Todos ellos aún repiten que querían lo mejor para la Patria.

El general Ernesto Baeza[28] adjudica la responsabilidad de todo al depuesto presidente.

Solo en Santiago —principalmente por la terca actitud del doctor Salvador Allende— se produjo una batalla formal, concentrada en torno al Palacio de La Moneda. Solo más tarde la acción desesperada de grupos armados provocó pequeñas escaramuzas, las más importantes de las cuales fueron probablemente el intento de asalto de comisarías y el regimiento Maipo, de Valparaíso, el viernes 14 de septiembre.

Mientras, el general Javier Palacios, el hombre de la mano vendada que fue criterioso para no dar la orden al tanque que quería aplastar a los prisioneros en el pavimento, reivindicará su rol con declaraciones que realizaría en un viaje a Colombia.

Tener que destruir una reliquia nacional es doloroso, pero como militar considero que era inevitable. La misión de apoderarse de La Moneda la recibí directamente de la Junta Militar y la conseguimos en cuatro horas, cuando pensábamos que la resistencia sería mayor y que los combates durarían cinco o seis días[29].

Será el mismo general quien luego se explayará ofreciendo una entrevista a corresponsales alemanes[30] en Chile: «Un ejército, para poder ganar una batalla, eso los alemanes lo conocen tan bien como yo: gana quien actúa en forma más drástica en los primeros momentos». Sus palabras, lejos de ocultar, revelan las disputas internas de esos momentos. Él no se asumirá como subordinado del general Sergio Arellano Stark o al menos del superior de este, el general Herman Brady. No, él solo recibe órdenes de la junta militar, que para el caso era lo mismo que decir directamente de Pinochet.

Por su parte el general de la Fuerza Aérea Nicanor Díaz Estrada, exministro del presidente Allende, que ha estado en el Ministerio de Defensa coordinando las acciones junto al vicealmirante Patricio Carvajal, comentará:

No sé cómo el gobierno no se dio cuenta, si las luces estuvieron encendidas toda la noche en el Ministerio de Defensa. Nosotros creíamos que íbamos a encontrar más resistencia. Pero hay que ponerse en el caso de la gente que pudo haber hecho la resistencia. Había un avión volando —un B-26— ese día sobre Santiago con dieciséis ametralladoras apuntadas adelante. Y se encontró con una poblada que venía por la Panamericana Norte hacia Santiago. Entonces tiró una pasada baja, esto era tipo once de la mañana, y los tipos siguieron. Entonces se dio vueltas y pego una rociada de ametralladoras, cincuenta metros

más delante de la gente. No mató a nadie, no hirió a nadie, pero se acabó la resistencia. Y no es que fueran cobardes[31].

A la distancia, pareciera que fue relativamente sencillo para los golpistas dominar Santiago ese día 11. Todo parece centrarse en la resistencia de La Moneda esa mañana.

Aún desconocemos muchas pequeñas acciones ocurridas en diversos lugares de Santiago, pero acercarse a dimensionar la cantidad de hombres y mujeres que ese día estuvieron en disposición de defender el Gobierno Popular es posible tras conocer la extensión de los allanamientos[32], registros y operaciones rastrillos ocurridos en Santiago. De allí saldrían los miles de

hombres y mujeres que esos primeros días repletarían el regimiento Tacna primero y luego los Estadios Chile y Nacional. Los miles de prisioneros y prisioneras de esos primeros días serán esencialmente trabajadores, estudiantes y pobladores.

PASAR A LA CLANDESTINIDAD

En la evaluación de Andrés Pascal Allende la situación en Santiago hacia el fin de la tarde y comienzos de la noche reflejaba la debacle vivida. Pascal relatará sus recuerdos de esas horas:

La visión que teníamos a esa altura es que la gente estaba en sus casas, que había unos pocos focos de resistencia en cordones, pero mínimos; que no hubo una movilización de masas; que los milicos tenían controlada toda la ciudad; que la Fuerza Central no había tenido la capacidad de hacer nada y no teníamos ninguna posibilidad de resistencia. Había muerto Allende y no sabíamos qué pasaba en regiones. Era el Dago, Dagoberto Pérez[33]*, el que estaba haciendo el recuento. Estaba el mito de que Prats venía del sur, no teníamos la menor idea de lo que pasaba en Valdivia. El Golpe se había*

impuesto y la única alternativa era pasar lo más ordenadamente posible a la clandestinidad, pero no teníamos ni casas de seguridad, y esa noche y al inicio nos distribuimos en casas de gente que nos ayudó en San Miguel hasta el otro día[34].

Según Gaspar, de la Dirección Militar de Santiago, alrededor de las 21:00:

Miguel y parte de la Comisión Política habían tomado la decisión de replegarse a la clandestinidad, preservar estructuras y recursos en virtud del control territorial militar de Pinochet y sus fuerzas. Con dificultad la Dirección Regional de Santiago, y especialmente Dago —su jefe regional—, asumió esa difícil determinación marcada por el realismo. Ello implicó que debió enviar una serie de notas en la madrugada del día 12 a varios grupos de miristas que no estaban de acuerdo con un paso inmediato a la clandestinidad y, por otra parte, preparar una reunión del Secretariado Regional para la mañana del 14 de septiembre, en la cual se entregarían múltiples orientaciones frente al nuevo periodo político abierto por la dictadura. Lo esencial de ese día había sido la escasa resistencia de masas, absolutamente por debajo del reciente viernes 29 de junio[35].

Posteriormente, en diciembre del 73, el MIR plantearía el primer balance oficial de su desempeño frente al Golpe, en un documento titulado La táctica del MIR en el actual período, dirigido a su militancia, y que inauguraría masivamente los microfilmes positivados que los miembros de esa organización se traspasarían al interior de improvisados barretines y en rápidos encuentros clandestinos denominados «puntos de contacto».

En esa reflexión que se originaba en su Comisión Política, el MIR hacía una evaluación con más elementos sobre lo sucedido ese primer día:

Nuestra respuesta no fue la esperada, pero nuestra apreciación es que hicimos todo lo que las condiciones objetivas permitían. Tres cuestiones debilitaron

enormemente nuestra capacidad de respuesta: el estado de ánimo de las masas y de la tropa después de semanas de inicio de la capitulación del gobierno, la sorpresa y la poca resistencia del gobierno y de la UP, que era el tiempo orgánico con que contábamos para constituir nuestra fuerza. Todo esto se expresó en lentitud relativa en la construcción de las unidades operativas y de las fuerzas centrales, lentitud y a veces imposibilidad en la constitución de la masa armada… y a pesar de que nos tomamos dos radios, no funcionaron, interferencia de las FF.AA. en las radiocomunicaciones, allanamiento de la casa de acuartelamiento de la CP en la misma mañana, etc[36].

El nombre de Andrés Pascal Allende ya había aparecido en uno de los primeros listados de la junta militar, por lo tanto él sabía que comenzaba la cacería. La noche del 11,

la sensación personal de este dirigente mirista era que: «Un mundo se venía abajo, tenía la sensación de que todo esto era como un cataclismo: no nos inmovilizaba, pero cambiaba muy bruscamente las vidas de cada uno. En lo familiar, Allende estaba muerto y era muy seguro que iban a tomar presa a mi madre».

En el PS, en tanto, la situación no era muy distinta. Décadas después, ya octogenario pero muy lúcido, Carlos Altamirano le expresaría al historiador Gabriel Salazar:

Hay que decirlo: fue un golpe letal, porque no solo fue un simple golpe militar, sino además un golpe sicológico, sociológico y afectivo, que no solo golpeó a los alrededores del Estado, sino también fuera y dentro de nosotros mismos. Nos cambió no solo la vida política, sino la vida cotidiana, la vida privada, la identidad de uno mismo. Nadie estaba pre-parado para un golpe de Estado que tuviera ese tipo de impactos, que te trastornara hasta la psiquis, hasta los pensamientos más íntimos. Y eso que fue, como habría dicho Gabriel García Márquez, la «crónica de un golpe anunciado». Muchos sabíamos que venía, pero no así, en esas proporciones, con ese alcance mortal[37].

Lo más sorprendente de ese balance estará referido a cómo Altamirano apreciaba las implicancias de la muerte del exmandatario, en conversaciones con el propio Allende:

«Salvador» —le dije muchas veces cuando hablaba de su muerte— «ése es un problema estrictamente tuyo, que lo resuelves tú mismo, pero ¿qué pasará entonces con este tremendo proceso que hemos iniciado y que has dirigido tú; qué pasa con la Unidad Popular, qué pasa con las masas populares que nos apoyan? Tú eres el líder. Si tú desapareces del escenario, ¿qué ocurrirá con todos esos problemas? ¿Cómo se resolverán?»[38].

En todo ello estaba implícita una suerte de orfandad, la misma que sentirán los rehenes de La Moneda, enterados de la muerte del Presidente mientras aún permanecían tirados en el suelo y expuestos al escarnio de las tropas; la misma que sentirán luego en las caballerizas del regimiento Tacna y luego cuando, dramáticamente amarrados con alambres y apilados como paquetes, irán en un camión Pegaso rumbo a la muerte, sin ninguna alternativa posible, salvo enfrentarla con dignidad y entereza.

Seguramente, habrá quienes no entenderán la racionalidad de las decisiones de la dirección del PC ese día 11 de acordar un repliegue inmediato, sin siquiera considerar la

posibilidad de hacer gestos de resistencia frente a los acontecimientos desatados esa mañana. Aunque esa decisión fuera absolutamente coherente con sus lineamientos políticos de ese momento. Tampoco el temprano repliegue evitaría más tarde ser foco de una encarnizada represión que costaría la libertad y la vida a varios centenares de sus más experimentados cuadros de dirección. Pero esa decisión tampoco les impediría sacar las lecciones sobre esos sucesos en los años por venir: «La mortandad habría sido varias veces mayor, habrían caído miles de militantes de nuestro partido en un combate perdido de antemano, porque como todos sabemos, no se trataba de luchar contra una facción alzada», diría el informe al Pleno de agosto de 1977[39]. Para el historiador Rolando Álvarez este último aspecto es el principal argumento que explica por qué el PCCH optó por el repliegue y no el combate frontal.

Como luego lo reconocería en sus memorias su máximo dirigente Luis Corvalán:

Se pensó, aun después de la dimisión del general Prats como comandante en jefe del Ejército, que el gobierno contaría con al menos algunas unidades militares en caso de golpe de Estado. Como ya lo decíamos antes, toda la planificación de resistencia pasó por esta hipótesis y nunca se barajaron seriamente otras posibilidades. [...] Luego acuñamos una frase que se hizo igualmente célebre, la del vacío histórico en la política de nuestro partido [...] el partido carecía de una posición en el terreno militar [...] hubo pues demasiada tolerancia con la derecha sediciosa y los grupos fascistas [...] en un primer periodo que siguió al golpe de Estado la culpa de la derrota se cargaba a la cuenta de la ultraizquierda, principalmente representada por el MIR. Los partidos de la UP, sin siquiera haberlo discutido, aceptamos de hecho dejar en manos del presidente de la república todo lo relativo a las cuestiones militares[40].

BREVE EPÍLOGO PARA LOS VENCIDOS

En el epílogo, el recuento del fin de este día martes es diverso. En el regimiento Tacna, tirados boca abajo sobre los adoquines están Silvio, Juan Osses y Juan Seoane. Muy cerca, se encuentra Celsa Parrau, quien está junto a un numeroso grupo de mujeres prisioneras y ya los ha visto. Allí hay un numeroso grupo de combatientes del GAP, algunos asesores del presidente y los detectives de la Escolta que permanecieron juntos y dirigidos por Seoane. Ninguno tendrá ninguna claridad sobre qué le sucederá en las próximas horas.

En la Posta de Maipú se encuentra el Chino Bertín, que está herido y fuera de peligro; pronto lo trasladarán a la Posta Central. En otra habitación está grave su compañero, el Guajiro. Nada sabe en esos momentos de los demás compañeros del Comité Local. Diego, Guillermo Rodríguez, en algunas horas más será detenido por una patrulla militar.

Agustín se encuentra en una improvisada casa de seguridad junto con su cuñado Sergio Parrau y otros compañeros. Le preocupa no saber nada de Celsa. Pero

también tiene plena conciencia de que desde hoy su tarea es aún mayor. Agustín ha sido un

comandante en terreno. Individualmente ha demostrado ser el jefe político con mayor destreza para reunir, conducir y aún replegar al destacamento armado más numeroso de la jornada.

El cadáver de León, Eduardo Ojeda Disselkoen, al igual que el de Francisco Cattani Ortega permanecerán botados en la calle. El primero cerca de la industria Indumet y el segundo en una calle de La Legua, al igual que los de otros muertos. El entonces Instituto Médico Legal estará sobrepasado esos días, hasta que en un furgón de Carabineros lleven sus restos. A León, desde el día siguiente lo comenzará a buscar la Rucia Marchi, su compañera, y su madre y hermana.

Miguel Enríquez, Andrés Pascal y Enérico García se separarán esa noche desde la casa de Gran Avenida. Miguel cumpliría con esa promesa que se hizo desde muy joven y también con lo que le manifestó por teléfono Salvador Allende esa mañana.

Por la tarde, el teniente Carlos Pérez, del regimiento Buin, ya ha sido arrestado, separado de su familia y pronto será trasladado al regimiento Tacna para iniciar sus torturas. Tratando de rescatarlo del arresto, será aprehendido uno de sus soldados-ayudantes Mario Gho Alarcón, quien luego será fusilado por efectivos de ese regimiento. En tanto, el subteniente Santiago Bulnes se encuentra en la Escuela Militar intentando «pasar piola».

Elena Araneda, la Nena, junto a otras dos compañeras al final del día encontrarán a una conocida en una ranchita en La Reina Alta, en Valenzuela Puelma al llegar a Ossandón. Están muy cansadas y tienen hambre.

En Barrancas, Keltehue y algunos de sus compañeros de esa jornada permanecerán varios días en una casa solidaria de la población La Estrella.

Luisito está herido y mareado, no ha recibido atención médica y se irá junto con Patricio Quiroga luego del balance nocturno en la industria Madeco. Quiroga logrará replegarse para seguir activo en la clandestinidad.

Soledad Blanco está junto a su madre en una de las casas cercanas a Tomás Moro, allí también se encuentra Milton Silva. En ese lugar y en la noche, al ver la televisión, la pequeña comenzará a entender algo de todo lo ocurrido ese día.

Al día siguiente Milton saldrá a tratar de seguir activo. Joaquín, Julio Soto, se replegará a un departamento en Villa Olímpica. Semanas más tarde caerá preso y será torturado en diversos lugares. Leonardo Cáceres, el periodista de la radio Magallanes, se reunirá con su familia y ya no volverá a su casa en Tomás Moro.

Carlos Altamirano está en una precaria situación en una casa de Gran Avenida. En Ñuñoa, Luis Corvalán se encuentra en la misma situación, pero este ya tiene la certeza de que otra dirección ha asumido.

Al final, en este recuento sobre los vencidos, quizás habría que inventar una categoría especial poniéndose en el lugar contrario, para así incluir a miles de jóvenes que ese martes 11 y después vieron truncadas sus vidas, cuando no simplemente las perdieron. Pensar en esos miles de jóvenes soldados conscriptos que habían sido llamados a realizar el Servicio Militar Obligatorio o que se presentaron para tener una alternativa laboral cuando en sus casas los jodían porque no buscaban trabajo. Muchos cometieron crímenes y jamás se recuperarían de esas experiencias. Transcurridos cuarenta años, aún claman atención de parte del Estado y sus instituciones que los utilizaron a los dieciocho o veinte años de edad. Como lo relatara un reportaje del semanario The Clinic, ellos aún están allí y esperan. Es una generación perdida:

Muchos apenas habían cumplido dieciocho años y no entendían lo que pasaba en el país. Pero estaban armados y una mañana se despertaron metidos en una guerra en que no habían enemigos aunque sí muchos blancos a los que disparar. Fueron tres mil, y coparon calles, repartieron culatazos, violaron mujeres, mataron y murieron bajo las órdenes de los generales golpistas de Pinochet. Hoy están hechos bolsa, viejos, amargados y algunos alcoholizados. Esta es la generación maldita que invadió Santiago y lo que les sucedió a partir de ese 11 de septiembre[41].

MÁS ALLÁ DE UN MINISTRO EN VISITA

Beatriz Pedrals García de Cortázar fue la fiscal judicial de la Corte de

Apelaciones de Santiago a quien correspondería hacer el «requerimiento con el objeto que se investiguen los hechos y circunstancias de la muerte de don Salvador Allende Gossens». Y será ese el momento en que fue nombrado ministro en visita extraordinaria el magistrado Mario Carroza Espinoza. En este esfuerzo han concurrido diversos abogados de derechos humanos, agrupaciones de familiares y otras instancias que impulsaron esta decisión.

El 8 de marzo del 2011 se oficiaba al jefe del Estado Mayor General del Ejército «a fin de que por su intermedio se informe el personal militar que ingresó a La Moneda el día ١١ de septiembre, luego de su bombardeo»[42]. Desde ese momento se requerirán antecedentes certeros a las Fuerzas Armadas y todos los intentos se fueron estrellando contra un muro infranqueable que repetirá una y otra vez: no hay antecedentes.

Desde el Archivo General del Ejército le responderán al ministro Carroza que por razones históricas están solo los correspondientes al año 1900 hacia atrás en esas dependencias. Los posteriores a 1900 están en cada unidad militar o regimiento. Entonces se revisan los Boletines del Ejército del año 1973, y el Boletín N° 37, de la semana del 10 de septiembre, no contendrá información relevante para la investigación judicial[43].

El ministro insistirá: pedirá los Diarios de Guerra al ministro de Defensa de la época, Andrés Allamand. Este se los pedirá a su vez a los comandantes en jefe. Estos responderán que no hay nada en el Archivo General del Ejército de calle Zenteno 45 y que podrían estar en los respectivos regimientos. Y desde los regimientos Tacna, Yungay, Buin y Tejas Verdes se dirá lo mismo: no existen esos Diarios de Guerra[44].

Lo mismo sucederá con la Fuerza Aérea respecto de la identificación de los pilotos de los bombarderos Hawker Hunter. El coronel Rafael Carrere Poblete responderá caballerosamente los oficios e incluso se trasladará a regiones a investigar. El resultado siempre será el mismo: no existen registros o archivos[45]. El general Rojas Vender declarará: «No puedo asegurar cuáles fueron los pilotos que participaron en las operaciones de ese día. Por razones de seguridad en las operaciones utilizábamos nombres supuestos, por ejemplo yo fui conocido como Rufián»[46].

El 12 de abril del 2011 el comandante en jefe de la FACH, general Jorge Rojas Ávila, le dirá al ministro: «No disponemos de registros o archivos», y solo

reenviará el nombre del jefe del Grupo 7: López Tobar[47].

El general Arellano Stark no podrá declarar porque a sus ochenta y nueve años tendrá certificados médicos que acreditarán una demencia senil[48] y los otros mandos ya estarán fallecidos.

En medio de la investigación por las circunstancias de la muerte del presidente, en una demolición en Vitacura, se encontrará un expediente de doscientas páginas en la que había sido la casa del coronel de Justicia José Ried Undurraga, exrelator de la Corte Marcial. Al ser ofrecido en un aviso por el dueño de la empresa de demoliciones, los investigadores darán con el poseedor y este lo entregará voluntariamente al ministro.

¿Pero qué podrá hacer solo un magistrado ante el espesor de este muro? El ministro Mario Carroza no tiene ninguna relación o implicancia con los acuerdos explícitos e implícitos de la transición chilena. Quizás podría extrañarse de encontrar tantos oficiales que protagonizaron el cerco y asalto al Palacio de La Moneda y que culminaron sus carreras militares como generales. O quizás tampoco explicarse cómo Rufián, el general Fernando Rojas Vender, uno de los pilotos que bombardearon el Palacio de La Moneda, pudo llegar a comandar su institución nombrado por el segundo mandatario de la restablecida democracia: el presidente Eduardo Frei Ruiz-Tagle y su ministro de Defensa, Edmundo Pérez. O posiblemente sorprenderse de que el redactor de los bandos militares y parte del círculo inmediato de los golpistas, el periodista Federico Willoughby, haya podido desempeñarse como asesor del presidente Patricio Aylwin. Pero el extremo de todo ello será una suerte de coartada que este individuo declarará ante el tribunal, quizás para expiar su compromiso y responsabilidades en dictadura. Willoughby declaró:

Debo indicar que, como asesor directo del presidente Aylwin, participé en lo relativo a proceder a preparar y efectuar los funerales de Estado del presidente Allende, mediante una ceremonia de unidad nacional en la cual el presidente Aylwin aclaró su posición en los hechos de la historia y llamó a que esta fuera una lección de los efectos que puede tener la exaltación de las pasiones políticas. Los días 11 de septiembre de cada año se celebraba una misa en la capilla de La Moneda, donde participaba con la viuda de Allende, con sus hijos y nietos, y a la que asistían colaboradores del expresidente[49].

Porque los contrastes son fuertes e interpelan, Juan Seoane Miranda, que permaneció junto al mandatario hasta el final, recuerda las circunstancias posteriores a su detención, despido de Investigaciones y su salida del país:

Nunca Investigaciones me reivindicó formalmente, de ninguna forma. Nunca nadie en Investigaciones hizo algo como lo que hicimos nosotros. Y nuestros compañeros que llegaron a los más altos rangos, como son Gallegos, que llegó a ser prefecto

inspector jefe de Inspectoría General, y Sotomayor y Henríquez, que llegaron a ser subdirectores operativos, nunca ellos pudieron acceder al cargo de director general. Ni Lagos ni Bachelet se atrevieron a nombrar a Henríquez o a Sotomayor, por miedo. Ojalá esto fuera expuesto en las clases de la PDI, pero no lo creo. Hemos recibido homenajes de otras partes. Ahora no queda nadie en servicio de los que estuvimos en La Moneda[50]*.*

En ese contexto, que no existan Diarios de Guerra u hojas de vida en los archivos y museos de las FF.AA. es accesorio o quizás solo un reflejo de la postdictadura. Hay quienes han dicho que la transición fue extremadamente magnánima con los responsables de la dictadura y por lo mismo prefirió ignorar a personas como Juan Seoane. Por ello es adecuado citar la descarnada interpretación de esos sucesos de la ensayista Diamela Eltit:

El escenario del 11 de septiembre fue, especialmente, una escenografía ornamentada, tiznada, travestida de valores patrióticos que, en realidad, solo buscaba la implantación de un capitalismo radical, camuflado detrás de discursos estereotipados que nombraban sin cesar la patria, el orden y la integridad de la familia chilena mientras se extendían, clandestinos, los espacios de la reclusión y el despido masivo de los trabajadores no adictos al sistema[51]*.*

EL PRESIDENTE ALLENDE Y EL SUBTENIENTE VÁSQUEZ NANJARÍ

Manuel Vásquez Nanjarí tiene veintidós años y no le ha sido fácil convertirse en oficial del Ejército. En La Moneda le dieron la orden de custodiar en todo momento el cadáver de Salvador Allende, el expresidente de la república de Chile. No era cualquier orden, porque eso significaba que él era el único responsable si les pasaba algo a esos restos. ¿Y qué más podía sucederle ahora que estaba muerto? ¿Que sus partidarios robaran su cadáver? ¿Que sus enemigos más acérrimos afectaran la dignidad de sus restos? Tal vez. Porque este subteniente tiene muy claro que solo hasta hace algunas horas Allende era la primera autoridad del país, aun cuando ahora estuviese inerte, con el rostro desfigurado y sobre una camilla de campaña.

Al llegar al Hospital nos estaba esperando personal militar. No dejamos de custodiar el cuerpo, agregando que además nos correspondió presenciar el procedimiento, sin que se haya efectuado una autopsia propiamente tal, ya que solo recuerdo se revisaron las heridas que presentaba en su cabeza, sin recordar que haya presentado otras lesiones, diligencia que se prolongó hasta altas horas de la noche, ya que, una vez que finalizó esto, terminó mi misión, permaneciendo el cuerpo en dicho lugar, regresando a mi unidad alrededor de las 04:00. Allí informé lo ocurrido al coronel Ramírez Pineda, desconociendo qué ocurrió posteriormente con los restos del presidente Allende[52].

El miércoles 12, Vásquez Nanjarí le contaría todo lo vivido a un oficial amigo: Jorge Herrera López, quien lo encontraría notablemente afectado[53].

Finaliza este día martes 11 de septiembre de 1973, día en que se refundó Chile[54].

Desde lejos aún resuenan las palabras pronunciadas por Salvador Allende ante una Alameda copada de pueblo desde la Estación Central hasta Plaza Italia. Hace poco más de tres años, un 4 de septiembre de 1970, desde un balcón de la FECH, él decía:

Con profunda emoción les hablo desde esta improvisada tribuna por medio de estos deficientes amplificadores. ¡Qué significativo es —más que las palabras— la presencia del pueblo de Santiago que, interpretando a la inmensa mayoría de los chilenos, se congrega para reafirmar la victoria que alcanzamos limpiamente en el día de hoy.

Más adelante Allende dirá a la multitud reunida: «Yo les pido a ustedes que comprendan que soy tan sólo un hombre, con todas las flaquezas y debilidades que tiene un hombre» Y terminará sus palabras diciendo: «A la lealtad de ustedes, responderé con la lealtad de un gobernante del pueblo: con la lealtad del compañero presidente»[55].

notas

[1] Diamela Eltit, «Las dos caras de La Moneda», Revista de Crítica Cultural 17, noviembre 1998.

[2] Causa Rol N° 77-2011, fojas 1644.

[3] Willoughby, La Guerra, 159-160.

[4] Augusto Pinochet Ugarte, Camino Recorrido. Memorias de un Soldado, tomo II (Santiago: Imprenta Instituto Geográfico Militar de Chile, 1991), 17-19.

[5] Sánchez, Informó... Claudio Sánchez, 78.

[6] Genaro Arriagada, De la vía chilena a la vía insurreccional (Santiago: Editorial del Pacífico, 1974) y Pedro Varas Lonfat, Chile: objetivo del terrorismo (Santiago: Instituto Geográfico Militar, 1988).

[7] Presentación del Ejército de Chile a la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, Tomos I, II, III y IV, 1990, 547.

[8] Ver Ignacio Vidaurrázaga, «La mala memoria del nuevo edificio del Ejército», El Mostrador <www.elmostrador.cl/opinion/2012/06/20/la-mala-memoria-del-nuevo-edificio-del-ejercito>.

[9] Entrevista a Juan Osses.

[10] Ibíd.

[11] Ibíd.

[12] Ibíd.

[13] Ibíd.

[14] **Entrevista a Celsa Parrau.**

[15] **Entrevista a Juan Seoane.**

[16] **José Modesto Amigo Latorre, El Malo, fue un destacado militante del MIR. Muere en Padre Hurtado el 28 de noviembre de 1986 en un supuesto enfrentamiento con carabineros.**

[17] **Entrevista a Javier Bertín.**

[18] **Ibíd.**

[19] **Ibíd. «Después en la fiscalía me enteré de la condena que se me hizo por maltrato de obra a personal de las FF.AA. Lo que me dio más pena es que, estando en la fiscalía, me encuentro con uno de los soldados que iba a declarar y me dice que él es mecánico y que una de las esquirlas le dio en la mano, entonces ya no podía manejar herramientas y había sido dado de baja como mecánico. En definitiva el tipo era un trabajador, un obrero, no un combatiente del enemigo y yo le dije: "Mire, yo siento mucho lo que le pasó, pero ese era un momento de combate y yo hice lo que tenía que hacer y usted hizo lo que tenía que hacer", y el tipo sin resentimiento, sin mala. Fue una relación fraternal que tuvimos con el militar ese».**

[20] **Ibíd. «Meses después en la cárcel supe por el Diego que era él el que iba pasando con otro compañero con dos o tres fierros en la mano y este le dice al otro: "Peguémosle un par de tiros a esta huevá", y disparan y arrancan. Eso me salvó de que me sacaran la chucha».**

[21] **Ibíd.**

[22] **Ibíd.**

[23] **Ibíd.**

[24] **Ibíd. «Como al segundo día llega una doctora y me preguntó por mis heridas y me dijo: "Su familia le mandó saludos". Tiempo después supe que era la hija de un amigo médico de mi papá que la habían contactado para que ella fuera a verme y viera en qué estado estaba. Mi madre llegó al tercer día a verme, se veía preocupada pero íntegra. Le pregunté por mis hermanos y me dijo que ella había decidido que solo ella saldría a verme y los obligó a quedarse en casa, pese a ser bastante mayores que yo. Mi idea era fugarme y en ese momento no estaba esposado todavía, por lo que le pedí a mi mamá que me trajera ropa y zapatos. Al día siguiente me los trajo y yo me estaba preparando para echarme a volar, pero llegaron los pacos y me esposan a la cama así es que ahí quedé».**

[25] **Rodríguez Morales, De la Brigada, 137.**

[26] **Entrevista a Javier Bertín.**

[27] **Rodríguez Morales, De la Brigada, 133. Horas después, Diego será detenido por una patrulla militar.**

[28] Revista Ercilla 1991, 26 de septiembre de 1973.

[29] Declaraciones de Javier Palacios en Causa Rol N° 77-2011, fojas 1818.

[30] Causa Rol N° 77-2011, fojas 1152.

[31] Sergio Marras. Confesiones: Entrevistas de Segio Marras (Santiago: Ornitorrinco, 1988), 110 y 111.

[32] Cuesta imaginar, transcurrido el tiempo, la magnitud de las operaciones militares que acontecieron en Santiago a partir del 11 de Septiembre. Pero es posible aproximarse a dimensionarlo. Y para hacerlo el bando nro. 26 del día 12 evidenciará la magnitud de los despliegues de las fuerzas militares <http://www.derechoschile.com/Areastematicas/legal/bandos/bando26.htm>.

[33] Dagoberto Pérez, secretario de la Dirección Regional Santiago para el Golpe. Muy pronto sería coaptado para integrar la CP del MIR. Morirá en una parcela en Malloco, protegiendo la salida de sus compañeros en 1975. La represión se ensañará con sus hermanos y hermanas y varios morirán producto de una cacería focalizada en su familia. Su nombre político en clandestinidad sería Américo.

[34] Entrevista a Andrés Pascal.

[35] Entrevista a Patricio Rivas.

[36] La Táctica del MIR en el actual período (Santiago: 1973), 293.

[37] Gabriel Salazar, Conversaciones con Carlos Altamirano. Memorias Críticas (Santiago: Debate, 2010).

[38] Ibíd.

[39] Álvarez, Desde las sombras, 71.

[40] Corvalán, De lo vivido, 156-158 y 163.

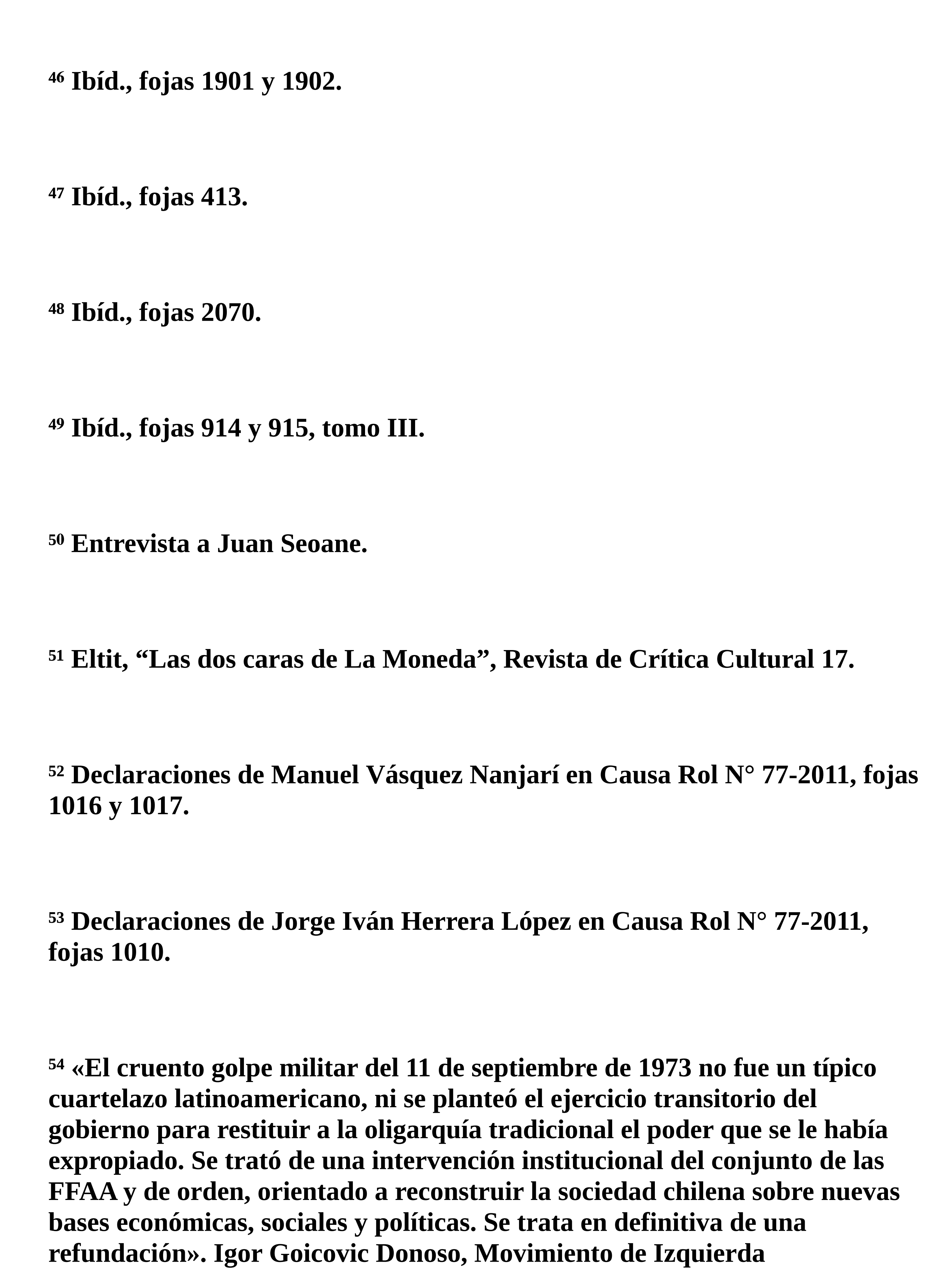
[41] Rojas y Celis, "Los soldados que asaltaron Santiago", The Clinic.

[42] Causa Rol N° 77-2011, fojas 245.

[43] Ibíd., fojas 318.

[44] Ibíd., fojas 1241.

[45] Ibíd., fojas 775.



[46] Ibíd., fojas 1901 y 1902.

[47] Ibíd., fojas 413.

[48] Ibíd., fojas 2070.

[49] Ibíd., fojas 914 y 915, tomo III.

[50] Entrevista a Juan Seoane.

[51] Eltit, “Las dos caras de La Moneda”, Revista de Crítica Cultural 17.

[52] Declaraciones de Manuel Vásquez Nanjarí en Causa Rol N° 77-2011, fojas 1016 y 1017.

[53] Declaraciones de Jorge Iván Herrera López en Causa Rol N° 77-2011, fojas 1010.

[54] «El cruento golpe militar del 11 de septiembre de 1973 no fue un típico cuartelazo latinoamericano, ni se planteó el ejercicio transitorio del gobierno para restituir a la oligarquía tradicional el poder que se le había expropiado. Se trató de una intervención institucional del conjunto de las FFAA y de orden, orientado a reconstruir la sociedad chilena sobre nuevas bases económicas, sociales y políticas. Se trata en definitiva de una refundación». Igor Goicovic Donoso, Movimiento de Izquierda

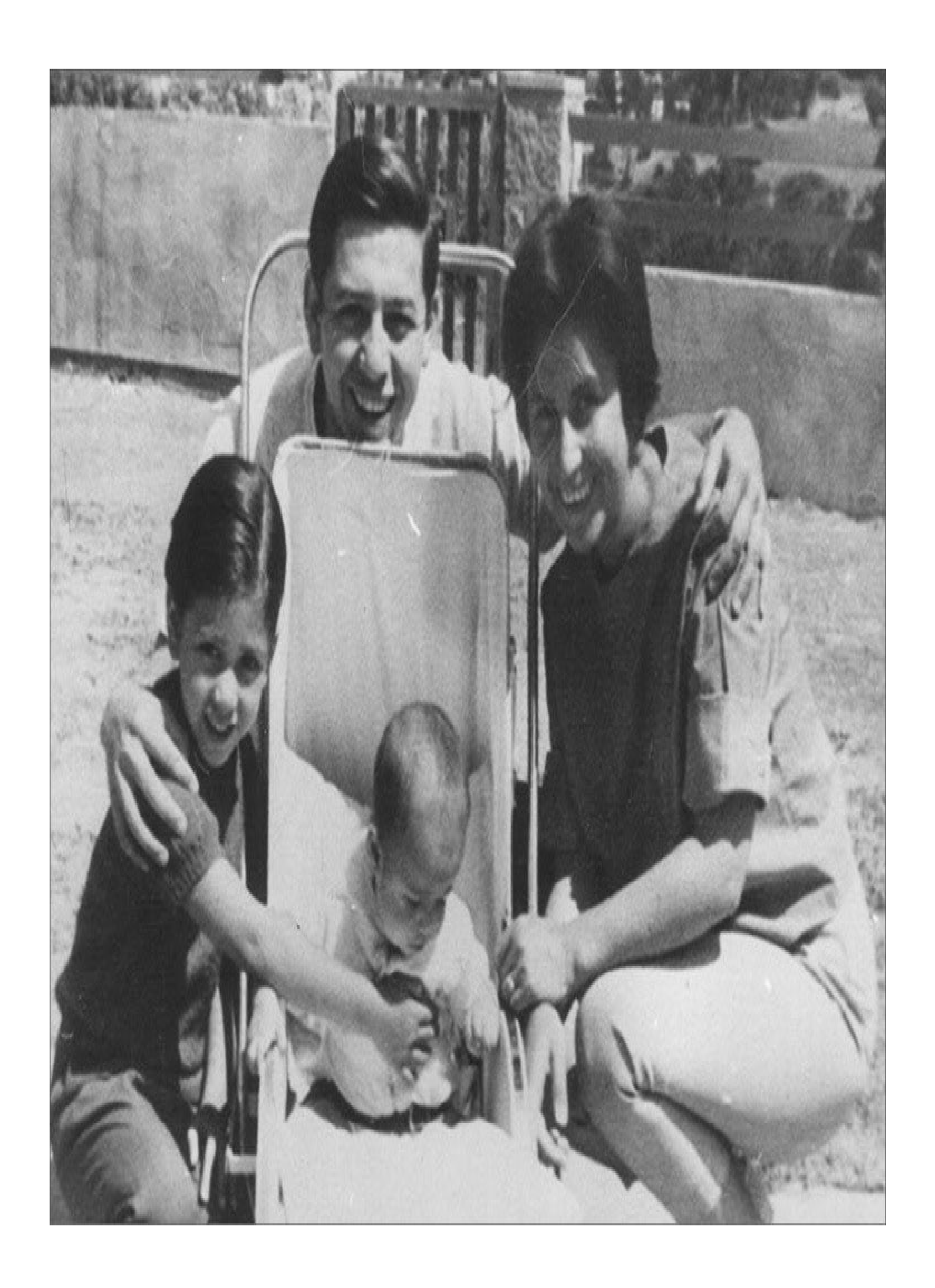
Revolucionaria (Concepción: Ediciones Escaparate, 2012), 39.

[55] Cuadernos de Marcha n.º 74, Allende, compañero presidente (Uruguay).

PARTE II

ENTREVISTAS

Celsa Parrau Tejos, la compañera de «Agustín»



—¿Qué te condujo a tus opciones políticas?

—No es fácil definir los factores que me hicieron tomar la opción política que ha orientado mi vida, porque fue un lento despertar a la realidad que enfrentaba nuestra sociedad. Entre ellos, podría decir que la vida familiar dejó una huella profunda en mí. Además, en forma muy jocosa he dicho que soy así, que no podría actuar ni pensar diferente, porque nací junto con el triunfo del Frente Popular y la presidencia de Pedro Aguirre Cerda, en 1938.

Mi padre, Óscar Parrau, fue fundador del Partido Socialista y anteriormente estuvo en el gobierno de los cien días de Marmaduke Grove. Tuvo además un papel destacado en el desarrollo del Gremio de Contadores, al que perteneció. Su gran sentido social lo llevó a ser consejero de la comisión mixta de sueldos, que definía el sueldo mínimo de la época, desde más o menos 1942 en adelante. Él fue un ejemplo a seguir que nos dio una orientación implícita de vida.

Otro factor importante fue la educación que recibimos. Los tres hermanos estudiamos en el Liceo Experimental Manuel de Salas, donde existía un gobierno estudiantil y compartíamos niños de distintos niveles sociales, razas, religiones, en un ambiente de mucha solidaridad y compañerismo. Allí conocí al que posteriormente fue mi marido y con quien hicimos un desarrollo y maduración de nuestra vida de pareja. Arnoldo tuvo desde muy joven gran interés por la lectura y por organizar distintas actividades en nuestro entorno. Poco a poco fuimos compartiendo intereses y en ese camino ingresamos a la BUS —Brigada Universitaria Socialista—, lo que en mi familia no era extraño. Fuimos enfrentando visiones y compromisos sociales y políticos cada vez más profundos.

Más tarde abracé una profesión, en la práctica de la salud pública, que me muestra las crudas condiciones de vida de un gran segmento de nuestra población y que se ha acrecentado en estos años a partir del golpe cívico-militar.

Todo eso me permitió crecer en un círculo familiar y de amigos con similares inquietudes y con grandes deseos de aportar a la construcción de una sociedad más humana y solidaria.

—¿Cómo era el ambiente en la casa de ustedes previo al 11?

—Para Arnoldo estaba muy claro que el Golpe venía, por lo que algunos días antes decidimos dejar nuestro departamento y nos fuimos a vivir con mis padres a la calle Portugal. Mi padre era amigo del presidente Allende, entonces estábamos muy comprometidos.

—Compártenos cómo era Arnoldo Camú. Hasta ahora se conoce muy poco de su vida.

—En el liceo se destacaba porque tenía un carácter muy fuerte. Fue desde muy niño un buen lector. Éramos compañeros de curso en el Liceo Manuel de Salas. Allí hay una placa en que se recuerda a los exintegrantes de la comunidad caídos. Él siempre andaba organizando cuestiones deportivas, fiestas, idas a la piscina, a los conciertos. Yo tenía como catorce o quince años, estábamos en tercero de humanidades en esa época. Arnoldo tenía un año más que yo cuando llegó al liceo. Empezamos a pololear cuando terminamos el quinto año de humanidades y estuvimos juntos todo el sexto. Después, en la universidad, en la Chile, ambos militábamos [en el Partido Socialista]. Yo entré oficialmente para el Congreso de Unidad del 57, pero él estaba militando desde antes, cuando entró a la BUS.

Como él era el hijo mayor, siempre se consideró responsable de sus hermanos. Por ello fue muy apoyador con su madre, especialmente porque su padre permanecía algún tiempo fuera de casa por su trabajo. La familia era muy importante en su vida, considerando a sus padres, hermanos, a nuestros hijos, a mis padres, con quienes tuvo una estrecha relación, especialmente con mi padre,

probablemente debido a la afinidad política que desarrollaron con los años. Recuerdo que mis padres lo conocieron cuando él tenía catorce o quince años, desde ese tiempo visitaba nuestro hogar. Arnoldo era serio, pero tenía sus momentos en que era alegre e ingenioso, bueno para la talla y muy afectivo, solidario, organizado en su vida cotidiana.

—¿Y la relación de ustedes con Salvador Allende?

—El nombre de Allende me fue familiar muy temprano. A él lo conocí más o menos el año 66, cuando yo era dirigente del Colegio de Enfermeras y de la FEPROTEC[1] e hicimos una huelga grandota. Ahí fuimos a hablar con Salvador Allende, que era senador. Después lo encontré en distintos momentos.

Me marcó mucho el viaje que hicimos a Moscú el año 67 a la celebración de los cincuenta años de la Revolución de Octubre. Fuimos Arnoldo, mi padre, mi madre y yo. Mis padres antes habían participado en un Congreso de Contadores en Inglaterra, porque él era dirigente gremial allí, y luego nos juntamos los cuatro en Moscú. Tocó la casualidad de que Allende con la «Tati» andaban por allá esos mismos días. Ellos venían de Cuba. Recién había muerto el «Che», era 1967.

Fue en ese viaje que Arnoldo tomó un contacto más estrecho con la Tati. Recuerdo que ese día fuimos al hotel de Allende un grupo chico, como de ocho personas, y estuvimos conversando durante toda la noche de lo que pasaba en Cuba.

—¿Cómo fue tu apresamiento en el regimiento Tacna?

—Llegamos en la noche del día 11 de septiembre. Éramos cerca de cien mujeres. Nos vigilaban soldados. Estuvimos dos días, porque nos liberaron el 14, el día que sacaron a los otros compañeros que estuvieron en La Moneda a Peldehue.

Nos encerraron en un lugar con puertas de madera, pero sentimos el ingreso de unos camiones y por una rendijita alcanzamos a ver cuerpos tendidos cubiertos por una lona. Se veía un relieve y la lona encima. Me parece que fueron dos los camiones. Eso debe haber sido tipo once de la mañana, y un cuarto para las dos de la tarde nos liberaron a todas las mujeres.

No sé lo que pasó con una compañera de la radio Magallanes. Parece que a ella se la llevaron a otro lado. Después las demás quedamos todas libres y a ninguna la interrogaron, solo a ella. Ni siquiera nos pidieron los carnés, porque todos los documentos se los habían quedado los carabineros de San Miguel, incluidos nuestros bolsos con efectos personales y dinero.

Recuerdo que nos daban una comida asquerosa en el Tacna. Los soldados que hacían la guardia eran un poco más asequibles, pasaban cigarrillos a algunas compañeras o pan de la ración de ellos, porque habíamos estado más de un día sin comer nada. Nadie se enteró de mi condición de enfermera y yo trataba de pasar lo más desapercibida posible, cuidando que pudieran señalarme como la compañera de Arnoldo Camú, porque estábamos casados legalmente. Simplemente yo pasé como una más de las personas detenidas en Indumet.

—¿Qué sucede después de que te liberan?

—Salgo del Tacna y me voy a la casa de mis padres caminando por una ciudad desértica. No tenía nada de dinero, porque nos quitaron todo cuando nos detuvieron. Llego donde mis padres y están mis hijos, a ellos no les cuento nada. Mi padre me dice que no podíamos quedarnos allí. Luego me dijeron que Arnoldo había llamado para preguntar por mí y que si me veían me dijeran que no me quedara en esa casa, porque habían caído unos documentos con mi nombre, que deben haber sido del auto que quedó en Indumet.

Ese Peugeot se lo llevaron los militares y se lo entregaron al general Agustín Toro Dávila, que lo usó permanentemente. Primero me dijeron que me lo iban a devolver y me mandaron a verlo a la Maestranza del Ejército, por Quinta Normal, porque ellos decían que lo habían desarmado por completo cuando buscaban las armas que supuestamente tenía bajo los asientos. Pero nunca se

pudo recuperar, ni siquiera le cambiaron la inscripción, simplemente lo siguieron usando.

La noche del 14 voy a otra casa que me consiguen mis padres, muy cerca, en Carmen con Alameda. No tengo armas, la que tenía quedó en Indumet, porque los compañeros se llevaron las armas para seguir combatiendo.

Poco después de salir del Tacna me contacté con Arnoldo casi todos los días. Ya no volvimos a la casa de nuestros padres. Arnoldo no había sido llamado por bando, aunque sabíamos que lo buscaban. En el día él salía a hacer sus actividades y otras veces me mandaba a mí. Cada noche dejábamos un punto de contacto pendiente para el día siguiente y así había que buscar alojamiento cada día. Estuvimos vagabundeando esas semanas en distintos lugares. En esos encuentros también me fue contando lo que pasó en La Legua con la micro de Carabineros y con Lucho Cattani.

—¿Qué has podido reconstruir de las circunstancias de su detención?

—Tiempo después supe que había sido detenido junto a otro compañero: Ernesto Gutiérrez. Pasan algunos años y es Ernesto quien me manda una carta relatándome la caída de Arnoldo. Ahí entro a sospechar que hubo una delación, porque llegan con Arnoldo a un punto a juntarse con otro señor, que andaba en una camioneta roja, y cuando el tipo se junta con Arnoldo llegan los del SIM[2] y a ese otro no lo detienen y se llevan a Arnoldo y a Ernesto. Luego Arnoldo trata de zafarse y le disparan dentro del auto. Muere de inmediato, al parecer.

—¿Cómo andaba vestido?

—Cuando lo matan andaba con un terno que le habían pasado. Yo todavía lo tengo. Tiene los orificios de las balas. Lo recuperé en la Posta Central, porque después de que lo matan lo llevan para allá, pensando que estaba herido solamente. Allí constatan su muerte y queda ahí el cuerpo. Entonces le sacan la ropa y yo, después de un tiempo, ya sabiendo que estaba muerto, empiezo a retroceder qué había pasado con él y me encuentro con que había estado en la

Posta Central. Yo había trabajado ahí, por lo que me fue fácil acceder a documentos y conseguirme su ropa.

—¿Cómo te enteras de que Arnoldo está muerto?

—Pasaron más o menos quince días. Alrededor del 10 de octubre él no llega y yo empiezo a sospechar que estaba detenido o muerto. Yo tuve esa sospecha porque él siempre pensó en pasar a la clandestinidad, pero era muy extraño que no me compartiera cómo estaba, porque teníamos formas de llamarnos a través de la casa de un familiar mío, nos dejábamos mensajes, como un buzón, pero eso era para casos de extrema urgencia. Pero él nunca llamó y lo empiezo a buscar. Primero voy hasta el Ministerio de Defensa a revisar las listas de detenidos. Luego me voy al Servicio Médico Legal, logro entrar a ver una segunda vez y veo una cantidad de cadáveres todos acribillados, atravesados por balas, muy terrible, todos amontonados. No pude continuar tratando de reconocerlo ahí y salí, porque fue muy fuerte la impresión que tuve.

El día 10 me llama una compañera y me dice que vayamos al Servicio Médico Legal. Luego, y no sé por qué situación, ella va sola y me llama como a las tres de la tarde diciéndome que el cuerpo de Arnoldo estaba allí y que lo trasladaban al cementerio. En eso mi padre parte rápidamente. Me parece que fue el 10 de octubre, porque el 12 me entregan sus cenizas, ya que habíamos pedido que lo incineraran. Su cadáver lo reconocen mi padre y su hermano menor. Lo exhuman del patio 29 del Cementerio General porque ya había sido sepultado. De la morgue los habían trasladado a todos al cementerio en ataúdes, y mi padre me contaba que en cada ataúd había tres y hasta cuatro cuerpos. Y él allí reconoce a Arnoldo. Más detalles no sé. Entonces mi padre pide que lo incineren y el día 12 me entregan sus cenizas. Las cenizas las tendrán mis suegros hasta que yo vuelva del exilio, el año 85.

Lo extraño es que, como yo me muevo en salud, un tiempo después, cuando volví del exilio, recuperé todo su protocolo de autopsia del SML[3]. Es muy raro, porque le hicieron hasta la alcoholemia. Estaba segura de que al detenerlo tendrían muy claro quién era y qué hacía. Y son paradójicos los procedimientos que implementan con su cadáver en ese minuto. Le hacen autopsia, porque yo

encuentro ese informe manuscrito y transcrito a máquina. Era algo realmente descabellado que el Médico Legal hiciera un protocolo de autopsia en esos días. En el protocolo está todo. Muere instantáneamente de una bala que le atraviesa la médula y llega a su cerebro. Todo eso, en el futuro, me ayudará a tener cierta tranquilidad, porque yo sabía que la dictadura lo iba a moler.

—¿Qué haces luego de constatar que Arnoldo está muerto?

—Después sigo en contacto con los compañeros del partido. Tengo un contacto con Exequiel Ponce y con Gustavo Pus el 73 o principios del 74. Sigo trabajando con ellos hasta que cae todo el grupo de Renato Moreau, Pus, Aguilera, y caen en la casa por allá en la Gran Avenida. Ahí yo quedo casi desconectada.

Posteriormente me contacto con Gustavo Pus. Como el 10 de marzo me llama una compañera y me dice: «Tengo una persona que necesita hablar con usted, venga a tomar tecito». Voy con Eduardo Charmé y llego a esa casa. Era un departamento y nos damos cuenta que recién se habían llevado presa a la compañera. En la puerta me recibe un milico y me dice: «No está la señora». Entonces me sale una de esas cosas tontas que uno hace y que al final resultan, y le digo: «¿Y volverá pronto?». Y me responde: «Lo dudo. ¿Para qué la quiere?». «Es que ella me había encargado unos tejidos», le respondo. Y luego me desaparezco. En eso miro a Charmé, que estaba verde y no abrió la boca. Bajamos del departamento y tomamos la primera micro que pillamos y desaparecimos. Allí yo quedo desconectada de toda la gente y me insisten en que tengo que asilarme porque estaba muy marcada por Arnoldo. Entonces me llevan a la embajada cubana y de ahí a la embajada venezolana y salgo al exilio.

—¿Y tu retorno a Chile?

—Fue terrible mi llegada, porque fue justo cuando secuestran a los compañeros que después serían degollados, a fines de marzo del 85. A la bajada del avión se

acerca Marcela Otero, que va a recibir a su hermano, y nos cuenta que habían secuestrado a esos compañeros.

Siempre pensé en retornar luego de que me fui a Cuba a tratar de actualizarme en mi profesión. Mi hija se queda en Cuba casada y mi hijo quiso también quedarse con ella, porque habían vivido siempre ahí. Mi hija se llama Bárbara Andrea y mi hijo Álvaro León. Logré retornar luego de que mis padres insistentemente consiguieran la anulación de la prohibición de volver. Y eso salió como después de un año, a fines del 84, en plena época de protestas.

—Cuéntanos del homenaje que organizaste.

—Antes, me había preocupado de ubicar los restos de Eduardo Charmé, que estaban en un mausoleo familiar. Al final llevamos al Memorial los restos de Arnoldo y también los de Eduardo Charmé. El homenaje lo organizamos con un grupo de amigos, compañeros y la familia. Mi hijo hizo el lienzo grande con la foto de Arnoldo. Fue para los treinta años del asesinato de Arnoldo, el 2003, que fue lo primero que se hizo por su memoria.

Nada de eso surgió del PS. Allí hubo un cambio de línea y creo que la línea política de Arnoldo y su consecuencia incluso les molestan. Ellos están muy lejos de lo que hizo Allende y el PS de esa otra época.

Santiago Bulnes, subteniente y piloto del Ejército

—¿Por qué ingresas a la carrera militar?

—Porque mi padre me ofrece el Ejército o los curas, esas eran las alternativas. Yo tenía catorce años y estaba en plena pubertad, era muy rebelde al parecer y no me podían manejar. Mi padre decía: «O lo enderezan los curas o el Ejército». Yo pensé: «Prefiero el Ejército». Entonces estuve cinco años en la Escuela Militar. Entré con catorce años. En ese tiempo se podía ingresar en cuarto de humanidades. Estuve cuarto, quinto y sexto, tres años de humanidades, y después venían los dos cursos militares. Egresé como subteniente el 71 y mi primera destinación fue la Aviación del Ejército[4], que tenía como base el Aeródromo de Tobalaba, en La Reina.

Ese año salimos seis y al año siguiente otros seis más. Éramos los primeros pilotos militares formados propiamente ahí. La unidad tenía veintitrés oficiales. De ellos, once eran pilotos que formaban la naciente Aviación del Ejército. Cuando nosotros fuimos elegidos apareció uno de estos oficiales que estaban formando la Aviación preguntando quién quería ser parte de esa unidad. Yo era de Telecomunicaciones, debía irme a un regimiento de esa destinación y de pronto surge esta posibilidad. Entonces levanté la mano, me pareció interesante, aunque ya tenía la especialidad de paracaidista y mi arma era la de Telecomunicaciones. Me explico: el arma es la rama del Ejército en que te vas a desempeñar, y la especialidad son aquellas cosas a las que te puedes dedicar: ser comando o paracaidista, por ejemplo.

La Aviación del Ejército fue una alternativa posterior y tenía la ventaja de que te daban un 25 % de sobresueldo. Así, mientras yo estaba en la Aviación y volaba mi avión, tenía un 25 % extra en mi sueldo. Eso yo lo encontraba entretenido, además éramos «el correo de las brujas», o sea, nos enterábamos antes y de más cosas. En ese momento yo tenía apenas veinte años. Por ejemplo, me tocaba salir desde Santiago hacia Arica en un avión Piper de cuatro pasajeros. También había un Piper 170, un avión bimotor, que era de los más grandes, una especie de

aviones ejecutivos. En esos me tocó trasladar a coroneles, generales, etc.

En ese tiempo había una tremenda confusión con los aviones que nosotros volábamos, si estos eran del Club Aéreo o de la Aviación del Ejército. Más allá de que su logotipo dijera Ejército de Chile, eran los mismos que usaba el Club Aéreo. Entonces yo iba para allá y les pedía un avión para salir el fin de semana a pasear con mi polola, y era la misma nave que yo usaba durante la semana en tareas oficiales. Si alguien hacía una contraloría quedaba el despelote. Ahora creo que los aviones eran del Club Aéreo y se los prestaban al Ejército, con tal de que los mecánicos los mantuvieran y los pilotos del Ejército los volaran.

—¿Qué sucede para el tanquetazo en tu unidad?

—El 29 de junio, para el tanquetazo, yo estaba en la Escuela de Telecomunicaciones de Antonio Varas. Ese día se produce un tremendo desorden dentro de la Escuela porque había gente que quería salir y apoyar a los golpistas y otros que no queríamos. Después llegan las órdenes del comandante en jefe del Ejército y se ordena salir a dos unidades. Fue así: les dicen: «Teniente tanto, tome un vehículo y vaya a reprimir», y sucedió que los mismos que querían salir a apoyar tuvieron que salir a reprimirlos.

En los casinos de oficiales, en ese tiempo, se daban duras discusiones y después venían los argumentos como: «Pobre diablo nacido en cajón de azúcar, qué vienes a hablar de rotos, a qué clase social perteneces». El Ejército era de un arribismo... Su oficialidad era totalmente arribista. Si se revisan los apellidos de la oficialidad, vamos a ver que la gran mayoría eran apellidos que no figuraban en la historia, entonces su manera de ser alguien era estar en el Ejército, ser oficial y creerse que eran una clase superior. Ellos se sentían descendientes de la clase alta por el hecho de vestir un uniforme de cadetes de la Escuela Militar y, como las lolitas de Providencia los miraban, todo eso les daba un estatus.

En el Ejército muchos decían que eran apolíticos, pero por lo menos en la oficialidad todos tenían su opinión. La mayoría era de derecha, antiallendista, anti-Unidad Popular. Los independientes que no tenían ideología política no opinaban. Eso empieza a fines del 72. Luego las mujeres de algunos oficiales de

rango irían hasta a tirar trigo a la casa del general Carlos Prats.

—¿Cómo se vivió al interior del Ejército la muerte del general René Schneider?

—Nadie dijo nada. Yo estaba en la Escuela Militar y tuve que salir con las niñitas de algún colegio a hacer una colecta por el barrio alto para financiar el monumento al general René Schneider. Me daba vergüenza tener que andar pidiendo plata en la calle para un monumento y vestido de uniforme, no entendíamos nada. Mi opinión es que la muerte de Schneider no le importó a nadie.

El 72 ya se conversaba más de política adentro. La venida de Fidel Castro, el paro de octubre de los camioneros, se empieza a tomar bando entre los que estaban a favor de los camioneros y los que estaban en contra. A nosotros no nos tocó nunca salir a la calle. Yo le decía a mi padre que yo habría solucionado el conflicto de los camioneros sacando al Ejército, y se habrían peleado para siempre el Ejército con los camioneros. Lo que yo habría hecho, conociendo al Ejército, es decirle a un teniente: «Vaya y saque un camión, y el camión que está malo lo destruye. Entonces, lleven un regimiento de ingenieros con explosivos y pregunte: “¿De quién es este camión?”. “Mío”. “Salga por favor”. “No puedo, está malo”. Entonces lo dejamos chatarra, ¡pum! Le pone dos cargas de TNT[5] de un kilo y lo vuela. Va al segundo camión y dice: “Y este camión, ¿de quién es?”. “Mío”. “Sáquelo”. “No”. Lo vuela también. Tercer camión: “Y este camión, ¿qué tiene?”. “Sáquelo”. “Espere un momentito. Voy a buscar el repuesto y lo saco”». ¿O tú crees que el tercero habría dejado volar su camión también? Eso no se hizo. El Ejército en ese momento respondía a las órdenes superiores, por eso es que en junio del 73 la gente que estaba por el golpe de Estado recibió órdenes de salir a reprimir a los tanquistas y tuvo que salir sin chistar.

Después del 29 yo soy un subteniente que estaba metido con la masa en el patio del regimiento de Telecomunicaciones. Ahí comentábamos. Y uno me decía: «Vos, maricón de mierda, si haces alguna chuecura te voy a pegar un tiro». Y yo le respondía: «Vos me vai a pegar un tiro, maricón, por la espalda será, porque de frente no te atrevís». Esa era más o menos la discusión. Yo sabía que ellos

eran arribistas. La única manera era poner la pata arriba más rápido: «Qué venís a decir, si pa' eso yo soy un Bulnes. Qué me podís decir vos, un González, qué son los González, mis empleados se llamaban González». Y con eso, el año 73, todos estos oficiales me decían: «Yo creo que vos decís que soy comunista para sacarnos de quicio, porque cuando escucho tus argumentos tú eres más momio que todos nosotros».

—¿Crees que el gobierno de Allende pudo haber actuado distinto respecto del Ejército, para al menos haberle dificultado su alineamiento con el Golpe?

—En mi unidad, que era el regimiento de Telecomunicaciones, había golpistas que hablaban francamente de hacer un golpe de Estado. Mi padre informó eso en La Moneda. Ya había ocurrido el tanquetazo y esa denuncia con nombres y detalles la enviaron por conducto regular. Y así llegaría la información al Comando de Institutos Militares, donde estaba el general Guillermo Pickering, que yo, Santiago Bulnes, subteniente de la Escuela de Telecomunicaciones, había dicho que había oficiales golpistas dentro de la escuela el día del tanquetazo y que por favor investigara. Así siguió entonces que me llamó el comandante Pickering y me dijo: «¿Qué está pasando aquí? ¿Usted dijo esto?». Entonces, yo me fui de espalda y dije: «Ah, no. Yo nunca he dicho eso, esto tiene que haber sido algo que se comentó aquí en la unidad y que había oficiales que comentaron esto, pero nosotros nunca hemos deliberado de golpe de Estado». Desde ese mismo momento no confié en nadie.

—¿Dónde estás el 10 de septiembre?

—Yo estoy en la Aviación del Ejército y ahí ocurre una situación que siempre me he preguntado. Cerca de las cuatro de la tarde llega un coronel a la Aviación que tiene una misión importante para ir a Arica, un teniente coronel que venía del Estado Mayor, no me acuerdo del nombre. Tampoco sabré por qué ese día

por primera vez nombran a una persona como piloto y a mí me ponen como copiloto. Llega ese coronel y habla con el comandante del regimiento, Pedro Yojum, y sale el ayudante y me dice: «Santiago, tienes que ir tú y Vicuña con el comandante a Arica». Abastecíamos en La Serena, Antofagasta y llegábamos a Arica; con esos avioncitos chicos nos demorábamos como unas diez horas. Yo iba como copiloto. En ese momento ni siquiera pregunté, porque por antigüedad debía ser yo el piloto. No importaba, lo había determinado la dirección de la unidad. A su orden nos subimos al avión los tres y aterrizamos en La Serena, cuando ya era muy tarde para seguir para Arica. Llamamos un vehículo del regimiento que nos fue a buscar y partimos al casino de oficiales a copuchar, a contar los cuentos, etc. Al llegar allá un colega me dice que tenía contacto con una pisquera y me consiguió dos cajas de doce botellas de pisco cada una, cuando ese trago era un lujo en ese tiempo.

Al día siguiente era 11 de septiembre y nos levantamos para salir a las ocho de la mañana y seguir para el norte. Y allí algo raro había. Pedimos hablar con el comandante que llevábamos y nos dicen que está hablando con Ariosto Lapostol, que en ese momento era el comandante del regimiento de La Serena, y se arma la tremenda discusión y

nosotros parados esperando para llevar a este comandante a Arica. De repente sale una orden y meten a dos compañías en unos camiones y salen para Santiago. Un rato después empiezan los rumores de que hay golpe de Estado. Sale el comandante y dice que hay un

pronunciamiento militar. Luego tuvimos que retornar a Santiago, pero estaba nublado y no pudimos entrar directo, entonces aterrizamos en El Belloto, en la parte de arriba de Viña del Mar, que era de la Marina. Allí nos dieron combustible y nos contaron que ellos a las cuatro de la mañana habían empezado el Golpe. Salimos volando hacia el mar para entrar por el Cajón del Maipo, como a las once de la mañana, y vimos arrancar al buque cubano «Playa Larga» y dos acorazados detrás, suponemos que persiguiéndolo o escoltándolo.

—Al retornar a Santiago, ¿qué haces para ir evaluando tu situación?

—Aterrizamos y llamé de inmediato a mi casa. Yo vivía con mi padre y le pregunté qué sucedía. Él era abogado y profesor de la Universidad de Chile. Se llamaba Gonzalo Bulnes Aldunate. Le pregunté: «¿Qué hacemos?». Me dijo: «No hay nada que hacer, bombardearon La Moneda, Allende está muerto y solo hay que quedarse tranquilo». Yo sabía que era «bajar periscopio», irse a fondo.

Esa noche llegué y el comandante del Ejército en Tobalaba me pone de guardia con un oficial arriba, de nuevo de segundo oficial. Después, pensándolo, creo que el comandante del regimiento tiene que haber sabido que yo tenía ideas de izquierda y me sacó y me mandó para el norte porque ahí yo no podía hacer nada. Creo que me cuidó. Qué cresta podía hacer en un regimiento contrario donde no conocía a nadie y, cuando retorné, para que no hiciera ninguna huevá, me ponen de guardia con un oficial encima. Nuevamente no podía hacer nada porque no estaba a cargo de nada.

El día 12, como a las tres de la tarde, se me acerca el oficial de seguridad y me dice: «Yo sé que tú eres comunista». Lo quedo mirando y le digo: «Mira qué interesante, yo no sabía». Entonces me dice: «¿Yo quiero saber qué es lo que piensas hacer?». Me da la impresión de que era un oficial SIM, así que le respondí: «Nada». Me pregunta una serie de huevás más y le dije: «¿Sabe qué más?, yo anoche estaba de guardia, si hubiera querido matarlos los mato a todos mientras dormían. No pregunte más huevás». Después de eso me dice: «Ah, ya, está bien», y se va y me deja tranquilo. Como a las dos horas aparece un compañero mío que era ayudante del comandante Yojum y me dice: «Sabes, Santiago, aquí hay como dos o tres compañeros que son comunistas y los tienen en ojo y a la primera los van a fusilar». «¿Quiénes son ellos? ¿No son dos de los mecánicos de los instrumentos de aviación?», le pregunté. Yo sabía que nuevamente el comandante del regimiento me estaba mandando un aviso: «Cabrito, quédate tranquilito».

Era el 12 de septiembre. Después de la conversación con el oficial de seguridad yo no había dormido en toda la noche. Llevaba cuarenta y ocho horas despierto. Me fui a acostar a las once de la noche, me metí en la cama en mi saco de dormir sobre un catre de campaña y empiezo a pensar: «A la primera chuecura te van a fusilar», y nuevamente el chorro de adrenalina y quedas despierto. Entonces me levanté y vestí. Me fui al rinconcito donde tenía mis dos cajitas de pisco, saqué dos botellas y partí a lo que ocupábamos como casino, donde estaban los otros conversando. Llamé al asistente de mozo, le pasé una botella de pisco y un vasito para todos. Me serví un vasito y ellos dijeron: «Y esto, ¿de dónde sale?».

«El teniente Bulnes lo dio». Entonces levanté mi vaso y dije: «Por el éxito de las Fuerzas Armadas, y salud». Luego me fui a dormir bien cocido. Después de esos primeros días me dejaron tranquilo.

—¿Dónde y a qué vuelas después del 11 de septiembre?

—Participé en diversas misiones. Una fue ir a buscar en helicóptero al intendente de Rancagua, que se había supuestamente arrancado hacia Argentina por la mina El Teniente. Otra vez fuimos a buscar unos supuestos campos de entrenamiento militar del Partido Socialista.

Fuimos con un cabro, un chiquitito delgado que era el informante, que había participado en ese campo de entrenamiento, pero tampoco lo encontramos. Viajamos en dirección a la cuesta de Chacabuco, siempre en el helicóptero UH-1H, que son para ocho personas, con una autonomía de vuelo entre tres y cinco horas; son lentos eso sí, y si le ponen un estanque adicional adentro pueden volar más tiempo.

Después fuimos a buscar unos supuestos campos guerrilleros en Batuco, más o menos el 14 o el 15 de septiembre. También me tocó ir a buscar a la mujer de Pinochet el 14 de septiembre, más o menos, a Río Blanco. Había subido antes del Golpe y ahí se había quedado ella; estaba lista para «apretar cueva» a Argentina por si la cuestión salía mal. Ese era un indicador de que Pinochet no estaba seguro del Golpe, porque situaba a su familia en la frontera para salir en cualquier momento de Chile.

El 13 de septiembre llegó a Tobalaba una ambulancia (también podría haber sido el 14) con dos heridos que subieron a uno de los helicópteros UH-1H, y despegó. Los llevaron hacia la cordillera y allí los tiraron. Ese helicóptero luego volvió vacío. Posteriormente supe que habían agarrado a dos GAP heridos en La Moneda, que los habían llevado a la Posta Central, luego a la Aviación del Ejército, y los habían tirado en la cordillera. Los tiraron heridos y aún vivos. Fue un mecánico quien me dijo que las heridas con la altura habían empezado a supurar. Los GAP iban en camilla y aún conscientes. Eso lo supe después, porque cuando llegué a Holanda me encontré con un médico que estaba en la

Posta Central de turno el día que los sacaron. Me dijo que ellos intentaron defenderlos y esconderlos, pero alguien dio el dato de que estaban estos dos heridos a bala de La Moneda y los fueron a buscar y se los llevaron. Hace como dos o tres años me tocó ir a declarar ante una jueza que estaba investigando este caso.

En la Aviación del Ejército estuvimos acuartelados los primeros cinco días y después pasábamos un día ahí, la noche, y a la noche siguiente nos daban libre, o cada tres noches podíamos ir a la casa. No teníamos casino, ni lavanderías, ni zonas de duchas.

—¿Qué sucedía en la Escuela Militar esos primeros días, luego del 11?

—Allí, los cadetes tuvieron que fusilar gente en el polígono. Eso me lo dijeron cuando estuve los días 14 y 15 de septiembre con mi helicóptero. Yo no tenía nada que hacer en todo el día, porque era una unidad a la que yo no pertenecía. Recuerdo que detrás de la iglesia de la Escuela había un montón de autos estacionados que habían quitado los militares en esos días: eran vehículos de personas que habían tomado presas o que habían sido muertas. Entre ellos había un auto que tenía un cartridge con música moderna. Como estaba abierto yo me iba allá a escuchar música, era un Fiat 125. Después supe que ese auto era de un periodista polaco que habían fusilado en la Escuela Militar.

Pasó el tiempo y por el 30 de septiembre llegó al cuartel de la Aviación del Ejército en Tobalaba un alto oficial con un auto, lo estacionó y se fue caminando. Yo ese día estaba de guardia. En la tarde vi que el auto seguía en el estacionamiento y pensé: «No vaya a ser una bomba». Me puse nervioso, me acerqué al auto, lo toco y estaba abierto y con las llaves puestas,

lo reviso y reconozco que era el mismo auto en que había estado escuchando música en la Escuela hacía pocos días. Al día siguiente aparece el ayudante del comandante y yo dije que el auto era mío. «¿De dónde lo sacaste?». «Lo compré por ahí». Y ese auto fue mío, todo el mundo lo sabía. Quién sabe qué pasó después con el auto.

—¿Nunca pensaste en robar o esconder armas y municiones?

—Sí. Cuando fuimos a buscar al señor de Rancagua yo iba a cargo de una de las ametralladoras del helicóptero, entonces tenía que preocuparme de las municiones. Entré al polvorín del regimiento de Rancagua y pedí cinco mil tiros de ametralladora. Mi buzo de piloto tenía bolsillos por todas partes y ahí metí las granadas plásticas españolas, mucho más livianas que la piña. Luego, cuando volvíamos, nadie te pedía cuenta de la munición que gastabas. Antes disparabas un tiro y tenías que devolver la vainilla. Después hubo un decreto que decía que nadie pedía cuenta de lo que se gastaba.

Llegaba a mi casa con cuatro granadas y a veces tenía munición de cuando salíamos. Me metía un par de tiros en los bolsillos o se me trancaba el arma, sacaba la bala y no la iba a tirar para abajo del helicóptero. En mi casa tenía una caja de zapatos donde juntaba los proyectiles.

—Antes nos contabas sobre los abusos de poder, ¿por qué no ilustras eso con ejemplos?

—Era un 20 de septiembre, estábamos todos encerrados y no sabíamos qué hacer. Un día alguien dice: «Me comería un completo o un lomito, ¡vamos a buscar un lomito!» Entonces hicimos una vaca y partimos a la Fuente Alemana de Plaza Italia. Eran como treinta y cinco lomitos y llevábamos las lucas. Tomamos una ambulancia, algunos oficiales con un chofer y unos pelaos. Llegamos con sirena y nos detuvimos en toda la esquina de Vicuña Mackenna. Nos bajamos de uniforme con seis pelaos que salieron de la ambulancia e hicieron una protección perimetral. Quedó la cagá. Los que estaban adentro comiendo lomitos rápidamente «se echaron al pollo». Entonces salió el dueño: «Que preparen rapidito los lomitos para llevar». Nos dio las bandejas con los lomitos, y cuando íbamos a pagar el dueño nos da todo gratis y además unas botellas de vino. Todos a la ambulancia y partimos nuevamente con sirena de

vuelta al regimiento. Eso era el descueve para cabros con veinte o veintidós años, como el poder de James Bond.

Días antes había ocurrido lo mismo con unos pollos. El asistente de mozo y un cocinero, que hacían los veintitrés almuerzos todos los días, decidieron un día hacer pollo. Fueron a comprar diez y solo pudieron traer tres o cuatro. Los pollos habían subido cuatro veces su valor. Al oficial le dio indignación, agarró a los seis pelaos de guardia y los subió a la camioneta. Fueron al local de los pollos y amenazaron con fusilar al almacenero gritándole: «¡Nosotros que salvamos a la patria y vos nos estái vendiendo los pollos a precio de mercado negro! ¡Qué te has creído, traidor a la patria, que estás especulando! ¡Te vamos a fusilar!». Esto lo contaban muertos de la risa. Que el gallo lloraba, suplicaba arrodillado en el suelo. Después salió su mujer y se arrodillaba a los pies del oficial que estaba a cargo. Resultado final: les regalaron una bandeja completa de pollos y tuvimos pollos para comer durante dos días seguidos.

—¿Hubo gente de tu curso que después estuvo en la DINA?

—Seguro. Recuerdo haber estado hablando con un compañero de curso que estaba en Valdivia y me decía que cuando se forma la DINA les piden a los comandantes de regimiento que destinen oficiales y suboficiales. Entonces los comandantes de regimiento no mandaban a los mejores, sino a todos los «cachos». Si te querías deshacer de alguien, lo mandabas destinado a la DINA.

—¿Dónde aprendieron los que entraron a la DINA y cómo se volvieron torturadores?

—Yo creo que eso es el sadismo natural de las diferentes personas y lo importante que era estar bien frente a los ojos de los jefes. Yo eso lo vi y lo viví en el Ejército. Los primeros voluntarios son los chupamedias, los que al no tener méritos propios, dependen del favor de los jefes. Cuando yo me fui, el

Comandante le ordenó a un teniente que fueran a mi casa y que retiraran los uniformes y las cosas a mi cargo. Entonces hay uno que se ofrece y dice: «Mi coronel, yo voy a la casa porque viví un año con él». Era Gastón García, compañero de curso mío. Él llegó a revisar mi casa y se encuentra con mi hermana. Allí mismo le empieza a hacer proposiciones deshonestas para que no le pase nada. Se llevan de mi casa un pedazo de sable quebrado, una reliquia de la Guerra del Pacífico que usábamos como cuchillo de cocina. También se llevan mi uniforme y todo lo que fuera militar.

Tiempo después echaron a Gastón del Ejército porque se metió con la polola o señora de un oficial superior. Él fue el mismo que salió en el helicóptero del general Sergio Arellano Stark en la Caravana de la Muerte. Él iba como ingeniero de vuelo para el norte. Su papá era dirigente del PC en Tocopilla, estaba preso y fue el único que se salvó. Yo creo que Gastón habló con Arellano y algo pasó, pero se salvó.

—Si no hubiera sucedido lo de tu hermana y tu cuñado, ¿qué habría pasado contigo?

—Yo hubiese seguido adentro, pero hasta que hubiera saltado pa'l otro lado. Yo no valgo una chaucha ni pa' un lado ni pa'l otro, pero yo estimaba que valía más adentro que afuera. Me acuerdo que por el 20 o 25 de septiembre yo había hecho un cambio de guardia con otro oficial y al día siguiente me tocaba salir a mí. Entonces salgo, voy llegando a mi casa y veo un jeep del regimiento frente a la puerta. El comandante del regimiento me mandaba a llamar urgente y no me dijeron nada más.

Yo andaba con los nervios bastante tensos. Eran dos suboficiales y dos pelaos. Me subo en la parte de atrás del jeep y partimos. Yo de uniforme y con un fusil SIG y como que no quiere la cosa le pasé bala y lo puse en automático. Además andaba con la pistola de 9 mm al cinto, una Colt, y también le pasé bala e incluso le saqué el seguro. Y llevaba una tercera arma: un revólver 38 mm, que me lo puse en la guata.

Llegamos al regimiento y el coronel me llamó y me pregunta por qué me había

ido. Le explique lo del cambio de guardia. Me dijo que yo era el ayudante del subdirector y que cuando él estaba en la unidad yo también tenía que estar adentro. Después de discutir un buen rato me dice: «Usted se queda». Me acuerdo que salgo y me baja toda la tensión y me devuelvo y le digo: «¡Esta huevá yo no se la acepto! Cómo es posible que con mi madre grave... esta huevá de Ejército me tiene hasta las masas, si siguen hueviando yo me voy de acá!», y le mando un par de patadas al escritorio y a la puerta enyegüecido.

El coronel se quedó en silencio y como a las tres horas me dice que me puedo ir para la casa, que lo pensó, que verdaderamente no pasaba nada, y lo agarré a gritos ahí mismo: ¡«Cómo me voy a ir ahora de uniforme con el fusil arriba de una micro para que me linchen»! Y me pasó las llaves de su automóvil.

—¿Y después en ese auto con distintivo llevas al excura a la embajada?

—Sí, en él partí a mi casa y decía «Ejército de Chile». Allí estaba mi padre, quien de inmediato me dijo que tenía un problema grave y que yo lo podía ayudar. Ivo, un amigo de él que era canadiense, a él lo andaban buscando y estaba escondido y debía asilarse muy pronto, pero en la Embajada de Canadá, donde estaba todo arreglado. El problema es que en la representación diplomática había soldados armados en los ingresos. Le dije: «Ah, impecable» y llamamos a Ivo para que se viniese de terno a nuestra casa. Él llegó muy pronto hasta nuestra casa, como a las cinco o seis de la tarde, y partimos a la embajada. Se fue en el asiento de atrás del auto y yo manejé hasta la embajada. Allí me bajé, toqué el timbre y los pelaos que estaban ahí se pusieron firmes frente a un oficial. Solo les pedí a los de la embajada que no informaran del nuevo asilado hasta tres días después, para confundirlos sobre el día y forma de ingreso. Su apellido, Villanueva, era la chilenización de un apellido compuesto por ville y neuve. Tiempo después, el año 85, nos encontramos en Europa una vez. Había colgado la sotana.

—Y tu padre, lejos de frenarse con el Golpe, pareciera que se

activó más

—El 11 de septiembre mi madre estaba grave en el Hospital Salvador con un cáncer terminal. Yo creo que mi padre se mete en esta vorágine política contra el Golpe para salvar lo que se pueda, para mover o hacer lo que se pueda, para conspirar, como una manera de olvidarse de la enfermedad de mi madre, porque su deceso era cosa de días o tal vez semanas.

Entonces nuestra casa familiar, ubicada en Vicuña Mackenna con Rancagua, funcionaba como la vicaría para perseguidos de todos los colores. Estaban el MIR, los socialistas, los comunistas. Reunión a las diez de la mañana de los comunistas. Se iban los comunistas y a las dos de la tarde llegaban los socialistas, a las seis los del MIR, entre medio los MAPU y yo aún estaba en Tobalaba.

—¿Qué sucedió antes y después de que te asilaste en la Embajada de Holanda?

—El 22 de octubre tomaron presa a mi hermana y a mi cuñado por infiltración al Ejército. Ellos eran civiles. Los toman porque un teniente del regimiento Buin habría tenido un papelito con los nombres y dirección de ellos. Mi cuñado se llama Roberto Celedón y es abogado. Los toman presos en la casa de mi padre y él me llama por teléfono y me informa para que yo llame al Buin (porque allí los llevaron) para hacer esto o lo otro, que los traten bien, que es un error, todo para que los aprehensores los escuchen.

Al día siguiente llegué a mi casa y mi padre me estaba esperando con un auto. Ese día me quise asilar en la Embajada de México, pero no se pudo porque habían llegado carabineros a la puerta. El 23 salió mi hermana en libertad y nos dice que no nos asilemos porque iban a matar a su marido. Mi padre me toma de un ala para ir a la embajada, porque yo no iba a durar más que una lombriz en el pico del pavo. La acusación era de infiltración en el Ejército, ya no había maniobra posible, así que el mismo 23 de octubre me asilé en la Embajada de

Holanda saltando por una muralla hacia el consulado, que quedaba una cuadra más abajo de la embajada.

Al comienzo, en el consulado nos querían echar para afuera. Después de mucha discusión salimos de allí y llegamos a la calle Las Violetas en un auto. Ese mismo día se asiló Gladys Marín y ya estaban refugiados allí varios integrantes de la dirección del PC, como Julieta Campusano y Orlando Millas. Quizás por eso no nos querían dejar en esa casa y menos siendo yo militar. Ese día, en total, entramos veintitrés personas.

A los veintitrés días dieron los primeros salvoconductos. Dijeron: «Tenemos catorce salvoconductos, pero no vamos a decir los nombres todavía». Nosotros jugamos haciendo cálculos; yo no saqué ningún voto, mi salvoconducto lo rechazarían porque había un problema: el profesor de la Universidad de Chile era yo, Santiago Bulnes, y el militar era mi padre, Gonzalo Bulnes. Entonces el subteniente del Ejército Gonzalo Bulnes, con cincuenta y siete años de edad, no les calzaría con el profesor Santiago Bulnes de veintidós años. El resultado fue que echaron para atrás mi salvoconducto, pero como la embajada estaba avisada de que yo sí tenía salvoconducto, empezaron a presionar y presionar. Cuando a los cincuenta y tres días llegan los otros salvoconductos, venía el mío, y al final yo salgo de Chile el 12 de diciembre.

—¿Cómo te reconocieron la condición de exonerado?

—Yo soy exonerado político porque le mandé una carta desde la embajada al comandante del regimiento pidiéndole mi retiro voluntario. No me llevé ni los uniformes, ni las armas, ni nada. Le explicaba que, lamentablemente, la posición que había tomado el Ejército y la posición de mi familia eran contradictorias y que yo, queriendo mucho al Ejército, elegía a mi familia y le solicitaba que me dieran de baja. Él recibe la carta, porque se la mando con un notario, y me dan de baja a fines de noviembre. Yo me retiro en octubre. En realidad me podrían haber hecho un juicio por deserción, porque ya se habían cumplido los cinco días en tiempo de guerra y eso era pena de muerte, pero ellos me dan de baja y sale un decreto con fecha 30 de noviembre.

—Cuando fuiste a ese encuentro de camaradería de tu curso de la Escuela Militar, ¿cuál era el clima?

—Todos teníamos encima del bolsillo de la chaqueta el nombre y el apellido escrito. Algunos me saludaban. Yo me he encontrado con varios de ellos y me saludan; hay otros que seguramente consideran que todavía soy un traidor a la patria. Creo que ninguno quiere revolver la olla, porque hay mucha mugre abajo. Se hicieron muchas atrocidades y los códigos de silencio aún están vigentes.

Soledad Blanco Arancibia, la hija de «Bruno»



Bruno, escolta en Ecuador

—¿Cómo conoces Tomás Moro?

—Cuando tenía recién cumplidos los ocho años, el año ٧٠, conocí la casa de Guardia Vieja y luego El Cañaveral. También estuve en Cerro Castillo de Viña del Mar con María Elena, que tendría uno o dos años más que yo. Ella era mi compañera de juegos, íbamos a clases al costado de la casa presidencial. No me acuerdo cómo se llamaba, porque hay una confusión con una escuela de monjas, pero nosotros estábamos en otra que no era religiosa.

Mi papá había trabajado en las campañas de la diputada Laurita Allende y del presidente, y como dirigente social había participado en tomas de terreno. Producto de eso conoció a la familia Allende, a Beatriz, y desde allí supongo que por sus cualidades fue escogido para que perteneciera al GAP.

Un día inesperadamente nos pasó a recoger y nunca pensamos que nuestra vida iba a dar un vuelco total, porque desde esa vez mi mamá pasó a vivir en Tomás Moro. Ella estaba en la parte de enfermería, cuando recién se estaba organizando Tomás Moro. Se llamaba María Eugenia Arancibia y falleció en el exilio. Cumplía tareas en la enfermería, respondiendo el teléfono o lo que hiciera falta, porque en ese momento no había un equipo conformado. Todo lo que se hacía al inicio era voluntario.

Tengo muchos recuerdos, porque me tocó ver la parte humana del presidente. Muchas veces nos mandó a llamar, le preocupaban nuestras notas, nos retaba también, nos hacía ver que había que estudiar y que eso era fundamental para la vida.

En el 72, cuando a mi papá lo nombran uno de los jefes del dispositivo del GAP, le entregan una casa a media cuadra de Tomás Moro. Eran dos casas de seguridad ubicadas en la calle Imperial, la 41 y la 42. Al otro lado, en ese barrio, estaba Mariano, otro de los encargados que para el 11 les correspondía estar en

Tomás Moro.

—¿Qué recuerdos tienes de tu papá?

—Él era muy cariñoso, todo lo contrario de mi mamá, que era muy recta y disciplinada. Mi papá me consentía. La mayoría de las veces me hizo participar de sus cosas, lo acompañaba y jugábamos también. Una vez, antes de irnos a Tomás Moro, llegó en un auto azul y me explicó que a partir de ahí no tenía que decirle más ni su nombre ni papá y que él se llamaba Bruno González. Yo pensé que no me quería. También me prohibió que les dijera su nombre a los vecinos, y que era del GAP.

Me acuerdo que en Tomás Moro hacían todo el entrenamiento físico y los tiros en El Cañaveral. A veces me daba miedo porque veía cómo rompían los ladrillos y se iban endureciendo las manos. También la preparación física de subir y bajarse de los autos en marcha, todo era muy rústico, sin cosas modernas, a pecho, como se dice.

—¿Cómo le decías al presidente?

—Yo le decía señor o algo así. Nunca me habría atrevido a decirle tío, pero cuando nos mandaba a llamar era muy cariñoso, muy amable y tierno. Recuerdo una fiesta de navidad en El Cañaveral (incluso hay una foto donde salimos yo, mi mamá y el presidente) donde él les regaló a todos los niños y las niñas juguetes. No había ninguna diferencia entre el presidente y los que trabajaban allí.

—¿Cómo viven la falsa acusación a Bruno de ser el asesino del edecán del presidente?

—Eso nos marcó mucho como familia. Cuando mataron a Arturo Araya Peeters culparon a mi papá. Era todo muy increíble, porque llegaron a nuestra casa y allanaron; eran carabineros y otros vestidos de civil. Mi abuela materna le había pedido a mi papá que se retirara y él le dijo que no. Entonces ella le planteó que estaba exponiendo a la familia, porque en la población ya todos sabían quién era Blanco y que venía de las tomas.

—¿Qué sucedió con ustedes después del Golpe?

—Al otro día del 11 Milton Silva nos dejó en la casa de una tía en Plaza Egaña. Creo que él nos salvó la vida, porque si no nos habrían matado ahí mismo. Luego nos fuimos a casa de mi abuela, que vivía en la población Violeta Parra, y desde ahí mi mamá empezó a buscar a mi papá, hasta que no pudo más porque la detuvieron. La última vez, en marzo del 74, incluso le soltaron algunas piezas dentales. Como los militares andaban buscando a mi papá, también la buscaban a ella para que dijera algo, entonces la casa de mi abuela era repetidamente allanada. Al final eran tantos los allanamientos que mi mamá me llevó a un convento, donde estuve seis meses en un sótano. Estaba en Renca. Hasta el día de hoy no puedo dormir con la luz apagada, porque era un lugar bastante oscuro y húmedo, se sentían bichos que andaban y quedé marcada con eso. A las escuelas de la Violeta Parra y La Victoria, como eran poblaciones, iban siempre los militares y pedían los listados. Mi abuela me había puesto en una en La Victoria y los profes, por miedo, le pidieron que no me llevara más.

Mi mamá se fue a la Embajada de Italia. Estuvo varios meses allí. Me había dejado con mi abuelo y él llamó a mi tío, quien por miedo me fue a dejar al Consulado de Italia. Él dijo que quería hablar con el cónsul y de repente me vi sola con mi maleta, rodeada de gente extraña. El que me recibió fue César Rampionni, que no hallaba qué hacer conmigo. Me hacían preguntas, que dónde vivía, quién era mi papá. Llamaron a mi mamá y ella les pidió que intervinieran, pero en ese momento no se pudo porque había fuerte vigilancia. Entonces, César Rampionni me llevó a su casa cerca del Zoológico.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Mi mamá me había entregado una carterita tejida y me dijo que nunca me la sacara. Yo andaba con ella para todas partes, eso le llamó mucho la atención a la esposa de Rampionni, que intentó muchas veces entrarme a la embajada. En una ocasión me dijo que me acostara en el piso trasero del auto y que me iba a tapar con unas mantas y unas cajas y que no me moviera. Hasta la respiración tenía que controlar. A esa altura le tenía pánico a todo lo que significaba el uniforme de un militar. Ella intentó entrarme en cuatro ocasiones, hasta que lo consiguió la última vez. Ahí salí con mi carterita y me enteré que lo que estaba adentro, tan guardado, era un certificado que le había firmado el general Sergio Arellano Stark a mi mamá, donde él decía que no sabía de mi papá, que no había ningún Consejo de Guerra y que mi papá no estaba muerto.

—¿Cómo fueron los primeros meses en Italia?

—Llegamos y mi mamá se enfermó. Vivíamos con todos los exiliados chilenos en un hotel, fue una experiencia caótica, muy dura. Yo tendría como trece años. Con el tiempo mi mamá se enfermó más y la hospitalizaron por su enfermedad cardiovascular, y a mí me llevaron a un orfanato hebreo. Me sentía sumamente sola. Los chilenos que estaban allí me decían: «A tu papá lo mataron por ser ratón», y así fue como viví situaciones muy amargas.

En el orfanato estuve un mes y tanto, con niños de varios países, inmigrantes de África. Se juntaban de todas las culturas y también niños italianos. Para mí era un castigo comer, porque los primeros que comían eran los italianos y después veníamos los latinos y eran puras peleas. Un día me escapé y anduve vagando unos días en la calle. Luego me ubicaron y me reencontré con mi mamá en el hospital. Después estuvimos en casa de Inés Carmona.

No sé si fue la Tati o Máximo Ropert Contreras, el hijo de la Payita, quienes empezaron a hacer las gestiones para que nos fuéramos a Cuba con mi mamá. Llegamos el 75 a Cuba y nos recibió Max. Yo nunca le he contado a nadie, y me cuesta hacerle entender a mis hijos, que uno por dentro parece que tuviera cien años porque las situaciones vividas fueron muy drásticas y dolorosas. Entonces, cuando llegué a Cuba iba con problemas muy serios, con pérdida parcial de

memoria, no sabía hablar, ni comer, estaba muy dañada psicológicamente. Allí inmediatamente me hospitalizaron en la Clínica del Adolescente y me atendió una eminencia, la doctora Elsa Gutiérrez. Si no me hubiera atendido esa mujer yo no sería Soledad, sería una especie de persona encerrada en una burbuja. Allí reaprendí a hablar, pude volver a recordar, a tener confianza en las personas, a reconstruirme como ser humano, porque yo le tenía miedo a todo.

—¿Qué recuerdos tienes de la Tati?

—Ella fue una mujer muy cariñosa. En Cuba me recibió como una segunda mamá, muy preocupada de mí, ayudando en todo a mi mamá. Yo la recordaba de las tomas en el campamento Che Guevara. En ese tiempo ella era muy joven y andaba preocupada de los niños que estaban en las carpas. Era muy de piel e irradiaba una ternura increíble, muy cariñosa y humana.

En Cuba me ayudaron mucho a recobrar prácticamente todos los recuerdos, pero lo que les critico a los compañeros que estuvieron en Cuba es que nunca se acordaron de los caídos, nunca se habló, nunca se hizo un homenaje, nunca supimos lo que pasó con mi papá. Eso le fue acabando la vida a mi mamá. Ella no sabía si él nos había abandonado o si le había pasado algo, porque hasta Cuba llegaron los rumores que tanto mi papá como Carlos Sotelo estaban vivos después del 11.

En Cuba estaban Milton Silva, el indio Manuel, el Patán. También estuvo en algún momento Hernán Medina, el Eladio, pero ninguno de ellos nunca pidió que tanto el PS en Cuba como el Comité Chileno recordaran a esas personas, y fue un daño que me hicieron como hija. Por eso yo me vine. No he descansado en veintitrés años porque ellos no hablaron de esa parte, no sé si porque todos estábamos tan sumidos en el dolor. A lo mejor no es culpa de ellos, sino del mismo daño de haber vivido momentos tan dramáticos.

—Cuéntanos de la agrupación de familiares donde tú estás.

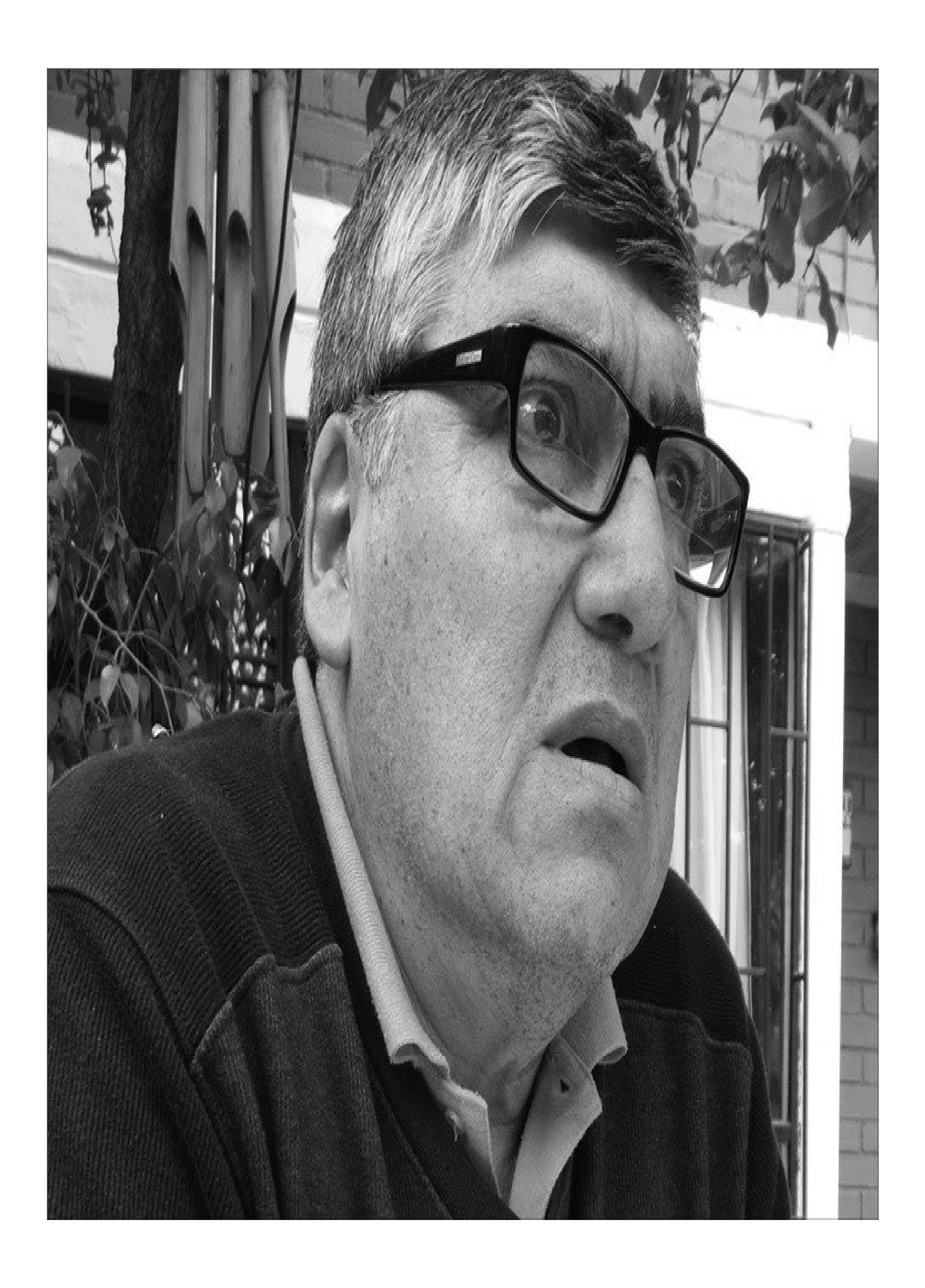
—La agrupación nace del equipo de investigación que se conformó entre Julio Soto, Hernán Medina y yo. Soy una convencida de que los hijos del GAP necesitábamos la verdad de adentro y para eso teníamos que reconstruirla. Eso fue como en el año 98, mucho antes de los cien años de Allende, antes de la detención de Pinochet. Nuestra agrupación adquirió personalidad jurídica el 2004 y nuestro objetivo es continuar buscando a los que faltan: dieciséis de los detenidos en La Moneda e Intendencia.

El PS ha tenido un rol nefasto. Ellos deben asumir el rol que tuvo el GAP, el reconocimiento hacia su labor y también todo lo que significa el apoyo directo hacia la familia, porque ellos perdieron militantes, pero una perdió a un padre, a un hermano, a un hijo, y no ha habido nada. Por eso hemos sido tan críticos. En el 2008 pusimos una placa en el ingreso a la Intendencia que tiene diez nombres del GAP que son socialistas y el PS nunca ha enviado una corona. Eso lo hicimos con Álvaro Erazo[6], cuando él era el intendente.

—¿Quiénes han sido identificados en el último tiempo?

—Han sido identificados diez del GAP y dos asesores asesinados en el Fuerte Arteaga. De la Intendencia faltan Carreño Calderón, William Osvaldo Ramírez Barría y Domingo Blanco, mi papá. De los GAP del interior de La Moneda faltan doce, especialmente asesores.

Milton Silva, miembro del dispositivo presidencial



Milton Silva

—¿De dónde eres originario y cómo te haces GAP?

—Yo soy originario de Talca. Tengo la primera lucidez de conocer la situación de mi país el año 58, cuando salió Alessandri. Mis abuelos eran comunistas y mi papá era de izquierda, sin partido. Cuando yo empiezo a militar, ingreso a las Juventudes Comunistas y el viejo me saca de ahí porque, como papá, sintió que me estaban pasando a llevar. En el 70 ingreso a las Juventudes Socialistas y el 71 hago el servicio militar como estudiante.

Tengo un hermoso recuerdo del «tren de la victoria»[7], cuando el «Chicho» recorría el sur. Ese era un tren con máquina a carbón, engalanado con banderas chilenas y con el retrato de Allende adelante. Además, metían mucho ruido, mucho petardo, cuando se acercaba el tren se detenía en cada estación, saludaba y luego seguía. La primera vez que lo vi fue después de la estación de Talca, en la Feria de la FITAL[8]. En esa oportunidad Allende se queda saludando a la gente y cuando estuvo frente a mí yo no fui capaz de darle la mano. Era niño y me impresionó mucho su imagen y todo lo que lo rodeaba.

—¿Cuándo ingresas al GAP y cómo eres seleccionado?

—Desde mi análisis político tenía claro que el triunfo de la UP tenía que consolidarse con un enfrentamiento armado y para eso tenía que prepararme. Quien me daba esa posibilidad legal eran las Fuerzas Armadas. Yo tenía diecinueve o veinte años, y en aquellos casos se hacía un servicio especial en las vacaciones de verano e invierno.

En noviembre del 72, en plena crisis por la huelga de camioneros, el partido me

cita para ver si estaba dispuesto a venirme a Santiago para una capacitación de cursos conspirativos, con la salvedad de que tenía que volver a Talca a transmitir los conocimientos adquiridos. Luego, cuando termina ese curso, todo cambió. La dirección del curso nos hace una entrevista, a mí y a otro de Talca, en el local del PS de calle San Martín. Esa la hizo Luisito, así era su nombre político, que luego supimos era un antiguo miembro del dispositivo de seguridad. Su nombre real era Félix Marmaduque Vargas Fernández.

En esa entrevista nos hacen como una pequeña PSU de conocimientos de historia del movimiento obrero y de la coyuntura de ese momento. También nos preguntan nuestros gustos personales, si fumaba o tomaba o si me gustaba mucho ir a fiestas. Yo tenía veintiún años. De ahí nos llevaron en un jeep hacia el faldeo de la cordillera e ingresamos a un lugar donde se nos dice que ahí llegaba la escolta de Allende. Por lo tanto nuestro territorio de estadía era muy restringido, ya que no podíamos relacionarnos con ellos ni ellos con nosotros. Después supimos que estábamos en El Cañaveral. Luego de quince intensos días, había una suerte de graduación. La dirección de esa escuela estaba a cargo de

Bruno. Allí hacíamos defensa personal, conocimientos básicos de arme y desarme de armas, todo muy básico. Había un M-1, una pistola Browning, una P-38 y esas subametralladoras que se usaron en la Segunda Guerra Mundial y nada más. No hacíamos práctica de tiro porque no estaban las condiciones de infraestructura en ese lugar; solo teoría, arme y desarme, y mucha defensa personal.

Luego de eso quedé elegido para integrar el dispositivo de seguridad. Fue una sorpresa muy grande. Esa información era compartimentada. A mi mamá, que en ese momento

estaba trabajando en Constitución en prestación de servicios de correos, le comento que me traslado a Santiago a un curso, que era por poco tiempo, pero no le especifiqué nada. Mi papá había fallecido a principios del 72.

—¿Con qué bienes materiales llegas a Santiago?

—Con mi maleta y sin cepillo de dientes. Traía ropa básica, muy elemental, porque me di cuenta a qué veníamos. Cuando me reclutan en Talca yo pregunté si alguien más iba y me dijeron: «Eso no se pregunta. Además, te vas a encontrar con compañeros que conoces y que no puedes nombrar por su nombre». Entonces, yo quedo con la bala pasada. Sabía que tenía que ir alguien más y abordé a un compañero de la Juventud y le pregunté si el miércoles —nos íbamos el lunes— de la próxima semana me podía ayudar en un trámite que tenía que hacer en Talca. Él me dijo que no podía, y así le sigo haciendo preguntas. Los dos teníamos que estar el domingo en la noche en una dirección en Talca, cerca del regimiento, para acuartelarnos. Al otro día partía el tren a Santiago, había huelga de camioneros, estaba la cagá. Recuerdo que llegamos a la Estación Central y de ahí nos fuimos a la sede del partido donde Luisito nos hizo la entrevista .

—¿Cuál fue tu primera destinación luego de ser seleccionado para el GAP?

—Mi primera tarea en el dispositivo fue hacer guarnición, eso significaba integrar una escuadra, porque la seguridad de Tomás Moro estaba formada por escuadras y, además, ahí vivían los escoltas separados de los de guarnición. Nuestra misión era la seguridad de la residencia presidencial, también hacíamos guardia en el segundo piso de La Moneda. Cuando el presidente se retiraba de La Moneda, siempre quedaba gente en el segundo piso, en el sector nororiente.

En la navidad del 72 ya vivo en Tomás Moro. Tengo mi primera salida y tengo dos grandes novedades. Comento, donde me estaba quedando, que había sido elegido para un curso en Cuba, que partía en enero y que duraría un mes, entre enero y febrero del 73. Ese era un sueño que nunca imaginé y después de eso pasé a integrar la escuadra B, la que mandaba el Huaso Raúl. Allí estaba uno al que le decíamos el Megáfono, no me acuerdo de su nombre político; su nombre real es Patricio Ayala.

En la escolta donde quedé estaban Jano, Víctor, Eladio y Felipe, todos nombres políticos. Mi nombre era Rodrigo, siempre me manejé con ese nombre. Cuando me seleccionaron y me dijeron que tenía que colocarme un nombre político en la

escuela, me puse Rodrigo Gutiérrez Macaya. No tenía carnet ni credencial. Después viene el curso y de ahí la escolta, en La Habana: defensa personal, explosivos, inteligencia, armas, tiro, cuestión física y mucha recreación, que estaba dentro del plan también. Para eso estuve en distintas zona en La Habana durante los fines de semana, cerca de dos meses. Éramos veintiún compañeros, la mayoría del dispositivo, y otros cinco que venían del norte.

Recién ahí me doy cuenta que quienes me reclutaron eran los Elenos y que había militantes que habían estado en la guerrilla de apoyo del Che. Fue novedoso, porque era todo compartimentado. En nuestro grupo iban Bruno, José, Víctor, el Chico Lalo (que está en México), Jano y Aníbal, miembro de la dirección del dispositivo. También iba la Lila, que era allí la única mujer, y eran pareja con el Huaso Raúl.

—Ya siendo GAP, ¿qué anécdotas tienes con el presidente?

—No creo que el Presidente se acordara de quién era nuevo. Yo estaba cumpliendo la tarea de guarnición en La Moneda y eso significaba que debía estar de guardia afuera de la puerta de la oficina del presidente. Mi misión era que solamente podía pasar por ahí el Chicho y yo tenía a cargo la llave. De pronto, lo veo asomarse con la escolta y yo quedo paralizado, nunca había tenido tan cerca al presidente, y los otros me hacían señas para que abriera la puerta. Luego reaccioné y él se reía.

También me tocó estar cerca al interior de Tomás Moro, en el 14, donde hacíamos guardia de noche. Así denominábamos a su dormitorio. El 22 era la puerta principal. Les llamábamos así a esos lugares por los números de los anexos. Al Doctor le gustaba mucho sorprendernos, imagino que se desvelaba, dormía poco y esa era una preocupación que tenía la escolta. A veces el presidente salía de su dormitorio, iba a la cocina y volvía por el pasillo solo para ver si tú te estabas quedando dormido o no. Esa vez yo estaba ahí y lo sigo por detrás. Cuando llega donde se suponía yo tenía que estar de seguridad, él dijo: «¡Bah!, estos huevones no están». Yo le pregunto: «¿Compañero, necesita algo?». «¡Ah!», me dice riendo, «estabas acá». Eso fue en el 73.

Por nuestras funciones era difícil conversar mucho con el Doctor, pero uno notaba que con la escolta tenía mucho acercamiento, casi familiar, como de amigo. Era un compañero más en Tomás Moro. Él también participaba en las actividades deportivas entre escoltas, entre carabineros y los dispositivos de seguridad y se burlaba de los compañeros nuestros porque eran muy llorones con las patadas, se cagaba de la risa.

—¿Cuántas personas constituían la guardia en Tomás Moro?

—Si contamos las dos escoltas, en ese momento cada auto estaba conformado por tres personas más el chofer. Eran un chofer, un jefe de auto y dos artilleros. Eso repetido en tres vehículos. En el uno estaba el chofer, el jefe de escolta, el edecán «whiskero» y el presidente. El edecán muchas veces se cambiaba por edecán naval, aéreo o del Ejército. Tomás Moro en la noche se protegía con la guarnición de turno, que era una escuadra, y otro cerco de carabineros dentro de la residencia.

—¿Qué armas usaban?

—Usábamos una MP-40 o M-1 y la escolta usaba AK y unas pistolas Browning.

—¿Qué haces al retorno de Cuba?

—Después de haber llegado de Cuba pasé a integrar la escuadra B. Me tocó proteger la visita de Carlos Rafael Rodríguez, alto dignatario procedente de Cuba. Hicieron con él una reunión en El Cañaveral, junto al Presidente, el general Carlos Prats y Carlos Altamirano. Me tocó a mí hacer guardia en la

terraza. Seguramente, el aburrimiento de esas guardias me llevó a empezar a jugar con mi arma hasta que se me escapó un tiro hacia el río. Inmediatamente salió la seguridad de los compañeros de Cuba y me criticaron duramente. Después de eso me quitaron mi arma y seguí en el dispositivo sin arma.

Eso fue muy complicado para mí, porque no tenía que haber cometido ese error. Además, por culpa de irresponsabilidades similares han muerto compañeros. Entonces se acordó por tres jefes, Bruno, Mariano y Aníbal, que había que hacer el tribunal, porque ese hecho no podía ser permitido. Estaban como jueces Bruno y el Megáfono y me hacen comparecer para determinar mi culpa y responsabilidad. Lo novedoso de eso es que te daban la posibilidad de reconocer el error. Megáfono, para ayudarme, me pregunta si es primera vez que a mí me pasa esto. «Sí», le dije, «y me siento responsable porque estoy preparado para que no pase esto».

Entonces me castigan con irme a El Cañaveral por unos quince días. Iba muy apenado, pero lo pasé muy bien. Cubrí la estadía de defensa personal que hacía Boris y era su ayudante en educación física. Además me dediqué a verificar si los alimentos del refrigerador estaban envenenados o no, por lo tanto tenía que probar todo lo que había ahí por mi cuenta; engordé mucho.

—¿Cómo te recreabas? Eras muy joven en ese tiempo.

—La vida mía era rayando a cura, sana, no estaba integrado en los grupos de salidas que estaban conformados dentro del dispositivo. Mis salidas en Santiago eran al cine. Había una cuota de ropa asignada que nunca utilicé, era ropa formal, porque todos teníamos que utilizar ternos. En Talca me compré un terno. Se endeudó mi mamá por eso. Yo recibía un estipendio muy bajo, no me acuerdo cuánto, que lo usaba para cigarros y cosas diarias. Llegó un momento en que el dispositivo estaba muy preocupado de la situación habitacional de los compañeros y me preguntan si yo estaba interesado en un departamento. Yo digo que no, que lo que tenía me bastaba y que procuraran solucionar el problema habitacional de las personas que estaban casadas. La ayuda que recibíamos la usábamos muy poco, porque teníamos de todo ahí, alimentación, alojamiento, yo estaba conforme.

En El Cañaveral viví experiencias muy bonitas. Pude compartir muy cerca con la actriz Mireya Latorre, ella era mi ídola cuando en Talca escuchaba o veía las teleseries. Poco después me di cuenta de que era pareja con el Perro Olivares, yo no sabía eso. Ella participaba los fines de semana con el Chicho viendo películas. Había una parte en El Cañaveral que era como un anfiteatro, había una mesa de pool y al Chicho le gustaban mucho las películas de cowboys y de la Segunda Guerra Mundial; en eso participábamos todos con ellos, era muy familiar.

Yo había estado de cumpleaños el 21 de julio y lo pasé en El Cañaveral. No me acuerdo de haberlo celebrado, cumplía veintidós años. En la Navidad del 72 el presidente Allende nos regaló máquinas de afeitar Westinghouse a cada uno. Al poco tiempo de usarla se me rompe y empiezo a usar otra de un compañero, la de Víctor, con el que nos sentíamos muy cercanos.

Nosotros sentíamos que éramos parte de algo importante, que nos miraban de muchos lados del mundo. Allende proyectaba eso al llegar al gobierno por medio de las elecciones. Uno notaba que el proyecto de la UP se estaba cumpliendo y que estábamos siendo cercados por fuerzas externas e internas, que la situación cada día se polarizaba más. Veíamos cómo se valorizaba el camino de Allende y todo esto traspasaba nuestras fronteras.

—¿Tu familia estaba enterada de que eras miembro de la escolta de Salvador Allende?

—Creo que durante la Navidad del 72 mi mamá se dio cuenta y yo le debo haber contado un poco, no me acuerdo su reacción. Lo otro es que igual se iban a enterar por mi actividad en Santiago. Una vez en La Moneda me encuentro con una vecina de Talca, que era sobrina de la Tencha. Cuando me vio me nombró por mi nombre y se alegró de verme allí.

Otra vez salimos intempestivamente de La Moneda por la puerta de Morandé 80 y Allende, en vez de subirse a los autos, cruza la calle para saludar a la gente. Nosotros tuvimos que inmediatamente armar un cordón de seguridad y cuando voy acercándome al grupo de personas, allí estaban un tío con una tía que vivían

en Morandé con Catedral y me

quedan mirando sorprendidos, porque tampoco sabían qué hacía yo en Santiago. Los quedo mirando y les hago una seña con los dedos en la boca, para que se quedaran callados y que los iba a visitar. Entonces ahí se supo en Talca.

—¿Cómo se vive el día del tanquetazo en Tomás Moro?

—Después de la sanción en Cañaveral sigo un periodo corto de escolta y llega el tanquetazo. Yo estaba escuchando las noticias y escucho una orden de Allende que quería ir a ver cómo estaba la situación en La Moneda y pidió un helicóptero. Bruno, cuando llega el helicóptero, lo devuelve y le informa al Doctor que se podía usar siempre y cuando los cien que estábamos ahí fuéramos en ese helicóptero y todos armados. Allende se enoja con Bruno y este le responde que él está bajo nuestra responsabilidad y que hasta ese momento no se sabía nada de este Golpe.

Creo que el Doctor entendió el razonamiento, que era para protegerlo mejor, para no correr riesgos inútiles. Después, cuando se dio la orden de salida de la comitiva, éramos una enorme cantidad de vehículos por Santa María. Yo iba junto con el edecán, Arturo Araya, otro escolta y el chofer. Allí sucede una discusión. Nosotros nunca sacábamos las armas por las ventanas y, cuando hicimos eso, el que iba a cargo del auto dijo: «Entren las armas», y el edecán dijo: «No, saquen las armas».

Llegamos a La Moneda y estaba cercada con vehículos municipales, inmensos camiones recolectores de basura. Ahí nos dispusimos para la defensa, no hubo ningún tiro de nosotros hacia los francotiradores del Regimiento Blindado N° 2. Yo cubro el segundo piso y veo pasar al general Augusto Pinochet por el pasillo a reunirse con el presidente. En esa oportunidad no me llamó la atención que anduviera con ropa de combate, porque era uno de los militares constitucionalistas que defendían al Gobierno, pero era el único con esa vestimenta. Después me tocó subir a los techos de La Moneda y ver desde allí la concentración con el discurso de Allende, donde la gente gritaba por cerrar el Congreso.

Me acuerdo de una reunión que hicimos dentro de la casa, en El Cañaveral, y se hicieron preguntas. Fue un análisis de coyuntura, muy al hueso, donde se ponía como tema fundamental el peligro que había de golpe de Estado.

—¿Cómo te proteges después del 11? ¿Qué haces luego de salir de Tomás Moro?

—Las compañeras que salen conmigo de la residencia presidencial se van quedando en diferentes casas. Creo que por el viernes 14 de septiembre yo ya me separo de ellas.

A Valiente lo había acompañado a dejar antes cerca de su casa, por La Reina, arriba. Por compartimentación no podíamos saber la dirección de nuestros compañeros, pero por instinto de sobrevivencia fue que me acerqué buscando información de ellos. Eran las cinco de la tarde y el toque de queda era a las seis. Entonces, empecé a buscar la casa de Martín, cuyo verdadero apellido era Valiente, y así fue como me acerqué a una casa y sale un muchacho idéntico a él, pregunté, el muchacho me niega a su papá y yo le pido un vaso de agua. Y allí salió Martín. Entonces yo me quedé en esa casa y a través del muchacho intenté comunicarme con mi familia para avisar que estaba bien.

Luego me fue imposible seguir en Santiago porque perdí todos mis contactos. No tenía redes y viajé a Angol. No lo hice a Talca porque se suponía que iban a allanar mi casa. Así llegué a Angol a la casa de unos hermanos de mi mamá y ellos me acogieron sin problema. Él era practicante y hacía unos tratamientos para las várices. Yo lo acompañé haciéndome pasar por estudiante universitario y se suponía que producto del Golpe yo no tenía clases y estaba en el sur. Eso hasta que me llega un telegrama y me pone en alerta y supongo que mi casa fue allanada. Por esos días va mi tío a Talca a informarle a mi mamá que yo estaba bien. Después de eso allanan mi casa y se detecta después que en ese barrio había un muchacho que trabajaba para la DINA.

Vuelvo a Santiago y viene el proceso por parte de mis primos para asilarme, e ingreso a la Embajada de Venezuela. Ahí estoy unos quince días más o menos y llega la oferta de asilo por parte de Francia y Argelia. Yo no me inscribí porque

mi interés era Cuba, y todos empezaron a inscribirse y se dieron cuenta de que era chacoteo, por lo que rompieron la lista. Después llega el ofrecimiento de asilo de Cuba y ahí me inscribí. Creo que salimos como ciento veintiocho personas de esa embajada y cuando llegamos fuimos recibidos por la Tati.

Luego estuve alojado en el Hotel Riviera, donde estuve poco tiempo porque se me acerca la Tati y me invita a un curso militar. Ella está muy entera, con una decisión muy grande. Por supuesto que yo acepto, por lo que ligerito estaba movilizándome para el campamento de Punto Cero, en Pinares.

En diciembre del 73 fue el primer año nuevo que vivíamos en el exilio. Recuerdo que lo lloramos todo. Luego no sé, entre enero y marzo del 74 llega Altamirano a informarnos que esto era para largo. Éramos veintiuno en preparación combativa y guerrillera, manejo de tanques, mucho explosivo, combate en ciudad. En ese grupo había otro compañero que fue chofer del dispositivo, se llamaba Guillermo, era socialista, fue nombrado como jefe del grupo y ligerito se dio cuenta de que no tenía capacidad para dirigir tropas. Él me propone a mí y la estructura de los cubanos me acepta y me transformo en el jefe de grupo. La mayoría éramos socialistas y también había dos comunistas. Fue un curso muy intenso con aspiraciones de volver a Chile. Luego sale Altamirano con esa cosa y quedó la cagá. Lo tratamos muy mal. Estuvimos un tiempo larguísimo en Santa María, que era una playa.

Posteriormente, decidimos buscar trabajo porque estábamos en un estado calamitoso. No hallábamos qué hacer, inventábamos invasiones, disparábamos sin balas, así que optamos por ponernos a trabajar. Los cubanos se movieron y según los conocimientos de cada uno nos fueron insertando en diversas empresas. Algunos optaron por irse, porque muchos

estaban por volver o vivir otras experiencias combativas, como en Palestina. En mi caso, al poco tiempo conocí una a cubana. Nos casamos con mucha culpa, porque si me casaba era porque me quería quedar en Cuba y hacer vida militante en Cuba, donde estuve desde finales del 73 hasta el 84.

Me desempeñé en trabajos de la construcción, me capacité en trabajos más técnicos y participé en trabajos voluntarios. Luego tuvimos una hija que falleció de un año y ocho meses. El 79 me pilla movilizado, porque el partido me había pedido si podía ir a apoyar la guerra contra Somoza en Nicaragua. Cuando estaba recibiendo preparación me van a buscar y me informan que mi hija había

fallecido. El triunfo de la revolución sandinista ya estaba, porque eso fue en julio del 79. Fue una crisis que pasamos todos los que perdemos seres queridos, así que no voy a Nicaragua. Más tarde, cuando me vine clandestino a Chile, ese matrimonio terminó para ambos.

—¿Qué grupo del PS empieza a preparar tu retorno a Chile?

—Era un grupo muy reducido, antialmeydista, encabezado por Óscar de la Fuente, que era miembro del Comité Central en el exterior. Él era jefe del partido en Cuba. Desconocíamos la dirección de Clodomiro Almeyda. Después de eso, en el 83, cuando supe que no podía ingresar a Chile, empezamos a preparar mi retorno y para eso me preparé haciendo cursos conspirativos en la isla junto con Manuel, cuyo nombre real era Enrique Ramos.

Óscar les propuso mi nombre a los cubanos y comienza mi preparación para entrar clandestino. Acá me esperaba Juan Osses y el Tata Moreau. Había un aparataje más cerrado que empezó a preparar gente para mandar, pero no era masivo. En esas condiciones me despido de mi señora cubana y parto en un recorrido hacia Europa para llegar a Argentina. Ingreso al país por vía terrestre en un Andes Bus. Cuando llegamos a Valparaíso venía el chofer, el copiloto, otro pasajero y nadie más. Una vez que paso la frontera venía como extranjero, como un turista, se me acerca el otro pasajero y me pregunta si voy a Santiago y si soy chileno, todo era a finales del 84. «No», le dije un poco molesto, «no soy chileno». «Bah, tienes acento chileno», me respondió.

Me alojé en una pensión. Traía dólares y un pasaporte que debía romper. Cuando me fui a bañar, me metí con todo al baño, porque tenía mucha desconfianza. Pasé la noche casi en vela, encontraba todo raro. Tenía la idea de que la gente estaba asustada, había protestas, era ya enero del 85. Al otro día tomo el tren a Santiago, debe haber sido uno de los últimos viajes hasta la Estación Mapocho.

Guardé mi equipaje en la Estación Central y me fui a cubrir los puntos de contacto en Providencia, pero no me resultaron. Llamé por teléfono y esperé alojado en el Hotel Madrid y nada. Fallaron otras cosas y partí a buscar a un compañero que había ingresado antes y ubiqué su casa en la población José

María Caro. Él era Carlos Godoy Echegoyen. Cuando me ve, me dice: «Compadre, pasa, almorzamos». Ahí descansé un poco y me relajé. Él tenía veinte años, se había graduado de oficial de las FAR con las medallas y había optado por venirse a Chile.

Carlos informó al Tata Moreau y a Juan Osses que yo estaba en Chile. Luego voy subiendo por la escala en mi hotel y escucho: «Compadrito, no me conoces». Yo pregunto: «¿Pero tú me conoces a mí?». «Sí». «Ah, entonces si tú me conoces está todo bien». Era Juan Osses.

Ahí me retoman, me sacan del hotel y me dan una casa de seguridad. Luego viene la muerte de Carlitos. Antes de eso hicimos un trabajo de recuperación en pleno centro al lado del Palacio de La Moneda. Salió todo limpiecito y después me doy cuenta que lo recuperado era para la escuela de Quinteros.

—¿Cuál era el trabajo político que hacías en tu retorno clandestino?

—Con Juan Osses y el Tata Moreau estábamos haciendo trabajo territorial de lo que se denominaba, en ese entonces, el Partido Socialista Salvador Allende. Posteriormente, en estos años, al encontrarme con algunos participantes de ese entonces, me han comentado que ese colectivo era muy grande, incluso se llegó a hacer un congreso, pero yo no participé.

Mi trabajo era a nivel de base y estaba ubicado en la población San Gregorio. Ahí trabajé con un núcleo de militantes socialistas y demócrata cristianos. Viví clandestino en Chile desde el 85 al 87, cuando salió la última lista donde Pinochet permitía retornar. El trabajo era fundamentalmente territorial, de formación de núcleos y trabajo de propaganda. El 87, junto con el Tata Moreau, salimos del país hacia Argentina para ingresar legales a territorio chileno el 4 de septiembre de 1987.

Seguimos trabajando, pero luego vino el periodo de elecciones, el plebiscito. Nosotros teníamos una postura frente a eso, por lo que esa noche nos acuartelamos para el posible autogolpe que iba a hacer Pinochet. Teníamos

incluso una pistola en Renca. El 85 había conocido a Gladys Urtiza y nos hicimos pareja —le cambiaron el apellido en el Registro Civil, era Urquiza—, quedó embarazada y arrendamos un departamento el 85. Después comencé a trabajar legalmente. Mi primer empleo fue como chofer de una empresa. Debo haber durado como dos meses, porque el auto lo choqué varias veces. Después ingresé a EMOS como junior, pero con la función de atender la gerencia general por mi nivel cultural, y luego llegué a mi actual trabajo, donde estoy hace veintiún años.

El año 98, en mi trabajo, solo una persona sabía que había sido GAP: era Juanito, el garzón del gerente. Ese mismo año hicimos un acto como regularmente lo hacíamos el 4 de septiembre. Ese día había llovido «a chuzo parado» y fue muy poca gente, pero los periodistas fueron y uno del canal 7 quería entrevistarme a mí, porque era el maestro de ceremonias. Me hace una pregunta que no dura ni tres segundos. Llego a la casa, aparezco en la entrevista y el periodista me pregunta que cómo me llamo, y doy mi nombre. Ahí pensé: «Aquí quedó la cagá».

El lunes siguiente mientras iba al trabajo tenía la sensación de que me había sacado un peso muy grande de encima: me sentía liberado de no tener alguna cosa oculta y ese era mi orgullo. Llegué al trabajo y, desde el guardia hasta el piso nueve, todo el mundo felicitándome. No sé si era porque había salido en la tele o porque se dieron cuenta lo que había pasado en mi juventud. Después hablé cara a cara con mi jefa. Le dije: «Señora, usted sabe que yo el domingo salí en un programa en la tele». Me dice que sí, que se lo habían comentado, que era algo de los derechos humanos. «No», le dije, «voy a aclarar este asunto ahora ya: yo fui miembro de la seguridad del presidente Salvador Allende y producto de eso tuve que exiliarme y estuve once años en Cuba». Luego seguí: «Pero tiene que dar fe que mi actitud en el trabajo es laboral. He tratado de ser lo más correcto posible, por lo tanto la libero a usted de dar explicaciones y, si quiere, voy yo a darlas». Y me dijo: «No, el pasado es pasado. Yo tengo muertos por la izquierda y muertos por los militares, y despreocúpese, porque aquí no va a pasar nada».

—Luego de 40 años, ¿cuáles son las lecciones del día 11 que podrías hacer?

—Nosotros hemos sacado la cuenta que son como sesenta compañeros los que murieron en distintos momentos a partir del 11. Yo era uno más del GAP, no tenía la ubicación dentro de la estructura para determinar planes, estrategias de seguridad, pero entiendo que se podría haber tenido una mejor coordinación. Lo que finalmente sucedió tuvo que ver con todas las condiciones con que llegamos a ese día 11. El Doctor decidió con tozudez estar y permanecer en La Moneda. Estratégicamente podía tener un simbolismo, pero estoy seguro que su vida, su continuidad, habría sido mucho más importante de haber tenido un plan de evacuación, que en algún momento se intentó, pero que fue él mismo quien lo desestimó.

Nosotros éramos parte de ese pueblo, éramos solo el dispositivo de seguridad, no podía esperarse mirada estratégica, para eso estaban los partidos. Creo que yo cumplí con mi deber, bien o mal lo cumplí, y por eso me siento muy orgulloso. Seguramente, siempre me pesará el haber obedecido la orden de quedarme en Tomás Moro y por ello no haber podido estar en La Moneda junto al Presidente y a mis compañeros.

—¿Cómo han sido tratados los miembros del GAP por los gobiernos de la transición?

—Creo que para la Concertación nosotros, como sobrevivientes del dispositivo de seguridad, hemos sido una molestia. Nuestro rol efectivo era ser miembros de la seguridad del presidente Allende. Pero para postular a ser reconocidos como exonerados, tuvimos que firmar documentos como funcionarios de la empresa del PS de Chile. ¿De qué teníamos que avergonzarnos? ¿De la lealtad con el presidente? Y además eso se dilató mucho, esto fue en los años ٩١ y 92, en el periodo de Aylwin. Con decir que un día estuvimos a punto de tomarnos el local del partido cuando José Miguel Insulza estaba de ministro del Interior.

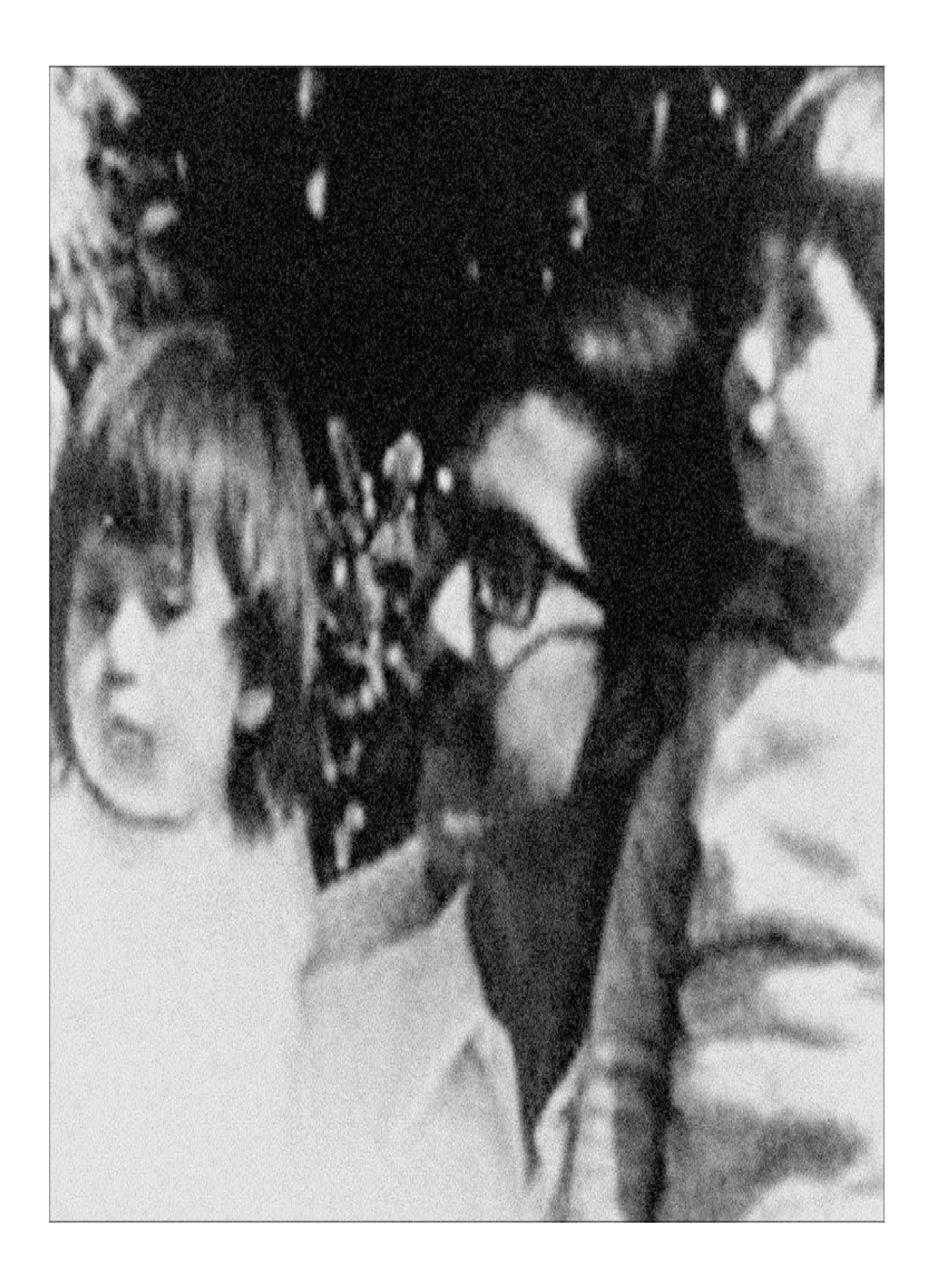
Luego, a los funcionarios de Investigaciones de Chile que se quedaron junto al presidente nosotros les hicimos un reconocimiento público. ¿Tú crees que desde el Estado y las leyes que defendieron, a riesgo de sus vidas, esos funcionarios

públicos han tenido

algún reconocimiento? Incluso, y es lo más doloroso, hemos tenido dificultad para acceder a locales que resultarían obvios para velar y despedir los restos de nuestros compañeros del GAP, identificados luego de décadas de figurar como detenidos desaparecidos. Recuerdo varias ocasiones en que esas ceremonias las hemos hecho en la CEPCH[9], al lado del Ministerio de Educación, por no contar con ningún otro espacio disponible.

Creo que todavía hay compañeros y compañeras que con justicia se merecen reparaciones económicas, de salud, de vivienda y de educación porque viven en condiciones muy complicadas. Algunos viven de la caridad en su estado de salud, con la ayuda de compañeros que son doctores. Hemos tenido que golpear muchas puertas. Me acuerdo que se perdían carpetas en el ex-INP[10], luego aparecían, cambiaban constantemente de personas que tenían que analizarlas. Lo poco conseguido como reconocimiento ha costado y nunca ha sido al precio de olvidarnos de lo que fuimos. Allí estamos cada ١١ de septiembre recordando a nuestro presidente y a todos nuestros caídos.

Alejandro Montiglio, el hijo de «Anibal»



Juan José Montiglio con sus hijos

—¿En qué momento conociste la verdadera historia de tu padre?

—En una ocasión quedó la escoba. Yo venía saliendo de una concentración que hubo en el Parque O'Higgins y pronto vino el apaleo. Era el 86 y yo tenía quince años, no estaba militando ni tenía formación. Llego a la casa de una tía que vive en la calle Lira, detrás de donde está el penal de los reos de la nocturna. Estoy todo sudado, con los ojos irritados y ella me dice: «¿De dónde vienes?». Le mentí y le dije que estaba dando vueltas y la había pasado a ver. «No», dice ella, «sabes que no puedo aguantar más y te voy a contar la firme», y hace un dibujo y me cuenta que mi papá era miembro del GAP, y que era un detenido desaparecido. Hasta ese momento yo no sabía nada. Cuando preguntaba, me decían que mi papá había muerto en la casa, siempre cerraban el espacio y se armaba el llanterío, que es doloroso, que no sigamos, etc.

Cuando mi tía me contó eso lo almacené como dato, quedó ahí. Luego de varios días empiezo a preguntar. Después, me agarro con mi madre, con mi abuela. Ellas dicen que tenían miedo, que intentaron hablar conmigo cuando era chico, una vez que íbamos caminando y había un rayado donde salía un puño y yo pregunté y ella estuvo a punto de decirme. A mí me contaron una patraña, que había muerto en la casa junto a la familia, eso me lo contó mi madre y mi abuela fue la que orquestó todo eso. Tenían temor de otro milico en la familia, me decía mi madre, pero yo creo que era temor no más, no sé si era fundado. Se escondió toda la literatura, la sobremesa era de adultos y a mí y a mi hermana nos echaban para afuera.

Yo las mandé a la mierda. Mi primera postulación a la universidad fue en Valparaíso. Me encerraba en mi pieza y empecé a leer. Tenía como dieciocho años y pensaba que a esa edad había cabros muertos en Nicaragua y yo no había hecho nada aún. Entonces al ingresar a la universidad me puse a trabajar políticamente, primero en el MAS[11] de Valparaíso y luego en lo que quedó de un grupo mirista, la DN5[12], cuando se quebró el MIR-Pascal. Desde ahí me vinculé

al mirismo, desde los diecinueve años. Creo que desde cabro chico nunca tuve empatía con el PS, pero sí con el MIR.

—¿Qué has podido reconstruir de la vida de tu padre?

—Él es segunda generación, porque su padre era italiano: Vincenzo Montiglio, que muere cuando mi papá tenía catorce años. Ellos llegaron a Valparaíso, eran camisas negras. Los Montiglio fueron fascistas. Vittorio Montiglio, por el cual lleva el nombre la Scuola Italiana, defendía al Duce. De hecho tenía una renta vitalicia y murió como un héroe.

Mi abuelo paterno era un viejo italiano comerciante, tenía un boliche en Valdivia. En su casa las decisiones se tomaban de a tres, siempre mi madre me decía eso. A mi padre le decían Vanni, que era el diminutivo de Giovanni. Él le contaba a mi mamá que su padre desde muy chico le presentaba alternativas y lo decidían entre los tres. Así, a los diez años participaba en las discusiones familiares y tuvo la posibilidad de tomar decisiones con voz y voto.

Luego, Vincenzo muere y mi abuela Clementina se vuelve a casar con don Lucho, que tenía negocio en Arica. Tengo una tía abuela octogenaria que dice que esa mamá que crió a mi padre no es la congénita, pero no tengo cómo rastrear eso. Él nació en el seno de Reloncaví y la partida de nacimiento es de dos años después, él no nace el 49, sino que el 47 y lo inscriben más tarde. Si ves una foto, se ve un poco más viejo, dormía poco, fumaba como carretonero. Esos dos años perfectamente se pueden entender. De ahí se van a Arica y termina las humanidades allá. Luego, se puso a pololear y tuvo una hija. Yo tengo una hermanastra dos años mayor. Allá él hizo el servicio militar por dos años, en el regimiento de Arica, y salió con una hoja impecable. Posteriormente dio el bachillerato y no le dio para estudiar Medicina y entró en Biología en el Pedagógico. Ahí conoció a mi madre y a todo un lote e ingresó al PS. Alcanzó a estar tres semestres en Biología, luego fue a Cuba a formación. Tiene que haber sido el 70 o 71; el 71 ya estaba en el GAP. Se va de la casa varias veces. Yo nací en noviembre del 70.

—¿Qué recuerdos tienes de Aníbal?

—Mi padre llegaba cada quince días con una bolsa de ropa sucia y la echaba a una lavadora. Luego nos agarraba a mí y a mi hermana y nos subía a uno de los azulitos, los 125, los autos de la escolta, y nos íbamos a dar unas vueltas. Ese era nuestro espacio para compartir y de vinculación sentimental con él. Yo tenía dos años y diez meses cuando él muere.

Me acuerdo de tres lamparazos de recuerdos con él. Estoy seguro de que no son fruto de regresiones ni de hipnosis. Hay una foto donde estoy en brazos de mi papá en la navidad del 72. Hay otra que apareció en El Mercurio, un chofer que andaba loqueando y da vuelta uno de los azules cuando venían bajando de El Cañaveral; mi papá aparece en esa foto a la orilla del camino, fumando. Me contaron que Aníbal se hacía el haraquiri, porque hasta ese momento nunca lo habían fotografiado y decía que lo habían descubierto.

Para la gira a Naciones Unidas con el presidente, fue la única vez que dio su nombre real. La foto conmigo en brazos es del archivo de los familiares de La Moneda, porque yo investigué en archivos de microfilm y no aparece ninguna foto de mi padre; la única vez que aparece el nombre político de mi papá, Aníbal Salcedo, es cuando publican el plan de defensa de Tomás Moro, el día jueves 13 de septiembre, en una publicación de El Mercurio. Allí, junto con otro nombre abajo, aparece un pie de página que dice que los investigadores piensan que son dos los miembros de la inteligencia cubana que diseñaron esta cuestión. Después se supo quién era y se relaciona a Aníbal Salcedo con Juan José Montiglio.

En mi casa no se hablaba de política ni de religión. Mi abuelo era masón, un viejo laico dedicado a la ciencia; siempre investigaba. Él estaba en esa y desde ahí ponían la barrera y nunca tocaban temas de política.

—¿Y tu madre?

—El 11 de septiembre del 73 yo estaba en casa de mis abuelos maternos y mi

madre estaba ahí, Rina Velvederessi. A ella se la ha vinculado como miembro de uno de los cinco GAP que existen. En ese grupo está también la Nena, la Paula —una peluquera de San Antonio que murió—, la misma mama Rosa, todas mujeres que trabajaron y vivieron en Tomás Moro, que quizás no eran estrictamente del GAP y que hacían tareas de servicios. Mi vieja trabajó en la telefonía de la residencia presidencial. También entiendo que trabajó en La Moneda un tiempo breve, pero nunca tuvo formación miliciana.

Mi madre se había alejado de todo el mundo, por lo que yo solo podía saber investigando. Lo primero que aparecerá fue una entrevista en la APSI o el CAUCE, el 87 u 88. Luego, toda la investigación que hice sobre el tema en el subterráneo de la biblioteca se la pasé a mi madre. Encuentro una entrevista referida a la campaña del 70 y que se había improvisado un equipo de seguridad. Ahí vi por primera vez el nombre de mi padre.

—¿Y cómo lo fuiste situando? ¿por cuáles etapas transitaste?

—Entre los quince y los diecinueve años viví dos fenómenos. Primero lo endiosé como a un tipo que murió en la suya, peleando, defendiendo sus convicciones hasta el final. Después vino enlodarlo, porque había dejado botada a la familia, porque no había estado presente, porque nos había descuidado y se había dedicado a otras cosas. Ahora lo veo como un hombre de su tiempo, que asumió un proyecto donde había que descuidar a la familia, que lo asumió a concho y que además hizo lo que cualquier hombre honesto hubiera hecho.

Hasta el día de hoy el nombre de mi padre sigue abriendo puertas. Una persona idónea, correcta, extremadamente seria. Me he juntado con algunos de sus compañeros y les he preguntado del viaje a Cuba, si es que se había desordenado, y me dijeron que no, que todos habían tenido una canita menos él. Lo mismo en Marruecos, en Moscú, y cuando había turno y alguien fallaba, se quedaba él. Podía hacer una guardia continua de cuarenta y ocho horas seguidas. Seguramente por esos compromisos yo y mi familia lo veíamos tan poco.

Hay que desacralizar a los que integraron el GAP. No es que hubieran sido dioses, sino que asumieron una parte de la historia y lo hicieron correctamente,

nada más. Lo mismo de valioso que un montón de compañeros, te lo digo ahora el 2013, que estamos manejando el mismo imaginario, las mismas convicciones, el mismo proyecto, estamos en la misma. Los superhéroes no nos sirven, porque son lejanos. Nosotros somos personas de carne y hueso y los procesos requieren de millones de personas corrientes y normales.

—¿Y qué has podido averiguar de las circunstancias de la muerte de tu padre?

—Hay un par de testimonios que dicen que estuvo en el Estadio Chile. Pero eso no es certero, hay mucha gente que producto de la tortura o durmiendo mal o con miedo inventa versiones que no existieron. A mi padre lo fusilan el día 13 de septiembre en Peldehue junto a los otros compañeros. Se les lanzan granadas, luego de ametrallarlos. Luego se les inhuma clandestinamente y ya no queda nada.

Recuerdo el último entierro, que fue de tres compañeros. Se emplearon unas urnas de bebé, pero se podría haber hecho en cajas de fósforos, porque sólo había fragmentos de mandíbula de uno, en otro la falange de un dedo de la mano y todo estaba muy degradado producto de los años y de la salinidad del lugar. Luego, en Escocia, se logra rescatar algo de ADN y se probó que eran ellos, pero en el caso de mi padre no se ha encontrado nada.

A mí las osamentas en lo personal no me aportan mucho. Distinto es en términos políticos e históricos, de poner eso en los libros de historia. Esta es una verdad que habría que gritar a los cuatro vientos. Hay muchos familiares que tienen miedo de decir, incluso ahora, que la figura no es de fallecido, sino de un detenido desaparecido. Y eso decirlo en todos lados, desde una entrevista de trabajo, a los medios, a sus hijos.

—¿Cómo aprecias la transición en relación a la memoria?

—Creo que se ha optado por una memoria de granito, de estatuas. Pero en eso creo que se petrifica la memoria y se cuela la amnistía, que etimológicamente es el olvido. Hay una pretensión de que todo esto se olvide y que no sea parte de la historia. Considero que en términos de justicia e investigación hay un grupo importante de profesionales que la han hecho seriamente. La justicia se ha entendido en términos de reparación y pecuniarios.

Yo no quiero que me digan: «¡Qué pena lo que le pasó a tu familia!». Lo importante es qué le pasó a nuestro país, si somos parte de una historia común. Pero se trata de sacar eso del ámbito común y ponerlo en el ámbito privado.

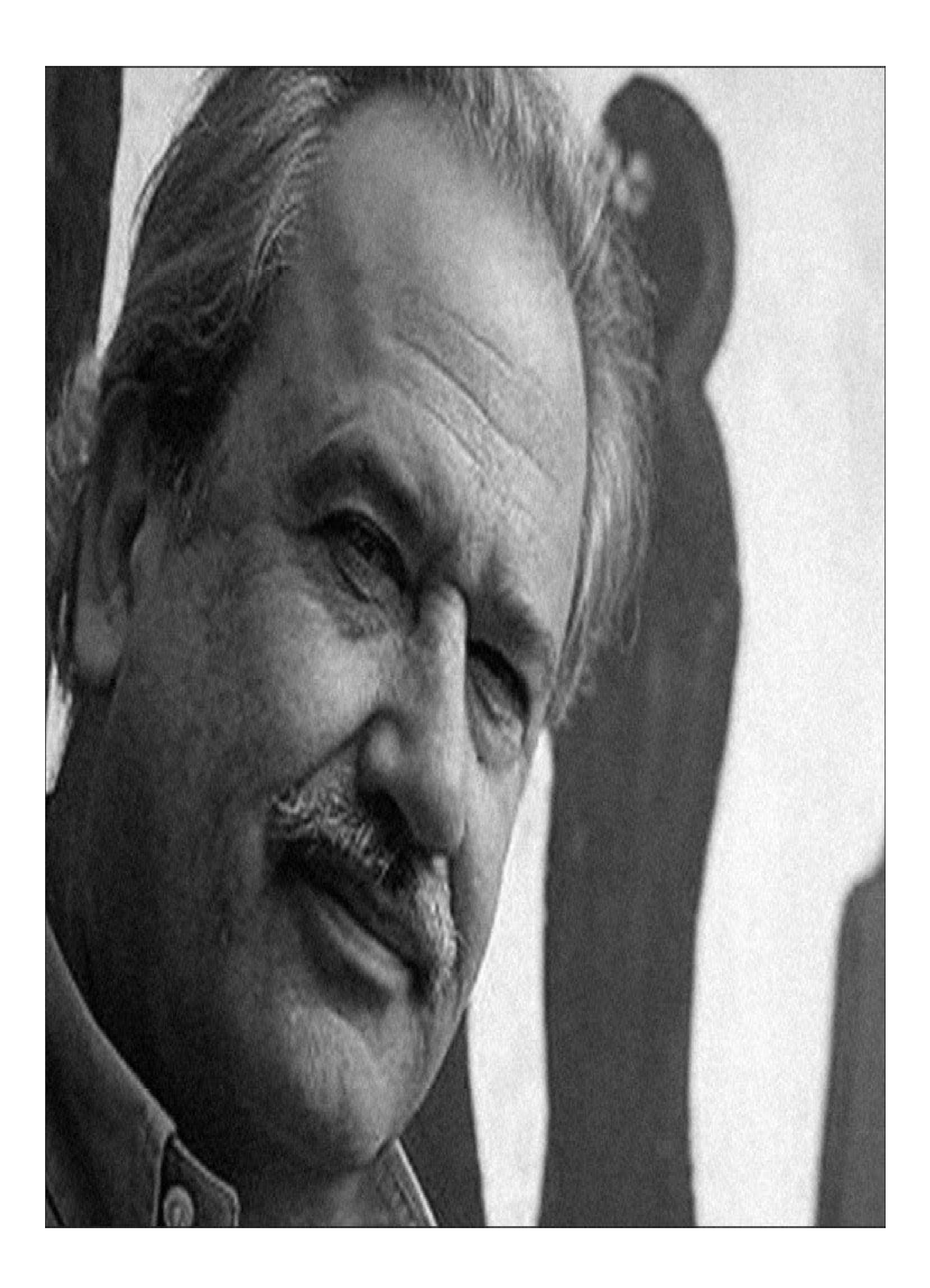
También hay otras derivaciones de todo esto. Por ejemplo, lo que ha sucedido con nuestra generación, de cuarenta a cuarenta y cinco años, que hemos estado buscando alternativas, dándonos vueltas. Los que han estado haciendo trabajo barrial, de memoria, de reconstrucción, son pocos. A mi juicio, hay un daño a una tercera generación que es gratuito. Hay harto que hablar con mi generación por eso, y creo que la pega la hicieron bien: sellaron las bases jurídicas, le echaron tierra al castigo, dieron vuelta la historia y cagaron a un montón de familias, que además quedaron aisladas, porque el tema no es parte de la historia nacional, sino de la historia privada.

—¿Cómo evalúas la saña con respecto al GAP?

—Podría haber sido el primer ejercicio que hizo la contrainsurgencia como equipo, porque lo hicieron con las Fuerzas Armadas. Después lo hicieron con otros grupos, pero con quienes se ensañaron ad eternum fue con el GAP. Es cierto que a otros los desvinculan o los meten presos o los largan del país, pero a quienes eliminan, incluso sacándolos de la historia, fue al GAP.

Hay quienes en el GAP dicen que por derecho debieron estar pegados a Allende cuando traen sus restos, porque fueron las únicas personas que estuvieron de verdad hasta el final y que pusieron sus cuerpos para protegerlo. Pero al parecer la familia del presidente y el PS se opusieron. Alejar a Allende del GAP es intencionado, no ha sido casual.

Andrés Pascal Allende, un exdirigente de una organización transformada en cultura



—¿Cómo se preparaba el MIR frente a la eventualidad de un golpe?

—Hay que hacer un poco de historia. Hasta antes del tanquetazo la visión prevaleciente en la Comisión Política era que podía darse una situación de enfrentamiento masivo frente a un intento de golpe, como en parte ocurrió desde el punto de vista de la movilización social. Se ocupan las industrias, hay una movilización enorme en las calles hacia La Moneda. En este escenario se contemplaba la posibilidad de que entrara a operar la Fuerza Central nuestra, que tenía cierto armamento que habíamos sacado del GAP del Chicho.

Además, respecto al armamento, todavía había la expectativa de producirlo caseramente. Se estaban fabricando granadas y metralletas: la JCR-1, que era una copia de la Carl Gustaf. Esto se estaba haciendo por partes en distintas industrias y entendíamos que iba a permitir distribuir armamento masivo en sectores urbanos e industriales. Lo otro era el trabajo con los GPM en los distintos territorios y el trabajo miliciano, que consistía en dar instrucción básica a sectores de trabajadores y pobladores. Todo lo anterior estaba acompañado de un trabajo hacia las Fuerzas Armadas, el trabajo en F, en el que yo era el responsable por nuestra dirección, y que apuntaba a lograr el paso de núcleos de las Fuerzas Armadas al campo popular y, sobre todo, tener acceso al armamento en caso de requerirlo si se presentaba alguna situación extrema. Teníamos trabajo en la Armada, pero las expectativas mayores estaban en la Fuerza Aérea, en el grupo de suboficiales y algunos oficiales que no trabajaban directamente con nosotros, pero tenían una vinculación con el proceso de la UP, como Ominami, Vergara, etc. El grupo de oficiales socialistas con los que teníamos contacto y relación, sobre todo suboficiales de la base de El Bosque, que tenía acceso a la bodega donde se guardaba el armamento.

Además de todo lo anterior, estaba la expectativa fuera de Santiago, en Concepción o en el campo, en Arauco, en el Complejo Maderero de Panguipulli,

de crear condiciones a partir de pequeños núcleos, por la base social existente. El MIR no disponía de una fuerza militar organizada por sí misma, salvo núcleos que podían jugar un papel de conducción, de organización de otros sectores que podían incorporarse a la resistencia contra un golpe. Nuestra Fuerza Central era chiquitita, hombres con armamento en total unos cincuenta. Y en armamento: algunos lanzacohetes, armamento norteamericano y fusiles fundamentalmente, y, creo, dos cañones sin retroceso,

La otra expectativa era la posibilidad de obtener armamento con los cubanos. Esto se había hablado con Fidel en su visita a Chile y él tenía la mejor disposición, pero sin pasar sobre Allende. El mayor compromiso lo obtuvimos en una visita que hicimos después del tanquetazo, con el Gato Valenzuela y no recuerdo quién más, cuando fuimos a conversar con Fidel a La Habana. Íbamos con la misión de que nos entregaran armamento, y el

compromiso mayor que se obtuvo en esa reunión fue que, en el caso de que hubiera una situación seria de golpe, Fidel se comprometía a entregarnos armas, para lo cual se dispuso de una cantidad de armamento que estaba en la Embajada de Cuba y al cual teóricamente podíamos acceder de darse una situación de confrontación abierta.

En esa ocasión y ante el escenario creado, Fidel nos dice: «Dejen botado todo y váyanse al sur, establezcan una zona de resistencia allí, porque no tienen posibilidades de insurrección. Yo no puedo darles las armas porque no puedo pasar sobre Allende, pero sí

puedo poner una cantidad significativa de armas ante una situación que se agudice, de golpe o enfrentamiento, y así ustedes tengan acceso a esas armas». Pero ya en Chile, a nuestro retorno, todo eso fué absolutamente impracticable.

—¿Cuál es vuestra evaluación del significado del tanquetazo del 29 de junio?

—Ese día fue más decisivo que el Golpe porque ahí se producirá el corte del periodo y de las tendencias. Ese fue el momento cúspide de la movilización

popular, más allá de que fuera una arrancada y hubiese discusión entre los oficiales tomando partido hacia un lado o hacia el otro. Los golpistas dentro de las FF.AA. no tenían estructurado un mando y, por el contrario, había mandos constitucionalistas o ligados al Gobierno, con lo que la posibilidad de un quiebre interno dentro de las FF.AA. era mucho mayor. Todo eso cambia del 29 de junio al 11 de septiembre con la salida de Prats, la subida de Pinochet y un proceso que venía impulsado por José Toribio Merino[13] y otros sectores, en el que sacan de la Fuerza Aérea y de la Marina a los oficiales constitucionalistas.

Después del 29 hay momentos donde más suboficiales se estructuran y organizan, hay disposición de defensa del proceso, etc. Esto se dará sobre todo dentro de la Marina y también en la Fuerza Aérea, e incluso en significativos sectores de Carabineros. En ese momento, desde el mando del Ejército del general Carlos Prats, existía la disposición de que, si se producía alguna situación de enfrentamiento, intervinieran sectores civiles. La prueba concreta de eso yo la escuché, fui testigo. Miguel llamó a Prats y este lo atendió y le dijo: «Intervengan, hay un tanque que se escapó, échenlo abajo». Eso no era una locura, porque lo habíamos conversado antes. Yo asistí a reuniones con Miguel y Prats donde se habló de las milicias, de utilizar el resquicio legal de la Defensa Civil como una forma constitucional de organizar un cuerpo de defensa del Gobierno. Prats tenía reticencias, pero tampoco se oponía a eso en una situación extrema.

Ese es el momento donde dentro de las FF.AA. hubo una mejor disposición, como lo probó el propio Prats con su intervención de ese día para enfrentar en la calle a los golpistas. Ese es el momento de masas de mayor compromiso social y popular con el Gobierno. Todo eso se evidencia en la ocupación de las industrias, las poblaciones, las marchas de la gente hacia La Moneda, la exigencia de la gente de paredón contra los golpistas.

—¿Qué hizo el MIR en concreto?

—La Fuerza Central no demostró una movilización rápida. Se dificultó todo al tener las armas escondidas en barretines. La gente tenía que reunirse para constituirse como una fuerza operativa, y se demostró que eso era lento y

dificultoso. No se echa el tanque abajo porque la FC no tuvo la capacidad de responder con la inmediatez a esa situación táctica. Si hubiéramos tenido una fuerza constituida, con capacidad de comunicación y operación inmediata, podríamos haber hecho lo del tanque. Teníamos los cañones sin retroceso, no era una cuestión de locos, ese es un elemento que se evidencia negativo en ese momento. La gente se desplegó en los cordones, en los lugares de acuartelamiento, eso sí funcionó y hubo una movilización general.

En la tarde del 29 nosotros nos reunimos como CP, con Miguel, el Bauchi, Sotomayor y yo; no sé si el Coño estaba. Allí discutimos y me tocó plantear el tema de sacar el armamento de la FACH de la Base Aérea de El Bosque, propuesta que nos hicieron los suboficiales miristas y allendistas de la FACH. Lo planteo porque en ese momento los compañeros estaban en condiciones de hacerlo. Si nosotros íbamos con gente a sacar ese armamento, lo sacábamos en los propios camiones de la FACH. Allí se produce un debate interno, donde la voz más influyente era la de Miguel. Él plantea que no, porque piensa que a esa altura ya se evidenciaba que no había un enfrentamiento abierto, que el intento de golpe había sido puntual y limitado, y si nosotros dábamos ese paso, Miguel temía que se fuera a producir un enfrentamiento entre el MIR y los sectores del polo revolucionario más cercanos al MIR, que participarían en esto con el gobierno de la UP y Allende. Miguel estimaba que nos podía dejar en una situación de aislamiento político, de represión abierta del gobierno de la UP contra el MIR. Yo lo estimaba menos y quedé en una posición minoritaria. Después viene la presión popular para que Allende intervenga las Fuerzas Armadas y él no lo hace, solo detienen a algunos de los golpistas con sanciones menores.

—¿Hay alguna reunión del MIR con Allende a propósito del 29?

—No lo recuerdo.

—¿Había canal de comunicación expedito con Allende? ¿Facilitaba en algo tu condición de sobrino?

—Había un canal formal-informal de reuniones y yo iba como parte de la CP. Recuerdo, por ejemplo, una que fue en Tomás Moro en que estábamos hablando sobre el tema de las FF.AA., la política de las FF.AA., y yo intervine porque estaba a cargo de ese trabajo y le discuto al Chicho. Él me responde: «No po, cabro, si tú no sabes nada». A partir de allí le planteé a Miguel que no quería seguir yendo a esas reuniones, para que no se confundieran los planos, y él estuvo de acuerdo.

—¿Qué sucederá después del 29 de junio?

—Nuestra evaluación es que allí terminó de estructurarse todo. O sea, si hubiera habido una intervención de Prats, del presidente y del Gobierno dentro de las FFAA, no te digo que hubiera controlado la situación golpista, pero se les habría complicado bastante, e incluso podría haber conducido a una situación de enfrentamiento. En cambio, los signos de debilidad posibilitaron redoblar los esfuerzos golpistas tanto de los civiles como de los militares. El papel del PDC, el fracaso de las conversaciones entre Aylwin y Allende con el auspicio del cardenal Raúl Silva Henríquez, hasta la declaración del Gobierno como inconstitucional por parte del Parlamento. El papel del Poder Judicial también, o sea se polariza más la situación sin una intervención ofensiva activa por parte del Gobierno y la izquierda.

Al interior de las FF.AA. comienza una intervención activa de parte de los golpistas, que ya se han estructurado. Eso se traducirá en sacar del mando de unidades a oficiales constitucionalistas, trasladándolos a funciones secundarias. Pronto comienza un periodo que a nivel de masas es de desmovilización y de crecimiento de la expectativa de que en cualquier momento podría darse una situación de golpe militar. En el caso del MIR, eso lleva a un agotamiento por los sucesivos acuartelamientos. Es como el cuento de Pedrito y el Lobo. En esa estrategia, la aplicación de la Ley de Control de Armas será fundamental,

porque se quería controlar todos los movimientos. El proceso de la Armada de persecución judicial contra Miguel nos obligará a movernos en una

semiclandestinidad. Luego viene lo conocido. La caída de Prats y el ascenso de Pinochet, que empieza su doble juego.

—¿Qué sucederá con el trabajo en F después del tanquetazo?

—Hay una cantidad de oficiales y suboficiales que están contra el golpismo y juegan un papel el día 29, en el sentido de que paran la movilización. Las expresiones eran desordenadas, de deliberación, no es que fuera una orden del mando. Eran oficiales golpistas que intentan movilizarse en el regimiento Buin y en otros lugares. Ante ello habrá suboficiales y algunos oficiales que salen a detener esa situación junto al mando superior. El problema es que esas reacciones fueron marcando por regimiento y unidad a los oficiales y suboficiales antigolpistas que, a partir de allí, estarán identificados.

—¿Cómo fue la relación entre el MIR y Allende entre junio y septiembre?

—Hay un alejamiento. Siempre hubo tensiones y contradicciones, y eso ocurría en aspectos específicos del proceso. Por ejemplo, las tomas de fundos, la ocupación de las industrias, el problema con el GAP, la represión de Investigaciones en Lo Hermida. Fueron diversas las coyunturas. Aun así todavía teníamos expectativa, si bien se percibía que Allende no estaba empujando el proceso a fondo y que estaba enfocado a usar la «muñeca» y negociar. Nosotros teníamos expectativas de que el proceso podía radicalizarse y prueba de eso es la política del polo de reagrupación de los revolucionarios.

Después del 29 Allende entró en un proceso de intento de negociación con la DC y la oposición en general. Con las FF.AA. ya lo había realizado y el resultado era el gabinete militar. Todo eso nos lleva a tomar mayor distancia, no lo enfrentamos decididamente. Teníamos el convencimiento de que la salida iba a ser una rendición de la UP, la que podía tomar la forma de un plebiscito.

Pensábamos que lo más probable es que se diera esa situación de capitulación. Era creciente la toma de conciencia nuestra respecto a que, ante un nuevo intento de Golpe, no contábamos con el mismo apoyo de las FF.AA. y por tanto la posibilidad de ruptura, de quiebre, en la FF.AA. y de acceso al armamento que necesitábamos para constituir fuerza armada quedaba absolutamente disminuida.

Habíamos visto las limitaciones que tenía nuestra Fuerza Central, que era un grupito operativo pequeño, menos que una compañía. Desde siempre hubo trabajos que se hacían en áreas del sur, rurales, de conocimiento de zonas, pensados en la idea de focos de

resistencia guerrillera. Ante una situación de agudización de guerra civil o enfrentamiento armado mayor, requeríamos contar con zonas de repliegue que conociéramos con anticipación, que hubiese vínculos, ciertas bases, etc.

En eso comienza a darse el proceso de negociación de Allende, el intento de dar una salida institucional a la crisis, el plebiscito, que era el instrumento que Allende podía utilizar para salir con dignidad de esa situación. La expectativa nuestra, durante la última semana, es que lo más probable es que no haya golpe. Esperábamos que se diera una situación represiva. Si Allende capitulaba, lo que iba a venir era un gobierno de derecha con más o menos participación de las FF.AA., donde la oposición política podía tener un papel más importante, especialmente la DC. La expectativa que tenían la DC y Frei es que ellos

podrían convocar prontamente a elecciones y subiría Frei, lo que iba a llevar a una DC más de derecha, más represiva, más reaccionaria y sin duda iban a reprimir al MIR y este tendría que pasar a la clandestinidad, pero no con la brutalidad que hubo después.

Nosotros, en la CP, no teníamos la dimensión de lo brutal que era esto, lo que también explica las políticas que toma el MIR, como el no asilo, que se ve como un suicidio, un acto moral. Pero si lo relacionas desde la visión que imperaba se podrá entender mejor su lógica. Creo que nos faltó experiencia y mejor conocimiento de la realidad. En situaciones de incertidumbre, el marxismo no sirve para decirte por dónde va a ir la cosa, te sirve para lo grueso pero no para la intervención en el momento.

Estábamos claros que ya no teníamos las condiciones para un levantamiento, pero lo que íbamos a vivir era una situación de represión. El MIR entró a una

situación de indefinición estratégica, de pérdida de iniciativa, entonces se aceleran esfuerzos hacia el sur, pero ya no había tiempo. Había constantes llamadas a estar acuartelados, porque parecía que iba a venir el golpe de nuevo. Pero al mismo tiempo estaban las negociaciones. Al final, después que pasa lo de la Marina, la expectativa era que la clase dominante requería un golpe como el que dio. Lo que nosotros no captamos es que no era solo una situación de control de gobierno o de poder político, sino que era también un momento que coincidía con un cambio estructural del capitalismo a nivel global y donde le cupo a Chile jugar un papel de vanguardia.

—¿Qué tan preparado encuentra el Golpe al MIR?

—El día 11, en cierto sentido, fue una sorpresa para nosotros, porque psicológicamente la expectativa era la rendición de la UP o de Allende, buscando concertar una salida política. No hubo condiciones ni tiempo de articular la idea de Fidel. Cada uno de los que integrábamos la CP estábamos comprometidos con nuestras tareas, con equipos de gente, y era difícil moverlos. Hacerlo habría significado llevar la Fuerza Central al sur, y no había un foco de resistencia político-militar salvo en Valdivia, porque Concepción estaba en otra. Cautín podría haber sido, pero no habíamos invertido en una estructuración previa porque estábamos en una estrategia insurrecionalista y eso sucedía esencialmente en las grandes ciudades.

Es tan fuerte la incidencia de cada periodo que te cambia totalmente el contexto, y si no estás atento te deja fuera de foco con lo que venías preparando. ¿Cómo cambiabas a toda esa gente? Piensa que para el golpe el mirismo, como movimiento, más los frentes de masa, era cerca de cincuenta mil personas estructuradas en fábricas, campos,

poblaciones, universidades. ¿Cómo trasladabas todo eso? ¿O se iba la dirección y lo dejabas solo? ¿Qué actitud tenías tú frente a esa gente que no era mirista, que había ocupado fábricas, que había enfrentado la Ley de Control de Armas? ¿Cómo te parabas frente a ellos?

Antes del Golpe teníamos una enorme red de apoyo y todo eso sale arrancando

con razón: empieza el soplonaje, los vecinos, el miedo de la gente. Después nos cortamos los bigotes y empieza a funcionar el aparato de documentación y maquillaje a nivel de la dirección. En eso se sacan la cresta trabajando Martín, la Marchi y una serie de compañeros y compañeras. Miguel andaba en la calle buscando casas para la gente, y en eso Carmen Castillo[14] tuvo un papel fundamental al conseguir un montón de ayuda de gente de otros

sectores. Así fue como nos fuimos instalando en la clandestinidad. A veces Miguel solo o con la Carmen o con el Humberto Sotomayor y así nos fuimos distribuyendo todos en distintas casas. Todo se hizo complejo y riesgoso.

—¿Cómo sintieron ustedes, en la dirección mirista, el nivel de responsabilidad de lo que venía tras el Golpe?

—Sentíamos que nos correspondía seguir la lucha. En esos días hubo reuniones con Belisario Velasco y gente de la DC que no eran golpistas y la opinión de ellos era la misma. Yo creo que al principio pensamos que esto podía ser un proceso más corto, no lo vimos como una refundación capitalista, sino como la posibilidad de restablecer un gobierno de derecha con la DC participando, probablemente represivo, pero dentro de cierto juego.

De todos modos se veía una represión masiva, el terror, porque ya sabíamos lo que comenzaba a pasar. Nos llegaba información del Estadio Nacional y otros lugares. Aun así, pensábamos que el movimiento social no iba a ser totalmente desarticulado, teníamos la expectativa de que se iba a restablecer una democracia restringida y que, por lo tanto, tendríamos la posibilidad de reconstituirnos e íbamos a contar con un cierto apoyo social más masivo, más amplio. Asumíamos que nos tocaba a nosotros comenzar esa tarea de construir la resistencia, la que tenía que tener un carácter múltiple, no de guerra revolucionaria, sino que de propaganda armada, de insuflar confianza, de que era posible resistir. Pero sentíamos que eso era un peso en los hombros del MIR. Teníamos la visión de que el PC se había desarticulado y que estaba jodido. También comenzábamos a recibir una visión popular de gente activista de los cordones, de traición, de salvarse solo los de arriba, seguramente en relación al asilo en embajadas, etc.

—¿Qué pasó con las armas de los cubanos en la embajada?

—El primero que tuvo la posibilidad de conversar esa situación fue el Pollo Enríquez. Paradójicamente, después se logró un acuerdo con los cubanos para que nos pasaran las armas de la embajada, y allí tuvo un papel fundamental Max Marambio. Esas armas pasaron a manos del MIR, pero fueron una maldición, porque no teníamos condiciones para tenerlas; por tanto hay un esfuerzo, un desgaste de recursos de gente, para sacarlas, guardarlas, tener casas de seguridad, distribuirlas en barretines, porque no se usaban, aparte de las que usabas para salvar el pellejo. Porque el grueso de esas armas cayeron y de ahí la bronca con el Tito Sotomayor, porque deja botado un barretín grande de armas en La Florida, después de la caída de Miguel. Eso solo lo conocían el Tito y Miguel y ahí hubo una pérdida enorme de armas.

—¿Cuál fue el aprendizaje histórico desde el punto de vista de plantearse cambios estructurales, sin que estos gatillen intervenciones de las FF.AA.?

—Hay dos cosas. La primera es que hasta ese momento no había habido en América Latina intervenciones militares tan brutales, tan masivas, tan represivas como fue en Chile. En Brasil los partidos siguieron operando, había cierta negociación. En el caso de los argentinos también. Un golpe militar de este carácter, como se dio en Chile, fue el primero. A nosotros nos sorprendió porque trabajábamos en el esquema de otros golpes. La segunda es que eran golpes que se dieron en el marco de defensa del mismo modelo desarrollista y, por tanto, con el respaldo y vigencia de ciertos pactos sociales. El de Chile no, este es un quiebre interno de la fuerzas que inicialmente apoyan, sale la DC, salen los nacionalistas y se impone un modelo nuevo que irá creando en forma simultánea sus bases de sustentación.

En las conclusiones, a mí me reafirma más que nunca lo correcto que era nuestro pensamiento. No te digo que la forma como lo implementamos haya sido la correcta. Hay gente que piensa que el MIR tenía una línea clara de estrategia, eso de la estrategia de la guerra popular era una cuestión general y que podía hasta seducir. Pero esto era mucho más complejo que lo de Cuba. Aquí una guerrilla

no funcionaba como allá, entonces tenías que tener distintas formas de trabajo. Prepararte para la clandestinidad, para las masas armadas, trabajar en las FF.AA., todos eran elementos de fuerza que dependían del periodo, del momento político, de las situaciones que se vivían, no de una estrategia militar dura. Eso es mentira. El tema militar sí era central, pero para nosotros siempre fue una visión político-militar, que tenía las tensiones y dificultades propias de diversas coyunturas.

Si quieres hacer un cambio estructural tienes que resolver el problema de las FF.AA. o de la defensa del proceso. Depende de los contextos, porque, por ejemplo, Allende nunca intervino en las FF.AA. Soy testigo de reuniones con oficiales de Carabineros, con el Ejército, con el padre de Ominami, con mi madre y nunca quiso aceptar intervenir. Estoy hablando de generales que pedían hablar con Allende y le pedían que cambiara esto y aquello y él los mandaban a hablar con Prats. Él nunca quiso intervenir, tuvo la oportunidad el 71 y el 72 de haberlo hecho para constituir una capacidad de defensa del proceso revolucionario frente al golpismo. No estoy diciendo que la forma fuera guerrillera o insurreccional, eso dependerá de las circunstancias históricas concretas.

El problema capital de cualquier proceso de cambio es poder defenderse, y no te estoy hablando del cambio del socialismo, sino del modelo capitalista, es la principal lección histórica que saco de todo lo vivido.

La segunda lección que saco es el poder popular. Cada día estoy más convencido de que los procesos de reformas sociales y de políticas democráticas tienen que apuntar a construir desde abajo y de forma paralela el poder popular. Puede ser combinado con

elecciones e iniciativas que apunten a la construcción de formas de poder popular que consideren también la autodefensa y por cierto que culminen en asambleas constituyentes. En algunos casos es al revés y empiezan con asambleas constituyentes. En definitiva, aquí lo importante es la ruptura con la democracia liberal y la construcción de un nuevo tipo de democracia participativa directa, social.

Por último, otro factor de aprendizaje en que no me cabe ninguna duda es la ruptura de la frontera entre la política institucional y lo económico y social, la expansión de la política, cuestión que también hace el neoliberalismo.

—¿Tiene vigencia el MIR? ¿Cómo sirve todo ese caudal de experiencia?

—Yo creo que el MIR murió históricamente. Lo que queda son lecturas sobre esa historia, por eso son importantes los trabajos de reflexión y reconstrucción histórica. ¿Cómo le trasmites a una generación que los procesos no son mecánicos? ¿Que en política hay que estar muy atento a las coyunturas, porque no sirven las recetas y cada situación siempre es nueva, aunque se parezca a otras? Por ejemplo, hay un tema que no es tratado y sobre el cual tengo dudas: si acaso el MIR no se debiera haber incorporado a la UP. Hoy día lo

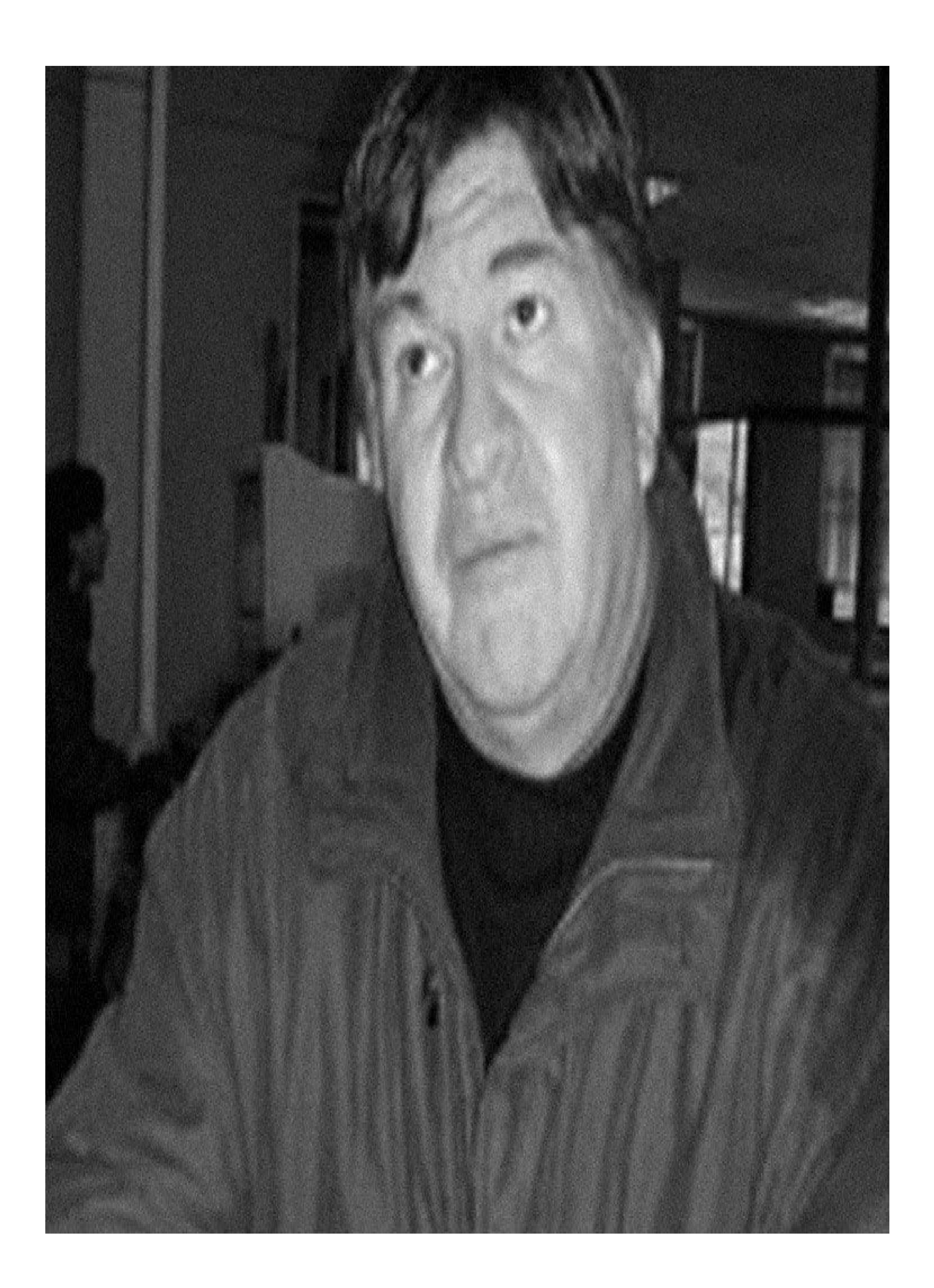
pienso y creo que fue un error. O por qué el MIR no llevó candidatos o no entró al Parlamento. Ahora yo sé que esas definiciones también provocaban crisis y tensiones internas muy fuertes, pero podríamos haber hecho mucho más desde adentro que desde afuera e igual haber sido un polo revolucionario y mantener nuestras diferencias con el PC.

—¿Qué opinas sobre la permanencia de Salvador Allende en La Moneda?

—A mí no me extraña lo que hizo Allende, porque él era un constitucionalista convencido que valoraba la democracia liberal. Había estado preso con la dictadura de Carlos Ibáñez, participado como ministro en el Gobierno del Frente Popular, fue parlamentario por décadas. Él valoraba esa política y era su forma de hacer política en un contexto con mucho compromiso social. Después vendrá la radicalización con Cuba. Lo que hizo como señal es muy propio de Allende. Yo siempre cuento una historia y es que estando en la clandestinidad el 69 recuerdo que yo estaba medio peleado con Allende y él le entrega a mi padre una caja de zapatos que contenía un revólver con balas, acompañado con una nota que decía: «Yo no estoy de acuerdo con lo que estás haciendo, pero si elegiste ese camino se consecuente». Él podría haberse ido a una embajada o caer

rendido, pero ese no era Allende.

Patricio Quiroga Zamora, de combatiente a historiador



—Respecto a tu trayectoria política, cuéntanos un poco sobre tus opciones. Entiendo que llegas de la Jota al PS.

—Yo entré al PS después de unos años de militancia en el PC. A raíz de la muerte del Che, un grupo importante de jóvenes comunistas que venían de distintas universidades y también de trabajadores, muchos de ellos de Valparaíso y Concepción, nos declaramos hijos del Che. Ese grupo de jóvenes comunistas optó por renunciar a la vía política democrática, entonces entró en conversaciones, entre otros, con el MIR, por eso conocí al Pollo, Edgardo Enríquez, con el que tuve una buena relación. En nuestra búsqueda nos reunimos con el grupo de Rolando Calderón, de la Organa, y en algún momento se nos acercó Arnoldo Camú y conversó individualmente con cada uno y nos cursó una invitación a sumarnos a los Elenos. No lo pensamos dos veces, entonces fuimos lo que yo llamo la segunda generación Elena. Como grupo abrimos escuelas, discusión política, porque nosotros teníamos formación política por sobre la del común socialista. Gente de este grupo, como Rosita Rubilar y Cochín Muñoz, fue a Bolivia a solidarizar con Loyola Guzmán e incluso se hizo una lista de espera para la guerrilla y en esa estaban mi hermano, Fernando Quiroga, Eduardo Charmé y otros compañeros. Luego algunos de ellos morirían tempranamente.

—El día 11 solo el PS logra constituir fuerza militar. El MIR requiere de un tiempo mayor y armas, y el PC no se lo plantea. ¿Qué elementos hay tras esta situación?

—Eso no es una casualidad, es un episodio sumergido históricamente. La muerte heroica de Allende eximió de responsabilidad al conjunto de los dirigentes de la

Unidad Popular que no impulsan las decisiones que ellos mismos tomaron. En este caso me refiero solo a los socialistas que a fines de enero del 71 llevaron a efecto el XXIII Congreso, muy discutido y debatido en el que, producto de la correlación de las fuerzas internas, se resolvió por primera vez en la historia del partido la creación de un aparato militar o Comisión de Defensa.

El congreso de Chillán, el año 67, generó una especie de catarsis colectiva que se traduciría en el acuerdo que la vía armada era lo más probable para la «presente generación». En ese congreso el gran perdedor fue Salvador Allende, que incluso sería abucheado. Se asume el leninismo, está la incorporación de algunos militantes que pasaron por La Habana, hay una fuerte presencia trotskista y como telón de fondo estaba la muerte de Ernesto Guevara.

Luego vendría el congreso ordinario. Ya había pasado toda la campaña presidencial y Allende era el nuevo presidente. En esa situación fue elegido Carlos Altamirano, a quien eximo de responsabilidad, porque fue producto de una transacción entre trotskistas, grupos Elenos, la Organa, la juventud del partido, más los guatones que se fueron del congreso.Posteriormente algunos socialistas dicen que todo esto le quedaría como poncho.

Entonces, Altamirano llega a ser la máxima autoridad sin todo el poder real y en ese congreso se toma una resolución gravitante: crear una fuerza, un aparato militar, y eso se traducía en crear una escolta para Allende, además de grupos de AGP y los GEO —grupos operativos—, pensados para la defensa del proceso, para parar un primer golpe. En esa oportunidad también se acordó crear un área de inteligencia. Posteriormente, en el balance después de la dictadura, el aparato militar y el GAP, conformado por militantes del PS, serían una de las orgánicas más golpeadas por la represión.

El objetivo paramilitar era crear una fuerza de tres mil hombres hasta el próximo congreso y el objetivo político era prepararse para la toma del poder político del Estado. Luego el PS entrará en una coyuntura electoral. Un vuelco se producirá cuando Salvador Allende, el 21 de mayo de 1971, plantee lo que se denominaría la vía político-institucional.

Considero que se producirá un desfase teórico, que se traducirá en que el socialismo llegó sin una teoría ni de la toma del poder político del Estado (a través de la insurrección o del levantamiento generalizado) ni tampoco con una concepción de la vía político-institucional, es decir, cómo ir copando al Estado

desde adentro. Esta indefinición y tensión se va a manifestar durante todo el periodo de la UP.

Pero todo ello quedará oculto, porque luego del golpe militar todo esto no será congruente con la solidaridad mundial, con un proceso del que se construyó un relato de pulcritud con la democracia liberal y donde los devaneos respecto de la toma del poder, se consideró, era mejor silenciarlos. Por ello se silencian los combates, por eso finalmente todo queda enfocado solo a la forma de muerte de Allende por un suicidio. La decisión de combatir incomoda.

—¿Quién es Arnoldo Camú, que el 11 aparece como jefe del único destacamento significativo que resiste el Golpe durante esa jornada?

—Arnoldo, en los años 62-64, pasa por La Habana y se encandila con ese proceso revolucionario. En ese momento él es un joven abogado laboralista, un tipo muy serio. El año 67 hace un viaje acompañando a su suegro, un fundador del PS, y se reúnen con Salvador Allende en Moscú. Guevara ha muerto en Bolivia y en ese intertanto algo pasa, porque el viaje se prolonga de La Habana a Moscú y viceversa. No lo tengo claro, pero en algún momento Arnoldo pasa y recluta gente en Europa. Entre otros, a Gaspar Gómez, quien queda conectado con los bolivianos, con el Loro, entre otros.

Luego mantendrá un bajo perfil dentro del PS, asumiendo lo que se llamó el «santuario» del heroico Ejército de Liberación Nacional, el ELN, y de allí vendrá lo de los Elenos. La dirección de todo esto estará en Bolivia, con los hermanos Peredo. Posteriormente, los recibirá en Valparaíso. Arnoldo era un tipo amable y convincente, tenía una muy buena relación con Allende, además de una muy estrecha relación con su gente, porque no era menor la inmensa responsabilidad que asumía un hombre de treinta años, que más tarde moriría a los treinta y seis.

Se cuenta que Camú, para el tanquetazo, llegó con un gorro cubano y un AK a la reunión de la CP del PS. Los demás casi se desmayaron, y ello grafica a un dirigente que simbólicamente pone toda la carne en el asador y les dice a sus

compañeros llegó la hora y esto es lo que tenemos.

En los Elenos habrá varias generaciones. La primera será la de Elmo Catalán, Arnoldo Camú, Tirso Montiel, son diez u once de la guerrilla, los Elenos visibles. Luego hay una segunda columna del «avituallamiento», donde estará el viejo Lyon, que murió hace algunos años, varios GAP, especialmente los de Calama, que fueron reclutados para ir haciendo los «Tatú» de Calama hasta Cochabamba. Los choferes son los que prepararán los autos, que son seis o siete, como Julio Soto, el Patán, etc. La Tati Allende será parte del grupo de Camú y, creo, se desconoce, ni reconoce, todo su esfuerzo y aporte en todo esto.

Por último, hay que considerar que los Elenos bolivianos fueron derrotados inapelablemente en Teoponte[15]. Esa derrota fue dura, incluso murió gente de hambre. Entonces, en el congreso de La Serena el ELN tomó una decisión gravitante: su disolución, y que sus cuadros debían ponerse a disposición del nuevo proyecto histórico encabezado por Salvador Allende.

—¿Alguna vez escuchaste hablar que el Che habría estado o pasado por Chile en los preparativos hacia Bolivia? ¿Hay conexiones y pistas a seguir?

—Sí, el Ciego Fuentes tenía la sospecha de haber estado cuidando una casa disfrazado de jardinero en la que parecía había estado Guevara; a lo mejor es leyenda. Después le escuché a otro hombre, el viejo Pérez, que fue decano de Bellas Artes, que también lo había visto. Hay que considerar que Chile y el norte eran retaguardia del frente guerrillero guevarista en Bolivia.

—El mando operativo de La Moneda y el MOP, ¿hasta dónde pueden tomar decisiones con un líder tan fuerte?

—Las decisiones las tomó el líder, porque además llegó con un aparato

esmirriado a La Moneda. Otros integrantes de su escolta fueron capturados, entre ellos Bruno, en la Intendencia. Quienes lo acompañan a La Moneda no son la dirección, a excepción de Carlos Álamos, que es el que ordena. Ese día 11 todo estaría desarticulado. Arnoldo quedó en un lado, la dirección de inteligencia en otro, la política en otro. Argandoña tiene que quedarse en Tomás Moro por orden de Allende, al lado de doña Tencha: debe ponerla a salvo y lo hace. En las condiciones en que estaban en La Moneda no podían hacer nada más, porque cuando Allende se da cuenta de que tenían que salir, eso significaba sacar los autos, esa puerta estaba con candado. Creo que Allende tenía muy claro que iba a morir.

—Te pido detenerte en Argandoña. Porque en una investigación uno escucha y lee de todo y se reparten juicios y motes. ¿Qué pasó con Argandoña, «Mariano»?

—Argandoña vivirá una vida triste porque con él se ensañaron cuando hubo un momento en que el GAP fue presa de las pasiones y discusiones. Él había sido parte del primer equipo del Colo-Colo, buenmozo, de profesión arquitecto, con ideas políticas firmes. Esas eran todas sus fortalezas. El 11 le tocó ser el jefe en Tomás Moro y debió sacar las pocas platas que pudieron sacarse de allí y las repartió para sobrevivir en medio de la persecución, pero no alcanzó para todos y años después le cargaron que había vendido unas casas, etc. ¡Esos fueron puros chismes! La derrota también tendrá expresiones de miseria y fragmentación de la camaradería y la fraternidad.

—Transcurridos ya 40 años, ¿cuáles son los elementos más significativos del proceso del gobierno de la UP y su final?

—Dentro de los socialistas había tendencias que miraban las cosas de forma distinta. El 10 de septiembre se conformaría la Coordinadora Nacional Regional,

eso no fue después del Golpe, el PS tenía la majamama. El MAPU estaba dividido. El mirismo no era la fuerza que se

pensaba. Los únicos que tenían claridad eran los comunistas, apegados extraordinariamente a la vía pacífica y a Allende. Los militares tampoco estaban claros. Carabineros un par de días antes le había planteado a Allende dar un golpe de Estado, esa carta la tenía Adonis Sepúlveda. Había una carta de los mayores de Carabineros, con excepción de tres o cuatro, que le plantean a Allende que están dispuestos a apoyar un golpe de Estado y luchar con él, esa carta yo la vi.

Yo creo que Allende tenía muy claro lo que él debía hacer en la eventualidad del Golpe de Estado. Días antes del Golpe habla con el historiador Hernán Ramírez Necochea sobre José Manuel Balmaceda. Creo que desde el punto de vista de la psicohistoria, Allende tiene muy claro cómo quiere morir.

Poco tiempo antes, hay una carta en que Allende les pide a los partidos de la UP que se definan en torno a las vías y nunca recibe una respuesta, entonces él sabe que al final del proceso estará solo. Estaba la estrategia de levantamiento del MAPU, la toma del poder del MIR, la vía política de los comunistas, la de los socialistas y la vía política o institucional de Allende, y cada uno lo daba como un todo inexpugnable. En ese tiempo, no existía la incertidumbre, se vivió de certezas, nunca hubo una duda de decir «probablemente estoy equivocado» y hay que mirar de otra manera. El único que lo tuvo claro fue Allende.

No es como dice Gabriel Salazar, que Allende o estos grupos se ampararon en la Constitución de 1925 y que ese fuera su cajón de sastre. No, lo que empezó Allende fue la demolición de la economía, de la cultura, de las relaciones internacionales y especialmente del sistema político y de la Constitución. El pensamiento político iba dirigido para allá, se va a defender no a la Constitución, sino a un proceso que la está desmantelando desde adentro. Ese giro político hace que Camú informe esta situación cuatro o cinco días antes del Golpe. Allí se plantean dos posibilidades: pasar inmediatamente a la clandestinidad, para crear como fuerza operativa después del Golpe, que ya era inminente, o hundirse con Allende. Hubo votación al interior del aparato y ganó el grupo que dijo: «Hemos encandilado a un pueblo, por lo que morimos con ellos», y la última semana fue de febriles preparativos, de formación de gente y creación de armamento casero, entre algunas tareas.

Llegamos al 11 de septiembre con un entusiasmo desbordante. El 23 de agosto había sido la derrota política pero quedaba fuerza suplementaria para un entusiasmo desbordante. La movilización social del 4 de septiembre del 73 fue enorme en todo el país. En Santiago desfiló más de un millón de personas, eso quizás nos confundió sobre el real estado de las fuerzas. El poder popular era objeto de grandes discusiones, no obstante eso, recuerdo el entusiasmo y la movilización. Todavía había fuerzas, había recursos y

simpatía internacional. No había ninguna federación de estudiantes que no controláramos, los sindicatos estaban todos alineados con nosotros y en marzo habíamos logrado casi el 50 % de los votos del electorado, entonces la fuerza era enorme.

Además, había sectores militares, había sectores de la FACH, gente nuestra encomendada por Camú para conversar con gente de la FACH, y ellos fueron los que nos pusieron un camión con armas. Había un grupo importante de marinos que estaba denunciando la situación, más aún, habían mandado a comprar armas para lucha en ciudad porque no tenían ese tipo de armamento para enfrentar a Carabineros.

Creo que el tema más complejo es que las fuerzas políticas que compusieron la UP tenían certeza absoluta de su triunfo, y en eso había un problema de orden epistemológico, de construcción de conocimiento. Porque la izquierda estaba impregnada con la idea que se estaba transitando del capitalismo al socialismo a escala mundial, entonces estábamos viviendo un momento de luchas arrolladoras. Por supuesto que los movimientos de

liberación nacional estaban en alza: era el momento máximo de la OLP, la lucha en Vietnam se decidía a favor de los vietnamitas, había ocurrido la revolución de Mayo del 68, había todo un ánimo mundial de euforia que impregnó a los partidos, que no entendieron que la historia podía ir en reversa.

Hay una cuestión central en la historia que es la incertidumbre, no podías tener la certeza del triunfo como se expresaba incluso en la música: «No nos moverán, y el que no crea, que haga la prueba», o como decía Luis Corvalán, que la rueda de la historia va hacia delante. Así parecía que cada uno tenía una estrategia, pero, en el fondo, la epistemología en que se sustentaban las líneas políticas era absolutamente la misma.

—¿Cómo te explicas que no exista registro del 11 en los anales militares?

—Yo le he dado harta vuelta a ese tema y creo que esto tiene que ver con la política, el tipo de transición que tuvimos creo que los obligó a guardar el recuerdo, porque sabían que en algún momento se les podía dar vuelta la tortilla, como está pasando con algunos de ellos. Entonces, en una labor de inteligencia se preservaron. Pero considero que más importante para ellos que la pieza de museo sobre el 11 de septiembre, es lo que está en las cabezas de sus oficiales. Tengo los planes de estudio de la Armada y de la Escuela Militar y no hay cursos de derechos humanos ni de lo que llamaríamos educación cívica, entonces la formación de esa mentalidad a través de la retreta, la efeméride, la alocución patriótica, reitera lo mismo que posibilitó hace cuarenta años el golpe militar. La semiología no está solo en los museos, también está como pieza viva, incrustada en la formación de sus hombres y mujeres.

—¿Crees que es una tarea pendiente la democratización de las FF.AA.?

—Aquí se preservó una Marina para largo plazo. Yo me reúno cada cierto tiempo con mis compañeros de colegio y algunos entraron a la Aviación en segundo y tercero medio, incluso algunos subieron hasta al generalato y hablan de estas cosas así, como una cosa natural. Me he reunido tres veces con ellos el último año, y el tema tiene que ser tocado desde el punto de vista de la historia por dos razones. Primero, las FF.AA. tienen que ser democratizadas y eso pasa por cambiar sus planes de estudio, introducir otros nuevos, modernizados y que tengan que ver con la política en el sentido superior del término, con los derechos humanos y con la educación cívica, de lo contrario se mantendrán unas FF.AA. segregadas. Y en segundo lugar, no se puede seguir aceptando el chantaje de los militares, sea implícito, actúe por subentendidos o se exprese por

vocerías civiles explícitas, en el sentido de que esto o lo otro, no hay que tocarlo porque te pueden hacer olitas y se termina la transición. Ese chantaje ha estado presente sobre la mayor parte de las fuerzas de izquierda, sean o no gobierno en toda América Latina.

—¿Cómo evalúas a esta altura la transición a la chilena, considerando lo que viene ocurriendo desde el 2011 a la fecha con las movilizaciones sociales?

—Se está levantando un clamor respecto al tipo de transiciones que tuvimos. Yo no tengo problema que el mismo equipo que dirigió la transición vuelva con Bachelet, pero siempre y cuando lo hagan con cambios sustantivos, porque ese tipo de transición fracasó en toda América Latina. Los sistemas políticos fueron de baja intensidad y la economía terminó siendo neoliberal, desmovilizaron los movimientos sociales, entendieron el consenso como un acuerdo a largo plazo y los mismos que crearon esta tipología transicional se dan cuenta de que se equivocaron. Hoy lo plantean los mexicanos, los paraguayos, etc. En la única parte en que no se ha hecho todavía la autocrítica es en Chile, porque este es el país más conservador de toda la región y dentro del conservadurismo entran nuestros intelectuales.

No tengo miedo a conversarlo en el plano político, no en el plano de tiros más o tiros menos, porque me interesan las grandes proyecciones. Si yo estuve al lado de Allende fue porque en algún momento rompimos con la matriz teórica que era la de apoyo a Bolivia y lentamente, al calor de ese proceso, nos dimos cuenta de que la vía político-institucional implicaba la destrucción desde adentro del sistema y que nuestra labor era la defensa de ese gobierno, no para defender la Constitución y la ley existente, sino una Constitución y una ley que estábamos cambiando, que estábamos destruyendo, o deconstruyendo, como dicen hoy día los elegantes.

Hay que atreverse a la crítica y la reflexión. Todo este pasado es el nuestro, aunque algunos prefieran silenciarlo y hasta negarlo. Porque, además, todo lo sucedido involucró vidas, proyectos personales y familiares. Todavía estamos esperando explicaciones. Yo tenía veintitrés o veinticuatro años y todavía estoy

esperando una explicación para entender por qué debí estar lejos cuando murió mi madre y mi padre, por qué perdí más de sesenta y cinco amigos, por qué me tuve que ir al exilio y tuve que vivir con un hijo exiliado, y un largo etcétera.

—¿Qué importancia atribuyes a reflexionar sobre estos hechos históricos?

—Sigo siendo partidario de la teoría crítica, te contesto desde ahí, no solo desde el recuerdo, porque el recuerdo por sí solo no nos permite armar un cuadro histórico con visión de mundo. Necesitamos pensar, escribir y enseñar la historia. Acometer el ejercicio intelectual de entender cómo se mueven los pueblos para levantar procesos de transformación. Eso posibilita pensar la historia y la vida, darse cuenta para dónde van las cosas, generar reflexión sobre las carencias teóricas que tú tienes y por lo tanto relanzarte en una búsqueda de lo teórico. Al mismo tiempo todo eso te abre un camino de cambio que te liga con las generaciones anteriores.

Es claro que el pasado es irrepetible, esa es la gran diferencia. Ellos, los jóvenes de ahora, ¿qué pueden recibir de nosotros? ¡Nada! Salvo un solo y común elemento: el deseo de un cambio de este país por uno más justo, más equitativo, etc. Estoy convencido de que a partir del 2010 se abre un periodo nuevo en América Latina, a partir de quienes desequilibran el neoliberalismo: el «yo soy» de los estudiantes mexicanos, son nuestros estudiantes chilenos, los estudiantes argentinos, la «Mano» de los estudiantes colombianos, etc. Yo no distingo generaciones, los estudiantes a veces las distinguen y han transformado a la nuestra en una del desprecio, que les legamos un mundo destruido, que no nos la pudimos. Pero creo que eso, en los últimos años, se ha ido venciendo, porque tanto ellos ahora y nosotros hace cuarenta años hemos y estamos luchando por lo mismo: el cambio de sociedad.

Ellos están demostrando que es posible una lucha de carácter antisistémico, son los Pepe Grillo de la sociedad. Están demostrando que se requiere un cambio de toda la estructura anquilosada de la sociedad. No es la toma del poder lo que están plasmando, están

interpelando a las sociedades de distintos países de América Latina a unirse a la lucha. Más allá de los indignados y de la primavera árabe, nos atrevemos a decir que si desaparece el movimiento estudiantil chileno, en términos de fracasar o de silenciarse, eso va a tener una repercusión grave en toda América Latina. Esto tiene que reactivarse, como parece que va a ser este año, porque los otros movimientos están esperando en todas partes.

—¿Qué ha pasado con los denominados «intelectuales orgánicos»? ¿crees que están de vuelta?

—Hay un proceso en América Latina en que estamos recuperando a nuestros intelectuales. Algunos, jugando a ser dioses le dieron el certificado de defunción al marxismo, al socialismo, a Allende y a la clase obrera. Le dieron el certificado de defunción a lo que nosotros siempre entendimos como transición. Porque nosotros entendimos por transición la subversión del orden establecido. En tanto ellos entendieron la transición como el paso de un régimen de gobierno militar a un régimen de gobierno civil.

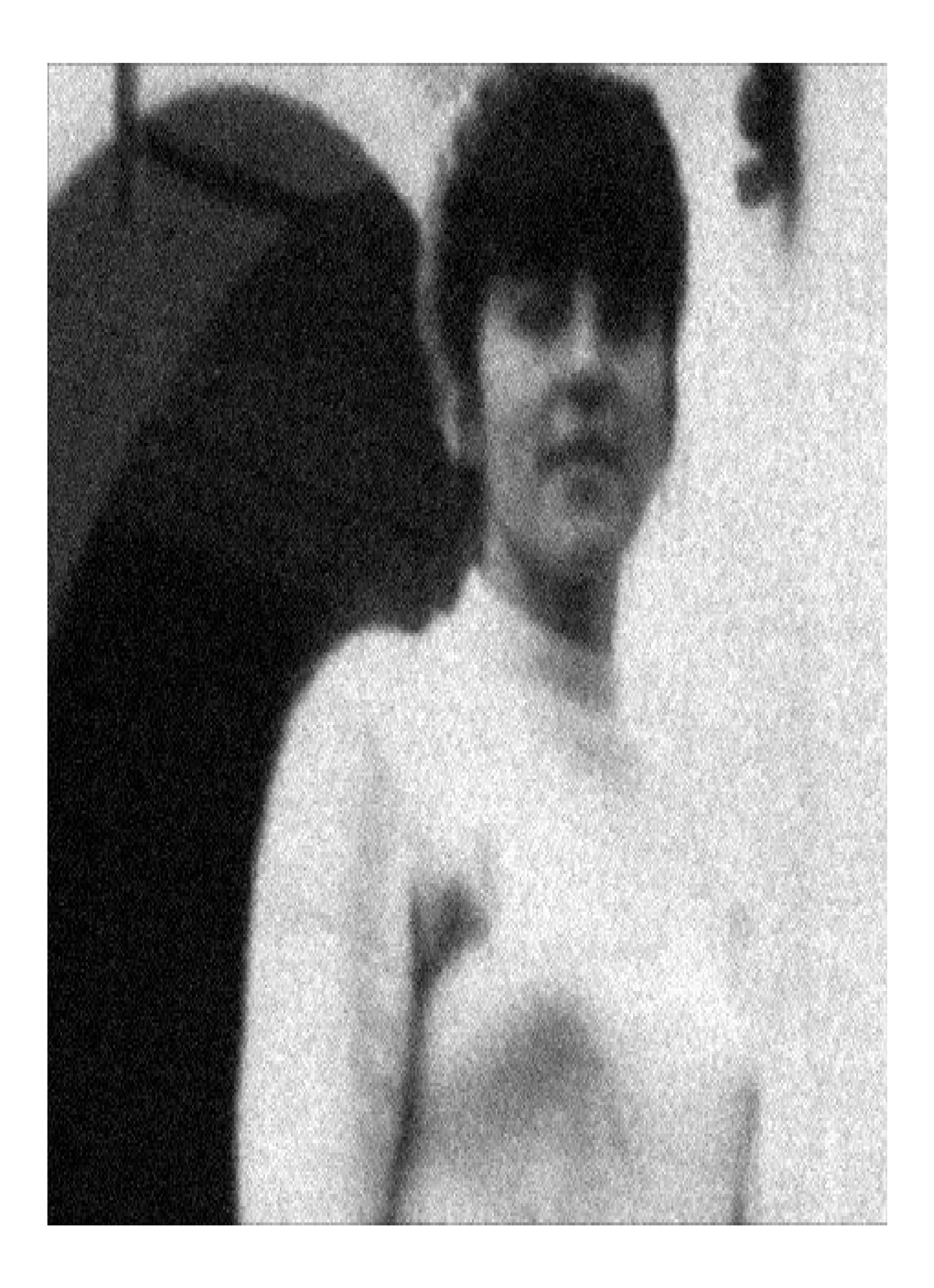
Después nos dijeron que había que romper con los enclaves autoritarios, sin darse cuenta de que lo que estaban formando era un nuevo tipo de Estado, el neoliberal. Estos intelectuales hoy día, cuando se les impuso el neoliberalismo, cuando los sistemas políticos son insuficientes, cuando los movimientos sociales se están reactivando y cuando tú tienes a Venezuela, a Bolivia, a Ecuador y a los Kirchner-Fernández recuperando el viejo Estado, se desconciertan. Cuando tienes a Uruguay, cuando tienes a Brasil haciendo el nuevo neoliberalismo con reformas, cuando se está produciendo todo eso, estos intelectuales empiezan a ser acorralados, por eso no es extraño que un PC, con todos sus problemas, vuelva a pensar en ser gobierno en Chile. Y no sea extraño que un exguerrillero sea presidente en Uruguay.

Creo que viene un cambio teórico. Hasta hace unos años constatábamos que había retrocedido el marxismo, también el pensamiento de la CEPAL, estoy hablando de los 80 no más. Había retrocedido el nacionalismo de izquierda, habían eliminado la teoría de la dependencia y de la teología de la liberación no hablamos nunca más. Nos desnudamos teóricamente y eso te explica que

partidos se despolitizaran. Estoy pensando en el PS de Chile como una de las organizaciones que se desideologizaron y pragmatizaron.

Pero todo indica que hoy día viene de vuelta un nuevo marxismo, más suelto, más tranquilo, donde Marx es entendido como el precursor de un pensamiento que entrega propuestas hasta el inicio del imperialismo. Y de allí para acá lo tenemos que armar nosotros, por eso ahora está claro que ya no se trata del marxismo-leninismo. Porque ya sabemos que el marxismo es teoría social y el leninismo es teoría de la acción política. Al mismo tiempo empieza a hacerse patente lo que se denomina como la teoría mundo, toda una nueva concepción sobre cómo se ha ido configurando el capitalismo hasta el día de hoy. Y aparecen los estudios subalternos, los estudios de historiadores hindúes sobre las sociedades periféricas y semiperiféricas y aparecen más encima los estudios coloniales. Entonces, a lo menos debiéramos estar conscientes de que estamos ad portas de un cambio histórico en la teoría.

Elena Noemí Araneda Valderrama, la «Nena»



La Nena en Tomás Moro

—¿Cuándo y cómo conoces a Salvador Allende?

—Cuando mi mamá se separa y necesita trabajo; debe ser por el sesenta y tantos. Don Salvador necesitaba una empleada para llevar a Algarrobo, y una comadre mía, que le lavaba, le recomienda a mi mamá. El Doctor la entrevista y poco después mi mamá llega a Algarrobo. Es ella, mi mamá, que se llama Rosa Valderrama, quien me lo cuenta, porque yo no conocí esa casa. Los dormitorios estaban en el subterráneo y estaban pasados de agua, entonces mi mamá se enferma y le da una pleuresía. La tienen que traer de urgencia al Hospital San Juan de Dios, donde trabajaba la Tati, y allí viene el Doctor a ver a mi mamá y yo estaba ahí. Fue ese el día en que lo conocí. Yo tenía como veinticuatro años.

También conocí a la compañera Tati, porque mi mamá estaba bien jodida y le sacaron como dos litros de líquido del pulmón. Ellos corrieron con todos los gastos y después se la llevaron a la casa de Guardia Vieja. A veces yo iba a esa casa. En una oportunidad había una comida importante y se necesitaba una bonita corvina, y como mi marido trabajaba en una empresa pesquera, él le llevó una muy grande al Doctor. Otra vez, fui a ayudar a lavar platos hasta que me enfermé. Tuve un cáncer uterino, y mi marido, por otro lado, estaba enfermo de la columna. Don Salvador se preocupó de ambos personalmente. Un día mi mamá está cocinando y el Doctor la encuentra llorando, mientras él hurgueteaba en las ollas. Y le pregunta a mi mamá qué le pasaba, y ella le dice: es que la Nena tiene esto. Muy poco después don Salvador en persona y manejando me lleva al Hospital San Borja, entramos y fue obvio que todos estaban pendientes de él, mientras, yo me quedé esperando afuera. De repente él me llama, me presenta y les dice: «Si la enferma es ella, no yo», y que necesita que esta cabra, que es hija de la mama Rosa, se mejore. Los médicos que estaban allí se comprometieron. Estuve un año y me mejoré.

—Me decías que fuiste invitada cuando Salvador Allende asumió la presidencia, ¿cómo fue eso?

—Luego que él gano la elección nos invitaron al Palacio de La Moneda a la transmisión del mando. Allí estaba la mama Rosa del Monte, que lo crió a él, mi mamá; una lavandera viejita que le había lavado no sé cuántos años al Doctor, que se llamaba Juanita o algo así, no recuerdo el nombre; la Clelia Meza, que también trabajaba con ellos, que creo está en México, y Erasmo Escala, que era el chofer y fue el padrino de confirmación de mi hijo menor.

La cosa es que fuimos a la transmisión del mando, nos tuvimos que amononar, buscar unos vestidos para andar más o menos. Mi mamá en esos años ya los conocía mucho más a ellos. Allí estaba la mama en una silla de ruedas y la habíamos tapado con un chalcito. Está en la foto, en el Patio de los Naranjos con los barriles de cerveza. Es que en una la miramos y la mama se nos había meado y le dijimos al Doctor y él, tan habiloso, agarró la silla de ruedas y la puso ahí con los barriles y dijo: «¡Viste como se reventaron los barriles, niña, por dios!». Si tenía unas salidas muy geniales. Llegaba y solucionaba todo al tiro.

—¿Y esa Navidad del 72?

—De esa fiesta hay numerosas fotografías. Toda la gente fue invitada el día de la Navidad. Recuerdo que el Doctor les hacía regalos a todos los niños y a nosotras máquinas de coser Remington y a los cabros afeitadoras eléctricas o relojes. Era una fiesta muy bonita, había helados y todo se hacía al lado de la piscina. En esa oportunidad el Doctor me pidió que

organizara a todos los niños para hacer una ronda y después de varios intentos en que nunca los pude juntar, él me dice: «Tú no tienes voz de mando». En esas actividades, él compartía de verdad, porque se quedaba con nosotros.

—¿A qué GAP recuerdas especialmente?

—Al Chino Marcelo. A Luisito lo recuerdo mucho porque fue compadre mío. Soy madrina de su hijo y anduve todo el 11 con él porque estaba herido. A Bruno, un hombre bueno. A Aníbal. Todos compañeros inteligentes, que de verdad sabían. Yo era una «polla», ellos sí que eran políticos.

—Y de la Tati, ¿de qué te acuerdas?

—Era una excelente compañera. Tuve el honor de haber hecho una misión que ella me encomendó junto con mi marido. Se trataba de ir a una casa de calle Sebastián Elcano a estar con un escritor francés: Régis Debray. Todo era en secreto y estuvimos una semana con él. Teníamos que mantener sus cosas, hacerle su cafecito especial y además hacer guardia. Lo único que no hacíamos era entrar a su dormitorio. Mi mamá me hizo unas empanadas de queso para él y le encantaron. Recuerdo que le echaba como seis o siete cucharadas de café a una taza chica.

A la compañera Tati la recuerdo con mucho cariño, era muy luchadora. Yo creo que no fue capaz de soportar la muerte de su padre y por eso se mató.

—¿Cómo apreciabas el ánimo del presidente esos últimos meses?

—Me acuerdo que era como mayo o junio del 73, estaba don Salvador con la Verito[16] y Augusto Olivares en su dormitorio preparando un discurso. Una entraba cuando la llamaban para un café. Nosotros teníamos una parte no más hasta donde llegábamos, la sala de edecanes. Y escucho que don Augusto le dice a don Salvador: «Oye, por qué no dejái esta huevá, mira cómo está». Y me acuerdo de las palabras sabias que le respondió el Doctor, por eso es que lo

admiro tanto. «No», le dijo. «Hubo un día una mujer chilena que confió en mí, cómo voy a hacer eso, cuándo lo voy a hacer: cuando me saquen muerto de La Moneda». Eso escuché yo. Sabía que iba a pagar con su vida porque no había salida. Creo que quizás yo no dimensionaba la situación de lo que estábamos pasando. Yo no tenía miedo, para el tanquetazo tampoco, por eso al principio del 11 pensé que era otra vez lo mismo.

—¿Cómo fue esa historia donde acusaste al presidente al doctor Bartulín?

—Don Salvador tenía como un sauna, y una vez lo vi salir muy agitado. Por mi cuenta llamé a Bartulín y le dije que el Doctor no se sentía muy bien. Cuando él se enteró me retó y Bartulín me dijo: «Ya, vamos a buscar los implementos y usted me va a ayudar a hacer un electrocardiograma». Y el presidente me pone los fonendos y me dice: «Nena, escucha los latidos del corazón del presidente de la república». Yo con los nervios le digo que no escucho nada, y él me ayuda a que me los coloque y ahí escuché su corazoncito que le saltaba. Luego él dijo: «Que conste que una compañera escuchó los latidos de mi corazón».

—¿Cuánto y dónde anduviste después del once con tus compañeras?

—Deben haber sido como dieciséis o más días los que anduvimos arrancando. Yo tenía los pies heridos, porque me tocaron unas botas nuevas y luego, donde la Mariíta, me dieron unos zapatos de hombre. En las plazas nos lavábamos mientras las otras estaban de loro. Uno pierde la noción del tiempo cuando pasa todo eso, tengo algunas lagunas. Después recuerdo que busqué cerca de una fábrica, de la Soprole, donde una prima que nunca había visitado, y que estaba por el paradero 1 o 2 de Vicuña Mackenna. A mí me habían dicho antes que, por seguridad, era mejor irse a los lugares donde nunca se había estado. Fue esa

prima la que avisó a mi marido y pude volver a mi casa, era como fin de septiembre. Allí me entretuve lavando sábanas, porque soy trabajólica. Mi prima estaba muy asustada y le dije que yo andaba arrancando, prácticamente nos tenían miedo.

Mi casa ya la habían allanado, habían hecho tira el techo y a mis niños los llevaron a la Villa El Dorado. A los milicos de la Aviación me los echó la vieja del lado, una vecina. Ellos buscaban a un hombre del GAP, no se imaginaban una mujer, y a los niños los arrinconaban para decir dónde estaba la mamá. Yo tenía fotos del Doctor y libros y se llevaron todo eso. Las de ahora son de un compañero que tenía un rollo escondido. No sé por qué Dios me tiene viva, no sé por qué el Chicho me tiene viva.

—Al principio, ¿cómo te enteraste de lo que les sucedió a los integrantes del GAP de La Moneda?

—No me podía conformar con la pérdida de mis compañeros. Una vez me fui a meter al Tacna, porque yo algo había escuchado que habían tomado a unos compañeros. Y me puse de chinita con el que me recibió, o sea, muy simpática, para sacarle información. Y le digo: «¿Cómo anda la cosa?». «Bien», me respondió. Yo le vuelvo a pregunta: «Oiga ¿y todavía hay presos, esos del GAP?». «No, si esos están listos, ya se los pitiaron».

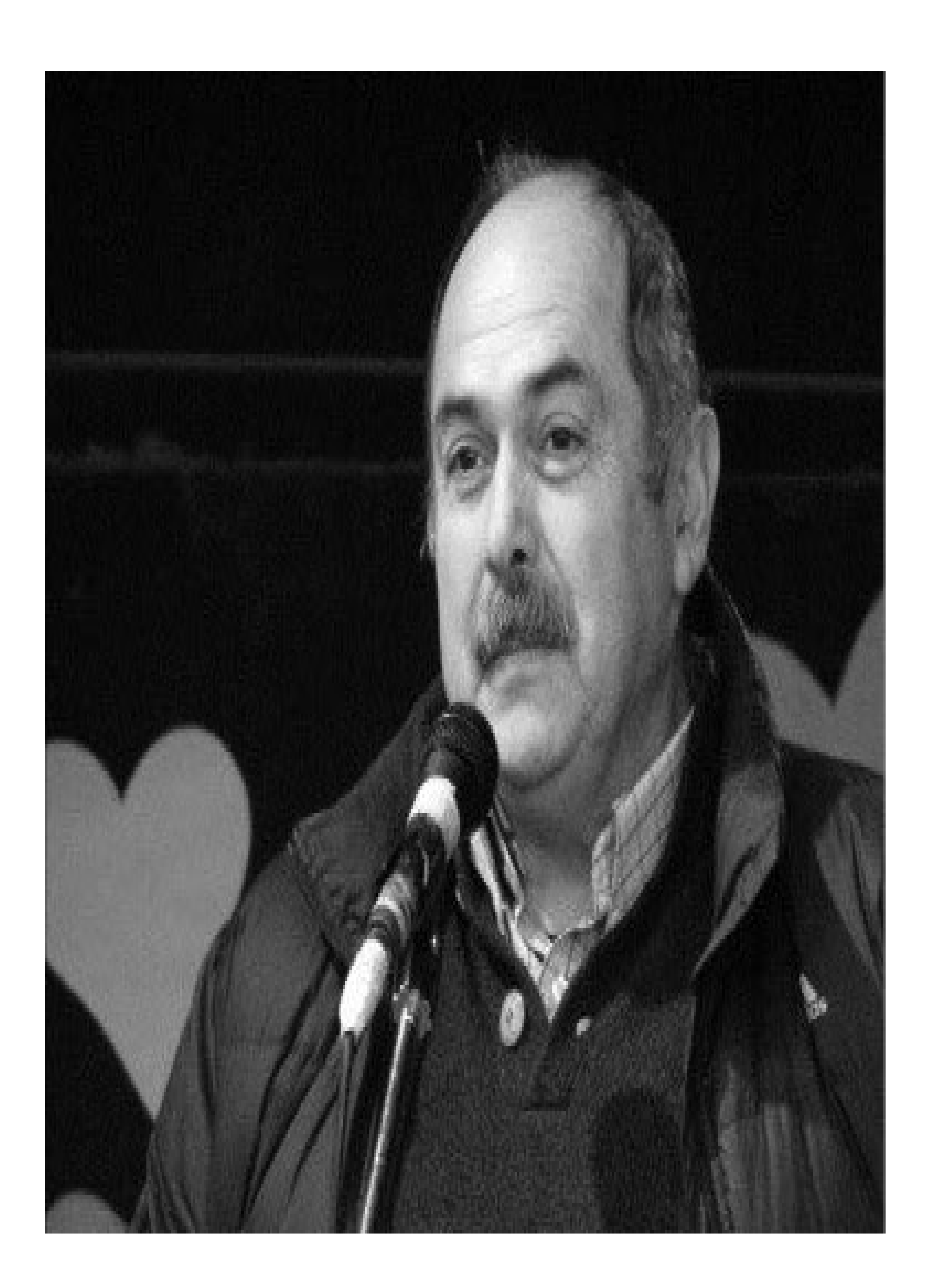
Otra vez yo andaba ayudándole a mi marido con una camioneta cargada, cerca de Batuco, y había un hombre al que yo quería a sacarle la información. Me mandan a otra oficina a timbrar la guía, pensé que había algo raro, y esa vez me puse a llorar porque me dio miedo, hasta que por último me firmaron y me vine. Ahí me di cuenta de que estaba mal para entrar a los regimientos. Tenía mucha rabia, odio y dolor y le dije al Nene, mi esposo, que era difícil que lo siguiera ayudando, sobre todo en los regimientos.

—¿Cómo fue tu adicción al alcohol?

—De a poco. Entre medio de las penas y los problemas comencé tomando malta con cacao y ahí me fui metiendo. Estuve metida como veinte años en el trago. A mis niños, en la casa, los aguantó el hombre. Eso tengo que agradecerle, pero a veces te cobran mucha recompensa por los errores de una. Llegó el año 93 y, entre mis curaderas, me dijeron que iban a empezar a llegar mis compañeros del exilio. Creo que por amor propio me dije: «Cómo me van a ver así mis compañeros». Estaba más gorda y curá. Cuando escuché eso me fui a trabajar, porque siempre he trabajado de nana. Estuvimos un tiempo con mi mamá trabajando en un Almac, mi mamá de cocinera y yo de ayudante, para protegernos las dos. No faltó el que conocía a mi mamá, como mama Rosa, hasta que un jefe preguntó quién era esa mama Rosa y le dicen: «¿Cómo no sabe? Si ellas son las que trabajaban en Tomás Moro». El «gallo» en dos tiempos nos puso en la calle, sin derecho ni a pataleo.

A Milton me lo encontré en una marcha, cuando íbamos enterrando a unos compañeros. En una de esas marchas también encontré al Chico Julio. Eran parte de los compañeros que comenzaban a volver, y con ellos y otros fuimos haciendo un grupo.

Juan Osses Beltrán, «Silvio», el escolta del presidente



Juan Osses

—Cuéntanos primero de tu familia, de esos primeros años de formación tan decidores.

—Si yo no hubiera tenido la vida que tuve, no hubría llegado nunca al GAP. Vengo de una familia pobre. Nací en un conventillo en Concepción, en la calle Barros Arana, en los años cincuenta. Mi vida de niño fue jugar en las calles de esa ciudad, ir al cerro a tirar piedras y luego vino el traslado a Santiago. Llegamos con mi hermano mayor, Agmeo, a estudiar a la Escuela n.º 39 Mateo de Toro y Zambrano, en calle Catedral. Luego, al salir de esa escuela, me fui enterando de que todos mis compañeros estaban trabajando de cargadores en La Vega, la mayoría eran hijos de las prostitutas de la calle Maipú. Ese era mi ambiente.

Un día me presenté al Liceo de Aplicación. Iba solo y hablé con el inspector, don Jorge Urriola, padre de Rafael. Di la prueba de admisión y en una tremenda lista terminé tercero. Al enterarme, partí corriendo a matricularme, y él me dice: «¿Y tu apoderado?». Mi madre era analfabeta. Entonces yo le explico que mi padre aquí y allá, y el tipo me cacha y me dice: «¿Sabes qué más?, yo voy a ser tu apoderado». Después, mi mejor amigo pasa a ser el Rafa Urriola.

Mi madre, Zulema Beltrán Mora, era una mujer extraordinaria. Fue muy inteligente. Una de las cosas que le agradezco es haberme criado como fui. Ella me enseñó el respeto a las personas, a cocinar pan y a ser cuidadoso con mis armas, que no las dejara arriba de la cama, y yo le enseñé a disparar para que supiera usarlas. Recuerdo que tenía una M-1 recortada que metía en un saco de dormir para transportarla. A ella le regalé un revólver Caballito. Porque si íbamos a tener armas en la casa era mejor que ella las conociera, para que no se aterrorizara. Mi madre fue una persona que tuvo una tremenda comprensión por nuestro ideario y nuestra forma de ver la vida. Ella llevaba la casa. El viejo ponía su billete, pero era ella quien salía a vender cosas. Aprendió a tejer en una máquina y luego dejaba sus patitas en la calle vendiendo. Entonces nosotros

teníamos que ingeniárnosla. Mi hermano estudiaba electricidad en la Escuela Industrial y trabajaba de obrero para un boliche que embobinaba motores.

Mi padre se llamaba Agmeo Osses, era un hombre muy inteligente, un tecnócrata. Llegó a ser director nacional de la Educación Industrial durante la UP. Estuvo en Alemania en el 62, representó a Chile en un congreso internacional de enseñanza y se trajo el proyecto de la Escuela Industrial Chileno-Alemana, de Ñuñoa. Tenía muchas capacidades cognitivas. Después se tituló de ingeniero, cuando salió la Ingeniería en Ejecución, y siempre siguió siendo radical. La verdad es que yo tuve una relación con él cercana y lejana a la vez, porque desde que era muy niño captó que tenía una vertiente política que chocaba con la de él y trató de pararme, de imponerme determinadas cosas. Una vez tuvimos una fuerte discusión porque me rompió unos panfletos —yo tenía como catorce o quince años— y me acuerdo que le dije que podrá hacer tiras esto, pero no romper mis ideas.

Mi madre fue una mujer de mucha comprensión. Ella era de izquierda, allendista histórica. Siempre votaba por Allende. Yo nunca voté por él porque no tenía derecho a voto cuando hubo elecciones; cumplí veintiún años el 71. Mi vieja se reía porque mi padre siempre le planteaba que votara por un candidato radical, Luis Bossay, y ella le decía que sí no más, y después votaba por Allende.

Cuando ingresé a la escolta del Presidente yo no le decía nada a mi madre y ella no me preguntaba nada. Nuestra relación tenía muchas complicidades. Creo que ella entendía los temas de la conspiración, que eran parte de nuestra vida común en esa casa. Mi madre, fue siempre lo más importante en mi vida, mi retaguardia, como decíamos por ahí. Ella murió el año 2000 y nunca cuestionó el camino tomado por sus hijos.

—Ahora te propongo hacer un recorrido por tu militancia política y las experiencias que vives allí, antes del GAP.

—El tema de la desigualdad lo traía puesto en mi ADN. Después, cuando se empiezan a presentar las luchas estudiantiles, yo estaba de los primeros. Era lo típico: alzaban los pasajes de las micros y comenzaban las primeras huelgas.

Estábamos haciendo el primero de humanidades —que es como el séptimo de ahora— y nos encontramos con el Negro Carlos Gabler y Jorge Espinoza Méndez, que era del MIR y murió. Muy pronto nos empezamos a destacar en las manifestaciones. Nosotros fuimos la génesis de lo que fue después la izquierda histórica del Liceo de Aplicación, porque empezamos a trabajar a fondo, fuimos conocidos por nuestras decisiones en la lucha estudiantil. Luego ingresamos a Espartaco, que era un movimiento juvenil.

Como telón de fondo estaba todo el tema de la Revolución Cubana. Soy hijo de esa generación, hijo de lo que fue el Che Guevara. Para nosotros él era un ícono de la revolución, por su irreverencia, por romper cánones. En ese activismo estuvimos durante el gobierno de Frei Montalva. Cuando egresamos del Liceo de Aplicación nosotros estábamos insertos en las luchas sociales. Nos relacionábamos antagónicamente con la Patria Joven, que era un engendro de la DC con apoyo norteamericano, surgido para ser alternativa al ejemplo de Cuba. Nuestro aliado era Cuba. La URSS y el PC eran para nosotros revisionistas. Militábamos en Espartaco, que moriría cuando empezamos a crear las FAR. Allende no era nadie desde Espartaco, era un reformista y un amarillo.

Todo esto de las siglas puede resultar muy fácil, pero eran procesos de búsqueda que estaban lleno de aprendizajes, porque nosotros estábamos metidos en el centro de los movimientos estudiantiles y éramos muy vanguardistas en términos de no transar con el gobierno de Frei. Ese era un gobierno que termina con huelgas generales conducidas por la CUT, los gremios de la salud y otros trabajadores. En todo ello recuerdo el destacado liderazgo de Clotario Blest.

—¿Cuándo conoces por primera vez a Salvador Allende?

—Creo que lo escucho por primera vez para las elecciones del año 58, frente a Jorge Alessandri, cuando se mete el Cura de Catapilco[17]. También estaba Bossay de candidato. Me acuerdo que por la avenida Brasil pasaban caravanas de vehículos. Y esa fue la primera vez que vi a Allende, iba arriba de uno de esos camiones. Esa primera imagen fue muy extraña y atractiva a la vez. Era extraña porque no obedecía a los cánones de las otras demostraciones, eran más desordenadas, más combativas, más agresivas, por las banderas rojas y los puños

en alto. Así lo sentía yo, que era un cabro chico que escuchaba gritos de igualdad. Todo eso era contagioso y seducía. La izquierda siempre se destacó por ser más demostrativa. Esa fue la primera vez que escuché a Allende. Después supe que había perdido porque un cura se había presentado.

—Por lo que hemos conversado, tu conocimiento y uso de armamento fue bien temprano. Cuéntanos de eso.

—Recuerdo que en el Liceo de Aplicación creamos una base grande de donde salieron varios compañeros que después lucharon en Centroamérica. También en ese grupo hubo compañeros detenidos desaparecidos.

Los acontecimientos políticos en esa época iban demasiado rápido, porque eran tiempos de cambios y había muchos paros nacionales, una CUT que tenía mucha convocatoria. En ese momento yo me voy a la Universidad de Concepción a estudiar Ingeniería, en el Propedéutico, y me inserto en el grupo Granma, que era un movimiento estudiantil. Allí era muy fuerte la Federación Juvenil Socialista (FJS), la Brigada Universitaria Socialista (BUS) y el MIR, con Luciano Cruz. Me integro allá y llevé conmigo un revólver con 100 balas, un 38 Smith and Wesson. Para nosotros tener armas era normal. En ese tiempo conocí a la otra familia de mi padre, a su familia legal, donde había una esposa e hijos que paradojalmente eran mis hermanos, y en eso conozco a una prima de Coyhaique, que se había venido a vivir a Santiago y tenía un pololo que era milico, un cabo del regimiento Tacna. Nos hicimos amigos. Él era un militar profesional y salíamos y tomábamos copete. A mí me interesaba él porque me podía conseguir armas y balas, y me las consigue.

Alcancé a estar poco en Concepción, participé en grandes huelgas estudiantiles y de los mineros del carbón de Lota y Coronel. Concepción era la ciudad roja de Chile y recuerdo que en el Palacio de los Deportes se hacían los cabildos, donde participábamos nosotros como estudiantes junto a los mineros. Cuando a Luciano Cruz lo toman preso partimos todos a liberarlo a la cárcel de Concepción. Afortunadamente se les arrancó. Digo afortunadamente porque nosotros íbamos a ir a sacarlo. Él era muy alto y maceteado y, en esa oportunidad les pegó a los gendarmes y se arrancó. Era muy carismático y por eso también se

transformó en nuestro líder.

Producto de toda mi historia habíamos tenido diversos enfrentamientos armados en la Universidad de Concepción a comienzos del 68, uno de ellos con policías de Investigaciones. Esa situación presionaría la expulsión de cinco estudiantes, entre ellos yo, y por eso me tengo que volver a Santiago e ingreso a la Universidad Técnica del Estado.

Paralelamente yo era seleccionado nacional de atletismo y corría por Concepción, los iba a representar en los nacionales. Estábamos entrenando para los sudamericanos juveniles y yo siempre había competido por la UTE desde el Liceo. Además, allí trabajaba un tío, un viejo socialista que era amigo de Pablo Neruda y de Pablo de Rokha. Él era profesor de lenguaje e hizo toda una defensa por nosotros, como jóvenes idealistas, y me trajo de vuelta a Santiago en su citroneta.

En la UTE volví a mi casa, a la carrera de Técnico Eléctrico, que después en la mitad de la reforma pasó a ser Ingeniero en Ejecución en Electricidad. Luchábamos para que la universidad tuviera autonomía y que en ese gobierno autónomo los rectores fueran elegidos por la comunidad universitaria, donde todos los estamentos estuvieran representados. En la Técnica nosotros éramos el pueblo. Cuando Allende viene, nosotros elegimos a Enrique Kirberg como rector y hacemos el convenio CUT-UTE para que los obreros pudieran ingresar. En suma, la Técnica, como le decíamos, tiene una historia muy linda.

—¿Dónde hacían instrucción con armas?

—En ese tiempo había gente del PS que ya había ido a Cuba. Los primeros instructores se instalan en Santiago y hay un Centro de Adiestramiento en la calle San Martín con Compañía. También partíamos hacia Curicó, porque había un territorio de nadie, por así decirlo, donde también hacíamos instrucción de tiros. Por otra parte, en Melipilla había un sector que le llamaban La Montura, donde también entrenaban los compañeros del MIR y hacíamos marchas, emboscadas y todo lo que implicaba táctica de guerrilla rural.

—¿Veías alguna posibilidad a la candidatura presidencial de Allende?

—Yo era militante del PS desde 1968, momento en que surge la candidatura de Allende, y la verdad es que nosotros, los grupos armados del PS, no creíamos en la posibilidad de que ganara, aunque había otros que sí. Pensábamos que su campaña iba a ser un acto de acumulación de fuerza y que después podía servir para objetivos más ambiciosos. Una cosa es que uno se plantee el Gobierno, pero otra cosa es el poder. Después, en los análisis cercanos a la elección comienza a instalarse la idea de que era factible que Allende ganara. Por lo tanto se detiene todo tipo de acciones que tuvieran que ver con propaganda armada y recuperaciones financieras. Las paró el MIR y las paramos todos, y allí quedamos expectantes.

Cuando Allende gana, nosotros salimos a las calles por posibles provocaciones y manifestaciones de la derecha, porque ella siempre se caracterizó por ser extremadamente agresiva. Me acuerdo que Salvador Allende estaba en un balcón del local de la FECH, en lo que entonces era el Teatro Santa Lucía[18]. La Alameda estaba, desde Plaza Italia hasta la Estación Central, llena de gente bailando, corriendo, abrazándose. Yo nunca había visto tanta alegría en las calles.

En esa ocasión, nosotros éramos cuatro compadres serios mirando cómo el pueblo se abrazaba y yo con mi 45 en la espalda, metida en la pretina del pantalón. Caminábamos por la Alameda desconcertados: «Chucha, ¿qué pasó, huevón?». Era como una suerte de luto, como una contradicción: era posible para la izquierda conquistar el poder político, pero paralelamente intuíamos que se nos venía una tragedia griega por delante.

—Nos decías que Salvador Allende tenía «crédito» entre los jóvenes de la izquierda, especialmente los más combativos. ¿Podrías fundamentar eso?

—Porque era leal y le creíamos, y no cualquiera tenía ese crédito, sobre todo en la juventud. Las cosas no se dan en un sentido puro en política. Allende tenía un vínculo de mucho respeto hacia la izquierda armada a partir de su participación en la OLAS[19]. El tema que convocaba era que la lucha política iba a pasar a la lucha armada para conseguir el poder en América Latina y eso se estaba librando en muchas partes. Entonces, la solidaridad con los pueblos hermanos era una tarea de primera importancia. El tema de la guerrilla del Che y la partida de compañeros para allá se daba en ese contexto. Allí la Tati será fundamental.

La señal que dará Allende siendo presidente del Senado, cuando parte a Iquique a buscar a los guerrilleros sobrevivientes del destacamento del Che, en 1968, y luego cuando los protege y acompaña a Isla de Pascua y Tahití, será extraordinaria. Allende era coherente con los postulados que él sostenía. Después lo repetiría como gobernante con los sobrevivientes argentinos de la matanza de Trelew.

Todo esto no son temas mágicos, son procesos de aprendizajes, de conocimiento de las personas. Allende, desde mi visión personal, se va convirtiendo lentamente en un dirigente real, cercano. No es un tipo que siendo presidente del Senado se quede encerrado, sino que continuamente es capaz de arriesgar, de emplear el cargo o la investidura a favor de determinadas causas. Se la juega. No olvidemos que el Chicho es capaz de facilitarle casas a Miguel Enríquez y sus compañeros cuando están siendo perseguidos a fines del gobierno de Frei.

—¿Cómo te integras al GAP?

—Llegué porque del Comité Central me mandaron a buscar, el Pollo Ruz y Arnoldo Camú; este último era jefe de la Comisión Militar. Seguramente, a través de la estructura partidaria se llegó al Regional Centro y apareció mi nombre. De inmediato me dieron la orden de presentarme en Morandé 80. Esto fue a fines del 72, justo después de la huelga de los camioneros.

—¿Cómo se llamaban ustedes? ¿GAP o la escolta?

—Nos llamábamos indistintamente la escolta o el GAP. Las mujeres nos decían «gapitos» cuando esperaban, fuera de La Moneda, que saliera la comitiva presidencial. Eso me sorprendía mucho. Se acercaban a saludar al Doctor y a nosotros nos decían: «Gapitos, cuiden a nuestro Presidente» y nos aplaudían. Se expresaba mucho cariño del pueblo, nos hacían sentir que lo que estábamos haciendo era correcto.

—¿Y cómo era posible compatibilizar ser joven y ser GAP?

—Cuando estabas metido en este cuento, ya no te permitías las fiestas, ni el carrete, ni andar copeteado, porque acuérdate que en el GAP hubo varios problemas de choques de vehículos, de balazos locos y ¿quién se perjudicaba con todo eso? La figura del presidente y el GAP mismo. En ese sentido yo, en lo personal, era de ley seca y autodisciplina, incluso con pololitas y amigas con ventaja, como dicen ahora.

En los últimos años había entablado una relación con la madre de mi hija mayor, Catalina Acuña, que a su vez era la hermana de uno de mis mejores amigos y compañero. Cada vez que salía libre me encontraba con ella y teníamos que inventar un cuento para tener nuestros espacios íntimos. Imagínate que salíamos cada quince días, entonces salías aullando.

—¿Había alguna diferencia entre el GAP al que tú entraste y el nivel que tenían para el Golpe?

—Indudablemente. Al ingresar uno tenía y traía un determinado nivel de instrucción y, después, con las experiencias concretas, ibas recibiendo mucho aprendizaje y estímulo al ser escolta de un presidente como Salvador Allende, que estaba en un contexto de constantes amenazas. Vivir a diario con el

presidente era un tremendo desafío. Cada día era distinto y había un margen de improvisación grande por la forma en que él concebía y practicaba su relación con las personas, con el pueblo. Le gustaba saludar, estrechar manos, romper los protocolos. Nuestra instrucción de inicio duraba un mes y el resto era práctica y evaluación y estar en forma para el siguiente día.

Durante todo ese tiempo los enemigos estuvieron al acecho. Hasta el día de hoy no existe un recuento exhaustivo de los planes para atentar en contra de Allende. Nosotros, como GAP, teníamos un equipo de inteligencia, uno de contrainteligencia y un equipo que se llamaba de protección permanente, que eran los compañeros que ocupaban nuestro lugar antes que nosotros llegáramos con el Doctor, lo que ahora se denomina la avanzada.

—¿Quiénes eran tus referentes dentro del GAP?

—Para mí está entre Bruno, Domingo Blanco, que cae detenido con un grupo en la Intendencia cuando viene como apoyo de nosotros en La Moneda, y Carlos Sotelo. Ellos eran mayores que yo y además más antiguos. No había límite de edad para arriba. Para abajo naturalmente había que ser mayor de edad. Por ejemplo, nuestro armero era un antiguo compañero del PC, el viejo Martín, fallecido hace poco tiempo.

Bruno era uno de los jefes de todo el dispositivo. Había sido dirigente de los pobladores, un tipo de extracción popular, pero muy inteligente, de muchas capacidades. El otro referente era Luisito, que era como el comisario de la escolta, el encargado de toda la estructura ideológica nuestra. Él hacía las clases de educación política y discutíamos, pero aprendimos a querernos desde nuestras diferencias. Él era una persona muy sabia. Tenía la particularidad de que escuchaba cuando uno discrepaba con él y no había revanchas, todo quedaba ahí.

También estaba Mariano, Fernando Argandoña, a quien conocí en la secundaria porque competimos juntos en atletismo y luego fuimos seleccionados de básquetbol de la Metropolitana. Él era un hombre muy sólido. Fue jefe de la escolta por muchos años y al final se hizo cargo de la contrainteligencia, que significaba velar por la seguridad interior y hacer los estudios para que no nos

infiltraran, buscando al enemigo dentro de nuestras filas.

—¿Y encontró algo ahí?

—No lo sé, porque todo eso estaba súper cerrado, súper compartimentado. Fernando termina en Tomás Moro. Una de las cosas impresionantes de él es que después nunca más se metió en nada, siendo un tipo extremadamente conocido. Es arquitecto. Un tremendo personaje. Tenía mando, actitud, todo. Después del Golpe logra escapar a Argentina.

Incluso en la coordinación que nosotros hicimos con nuestros sobrevivientes no se vinculó. Nunca más dijo nada. Yo me lo he encontrado varias veces, hemos conversado y él nunca me ha tocado el tema.

Cuando estás metido en un aparato armado tienes como destino, más si eres jefe, tienes la misión de conducir a tu gente hasta el final y caer con ellos, más si tú eras la persona que estaba al lado del presidente, y eso no sucede con él. Pero mueren todos sus compañeros, desaparece su círculo más cercano y él queda vivo. Fernando tendría que haber muerto, yo me di el lujo de quedar vivo, pero él tenía el deber moral de morir. ¿Me entiendes la idea? Entonces yo siento que se aleja de todo y se autoinculpa. Recuerdo que la última vez que nos encontramos en el Metro nos abrazamos.

—¿Cómo era la formación política dentro del GAP? ¿Había niveles?

—Eran conversaciones políticas en función de un tema determinado de la coyuntura política. Para nosotros era súper importante porque no éramos militares, sino militantes de un partido de izquierda que actuaban por un tema de convencimiento político-ideológico de querer dejar todo, hasta la vida, por convencimiento en determinadas ideas.

Creo que un ejemplo puede ser muy clarificador a este respecto. Me acuerdo una vez que estábamos en Tomás Moro almorzando y aparece en la televisión el senador del Partido Nacional, Sergio Onofre Jarpa, el máximo líder de la oposición más dura al Gobierno, junto con Frei. De pronto un compañero que tenía una subametralladora dice: «¡Este conchesumadre!», y ratatatatata y el televisor saltó despedazado y todos nos tiramos al suelo. Esas reacciones están en un contexto general, es estrés, es todo, teníamos una salida al mes, pero eso se inscribía también en no entender lo que estaba pasando.

—¿Cómo describirías la relación del presidente con el GAP?

—Él siempre nos cuidó de muchas acusaciones, de gente que se quejaba por nuestro quehacer y nos apoyaba ١٠٠ %. Una vez en Chillán veníamos de vuelta y él subió a unos ministros al auto uno. Mariano venía a cargo y le dice que no, porque eso desestructuraba el dispositivo, porque teníamos una formación que era precombativa. Si tú cambiabas algo y se presentaba una situación de riesgo o amenaza, sonábamos. Allende dijo que no, que él era el presidente y que ordenaba que se hiciera. Mariano nos ordenó bajar a todos de los autos y se produce una situación súper tensa. Él tiene que haber tenido un poder súper fuerte sobre el presidente, porque este retrocedió, bajó a los ministros de los autos y partimos a Santiago como las velas. Al otro día, nos reúne y nos pide disculpas por el error que había cometido en la gira de Chillán.

En otra oportunidad veníamos bajando desde Tomás Moro a La Moneda, yo iba en el auto tres, que era el artillero que iba cerrando atrás, el vehículo que frente a una situación de peligro o amenaza tenía que quedarse combatiendo. De pronto se nos mete entre medio un auto, provocando; yo saco una pistola y Roberto, el chofer del auto, lo tira contra la

berma. Luego cuando pedimos autorización para quedarnos, a través de la radio nos dicen que no, que sigamos, y se escucha la voz del presidente: «¡Bien, compañeros, sigan pegándole duro a las vacas!». Que el presidente dijera eso era un tremendo respaldo.

—¿Cómo era circular con Allende por Santiago en medio de ese ambiente de tensiones y amenazas?

—Siempre estábamos alertas ante un atentado. Eso se hizo real desde un principio, luego que mataron al general René Schneider. Desde ese momento todos los informes de seguridad decían que las Fuerzas Armadas no eran garantes de la seguridad del presidente, ese era el gran problema. No existía un dispositivo armado leal y es por eso que el MIR ofrece a su gente y se crea esta instancia que es ilegal y de hecho. ¿En qué comitiva presidencial del mundo se mete un auto entremedio o te tratan de chocar? ¿Dónde, en qué país? En cualquier otro lugar ante una amenaza a un jefe de Estado la seguridad reacciona y punto. Si nosotros no hubiésemos sido cada vez más profesionales, tendríamos que haber muerto o herido al menos a un montón de compadres.

—¿Cómo era la relación con las otras escoltas?

—Cuando el Presidente se bajaba y se ponía a caminar, los pacos al tiro se metían entre él y nosotros. Era una pelea más o menos. Los espacios los tuvimos que ganar a patadas, codazos y mostrando los dientes. No así con los policías de Investigaciones, donde había funcionarios socialistas y un par de comunistas también. Con ellos el trato era fácil, como de hermanos. Cada vez que había un problema o una detención de alguien, ellos ponían la placa y la institucionalidad, esa era la salida legal que teníamos, pero con los pacos todo era muy distinto.

—¿Qué tipo de armamento tenían disponible?

—El armamento más pesado que teníamos eran unas ametralladoras pesadas punto 30 Browning con trípode, que traen unos cargadores de quinientos a mil tiros. Se usan con un asistente y cada quinientos tiros hay que cambiar el cañón o

enfriarlo, porque se recalentaba. Entonces teníamos que tener agua a mano, mojarlo o mearlo o sacarnos el gorro para cambiarlo. Era armamento de la Segunda Guerra Mundial que se habían traído desde Cuba. Teníamos también lanzacohetes RPG-7, que tienen un máximo de efectividad a quinientos metros, y si no le pegas al blanco explosiona solo, aunque su mejor efectividad era a 300 metros. Además, contábamos con unas subametralladoras que eran fantásticas. Yo tuve una, las Schmeisser MP 40, que aparecen utilizadas por las SS de Hitler en las películas tienen treinta y seis tiros sin selector, entonces eran pura ráfaga. Por eso tenías que tener buen dedo o se te iban todos los tiros.

—¿Ese armamento servía indistintamente para la defensa y el ataque?

—Servía para un combate de fuerzas irregulares, para un enfrentamiento operacional de un equipo pequeño, pero no te servía estratégicamente para una guerra. Todo ese es un

armamento más de defensa que de ataque, aunque en grandes cantidades, en una ciudad, si tienes el conocimiento y la decisión, puedes poner en jaque a un enemigo, como por ejemplo sucedió en Stalingrado y en Beirut.

—¿Cómo se manifestaba en ustedes la tensión que vivían dentro del GAP?

—Te doy un ejemplo duro para comenzar. Un compañero que actualmente es un detenido desaparecido mató a otro con un balazo de 45 en la cabeza. El ABC del uso de armas es que nunca debes apuntarle a una persona ni jugar con tu arma. Este amigo, estando de guardia en El Cañaveral, empezó a jugar con su 45, le sacó el cargador apuntó y luego disparó, pero había quedado una bala pasada y le voló la cabeza. El cabro que murió era de Panguipulli. Después eso sería todo un escándalo, la justicia se metió a investigar al GAP. Washington se llamaba el que disparó, está en los diarios. Después él quedó muy enfermo. Él era del destacamento de protección permanente del GAP.

En ese tiempo, tuvimos mucha gente con insomnio, muchos estresados. Hubo varios balazos que se escaparon dentro de Tomás Moro, en los dormitorios y en los comedores. En lo personal se me inflamó el colon y no podía comer normal, me hacían dieta, pesaba 72 kilos y medía 1,77 metros.

—¿Cómo era tu condición física? ¿En qué consistía vuestro entrenamiento?

—Yo entrenaba mucho, corría, combatía, tenía una makiwara, que es una tabla gruesa que se entierra en el suelo, y le poníamos una almohadilla para practicar golpes. Si miras mis manos estos nudillos son más grandes que estos, yo hacía rompimiento y tenía unos tremendos callos. Pasaba entrenando todo mi tiempo libre, corría mucho, cuando iba a El Cañaveral y no tenía guardia, me iba a dar una vuelta de catorce kilómetros. Mi plus en la escolta eran las artes marciales y la defensa personal.

—¿Cuándo los reúnen y les dicen: «En caso de golpe de Estado este es el plan»?

—Allende, quince días antes, nos reúne en El Cañaveral, nos da un informe político y nos dice que viene el golpe y que la tarea nuestra es bajar a La Moneda, mientras el pueblo se moviliza según el Plan de Defensa de Santiago. En esa ocasión el presidente nos dice que nosotros somos la única estructura militar de la izquierda armada las veinticuatro horas del día, por lo tanto tenemos que resistir hasta que el pueblo se movilice organizadamente. «Y lo que yo no voy a aceptar», dice, «es salir como esos dictadores de Centroamérica, entre gallos y medianoche, para ser enviado a cualquier parte. Si eso sucede es culpa de ustedes por permitirlo». Termina y dice «¿Alguna pregunta?». Yo levanté la mano y le pregunté si eso quería decir que nosotros íbamos a ser la carne de cañón, y me dice: «Sí, vamos a ser la carne de cañón».

Para mí era súper importante saber eso, porque yo tenía la decisión tomada.

Luego de ese momento renunciaron algunos compañeros. Esos quince días fueron de gran nerviosismo, de esperar algo que no sabíamos exactamente cómo sería. Creo que el punto de quiebre había sido el 29 de junio, porque ese día en varios regimientos y en la Aviación hubo armamento factible de sacar, pero eso era iniciar de inmediato una guerra civil. Yo pensaba que eso era mejor que esperar a morir sin tener posibilidades de defenderse. Una guerra civil habría tenido un escenario interesante e impredecible desde el punto de vista de lo que significaba el proceso de Allende a nivel mundial. Recuerdo que Leonidas

Brézhnev, el líder ruso, luego que se meten a defender a Afganistán, dice ante el Congreso algo impactante: nunca más la Unión Soviética permitiría un nuevo Chile, o sea, que EE.UU. movilizará sus recursos para aplastar a un pueblo desarmado.

Antes del 29 de junio, nosotros sabíamos que había un plan de defensa de Santiago. Yo lo conocía porque antes había trabajado en las industrias haciendo preparación paramilitar de autodefensa y también en los cordones industriales, ahí me reencontré con Hernán Aguiló[20], en el cordón de Estación Central, con quien nos conocíamos como estudiantes en la UTE. Cuando estábamos metidos en los cordones industriales el año 71-72 nosotros hacíamos formación paramilitar para la defensa de las empresas y también para la autodefensa de masas, en eso estaba la gente del MIR y del PS; el PC no, porque no estaba en esa línea. La dinámica era primero poder entrar a estas industrias que estaban estatizadas o intervenidas, a partir de eso el sindicato jugaba un papel fundamental en el tema de la defensa de la empresa. Por ejemplo, recuerdo que nosotros lo hicimos en Industrias Montero durante los turnos de noche y con una selección previa de trabajadores.

—¿Cómo es tu víspera del 11 de septiembre?

—El domingo 9 había llegado la Tencha de México. Ese mismo día llegó a El Cañaveral el general Carlos Prats a conversar con el Presidente y salieron a caminar. Me tocó estar con él, como edecán civil, mientras había un boina negra como escolta del general, que en ese momento ya estaba renunciado. Luego bajamos a Tomás Moro para estar el diez en La Moneda.

El lunes fue un día muy tranquilo, hasta llamaba la atención, porque otros días en nuestro recorrido nos topábamos con barricadas y había que ir cambiando las rutas, pero ese día todo estaba calmo. Yo me casaba el 11, teníamos hora con la Cata Acuña para ese día. Queríamos tener nuestros propios espacios donde llegar en los momentos que

teníamos libres. Ella vivía en un segundo piso junto con su madre, en la calle Puente frente al Correo. Abajo había un restaurante que se llamaba La Bomba. Ella conseguiría la hora y la fecha. Como necesitaba mi carnet, tuve que hablar con la jefatura del GAP, porque ese documento lo tenía guardado un dispositivo de seguridad que teníamos. Como dos

semanas antes, la Cata había pasado de noche por Morandé 80 a buscar mi carnet. Todos mis compañeros sabían que iba a ir mi novia. Después me dijo que teníamos hora para el día 11 de septiembre a las nueve de la mañana y recién allí empecé a tramitar mis permisos.

—¿Cuál es el balance que tú haces hoy de lo ocurrido en el cerco de La Moneda?

—Considero que el ataque militar que las tropas golpistas hacen en contra de La Moneda tiene un carácter muy simbólico, así como la defensa que hará Salvador Allende en ese lugar. Desde el punto de vista militar se demostró que el gobierno de la Unidad Popular no tenía nada que hacer, salvo una defensa simbólica, épica, digamos, frente a un dispositivo militar de las FF.AA. y Carabineros de esa magnitud.

El presidente, al optar por concentrarse en La Moneda junto a un dispositivo que tenía un determinado potencial de fuego, facilitó la tarea del Golpe. Porque desde el punto de vista militar les resultó mucho más fácil aislar el blanco para, en una segunda fase, iniciar el asalto sin tener que preocuparse por amenazas desde su retaguardia.

Ese día en La Moneda los militares golpistas lo que hicieron fue una concentración de fuego, algo que ellos sabían hacer, algunos lo denominan

también dar un «shock de fuego». El bombardeo aéreo buscó acentuar aún más el foco de fuego, no hubo miramientos, porque el propósito era demoledor y buscaba producir bajas significativas. Pero lo que sucedió es que ese edificio patrimonial era más duro de lo que ellos imaginaban.

Con el bombardeo se buscaba vencer la voluntad de los sitiados y evitar un alto costo en bajas, como hubiese sido intentar el asalto con la infantería

—¿Y la defensa que ustedes hacen?

—Desde el punto de vista de la defensa, nuestra única posibilidad fue resistir y alargar ese combate. Hay que considerar que desde que llegamos hasta la muerte del presidente

transcurrieron casi seis horas y media, desde las 07:15 hasta las 14:00. Fue un tiempo significativo si se considera que no superábamos los veinte o veinticinco combatientes en La Moneda y menos de una docena en el Ministerio de Obras Públicas.

Desde el interior no podíamos disparar los RPG 7, porque en habitaciones cerradas el fuego retropropulsor quema todo y produce un vacío de oxígeno. Nos batimos con ametralladoras, subametralladoras y fusilería, frente al fuego de tanques, artillería, etc.

Creo que nosotros cometimos un grave error esa mañana al tener confirmado el Golpe, este fue no habernos apresurado a copar las alturas circundantes a La Moneda. Teníamos el armamento, pero no la experiencia combativa. Debimos haber tomado las alturas del Hotel Carrera y todos los edificios circundantes que rodeaban La Moneda y haber escalonado nuestra fuerza de arriba hacia abajo. Pero éramos muy pocos. Fueron apresados los refuerzos y fuimos menos con el abandono de las fuerzas de Carabineros de la escolta y de la Guardia de Palacio.

—¿Te han preguntado por qué sobreviviste y tus compañeros murieron?

—La pregunta es cabrona. Pero creo que no me toca, me tocaría si no tuviera claro lo que hice y lo que me pasó. Lo que yo hice está registrado en muchas partes, en los tribunales y además entre los otros sobrevivientes. Otra cosa es lo que siento yo en ese momento y por cierto me surge el reto de quedar vivo, y salgo al exilio convencido de que tengo que volver para seguir combatiendo.

—¿Qué opinión tienes de cómo algunos médicos han llevado la voz cantante sobre lo sucedido en La Moneda?

—De repente escucho o leo a algunos médicos plantearse públicamente como si ellos fueran quienes dirigieron la defensa de La Moneda. Mientras, hay quienes no hablan o hablan poco, que no han escrito libros y me parece a mí que conocieron mejor todo lo que ese día aconteció. Si hay alguien que era el amigo y hombre de confianza de Allende ese es Danilo Bartulín. Y él no ha hablado. Considero que va a llegar el momento en que él va a tener que hablar. Por ejemplo, en las únicas declaraciones conocidas ante periodistas alemanes, él no comparte para nada la certeza de algunos sobre el suicidio del presidente. Y si alguien estuvo siempre junto al presidente en esas horas fue Bartulín.

Puede sonar fuerte, pero es cierto. Hasta ahora los voceros de lo que sucedió o no esa mañana en La Moneda han sido los médicos. Parece que en esto también se mantiene una estructura clasista dominante en nuestra sociedad. Seguramente, fue ese mismo clasismo lo que motivaría que a los prisioneros de esa tarde en La Moneda nos separaran entre médicos y no médicos, o mejor dicho entre combatientes y no combatientes. Porque varios médicos fueron vistos como políticos, como el Coco Paredes, Klein, Huerta, Paris y otros, e igualmente engrosaron las filas de los muertos.

Pero nosotros, los sobrevivientes que allí combatimos, no somos inocentes, porque en ese espacio que dejamos pudieron sobresalir más las diversas versiones de los doctores. En nuestro favor hay que decir que en dictadura estábamos preocupados de seguir luchando y luego de reinsertarnos. Muchos compañeros no han logrado salir adelante y han vivido en condiciones

miserables, porque las diferencias de origen pesaron más.

Yo puedo afirmar con certeza lo que vi, lo que viví. En el segundo piso nunca escuché al presidente llamando a la rendición, no lo escuché, porque combatí hasta que quedé sin balas. Por eso cuando caigo por la escalera, cuando los milicos me tiran y veo la puerta abierta, yo pensé que habían volado la de Morandé 80. Después, veo que fue abierto el cerrojo y a mis compañeros rendidos con las manos en la nuca y trato de entender lo que había pasado.

—¿Tu sensación es que esta decisión de rendición tiene más que ver con las personas que rodeaban a Allende?

—Yo creo que sí, no solamente los médicos. Yo vi y escuché gente que gritaba: «¡Nos van a matar a todos, esto es una locura, hay que rendirse!». Esa era lo dominante entre la gente no combatiente: querían salir liberados lo antes posible y cayeron un poco en el pánico y la desesperación. Quizás pensaron que los iban a sacar en un avión con Allende. En el caso del GAP y algunos asesores, teníamos clarito que nos iban a matar igual.

La muerte de Allende les quita el piso a todos. Él cumple su palabra de que solamente lo iban a sacar muerto de ahí. Porque el único que pudo haber dicho con propiedad que abrieran la puerta era Allende, pero también pudo haber sucedido que Allende no estuviera y que eso se haya hecho en su nombre.

La forma en que perdió la vida el presidente y la rendición no necesariamente están relacionadas. De igual forma, a cuarenta años es intrascendente si se suicidó o lo mataron, porque eso no altera el hecho trascendente de no rendirse, de resistir, de dejar esos mensajes radiales y que todo eso sucediese en el sitio desde donde se gobernaba y aún se gobierna este país: La Moneda.

Las personas que podrían hablar con absoluta certeza están todas muertas. Mis jefes del GAP estuvieron junto a Allende en todo momento, pero son detenidos desaparecidos. La información que me transmite Raúl, cuando estamos en la calle y somos prisioneros de los milicos es muy corta: «Murió el Doctor». No me da ninguna señal de ningún tipo y bajo las circunstancias extremas que

estábamos viviendo eso podía dar para cualquier cosa.

—¿Qué sucedió con ustedes en el regimiento Tacna?

—La noche del 11 todos los apresados en La Moneda (éramos como cincuenta personas, puros hombres) permanecimos boca abajo en un patio de adoquines, muy próximo a unas caballerizas. Mi impresión es que estaban reuniendo la información que les permitiera saber quién era quién. Pero de algunos estaban muy claritos, como por ejemplo con el Coco Paredes. En esas horas el Tacna estaba colapsado, tenían muchos presos y presas de diferente nivel. Los grupos que habían resistido en fábricas, por ejemplo en Indumet y la población La Legua, y comenzaban a llegar detenidos por toque de queda. Eso, sumado a los cambios de guardias, creaba algunos márgenes para escabullirse. En el caso nuestro, no fue ni premeditado: unos guardias nos separaron de nuestros compañeros y ahí vino la confusión que luego nos puso en la fila de los que serían trasladados al Estadio Chile. Así de circunstancial fue todo.

—¿Qué sucede el día 12?

—En un momento, ya de noche, aparecen estos civiles que habían sacado a nuestros compañeros, comandados por un tipo de 1,65 de estatura, medio moreno y con bigote, vestido con traje café claro y corbata, muy peinado a la gomina, y le pregunta el nombre al primer compañero de la orilla. Él algo contesta y le dice: «Te fuiste al Estadio Chile».

Estaban saliendo los buses con gente al estadio, porque ya había muchos por toque de queda. Nos fueron sacando de a uno. Así van saliendo, el segundo, el tercero, el cuarto y yo me quedé como fijo y me dicen: ¡«Párate»! De nuevo me jugaba la vida. Me pregunta el nombre y yo di cualquiera, porque ya me había dado cuenta de que no tenían idea de nuestros nombres, no llevaban ningún registro, y me dice: «Te fuiste al Estadio Chile».

Miro y veo que una gran masa se estaba subiendo a los buses y me sentí como espantado, no me apuré, me bajó un cansancio y nos sentamos con otro compañero en un fardo de paja, eran como la una de la mañana y vimos cómo se iban los buses y abajo quedaba más gente. Nos quedamos esperando que volvieran esos buses. En ese momento yo puedo ver a mis compañeros que se quedaron allí. Ellos no me ven porque estaban botados de guata. Estoy seguro de que habían captado que nos habían separado del grupo, nadie dio su nombre, porque nos dimos cuenta de que los únicos nombres que conocían eran los de los jefes del GAP y del encargado de inteligencia del PS.

Estábamos sentados y llega un grupo grande de militares y les dicen a mis compañeros de La Moneda que se sienten. Les dejaron un balde y una bolsa y gritan: «¡Aquí les trajimos café y pan, párense de a uno y vayan sacando, porque después los vamos a matar!». Eso fue lo que escuché. Veo que mis compañeros se sientan, no veo pararse a nadie, en eso llegan los milicos y nos vamos. Esa es la última imagen que tengo de mis compañeros y de las palabras de los militares.

—¿Qué vendrá después en el Estadio Chile?

—De La Moneda éramos tres escoltas y dos de protección permanente. Nos subimos con Hugo García, un compañero de la escolta. Íbamos en el bus muy apretados y de pie.

Los otros ya estaban en el Estadio Chile. Llegamos a la calle Bascuñán Guerrero y comenzamos a bajar. Era muy sorprendente ver tanta gente en la calle con las manos en la nuca trotando, deben haber sido como las dos y media de la mañana del 13 de septiembre. Yo no había dormido ni comido nada desde la madrugada del 11. Unos milicos que estaban afuera nos dicen: «Guarden sus relojes, porque los pacos están allanando adentro y se están robando todo». Yo estaba al lado del Hugo trotando con las manos en la nuca y me saqué el reloj. Fue en ese momento que nos empezamos a revisar, yo todavía tenía una bala 9 mm y el Hugo también tenía otra, las dejamos paraditas en el alféizar de una ventana.

Creo que nos manteníamos solo con adrenalina. Hay dos claves en este tema, la movilización energética que tiene un ser humano es del 70 %. Bajo situaciones

de pánico, de amenaza de muerte, de riesgo de tu vida, puedes llegar a movilizar hasta un 90% o un poco más. Pero si te pasas, te mueres de un infarto. En ese tipo de situaciones límites o extremas uno metaboliza rápidamente todo, por eso empiezas a bajar de peso, son mecanismos fisiológicos para la supervivencia, así me explico lo que vivimos esos días, desde el punto de vista de lo que después pude estudiar.

En ese momento, yo aparecía detenido por toque de queda, eso es lo que escuchaba, y entonces estábamos todos por el mismo motivo. Ahí comencé a hilar una nueva historia por si me preguntaban. También, me di cuenta de que nadie tenía documentos, porque se los quitaban los guardias. Yo no tenía manchas de sangre en la ropa, pero sí olor y seguramente manchas de pólvora.

Entramos al Estadio Chile y me impactó ver tanta gente amontonada y aspirar un olor a mierda, a terror, a susto y a dolor. En la parte sur encontré rostros conocidos, cabros socialistas de la UTE. El Estadio estaba lleno, repleto. Luego nos pasaron a la tribuna sur y me fui encontrando con gente de la JS de la UTE. Creo que esos cabros no se daban cuenta de la magnitud del Golpe. Les dije que Allende estaba muerto. Hasta ahí yo sé que estoy viviendo el minuto. Cuando estoy entre medio de mis compañeros tengo la condición para reflexionar sobre lo que estoy viviendo y las alternativas hacia adelante. Yo sabía que mi suegra de ese momento, la Mati, mi familia y compañeros me iban a empezar a buscar y eso me iba a poner en peligro. La única posibilidad de sobrevivir era mantenerme como masa y salir como masa; si me detectaban por cualquier cosa estaba sonado.

—¿Cuántos milicos calculas que cuidaban el Estadio Chile?

—Creo que allí debe haber habido mínimo un batallón, o sea, unas tres compañías distribuidas por todo el estadio, lo que significaba entre cuatrocientos a seiscientos hombres. Y mínimo en ese lugar habíamos como cinco mil detenidos. Había tres soldados por cada grupo, y los milicos estaban por todos lados de arriba hacia abajo de las galerías. Además, hay que contar a todo el personal que tenían afuera protegiendo el perímetro. Considera que comenzaron a juntarse familiares y que ellos siempre pensaron que podrían ocurrir rescates o

ataques a esos lugares.

—¿Comen algo?

—En el Estadio repartían comida, pero nunca llegaba a este otro lado. Era una media taza de lentejas. Los milicos llamaban a la gente que estaba ahí y repartían, no

alcanzaba porque era una olla muy chica. Entonces decidimos organizarnos con el Juan Ruiz, el Juaniquillo, uno de los compañeros de la carrera de metalurgia, para dormir en la cancha, y así cuando tuviéramos que buscar la comida estaríamos más cerca. A ese momento, ya estaba inserto en una estructura y cuando detectábamos en forma conjunta un problema, de inmediato sabíamos cómo solucionarlo.

Allí no se podía andar por donde uno quería, había espacios determinados por donde tú podías moverte. Entonces fuimos armando toda una historia para conocer otros lugares. Empezamos de a uno, en vez de ir al baño, en vez de sentarnos donde nos correspondía, seguíamos de largo hasta la cancha como si fuera nuestro lugar anterior, porque no había un control visual sobre cada uno, éramos muchos.

En un momento, cuando piden voluntarios para ir a buscar comida, tres de nosotros logramos meternos, entre ellos Juaniquillo y yo. Entre medio llegamos a una reja que daba a la calle y había unas monjas que estaban pidiendo datos para avisar a familiares y de repente me acerco a una monja vieja y le digo: «Puede usted avisar en calle Puente», y le doy la dirección de la Cata, «que diga que Juan está bien y que estoy en el Estadio Chile». Cuando volvimos con comida nos fuimos directo donde estaban nuestros amigos de la UTE y alimentamos a nuestra masa. Después, quedamos convertidos en héroes nacionales y luego devolvimos el «ollón».

—¿Cómo era el estado de ánimo?

—Silencioso, hasta depresivo a momentos, la tensión era enorme. Tú podías confiar solo en quien conocías de afuera. Un día, en el segundo nivel, aparece una persona adulta que grita: «¡Viva el compañero Allende!» y se tira como de quince metros, cae y todos en silencio. Luego se para y vuelve a gritar, se azota de cabeza contra un poste. De ahí lo agarran, le sacan cresta y media y se lo llevan. Ese compadre seguro que moriría después.

—¿Qué lógica tiene llevarlos del regimiento Tacna al Estadio Chile y de allí al Estadio Nacional en menos de una semana?

—No sé, especulo que no saben. Están recién organizando la maquinaria represiva. Tienen mucha gente detenida por muy diversas situaciones y requieren tiempo para constituir los equipos de interrogación y de análisis. De otro modo no se explican esos movimientos que a la vez nos van entregando valiosa información.

Lo concreto es que llega el sábado 15 y nos empiezan a trasladar al Estadio Nacional en buses, no hacían ninguna distinción, éramos masa, algo así como todos los toque de queda, que era por decirlo el nivel más bajo de detención y por lo tanto el más transitorio. En el Estadio Chile te distribuían según cómo te catalogaban; no nos llevaron al subterráneo, porque éramos los por toque de queda o los detenidos en allanamientos masivos, como los cabros de la UTE. Pero había otros, los dirigentes, que estaban en otros sectores como el subterráneo y donde los estaban torturando.

En el Estadio Nacional nos meten en la escotilla n.º 6. Ahí me doy cuenta de que es posible vivir, porque yo estaba como muerto. El tema de la vida estaba de nuevo presente,

porque a momentos uno quedaba suspendido solo en la muerte. Y uno recobraba confianza, y te ponías alerta y volvíamos a construir una historia para salir vivos y eso se convertía en lo central. Mínimas acciones servían para devolverte confianzas y esperanzas.

—¿Sabías algo de lo que estaba sucediendo en el Estadio Nacional?

—No, nada. En teoría estaríamos mejor en el Nacional porque era más grande. En el Estadio Chile estábamos en un hacinamiento feroz. Ahora, mientras más gente hubiese, más se podía pasar desapercibido y más vivías. Pero lo contrario es que más gente te conocía y tú no sabías en qué parada estaban; te podían ver y delatar.

Llegamos al Estadio Nacional y quedamos juntos los estudiantes y los obreros de la fábrica Luchetti que habían caído en el cordón Vicuña Mackenna. Después comenzaría a llegar una cantidad de compadres por toque de queda. Había también un grupo de patos malos y mucha gente que había caído por gil.

En la noche dormíamos a lo cucharita, todos amontonados; éramos puros hombres en ese lado. Un sargento estaba a cargo de nuestra escotilla y nos decía: «Si ustedes no se organizan bien, van a pasar hambre, así que organícense. Nombren dos encargados para que repartan la comida entre la gente que está acá adentro porque está el despelote». Entonces la gente de la UTE se organizó rápidamente y nombramos a cuatro compadres: hubo una tremenda discusión con la gente de Luchetti sindicalizada, con los que habían caído por toque de queda y los patos malos, todos grupos súper desorganizados.

—¿Cómo fue recibir la visita del cardenal en el Estadio Nacional?

—Era el 18 de septiembre, nos sacaron a las galerías y llegó el cardenal Raúl Silva Henríquez a vernos. Eso fue súper impactante: estábamos al frente y nos hablaba desde las tribunas. La sola presencia de él me causó tranquilidad, era un mensaje de que no estábamos solos. Nos dijo que la Iglesia estaba preocupada por todo lo que estaba pasando en Chile y por nosotros. Hasta ese momento, desde el 11 de septiembre, habíamos recibido puros palos, puros mensajes de muerte, ningún mensaje de esperanza. Entonces, esa visita creo que nos dio

confianza, que pese a todo lo ocurrido había algo que podía cambiar o mejorar esa situación.

Después llegaron unos periodistas y de nuevo nos sacaron a todos, nos llenamos de milicos intercalados. De ahí son esas famosas fotos de hombres flacos, con barbas crecidas y rostros tristes. Ese era el Sector Cordillera y los periodistas nos preguntaban qué queríamos. Todos pedían cigarros y los periodistas tiraban cigarros y nos preguntaban cómo estábamos, y a coro respondíamos: «Como las huevas». Fue un día diferente y eso allí era muy importante. Después de esas visitas recibimos cada uno una frazada y una colchoneta, que la compartíamos entre cinco.

—¿Cómo fue lo del encapuchado? ¿Lo viste?

—Otro día estábamos ahí y nos sacan a todos súper rápido, entran los milicos corriendo y apuntando con los fusiles. Cada vez que hacían eso significaba peligro. Nos sacan de las galerías y se llena de milicos, en cada escaño un milico apuntando. Podíamos imaginar

cualquier cosa, incluido que allí nos iban a masacrar. De repente sale un tipo caminando con una

capucha hasta abajo, acompañado por un oficial de Carabineros. Empieza a caminar saliendo de las tribunas hacia la derecha y un tremendo silencio nos recorre a todos. Él venía desde abajo hacia arriba. Había que sentarse cuando pasaba y quedaba la otra fila parada. En una de esas hizo una señal y los milicos tomaron a un compadre que él marcó y se lo llevaron. El tipo de la capucha continuó moviéndose y yo, mientras, había reconocido a Ernesto, un combatiente del aparato militar del PS. Segundos después, veo cómo sacan a Ernesto porque el encapuchado lo había apuntado y se lo llevaron. Yo estaba parado como en la sexta fila y los tipos que tenía al lado eran más chicos que yo, o sea, por pinta no pasaba desapercibido para nada. Cuando ya se acerca el encapuchado a la fila de adelante, yo me agacho un poco, si no estoy jodido, y el encapuchado mira y pasa. Luego sentí alivio y me senté. Esto fue entre el 19 y el 24 de septiembre.

Posteriormente, estando afuera y años después, supe que el encapuchado del Estadio Nacional era un socialista y que los detenidos que él entregaba eran socialistas también. Se llamaba Jorge Muñoz. Se había acercado a la Vicaría de la Solidaridad y dejó una grabación explicando lo que había hecho. Él sabía que lo iban a matar, o la DINA o fuerzas de la izquierda, y apareció muerto de setenta puñaladas. Había sido miembro de la dirección del Regional Norte y lo habían expulsado en agosto del 73 por una serie de temas que no tengo claro. La colaboración era su venganza con la organización. Cuando muere, la Vicaría hizo públicos estos antecedentes y ahí yo pude relacionar que era el mismo.

—¿Cómo quedaste clasificado después de eso? ¿Pasaron los peligros?

—Yo estaba en el grupo de los presos no peligrosos, por lo tanto nuestra situación era la de un detenido que la pasa mal, pasa hambre e incomodidades, pero en ese sector no había torturas. Pero nosotros estamos conscientes de que allí estaban matando gente. Se sabía que en el velódromo habían instalado un centro de tortura de otro nivel. Cuando venían a buscar en la noche, nosotros teníamos el acuerdo de no salir, porque los milicos no se metían a las escotillas porque eran muy oscuras. Entonces empezaban a llamar y nadie les respondía.

Después, otro día, nuevamente nos sacan y se acerca por la pista, a la escotilla n.º 6, un tipo que se presenta como capitán del SIM, de la inteligencia militar. Usaba lentes oscuros, era bajo, de unos cuarenta años, con buen vocabulario. Era un tipo que se manejaba y nos dice: «Nosotros estamos teniendo problemas. Hay mucha presión internacional y yo me comprometí a liberar gente, así que vamos a empezar a liberar y me comprometo a sacar de esta escotilla a cien, los vamos a llamar y los vamos a sacar de acá»

—¿Ellos tenían registro de sus nombres y todos sus datos?

—Hasta ese momento nada. Entonces, llegó el día 24 de septiembre, era muy

temprano y de nuevo aparece el capitán: «Bueno, tal como se los dije, hoy vamos a sacar gente de acá. Vamos a comenzar por los de toque de queda. Van a hacer una hilera y los vamos a interrogar». Ahí estoy yo y mi gente, los de la UTE se quedan para adentro, y Juaniquillo saca el papel con las direcciones de cinco compañeros que antes habíamos preparado, donde estaba también la mía, me lo pasa y nos despedimos de un abrazo.

Luego nos meten a todos debajo de la marquesina, y me encuentro con una hilera de mesas pegadas a la pared y sentados, frente a cada una, unos tipos de civil, como fiscales.

Al fondo una puerta semiabierta desde donde veo salir gente sangrando, destrozada por los milicos. Y nosotros con la frazada puesta arriba de la cabeza, como envolviéndonos en ella, esperando que comiencen los interrogatorios. A esa altura yo tenía una historia hilvanada de mi detención y me daba cuenta de que no sabían mi nombre legal, porque yo tampoco era conocido. Entonces, ideé una historia en que yo iba para mi casa, que vivía en la Villa México en Plaza Chacabuco, por lo tanto iba cruzando el Mapocho por Independencia. Yo sabía que allí no había pasado nada, y dije que allí me habían detenido y di mi nombre: Juan Osses. Había un gran despelote, no tenían registros. Tampoco en mi barrio sabían que yo era escolta del Presidente.

En el interrogatorio me preguntan de dónde venía, cuento todo lo demás y digo que la patrulla me detuvo y me quitó mis documentos. «Bueno», me dicen, «cuéntamela al revés», y yo se la cuento al revés. El interrogador era un hombre de civil, flaco, de unos

cuarenta años, tenía en la mano papeles con tres letras: A, B y C, y llega y me queda mirando y me dice: «¿Sabes qué más?, no te creo nada, así que pasas a la otra fase del interrogatorio, a la fase C», y esa era la tortura. Justo al lado estaba parado un aviador con casco que tenía colgada una cámara fotográfica. Y el civil le ordena: «Cabo, sáquele una foto. Este se va a la C, no le creemos nada».

Todavía había cien compadres por interrogar, entonces salgo de ahí. Ese era el primer traspié duro. Empecé a estudiar al milico que estaba ahí con un Máuser, y pensé: «No, este compadre no aguanta una, yo le quito el Máuser y aquí me muero, ni cagando que me torturen y que me maten». Y me dispuse a morir. Cuando estamos en la tribuna, el aviador me pone un código en una tablilla y me dice: «Póngase así». Yo pongo la mano derecha y me mira y dice: «Ponga la

mano izquierda». Trato de ocultar mis manos, por mis nudillos, el karate, etc. Luego me dice: «Venga para acá», y pesca mi expediente y lo pone en la letra A. Mientras el otro seguía interrogando, el aviador me dice que espere afuera y que me van a llamar. Yo no la quería creer, estaba desconfiado, esperé sentado en la tribuna donde estaban todos los interrogados y de nuevo pensé: «Si esto no es así, me voy a tirar arriba de este milico y moriré a tiros. Voy a dejar la cagá».

El toque de queda empezaba a las 20:00 y ya eran como las 19:00. De repente, como a las 19:30, llega el mismo capitán del SIM y nos dice: «Fórmense todos ahí adentro. Tienen media hora no más para llegar a la casa o si no van a volver nuevamente», y empieza a nombrar gente y me llama a mí. «Bueno, cumplí mi palabra. Yo dije que iba a sacar a cien, sé que hay muchos que no debieran estar acá, pero tómenlo como una oportunidad. Soy el capitán tanto, no ando con lentes oscuros para que no me reconozcan, porque no les tengo miedo», y se los sacó, «ando con ellos por esta cicatriz que es una vieja herida de mi trabajo, así es que cuídense».

Yo salgo con el trasero apretado. Caminábamos rápido hacia Marathon. Imagínate una columna de cien hombres ansiosos. Afuera del estadio había una cantidad importante de gente esperando por sus seres queridos y, al salir, se nos vienen encima preguntándonos por los nombres de sus parientes. Yo les digo que había estado con la gente de Luchetti. Ya iban a ser las ocho de la noche y empezamos a correr hacia avenida Grecia para tomar una micro y salvarnos del toque de queda. Creo que saltábamos. Con uno de los GAP nos vamos corriendo juntos, llegamos al paradero y no teníamos plata ni nada y en la micro la gente decía: «Vienen del estadio», y nos pagan y nos llevan.

La micro me dejó en Lord Cochrane con Alameda, por el lado de La Moneda eso es Amunátegui. Yo no quería ni mirar. Me bajo y me voy culebreando por las calles, dándome vuelta por si me seguían, hasta que llego al departamento de mi suegra, la Mati, en la calle Puente. Subo la escalera y toco el timbre y aparece la Cata, que iba a ser mi esposa. Ella casi se muere, se pone a gritar, llega su madre, mi suegra, una mujer extraordinaria que ya tiene ochenta y ocho años; también está su hermano mayor ahí y me abraza. La Mati es una mujer luchadora por los derechos humanos de este país, se llama Matilde Córdoba. Y es ella la que días después reinstala lo del matrimonio y arregla todo y nos dice que mi aparición era el mejor regalo de cumpleaños, porque por esos días cumplía años. Me cuentan que había ido al departamento una monja y había dado la información de que yo estaba vivo y que no hicieran nada, que yo estaba bien, que se

quedaran tranquilos. El cuento es que me casé. Estaba un poco desconcertado con la vuelta a mi círculo íntimo afectivo. Me sentía muy raro. En catorce días, entre el ١١ de septiembre y el ٢٤ había vivido una eternidad. Había estado al lado de la muerte y había salido varias veces. Todo era muy extraño.

—¿Qué pasa contigo después? Estás en Chile pero puedes caer en cualquier momento y por cualquier cosa.

—Toman contacto conmigo del Comité Central, ellos sabían que estaba vivo en una casa de seguridad, y van hablar conmigo dos compañeros de fuera del GAP. Ellos eran de un equipo de combate que teníamos antes y me dicen que tengo que asilarme e irme del país. Me puse a llorar, no se me había pasado por la mente irme de Chile. No me podía mover, ya me andaban buscando, me costó asilarme. Primero tenía que hacerlo en la Embajada de Honduras, pero no se pudo y, luego, el obispo luterano Helmut Frenz me ayudó a asilarme en la Embajada de Alemania, ingresándome como su secretario privado.

—¿Quién era ese hombre de la Aviación que cambio tu destino, supiste algo de él?

—Ese círculo se cerró mucho tiempo después, estando yo en Berlín con Robinson Pérez[20]. Mientras conspirábamos, él me dice que esperaba a un gran amigo suyo con el que había estado en prisión. Era un exaviador, el capitán Raúl Vergara[21]. Entonces nos contamos las respectivas historias y todo el cuento. Pronto, él comienza a hablar de los aviadores socialistas, que tenían un grupo, etc. Y le dice a Robinson: «¿Te acuerdas del cabo no se cuantito? Bueno, él murió, se suicidó o lo mataron, pero nos contó que había salvado a gente del GAP en el Estadio Nacional, porque él era el fotógrafo y había cambiado papeles y había hecho unas movidas». Yo lo escucho y casi me voy de espalda, y le digo a Raúl: «¡Yo soy uno de esos!».

—Una pregunta que me ronda es ¿en qué momento y situación tú escuchas las palabras que Salvador Allende pronunció desde La Moneda y que ustedes, los GAP, preocupados del combate, jamás escucharon allí?

—Debe haber sido octubre o noviembre del 73 cuando, a poco de llegar a Frankfurt, escuché por primera vez los mensajes radiales del presidente y también vi las imágenes del bombardeo a La Moneda. Todo eso me impresionó mucho. Cuando el Doctor dijo esas palabras, nosotros estábamos preparando nuestros sitios de combate, procurándonos armamento y municiones, etc. Cuando escuché las palabras de Salvador Allende reafirmé las decisiones que yo había tomado.

—¿Qué te planteaste hacer en el exilio?

—Creo que fui viviendo diversas etapas, porque uno se propone cosas, pero debe procurarse los medios y contar con las condiciones, y eso es muy variable. Yo en el exilio básicamente me dediqué a formarme, a reunir herramientas. Para la vida civil estudié un pregrado que me sería reconocido en Chile como Profesor de Estado en Educación Física, Deportes y Recreación. También obtuve un doctorado en Metodología del

Entrenamiento en Condición Física, en la entonces República Democrática Alemana, RDA. Todo eso, después me serviría, posterior a la dictadura, para trabajar como docente y también para, desde el Estado, hacer mi aporte en la DIGEDER.

Pero a la vez me preparé para actuar en dictadura y asumí que militarmente requería una formación superior que me permitiría reingresar a Chile en la clandestinidad. Estar en el exilio en el mundo socialista me permitió conocer movimientos de liberación nacional de África, a los vietnamitas y otras organizaciones, y me di cuenta de que la envergadura de una lucha revolucionaria era mucho más compleja que lo que uno había conocido en Chile.

—Y a tu retorno, ¿qué iría sucediendo y cuáles son tus balances?

—No fue fácil ni automático venirse a Chile clandestino. Un grupo de socialistas tuvimos que nadar contra la corriente. Estuvimos muy lejos de tener el respaldo orgánico que, por ejemplo, tuvieron primero los compañeros del MIR y luego del FPMR. Ya en Chile muy rápidamente nos dimos cuenta de que aparte de combatientes se requerían organizadores políticos, que acá no existía una pista para que aterrizaran aviones con guerrilleros o militares revolucionarios, que el proceso era muy distinto. Producto de las graves divergencias sobre cómo afrontar la lucha para el derrocamiento de la dictadura militar, un grupo importante de militantes del exilio y del interior habíamos tomado la decisión de abandonar las filas del PS. Entonces fundamos el Partido Socialista Salvador Allende, asumiendo el legado y pensamiento político allendista. Todos además teníamos la determinación de venirnos a luchar en la clandestinidad y así lo iríamos haciendo.

En el caso del PS, no había estructura partidaria y por lo tanto era necesario partir todo de cero. La coyuntura política en Chile ya venía cambiando desde el fallido atentado a Pinochet. El paro del 1 y 2 de julio cambia la coyuntura porque hasta ese momento funcionaba el comité político privado donde estaba la Democracia Cristiana. Entonces ese era un tremendo frente, porque tú tenías desde la izquierda armada hasta la Democracia Cristiana aplicando las más diversas formas de lucha, y ese conjunto debilitaba fuertemente a la dictadura.

Nosotros, a esa altura, ya estábamos en prisión en Valparaíso y desde allí seguíamos la coyuntura. Entonces vienen varias maniobras que suceden a varios fracasos, como el hallazgo de las armas de Carrizal Bajo y el tiranicidio fracasado. Todos esos movimientos de armas y hombres traerían consecuencias. Se baja el PDC y el PS empieza a poner un pie en la Alianza Democrática y otro en el MDP; Clodomiro Almeyda se las ingenia para manejarse en ambas estrategias. En ese momento para nosotros ya era evidente que la salida iba ser negociada, que venía una gran transacción. Cuando Allende dice que algún día otros hombres abrirán las grandes alamedas, ciertamente sus palabras no sería posibles referirlas a la Concertación. Estoy seguro de que él se refería a desafíos mayores.

Nuestra propuesta no ganó, nosotros perdimos, aunque en mi caso pude

sobrevivir. Se crearon mejores condiciones para la vida humana. No soy nihilista, yo me doy cuenta que esto también sirvió para que la vida volviera a florecer; antes la vida se perdía a cada rato, moríamos a cada rato, arrancábamos a cada rato. Esa música de la radio Cooperativa nos paraba los pocos pelos que teníamos. Escuchábamos que cayó un compañero, había que arrancar. Lo único que le agradezco a esta limitada democracia es que se terminó la muerte de mis compañeros, se terminaron los desaparecidos. Ese clima de terror se terminó; tú no sabías si llegabas a la casa o no, o las explosiones, los combates, arrancando, se terminó. Yo, a esta democracia sí la saludo en ese sentido, pero no como proyecto político que tenga que ver con los postulados de Salvador Allende.

—Después de tu retorno clandestino vuelves a caer detenido. ¿Cómo fue esa segunda experiencia?

—Esto sucede en febrero de 1985, cuando en Quintero estábamos haciendo una Escuela de Formación donde participaba una docena de compañeros. Uno de los compañeros denunció que yo era el jefe y yo me cierro y dispongo a morir. Me habían tomado vivo y venía la tortura. Conocía mucha información, porque me había tocado montar las líneas de ingreso clandestino de mis compañeros, las casas de seguridad, todo. Antes de venirnos clandestinos, habíamos estudiado mucho las caídas del PC y del MIR, además de las nuestras. Al partir hacia al interior hicimos un juramento, especialmente nuestro núcleo, de que si llegábamos a caer, nos suicidábamos o resistimos la tortura. Eso generó polémica en nuestra estructura. Yo planteé que debíamos resistir la tortura y me tocó a mí ser el primero, y me hicieron tira. De Santiago se había trasladado un equipo especial de la DICOMCAR a cargo del capitán Héctor Díaz Anderson. Nos colgaron junto con Carlos Godoy Echegoyen, que era el segundo jefe, y venía de ser oficial de las FAR cubanas. Vi cómo lo mataban a él en veinte minutos: le quebraron las costillas. Él es hijo de una compañera, Berta Echegoyen.

Estuvimos incomunicados y luego nos pasaron a la Fiscalía Militar y de ahí a la vieja cárcel de Valparaíso. Lo más difícil de todo eso fue cuando la Berta, su madre, llegó a la cárcel. En su primera entrevista conmigo me dice: «Mira, huevón, siento un odio tremendo contra todos ustedes, pero vos estái pagando,

¿por qué tenía que morir Carlos y no moriste tú?». Traté de explicarle que para mí Carlos era mi compañero de combate, era mi segundo. Ella, súper dura: «No los voy a perdonar nunca; a ti a lo mejor te perdono porque te la mamaste toda y estái pagando». Aunque no quisiera, tenía a cargo a once compañeros que habían sobrevivido, entre ellos a un traidor, y pensé que por algo había quedado vivo nuevamente.

Nuestra defensa fue encabezada por la abogada Cecilia Chinchón, quien llevó el peso del proceso y nos acompañó hasta el final. También colaboraría la abogada Laura Soto, que luego fue diputada por Valparaíso, una mujer muy valerosa y comprometida. Ella me dijo: «Juan, no tienen pruebas. Estás preso pero no te pueden comprobar nada, porque ellos se dieron cuenta de que tú eres un sobreviviente de La Moneda y están enfermos por no haberte matado ahí. La única forma que tienen de joderte es condenarte a muchos años». Solo por el ingreso ilegal eran veinte años. Luego fui expulsado y ya el 88 estaba de nuevo en Chile en una condición de semiclandestinidad.

—¿Buscas aún a tus compañeros detenidos desaparecidos?

—Creo que seguiré yendo a declarar y haciendo memoria de todos ellos hasta que me muera. La única forma de encontrar la verdad es decir cada cual lo que vio e hizo y es a los jueces a quienes les corresponde ir haciendo la trama. He declarado innumerables veces por mis compañeros desaparecidos y no he querido contaminarme con las otras declaraciones, porque con eso uno ensucia lo que efectivamente sabe. Yo no soy el que forma el rompecabezas, es el juez el que investiga. Si yo quiero ser leal con mis compañeros y encontrarlos tengo que decir lo que vi y cómo lo vi.

Cuando quedé vivo de La Moneda me comprometí a volver a luchar contra la dictadura con las armas y todos los medios posibles y eso lo hice. También al quedar vivo me comprometí a buscar a mis compañeros y me he dedicado a eso. He estado en tribunales en todas partes declarando dónde los vi, a quiénes vi, para así aportar a ubicar sus restos y hacer un cierre por lo menos mínimo con sus familiares, cierre que también es el mío.

—¿Cómo ves a tu generación? ¿Fracasada, cansada o vigente?

—Con todo lo vivido, con todos los dolores, igual creo que soy de una generación de privilegiados, porque a nosotros nos tocó ver el surgimiento de los movimientos guerrilleros en América Latina en los sesenta, en Brasil, Argentina, Bolivia y Uruguay. Vivimos intensamente el proceso de la UP, luego conocí, viví y me formé en el socialismo real, luchamos por el término de la dictadura. Posteriormente cayó el campo socialista y me siento un observador vivencial de todos esos procesos, y todo ello lo veo como un privilegio, un aprendizaje.

Yo no estoy fracasado, porque aún tengo sueños y además soy maestro y eso significa estar siempre aprendiendo de otros y enseñando a otros. Creo que en mi esencia siempre he sido profesor, independientemente del tema militar, yo siempre estuve formando gente. Mi constante ha sido trabajar en educación como docente o como directivo, como fue hasta hace poco en el Colegio Francisco de Miranda, donde compartí con tantas generaciones de jóvenes. También han sido significativas las experiencias en la gestión de hacer políticas públicas. Para mí fue un aprendizaje feroz conocer el Estado por dentro, porque en el ámbito del deporte y la cultura física falta mucho por hacer y nosotros allí podemos continuar aportando.

—¿Cómo aprecias las movilizaciones de los últimos años? ¿El rol de los estudiantes?

—Veo que está surgiendo lo mismo que empezó en los años sesenta. Es cierto, son nuevas generaciones, con nuevas visiones de hacer política, con nuevos sistemas de lealtades. Yo no creo en los viejos políticos, no creo en los partidos actuales, no creo absolutamente en nada. Sí creo en lo que se está haciendo en la calle, creo que la política y los futuros movimientos que van a conducir este proceso están formándose en estos años en las calles.

Que jóvenes de catorce o quince años, que podrían ser bisnietos de Allende, levanten sus banderas y retorne ese ADN del pueblo es emocionante. Entonces, a mis sesenta y tres años estoy contento porque nunca pensé que yo podría volver a marchar con doscientos mil estudiantes gritando consignas que nosotros gritábamos en los sesenta. De verdad me he sentido renacer viviendo todo eso de nuevo. Estoy feliz porque lentamente vuelve a resurgir la figura de Allende y su programa.

notas

[1] Federación de Profesionales y Técnicos de la Salud.

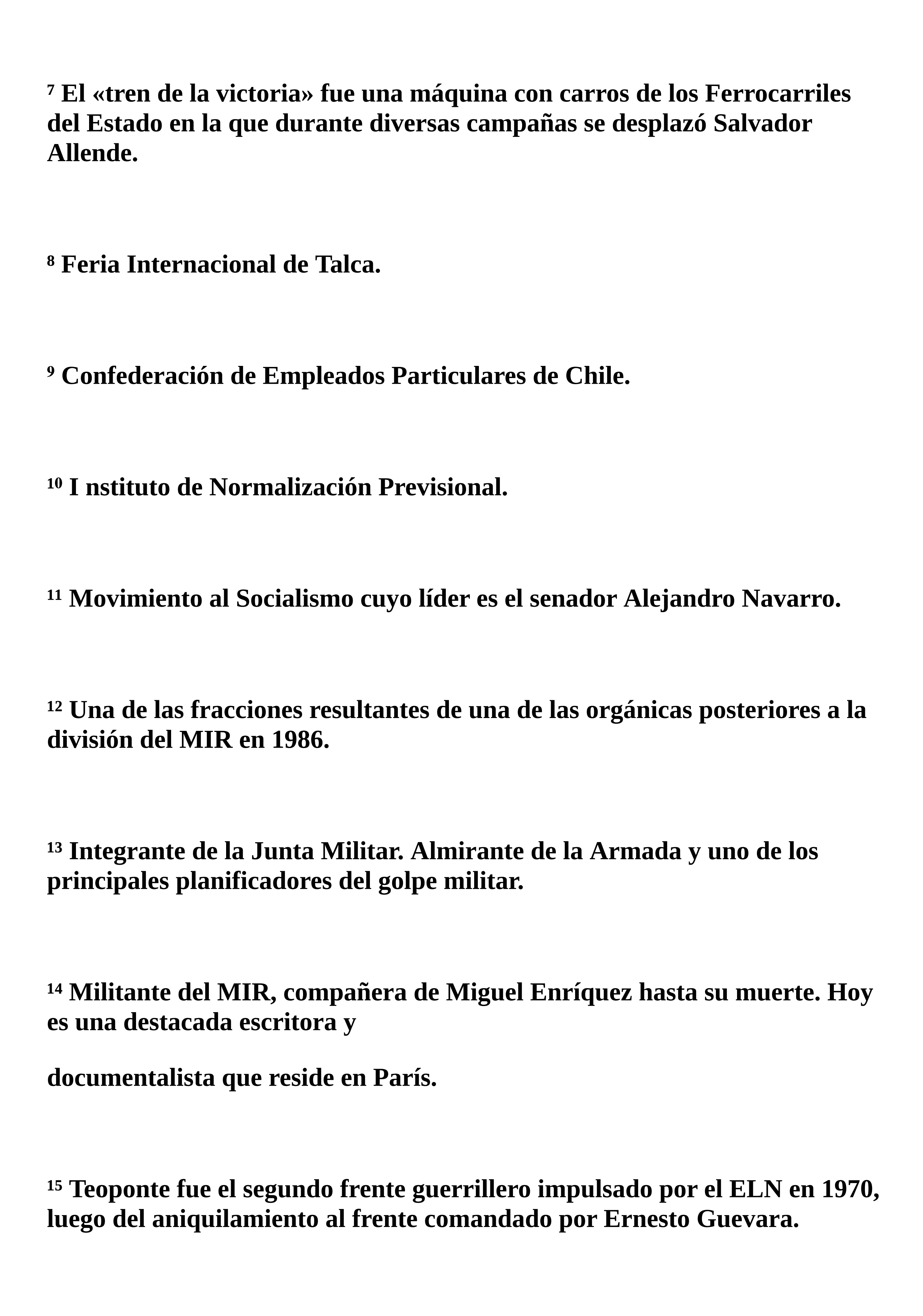
[2] Servicio de Inteligencia Militar.

[3] Servicio Médico Legal.

[4] Comando de Aviación del Ejército. En 1995 pasó a llamarse Brigada de Aviación del Ejército.

[5] Explosivo de uso industrial y militar.

[6] Militante del PS. Exministro de Salud e intendente de Santiago durante el gobierno de Michelle Bachelet.


[7] El «tren de la victoria» fue una máquina con carros de los Ferrocarriles del Estado en la que durante diversas campañas se desplazó Salvador Allende.

[8] Feria Internacional de Talca.

[9] Confederación de Empleados Particulares de Chile.

[10] I nstituto de Normalización Previsional.

[11] Movimiento al Socialismo cuyo líder es el senador Alejandro Navarro.

[12] Una de las fracciones resultantes de una de las orgánicas posteriores a la división del MIR en 1986.

[13] Integrante de la Junta Militar. Almirante de la Armada y uno de los principales planificadores del golpe militar.

[14] Militante del MIR, compañera de Miguel Enríquez hasta su muerte. Hoy es una destacada escritora y

documentalista que reside en París.

[15] Teoponte fue el segundo frente guerrillero impulsado por el ELN en 1970, luego del aniquilamiento al frente comandado por Ernesto Guevara.

[16] Verónica Ahumada, secretaria de prensa de Salvador Allende.

[17] Fue un candidato independiente que se presentó para las elecciones de 1958. Se llamaba Antonio Zamorano, había sido sacerdote y sacó un poco más de los votos por los que Alessandri le ganó a Salvador Allende la

presidencia.

[18] Donde hoy está una tienda de la librería Lápiz López, en Carmen con la Alameda.

[19] Organización Latinoamericana de Solidaridad. En los años sesenta era un foro de los pueblos y

organizaciones partidarios de la lucha armada.

[20] Dirigente del MIR que, durante la clandestinidad, asumirá importantes responsabilidades en esa organización. En la división de 1986 encabezará una facción que se denominará Comisión Militar.

[21] Integrante del aparato militar del PS. El 73 combatió en la población La Legua. Se destacaba por su capacidad analítica. Es cientista político. Estuvo exiliado en la RDA.

[22] Exoficial de la FACH. Era un constitucionalista y se le realizó un consejo de guerra. Estuvo encarcelado con el general Alberto Bachelet. Participó en la Revolución Sandinista en Nicaragua. Fue subsecretario de Aviación.

ANEXO:

Combatientes del martes 11 de septiembre de 1973

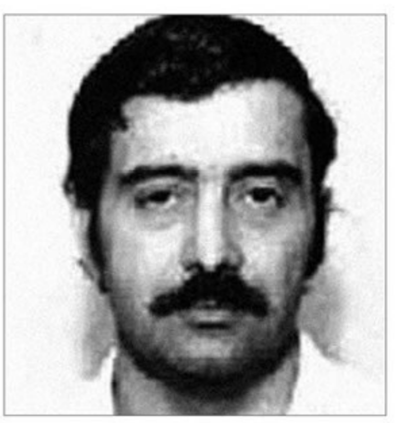
ZONA SUR



Arnoldo Camú, Agustín



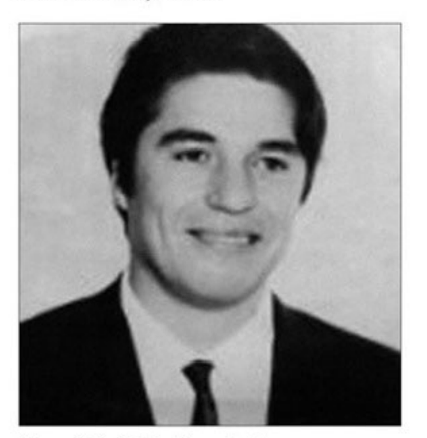
Exequiel Ponce



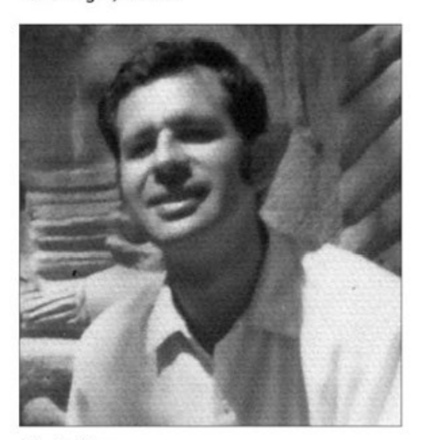
Arturo Villavella, el Coño



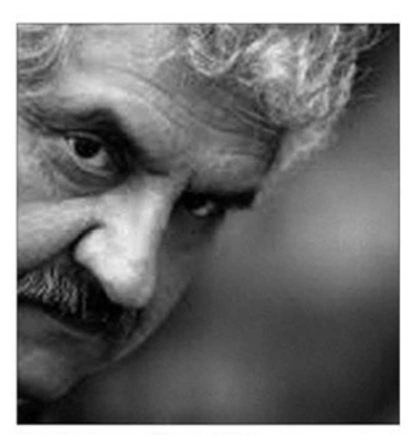
Felix Vargas, Luisito



Manuel Ojeda Disselkoen, León



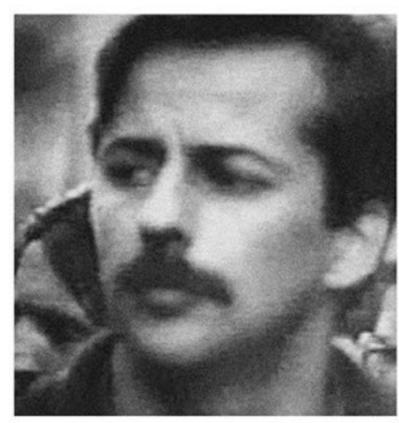
Sergio Parrau



Renato Moreau, foto de CIPER



Enérico García



Miguel Enríquez

MAPOCHO



Hernán Santos Pérez

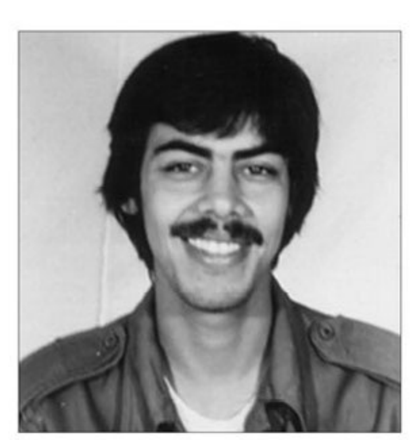
CERRILLOS - MAIPÚ



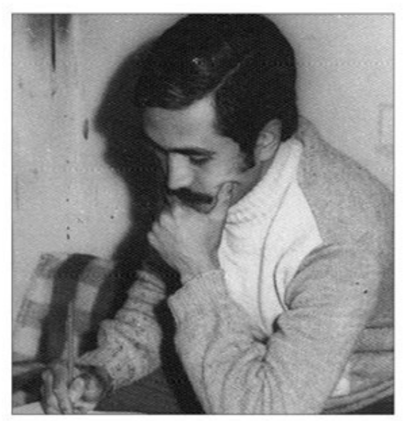
Guillermo Rodríguez



Víctor Romeo, el Guajiro



José Modesto Amigo Latorre, el Malo

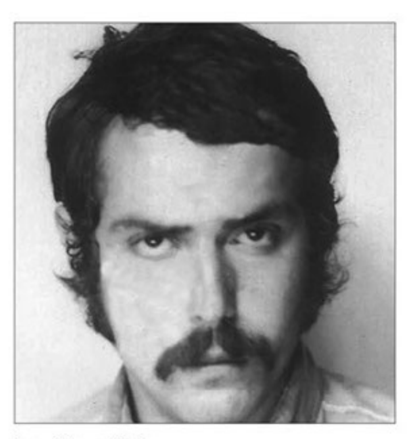


Javier Bertín, el Chino, en una celda de la Penitenciaría

CERCO DE LA MONEDA



Juan Seoane con Salvador Allende Gossens



Juan Osses, Silvio



Conductor Julio Soto, Joaquín

REUNIÓN EN LA HABANA



De izquierda a derecha, en primer plano: Fidel Castro y Carlos Altamirano.

En segundo plano: Arnoldo Camú, Ulises Estrada, Manuel Piñeiro, Beatriz Allende, Luis Fernández Oña .

(Archivo personal de Celsa Parrau).


Pelo Corto: Nueva Moda
Asilo Para La Viuda De Allende
Actividades de FF. AA. y Carabineros
150 Cubanos Extremistas Expulsados Ayer del País
Allanada Universidad Técnica del Estado. Rendición de 600 personas.
Reducción de Extremistas.
Incautación de armas en industrias e instituciones
VIOLENTA PELEA EN TOMAS MORO
¡EN TOMAS MORO
ALOJABA UNO DE LOS PROFUGOS POR ROBO DE ARMAS A F.F.A.A.
MEXICO D. F., 13 (AP)
MILICIANOS DEL "GAP" EN MIRA DEL CONGRESO
Toda la policía busca a un GAP prófugo de la Justicia
GAP Trataron de Matar a Periodistas De "U. Noticias"
Pesar por la Muerte de Augusto Olivares Expresa Colegio de Periodistas
INSISTE LA OPOSICION: HAY QUE DISOLVER AL GAP
Extremistas
Murió Allende
El Presidente Allende se suicidó.
EL MERCURIO
Junta Militar Controla el País
General Pinochet Preside el Gobierno
Pelo Corto: Nueva Moda

BIBLIOGRAFÍA

Agnic, Ozren. Allende, el hombre y el político. Memorias de un secretario privado. Santiago: RIL editores, 2007.

Agrupación de familiares de los detenidos ejecutados y desaparecidos de La Moneda / museo de la memoria y los derechos humanos. Ciencia, Justicia, Verdad, Memoria: Grupo de Amigos Personales del Presidente Allende (GAP) 1973. Santiago: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos, 2012.

Álvarez, Luis, Francisco Castillo y Abraham Santibáñez. Septiembre/73. Martes 11: auge y caída de Allende. Santiago: Ediciones Triunfo.

Álvarez, Rolando. Desde las sombras. Una historia de la clandestinidad comunista (1973-1980). Santiago: LOM ediciones, ٢٠٠٣.

Arteaga, Osvaldo. Héroes incomprendidos. Santiago: Productora Gráfica Imaginarium Ltda, 2003.

Benítez, Hermes. Las muertes de Salvador Allende. Santiago: RIL editores, 2006.

Boizard, Ricardo. El último día de Allende. Santiago: Editorial Triunfo, 1973.

Campaña internacional. La situación actual de los derechos humanos en Chile, vol. 2. Santiago: Talleres Gráficos La Nación, 1975.

Cavallo, Ascanio, Manuel Salazar y Oscar Sepúlveda. La historia oculta del régimen militar. Santiago: Ediciones La Epoca, 1988.

Cavallo, Ascanio y Margarita Serrano. Golpe. 11 de septiembre de 1973. Santiago: Aguilar Chilena de Ediciones, 2003.

Corvalán Márquez, Luis. Los partidos políticos y el golpe del 11 de septiembre. Santiago: CESOC, 2000.

Davis, Nathaniel. Los dos últimos años de Salvador Allende. Biografías y Memorias. Madrid: Plaza & Janes, 1986.

DIBAM. Palacio de La Moneda, colección «Chile y su cultura». Santiago: DIBAM, 1983.

Espuña, Margarita. Tati Allende. La hija revolucionaria del presidente chileno. Barcelona: RBA Libros S.A., 2010.

Fuerzas Armadas y Carabineros. Los cien combates de una batalla. Santiago: Editorial Gabriela Mistral, 1973.

Garcés, Mario y Sebastián Leiva. El Golpe en La Legua. Los caminos de la

historia y la memoria. Santiago: LOM ediciones, 2005.

Garretón, Manuel Antonio. Por la fuerza sin la razón. Los bandos del Golpe. Santiago: LOM ediciones, 1998.

García Concha, Enérico. Todos los días de la vida. Recuerdos de un militante del MIR chileno. Santiago: Editorial Cuarto Propio, 2010.

García, Pío. Las fuerzas armadas y el golpe de estado en Chile. México: Siglo XXI Editores, 1974.

González, Mónica. La conjura. Los mil y un días del Golpe. Santiago: Ediciones B, 2000.

González Camus, Ignacio. El día en que murió Allende. Santiago: CESOC, 1990.

Gueneau De Mussy, Luis y Constanza Lopez Galilea. La Moneda. Palacio de Gobierno de Chile. Santiago: Ediciones Finis Terrae, 2012.

Gutiérrez González, Eduardo. Ciudades en las sombras. Una historia no oficial del Partido Socialista de Chile. Santiago: 2003.

Jorquera, Carlos. El Chicho Allende. Santiago: Ediciones BAT, 1990.

Labarca, Miguel. Allende en persona. Testimonio de una intensa amistad y colaboración. Santiago: CESOC, 2008.

Lorca, Patricia. El día que nos cambió la vida. Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas . Santiago: FASIC, 1990.

Marambio, Max. Las armas de ayer. Santiago: Random House-Mondadori, 2007.

Marras, Sergio. Confesiones: Federico Willoughby, Liliana Mahn, Mónica Madariaga, Gral. Nicanor Díaz, Gral. Gustavo Leigh. Santiago: Las Ediciones del Ornitorrinco, 1988.

Martínez Corbalá, Gonzalo. Instantes de decisión. Chile 1972-1973. México: Grijalbo, 1998.

Millas, Orlando. Memorias 1957-1991: Una disgreción, volumen IV. Santiago: CESOC, 1996.

Polloni, Alberto R. Las fuerzas armadas de Chile en la vida nacional. Santiago: Editorial Andrés Bello, 1971.

Presentación del Ejército de Chile a la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, tomos I, II, III y IV, 1990.

Ramos, José Domingo. Las cartas del Coronel. En respuesta a las que nadie escribió. Santiago: Tierra Mía, 2001.

Rodriguez Morales, Guillermo. De la Brigada Secundaria al Cordón Cerrillos. Santiago: Editorial Universidad Bolivariana, 2007.

Rojas, Alejandra. Salvador Allende, una época en blanco y negro. Buenos Aires: Aguilar, 1988.

Rojas, Paz, et al. El 11 de septiembre en La Moneda. Santiago: Ediciones B, 2001.

Sánchez, Claudio. Informó… Claudio Sánchez. Santiago: Autoedición, 2012.

Secretaria General de Gobierno. Documentos secretos de la ITT. Santiago: Empresa Editora Nacional Quimantú, 1972.

Seoane, Juan. Los viejos robles mueren de pie. Relato autobiográfico de un policía leal. Santiago: Editorial Universidad Bolivariana, 2009.

Silva Encina, Gisela. Miguel Krassnoff: Prisionero por servir a Chile. Santiago: Editorial Maye Ltda., 2007.

Soto, Oscar. El último día del doctor Salvador Allende. Barcelona: RBA libros, 2008.

Suarez, Jaime. Visión de un militante. Santiago: Editorial Jurídica Cono Sur, 1992.

Pinochet, Augusto. El día decisivo, 11 de septiembre de 1973. Chile: Empresa Periodística La Nación S.A., 1989.

Puccio, Osvaldo. Un cuarto de siglo con Allende. Recuerdos de su secretario privado. Santiago: Editorial Emisión, 1985.

Timossi, Jorge. Grandes alamedas. El combate del presidente Allende. La Habana: Ediciones Políticas, Editorial de Ciencias Sociales, 1974.

Verdugo, Patricia. Interferencia secreta, 11 de septiembre de 1973. Santiago: Editorial Sudamericana, 1998.

Verdugo, Patricia. Allende: Cómo la Casa Blanca provocó su muerte. Santiago: Catalonia, 2003.

Villagrán, Fernando. Disparen a la bandada. Una crónica secreta de la FACH. Santiago: Planeta, 2002.

Willoughby Macdonald, Federico. La Guerra. Historia íntima del poder en los últimos 55 años de política chilena 1957-2012. Santiago: Editorial Mare Nostrum, 2012.

ARTÍCULOS y ENSAYOS

Azocar Valdés, Juan. «El comandante Agustín». Partido Socialista de Chile. Biblioteca Clodomiro Almeyda, 2007, <http://www.socialismo-chileno.org/PS/index.php?option=com_content&task=view&id=2512&Itemid=52>.

Camus, María Eugenia. «La historia secreta del GAP, quiénes eran, cómo actuaban, qué es de ellos». Análisis ١٧٨ (junio ١٩٨7).

Eltit, Diamela. «Las dos caras de La Moneda». Revista de Crítica Cultural 17 (1998).

Galende, Federico. «Los nombres extraviados de la historia (conversación con Juan Seoane, ex inspector de la Policía de Investigaciones)». Revista de Crítica Cultural ٢٠٠٠) ٢٠).

Garibay, Ricardo. «Revelaciones de Danilo Bartulín. A solas, la traición y la muerte». Proceso. Semanario de información y política 97 (septiembre 1978).

González, Mónica, Patricia Verdugo y María Olivia Monckeberg. «Hablan los detectives de La Moneda». Análisis ١٨٠ (junio ١٩٨٧).

Pérez, Cristián. Salvador Allende. Apuntes sobre su dispositivo de seguridad: el

Grupo de Amigos Personales (GAP). Estudios Públicos 79 (2000).

Rojas, Jorge y Carla Celis. «Los soldados que asaltaron Santiago. La historia de los pelados del 73», The Clinic Online, 11 de septiembre de 2013 <www.theclinic.cl/2013/09/11/la-historia-de-los-pelados-del-73-los-soldados-que-asaltaron-santiago/>.

PELÍCULAS

Burgos, Pepe. Más fuerte que la metralla. Documental para el Taller Audiovisual Ilalliypacha, 2011.

Guzmán, Patricio. La Batalla de Chile, II: El golpe de Estado. 1976.

Henríquez, Patricio. El último combate de Salvador Allende. 1999.

Heynowski, Walter y Gerhard Scheumann. Im Feuer bestanden. Die letzten Stunden in der Moneda (Más fuerte que el fuego. Las últimas horas en La Moneda). 1977.

Serrano, Claudia. GAP: Grupo de Amigos del Presidente. Documental para Telesur, 2008.

REVISTAS

Cuadernos de Marcha 40. Montevideo, 1970.

Cuadernos de Marcha 74. Allende, compañero presidente. Montevideo, 1973.

Revista Análisis 347, septiembre 1990.

Revista Hoy, septiembre 1990.

Revista Vea 1785, septiembre 1973

entrevistas

Juan Osses Beltrán, diciembre 2010 - marzo 2011.

Alejandro Montiglio, septiembre 2012.

Julio Soto, septiembre 2012.

Soledad Blanco, octubre 2012.

Santiago Bulnes, octubre 2012.

Leonardo Cáceres, octubre 2012.

Enérico García, octubre 2012.

Carlos Pérez Tobar, octubre - noviembre 2012.

Juan Seoane, noviembre 2012.

«Keltehue», diciembre 2012.

Elena Araneda, diciembre 2012.

Javier Bertín, diciembre 2012

Celsa Parrau, diciembre 2012.

Andrés Pascal Allende, diciembre 2012.

Miltón Silva, diciembre 2012.

Sergio Parrau, enero 2013.

Patricio Rivas, marzo 2013.

Patricio Quiroga, abril 2013.

María Elena Marchi, junio 2013.

Rodrigo Toledo Oviedo, julio 2013.

Primera edición, 2013.

ISBN IMPRESO: 9789560004680 ISBN DIGITAL: 9789560013217 RPI: 233.335

Fotografía de portada: Luis Orlando Lagos Vásquez.

Diseño de portada: Tono Rojas.

Diseño e infografías: www.filete.cl

Edición y maquetación

LOM ediciones. Concha y Toro 23, Santiago.

teléFono: (56-2) 2688 52 73 | Fax: (56-2) 2696 63 88

lom@lom.cl | www.lom.cl

Tipografía: Karmina

Impreso en los talleres de LOM

Miguel de Atero 2888, Quinta Normal.

Impreso en Santiago de Chile

Este libro ha sido posible por el trabajo de

Comité Editorial Silvia Aguilera, Mario Garcés, Luis Alberto Mansilla, Tomás Moulian, Naín Nómez, Jorge Guzmán, Julio Pinto, Paulo Slachevsky, Hernán Soto, José Leandro Urbina, Verónica Zondek, Ximena Valdés, Santiago Santa Cruz edición Javiera Herrera, Matías Morales Producción Editorial Guillermo Bustamante secretaría editorial Nicolás Benedetti Proyectos Ignacio Aguilera área educación Mauricio Ahumada Diseño y Diagramación Editorial Leonardo Flores, Max Salinas Corrección de Pruebas Raúl Cáceres Comunidad de Lectores Francisco Miranda, Marcelo Reyes Ventas Elba Blamey, Luis Fre, Marcelo Melo, Olga Herrera Bodega Francisco Cerda, Pedro Morales, Carlos Villarroel, María Larenas, Hugo Jiménez Librerías Nora Carreño, Ernesto Córdova, Luis Cifuentes Comercial Gráfica LOM Juan Aguilera, Danilo Ramírez, Inés Altamirano, Eduardo Yáñez Servicio al Cliente Elizardo Aguilera, José Lizana, Ingrid Rivas Diseño y Diagramación Computacional Luis Ugalde, Jessica Ibaceta, Gustavo Lazcano Edición electrónica Sergio Cruz Secretaria comercial Jessica Donoso Producción Imprenta Carlos Aguilera, Gabriel Muñoz, Rómulo Saavedra Secretaria Imprenta Jasmín Alfaro preprensa Daniel Alfaro Impresión Digital William Tobar, Matías Sepúlveda, Carolay Saldías Impresión Offset Rodrigo Véliz Encuadernación Ana Escudero, Andrés Rivera, Edith Zapata, Pedro Villagra, Juan Zúñiga, Braulio Corales, Carlos Mendoza Despacho Cristóbal Ferrada, Gustavo Álvarez, Daniel Ríos Mantención Jaime Arel Administración Mirtha Ávila, Alejandra Bustos, Andrea Veas, César Delgado, Boris Ibarra.

LOM ediciones